

JOSÉ MANUEL SANTOS PÉREZ Y
GEORGE F. CABRAL DE SOUZA (EDS.)

EL DESAFÍO HOLANDÉS AL DOMINIO IBÉRICO EN BRASIL EN EL SIGLO XVII



AQUILAFUENTE
A

Ediciones Universidad
Salamanca

EL DESAFÍO HOLANDÉS AL DOMINIO IBÉRICO
EN BRASIL EN EL SIGLO XVII



Imagen del ataque holandés a Pernambuco, 1630. Se aprecia la villa de Olinda a la derecha y el puerto de Recife en el extremo del istmo. En BRY, Theodor de y MERIAN, Mattäus. *Decimatertia Pars Historiae Americanae*. Frankfurt, 1634. Biblioteca Antigua de la Universidad de Salamanca.

JOSÉ MANUEL SANTOS PÉREZ Y
GEORGE F. CABRAL DE SOUZA (EDS.)

EL DESAFÍO HOLANDÉS
AL DOMINIO IBÉRICO EN
BRASIL EN EL SIGLO XVII



EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



Embajada de Brasil en España



Acción Especial BHA 2002/12627 E

FUNDACIÓN CULTURAL HISPANO BRASILEÑA

AQUILAFUENTE, 94

© Ediciones Universidad de Salamanca y los autores

1.^a edición: Marzo, 2006

I.S.B.N.: 84-7800-467-x

Depósito legal: S. 292 - 2006

Imagen de cubierta: Frontispicio de la obra de Georg MARGRAF y Willen PISO, *Historiae Rerum Naturalium Brasiliae*. Leiden, 1648. Biblioteca Antigua de la Universidad de Salamanca.

Ediciones Universidad de Salamanca; Plaza San Benito, s/n
E-37002 Salamanca (España) Correo-e: eus@usal.es

Impreso en España - Printed in Spain

Fotocomposición:
INTERGRAF

Impresión y encuadernación:
IMPRESA KADMOS
Salamanca

*Todos los derechos reservados.
Ni la totalidad ni parte de este libro
pueden reproducirse ni transmitirse
sin permiso escrito de
Ediciones Universidad de Salamanca*

Índice

Presentación	
JOSÉ MANUEL SANTOS PÉREZ y GEORGE F. CABRAL DE SOUZA	9
Los holandeses y el reto atlántico en el siglo XVII	
PIETER EMMER.....	17
Las dos guerras de Pernambuco. La armada del conde da Torre y la crisis del Portugal hispánico (1638-1641)	
RAFAEL VALLADARES.....	33
La presencia holandesa en Brasil y la posición de las potencias ibéricas tras el levantamiento de Portugal (1640-1669)	
MANUEL HERRERO SÁNCHEZ.....	67
Estado, capitánías donatarias y compañías comerciales. Una visión comparativa del Brasil holandés	
JOSÉ MANUEL SANTOS PÉREZ	91
Holandeses en Pernambuco. Rescate material de la Historia	
MARCOS ALBUQUERQUE.....	107
Actitudes portuguesas de tolerancia religiosa en el Brasil holandés	
STUART B. SCHWARTZ.....	161
La Danza de los Tapuya	
ERNST VAN DEN BOOGAART	177
El <i>post-bellum</i> en Pernambuco: reflejos políticos y sociales de la dominación holandesa	
GEORGE FÉLIX CABRAL DE SOUZA.....	203
La penetración holandesa en el Caribe: la trata de esclavos como resorte	
ENRIQUETA VILA VILAR.....	221
COMUNICACIONES	
Chile holandés o Flandes indiano en la visión de Gaspar Barléu	
CLICIE ADÃO.....	237
Un típico fuerte holandés en Nueva Holanda. La investigación histórico-arqueológica del Fuerte Orange en Brasil	
OSCAR F. HEFTING.....	255
Artefactos del período de ocupación holandesa del Fuerte Orange (Brasil)	
HANS VAN WESTING	273
APÉNDICE BIBLIOGRÁFICO.....	285

AGRADECIMIENTOS

Los editores del presente volumen quieren expresar su profundo agradecimiento por su colaboración y ayuda a todas las instituciones y personas que han contribuido para la publicación de estas ponencias y para la celebración del Coloquio Internacional en el que fueron presentadas: «El desafío holandés al dominio ibérico en Brasil, 1624-1654. La figura de Johan Maurits van Nassau», que se celebró en el Centro de Estudios Brasileños de la Universidad de Salamanca en octubre de 2004, acompañado de la Exposición: «El Brasil holandés, cuatro siglos de producción historiográfica»:

Fundación Cultural Hispano Brasileña.

Embajada de Brasil en España.

Embajada de los Países Bajos en España.

Universidad de Salamanca.

Ministerio de Educación y Ciencia.

Servicio de Actividades Culturales de la Universidad de Salamanca.

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca.

Servicio de Cursos Extraordinarios de la Universidad de Salamanca.

Biblioteca General de la Universidad de Salamanca.

Biblioteca Nacional de Madrid.

Biblioteca de la Universidad de Coimbra.

Instituto Arqueológico, Histórico e Geográfico Pernambucano.

Universidade Federal de Pernambuco.

Museo Nacional de Dinamarca.

Personal y colaboradores del Centro de Estudios Brasileños: Vicente Justo, Víctor Zamorano, Esther Gambi.

A José Luiz Mota Menezes.

A Rosa Lorenzo del Centro de Cultura Tradicional.

A los conferenciantes participantes en el coloquio y a los asistentes al mismo.

Presentación

EL PERÍODO de 1630 a 1654 es conocido en la historia de Brasil como el de las «invasiones holandesas» o el «Brasil holandés». La Compañía Holandesa de Indias Occidentales *West Indische Compagnie* (wic), conquistó Pernambuco y otras cinco capitanías del nordeste azucarero con el doble fin de mermar la capacidad económica de la Monarquía Ibérica e incrementar su dominio de las rutas comerciales del Atlántico. La tarea de gobierno de la «Nueva Holanda» fue encomendada a Johan Maurits van Nassau, humanista y militar genial, que llegó a Recife en 1637 y allí permaneció hasta su dimisión y salida en 1644. Tanto la «Restauración Pernambucana» de 1654 como el nacimiento de Nassau en 1604 tuvieron sus respectivos aniversarios en 2004 y merecieron la atención internacional con diversas actividades conmemorativas. El Centro de Estudios Brasileños de la Universidad de Salamanca, con apoyo de la Fundación Cultural Hispano Brasileña, el Ministerio de Educación y Ciencia¹ y las Embajadas de Brasil y de los Países Bajos en España, organizó el coloquio «El Desafío holandés a los imperios ibéricos en Brasil: 1624-1654» que contó con la presencia de muy destacados historiadores y cuyas actas presentamos en este volumen. A lo largo de los textos presentados por los autores se hace un recorrido por aspectos muy diversos de la presencia holandesa en Brasil en el siglo xvii, que por un lado cubre una importante laguna sobre el tema en lengua española y por otro completa y aporta aire fresco a una muy larga tradición historiográfica que se remonta incluso a la misma época que nos ocupa.

De entre los efectos causados por la presencia holandesa se ha destacado siempre la influencia que el hecho tuvo en la configuración de la identidad pernambucana (con sus derivaciones en la configuración de la identidad brasileña).

¹ Acción Especial BHA 2002/12627 E.

A custa de nosso sangue, vida e fazendas. De esta forma expresaban los miembros de la élite política y económica pernambucana, bien representados en la cámara de Olinda, cómo se había conseguido la restauración de las capitánías conquistadas por los holandeses. El lema recogía el sentimiento generalizado en el período holandés de que la doble Monarquía Luso-Hispana, primero, y el Portugal de la *Restauração* más tarde, habían abandonado a su suerte a los colonos luso-brasileños del nordeste, que tuvieron que organizar con sus propios y escasos medios un ejército con el que resistirse y finalmente vencer, a la todopoderosa máquina militar de la Compañía Holandesa. En base a este argumento se articuló durante la segunda mitad del siglo XVII el discurso político del primer *nativismo* pernambucano, esto es, la representación ideológica elaborada por la azucarocracia para describir sus relaciones con la corona portuguesa. En el fondo había una buena dosis de crítica a la metrópoli, y sobre todo un anti-portuguesismo latente que se plasmaría después en los diversos episodios de enfrentamientos entre habitantes de Pernambuco y portugueses que jalonarían el resto del período colonial e incluso los primeros años del Brasil independiente. En todos estos conflictos, como la Guerra de los Mascates de 1709-1711, la Revolución de 1817, la Confederación del Ecuador (1824) o la Revolución Praiera de 1848, los protagonistas invocaron las hazañas del período 30-54 como patrimonio de la sociedad local, frente a la lejanía, dejadez u hostilidad de las autoridades metropolitanas, y contra el dominio de los comerciantes portugueses.

El *nativismo* tuvo una base sólida en las crónicas que sobre la guerra contra los holandeses fueron publicadas desde el siglo XVII, algunas incluso antes del fin de los combates. Estas obras han ejercido una enorme influencia sobre la historiografía posterior, de tal forma que pocos son los historiadores que han utilizado otro tipo de fuentes para escribir la historia del Brasil holandés.

Una de las obras luso-brasileñas que tuvo mayor influencia sobre el *nativismo* pernambucano fue *Memorias Diarias de la Guerra del Brasil* (Madrid, 1654) de Duarte de Albuquerque Coelho². Estas *Memorias* narran los acontecimientos de la así llamada por Evaldo Cabral de Mello «fase de Guerra de Resistência» (1630-1637). El autor, cuarto donatario de Pernambuco, estuvo directamente implicado en casi todos los hechos narrados. Tomó posesión de la Capitanía el 2 de julio de 1603, pero solamente desembarcó en Pernambuco el 21 de septiembre de 1631, encontrándose ya con los invasores holandeses. Coelho recopiló las notas de las *Relações Diárias* redactadas por su hermano, Matias de Albuquerque, que se encontraba gobernando Pernambuco en el momento de la invasión. Se preocupó también por oír a «otras personas de entero crédito» sobre los sucesos que habían precedido a su desembarco. Con este material y con sus propias anotaciones, recopiladas hasta la fecha de su regreso a España

² Véase apéndice bibliográfico completo al final del volumen.

en diciembre de 1638, redactó las Memorias Diarias. La narración justificaba y defendía la manera en que Matias de Albuquerque había conducido la resistencia contra el invasor holandés, mientras acusaba del fracaso de la defensa al Conde-Duque de Olivares. Este hecho, unido al importante papel jugado por Matias en la guerra contra España tras la Restauración portuguesa, motivaron el aplazamiento de la publicación de la obra durante diez años.

Otra de las obras importantes luso-brasileñas es el *Valeroso Lucideno e Triumfo da Liberdade* (Lisboa, 1648), de fray Manoel Calado. Narra los hechos de las invasiones holandesas hasta 1646. En virtud de sus críticas a las autoridades eclesiásticas en Brasil, la obra fue censurada en Portugal, llegando a entrar en el *Index librorum prohibitorum*, de cuya lista sólo fue retirada en 1667. Por eso se volvió rara y de difícil acceso. Además, el lenguaje coloquial y el aire periodístico de la obra no dejaban espacio para la gravedad y la solemnidad tan del agrado del público coetáneo. Circuló limitadamente en una pseudo-segunda edición a partir de 1668, sin llegar a constituirse en una obra popular según los criterios de la época. La obra es la más importante crónica de este período por el hecho de que su autor, Fray Manoel Calado do Salvador (1584-1654), no sólo participó directamente en la primera fase de la guerra contra los holandeses (1630-1637), sino que además fue amigo del conde Johan Maurits van Nassau. Calado, natural de Vila Viçosa y maestro en artes por la Universidad de Évora, era señor de 25 esclavos y desempeñaba su ministerio en Porto Calvo. En el momento de la invasión organizó un grupo de guerrilleros para oponer resistencia a los holandeses. De Robert Southey a Capistrano de Abreu, varios historiadores han resaltado la crucial importancia de esta obra para la comprensión del período. Sobre el *Valeroso Lucideno* afirma José Antônio Gonsalves de Mello:

O seu livro é admirável, pois além de ser o único que nos apresenta flagrantes reveladores da vida de portugueses e holandeses, da cidade e do campo, da guerra e dos salões dos palácios nassovianos, no período de 1630 a 1646, é escrito com uma vivacidade encantadora.

Tres grandes crónicas luso-brasileñas, el *Castrioto Lusitano* de Fray Rafael de Jesús (1679), la *História da Guerra de Pernambuco* de Diogo Lopes de Santiago, y la de Brito Freyre, *Nova Lusitânia. História da guerra brasílica* (1676), a pesar de ser copias casi literales del *Valeroso Lucideno* completan la producción luso-brasileña sobre la guerra. La primera de ellas abarca todo el período de la ocupación holandesa en Pernambuco, desde la resistencia, pasando por el gobierno de Nassau, la guerra de restauración, y la capitulación holandesa. Fue encomendada por el líder de la revuelta contra los holandeses João Fernandes Vieira y hacía apología del mismo, habiendo sido largamente distribuida en la capitania. Junto con *Nova Lusitânia*, constituyó la base del *nativismo* pernambucano e influyó sobremanera en el imaginario brasileño sobre el período holandés. Hasta la publicación de *Memorias Históricas da Província de Pernambuco* de Fernandes Gama, a mediados del siglo XIX, era la única obra

en portugués que cubría todo el período 1630-1654. Frei Rafael de Jesus, que llegó a ser abad del monasterio de San Benito de Lisboa, nació en Guimarães en mayo de 1614 y falleció en diciembre de 1693. Fue procurador general de la orden de San Benito, en Oporto, en 1668, y en Braga, en 1676. Ejerció también otros cargos, entre ellos el de cronista mayor de la orden, para el que fue nombrado en 1681. Su fama de confesor en Lisboa y en varias ciudades españolas le valió el nombramiento de Confesor Real.

El otro bando en la contienda, los holandeses, se interesaron también por la presencia en Brasil y nos dejaron varios libros de enorme importancia para la comprensión de lo sucedido en el nordeste brasileño en los años centrales del siglo XVII. La primera obra publicada en los Países Bajos sobre la «Nueva Holanda» fue *Historie ofte Iarlyck Verbael van de West-Indische Compagnie*, (Anales de los hechos de la Compañía de Indias Occidentales) (1644) de Johannes de Laet. Da una descripción minuciosa de los hechos de la guerra de resistencia entre 1630 y 36 y es uno de los mejores recuentos de la actividad de la Compañía entre 1621 y 1630. De Laet fue uno de los directores de la Compañía y tuvo fácil acceso a los documentos de la misma.

Una de las más bellas obras es la de Gaspar Barleus, *Historia de los hechos recientemente practicados durante ocho años en Brasil*, publicada en Amsterdam en 1647. Comienza donde termina de Laet y cubre todo el período de gobierno de Johan Maurits van Nassau entre enero de 1637 y mayo de 1644. El trabajo fue encargado por el gobernador y está espléndidamente decorado con grabados de Frans Post, lo que lo convierte en el primer libro con representaciones del escenario tropical tomadas directamente en el lugar.

El libro póstumo de Johan Nieuwhof *Gedenkweerdige Brasiliaense Zee-en Lant Reize...* (*Memorable Viaje marítimo y terrestre a Brasil*), publicado en Amsterdam en 1682, comienza con la partida de Johan Maurits en 1644 y va hasta la fecha en que el autor dejó Brasil en 1649. Es bastante crítico con el *statthalter*, reflejando las ideas del Alto Consejo de Recife tras su partida. Sus ideas sobre las motivaciones de la revuelta luso-brasileña siguen siendo, 350 años después, repetidas hasta la saciedad en los libros de texto.

El diario de Hendrik Haecks, escrito entre 1645 y 1654 por este miembro del Consejo de Gobierno neerlandés, pero publicado en 1925, es el último de los grandes trabajos sobre el período.

Otras obras importantes escritas por neerlandeses fueron el *Relatorio sobre las capitanías conquistadas en Brasil por los holandeses* de Adrian van der Dussen, publicado en 1639, o el de Joannes Baers, *Olinda Conquistada*, publicado en 1653.

No sólo fueron los holandeses y los luso-brasileños los que se interesaron por el período. Fray Giuseppe de Santa Teresa escribió en Roma *Historia delle guerre del regno Brasile*, publicado en 1698, mientras que Pierre Moreau publicó

en París en 1651 la *Histoire des derniers troubles du Brésil, entre les Hollandais et les Portugais*.

La autoridad que emergía de estos trabajos era tal que nadie osó reescribir la historia en el siglo XVIII. Sólo Rocha Pitta, en su *Historia de la América Portuguesa* (1730), le dedicó un capítulo.

Ya en el siglo XIX aparecen obras que se alejan del carácter cronístico y se acercan a la historia profesional. Por un lado la obra de Netscher, *Les Hollandais au Brésil. Notice Historique sur les Pays-Bas et le Brésil* y, por otro, la muy importante obra de Varnhagen *História das Lutas com os Holandezes no Brazil desde 1624 a 1654* publicado en Viena en su primera edición en 1871 y en Lisboa en la segunda en 1872, que rompía la tendencia de los cronistas a dar todo el protagonismo de la restauración a João Fernandes Vieira, para dárselo al brasileño André Vidal de Negreiros.

En los años 1885-1886, el Instituto Arqueológico, Histórico e Geográfico Pernambucano (IAHGP) envió una misión a los Archivos de los Países Bajos para recopilar material documental relativo a la presencia holandesa en el nordeste brasileño. La expedición fue dirigida por el investigador pernambucano José Hygino Duarte Pereira, que transcribió unas once mil páginas, siendo la base de la Colección José Hygino conservada en el IAHGP. Junto con los documentos levantados por José Antônio Gonsalves de Mello en los años 50 y 60, conservados en la Universidade Federal de Pernambuco, es el acervo documental de fuentes holandesas más importante sobre el período fuera de los Países Bajos.

En 1921 apareció en La Haya *Das holländische Kolonialreich in Brasilien* (El imperio colonial holandés en Brasil) de Hermann Wätjen. Pocos períodos históricos pueden contar con una obra definitiva sobre aspectos económicos escrita tan temprano. Este trabajo, monumento de la vieja escuela historiográfica alemana, fue uno de los que más influyó en los historiadores de la primera generación de *Annales* y sobre todo en los que como Simiand y Labrousse se dedicarían a la historia económica. La sombra de este libro es tan alargada que alcanza hasta las publicaciones más recientes sobre el período.

Si el de Wätjen es el trabajo definitivo sobre la economía del período, el libro de Gonsalves de Mello, *Tempo dos Flamengos* (1947), ofrece un retrato vivo de la sociedad luso-brasileña y neerlandesa durante el período de la ocupación. Gonsalves de Mello, desaparecido en 2002, dedicó toda una vida al estudio de los holandeses en Brasil, dejando tras de sí la obra de conjunto más completa sobre el período. Es destacable el estudio pormenorizado de las fuentes holandesas, alejándose ya de las obras escritas en el siglo XVII, con lo que ofrece una visión novedosa del asunto. Destaca también su conocimiento profundo de cada uno de los protagonistas de las guerras holandesas, desde Fernandes Vieira hasta Johan Maurits, pasando por André Vidal de Negreiros o Henrique Dias, a los que dedicó sendas biografías.

Diez años más tarde publicó el recientemente fallecido Charles Boxer su *The Dutch in Brazil*, que si bien no es uno de los mejores de su extraordinaria producción (no llega a la calidad de *Salvador Correia de Sá and the Struggle for Brazil and Angola*), es una gran obra, donde de nuevo Boxer muestra su genial facilidad para combinar aspectos económicos, sociales, acontecimientos y mentalidades.

Frédéric Mauro en su *Le Portugal et l'Atlantique au XVII^e siècle*, publicado en 1960, escribió un capítulo sobre el período holandés, quizá demasiado dependiente de Wätjen.

Mario Neme en su *Formulas do Brasil Holandês* (1971), se mostró muy crítico con el período nassoviano, rompiendo la tónica adulatoria general.

Cuando todo parecía dicho, Evaldo Cabral de Mello sorprendió a propios y extraños con un extraordinario libro: *Olinda Restaurada. Guerra e Açúcar no Nordeste, 1630-1654* (1976), un brillante trabajo de interpretación histórica donde se combinan los aspectos militares con los económicos dejándonos el que en nuestra modesta opinión es el mejor libro escrito hasta la fecha sobre el período. Esta obra se completó después con *Rubro Veio. O Imaginário da Restauração Pernambucana*, un muy necesario libro sobre el nativismo subsiguiente a la guerra con los holandeses y *O negócio do Brasil, Portugal: os Países Baixos e o Nordeste*.

Aprovechando el tirón de ventas del V Centenario del Descubrimiento han aparecido obras divulgativas y se han reeditado algunos de los clásicos. Paulo Herkenhoff ha organizado un libro muy bien ilustrado, donde participan tanto Cabral de Mello como Gonsalves de Mello, además de otros historiadores. Es importante el enfoque cultural de este libro, centrándose en la obra de los pintores y los científicos holandeses más que en los aspectos económicos. En Pernambuco sigue trabajándose sobre la presencia holandesa: en los últimos años autores como José Luiz Mota Menezes con sus publicaciones sobre urbanismo holandés en Recife y Marcos Albuquerque centrándose en la arqueología del Brasil holandés, han aportado nuevos e importantes datos a nuestro conocimiento del período.

Hay que destacar también la historiografía holandesa con las grandes figuras de Postma y Emmer para el comercio de esclavos. Mapfre publicó una muy buena obra, aunque muy mal traducida, de Boogaart, Klein, Emmer y Zandvliet, *La Expansión holandesa en el Atlántico*, que es imprescindible para el lector español. Es clásico el trabajo de Hoboken sobre la Armada de Withe de Witt. Henk den Heijer ha escrito un trabajo de síntesis sobre la wic, mientras Hoetink y Boogaart han escrito varias obras sobre el desarrollo cultural del Brasil holandés. Destacamos también la obra de Gerhard Brunn y su equipo de la Universidad de Siegen, centrada en la figura de Johan Maurits van Nassau.

También es fundamental la obra de Jonathan Israel sobre la República holandesa, el libro *Dutch Primacy in World Trade* y sus diversos artículos sobre la

comunidad judía, si bien debemos destacar la monografía de Witnitzer sobre el tema: *Jews in Colonial Brasil*.

El año 2004, 350 aniversario de la *Restauração*, ha propiciado un renovado interés en el tema sobre todo en Pernambuco y ello ha dado como resultado la reedición por parte de la Companhia Editora de Pernambuco (CEPE) de diversas obras clásicas traducidas a portugués como las de Boxer y Wätjen.

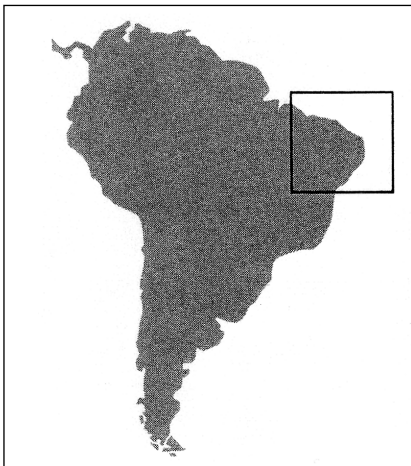
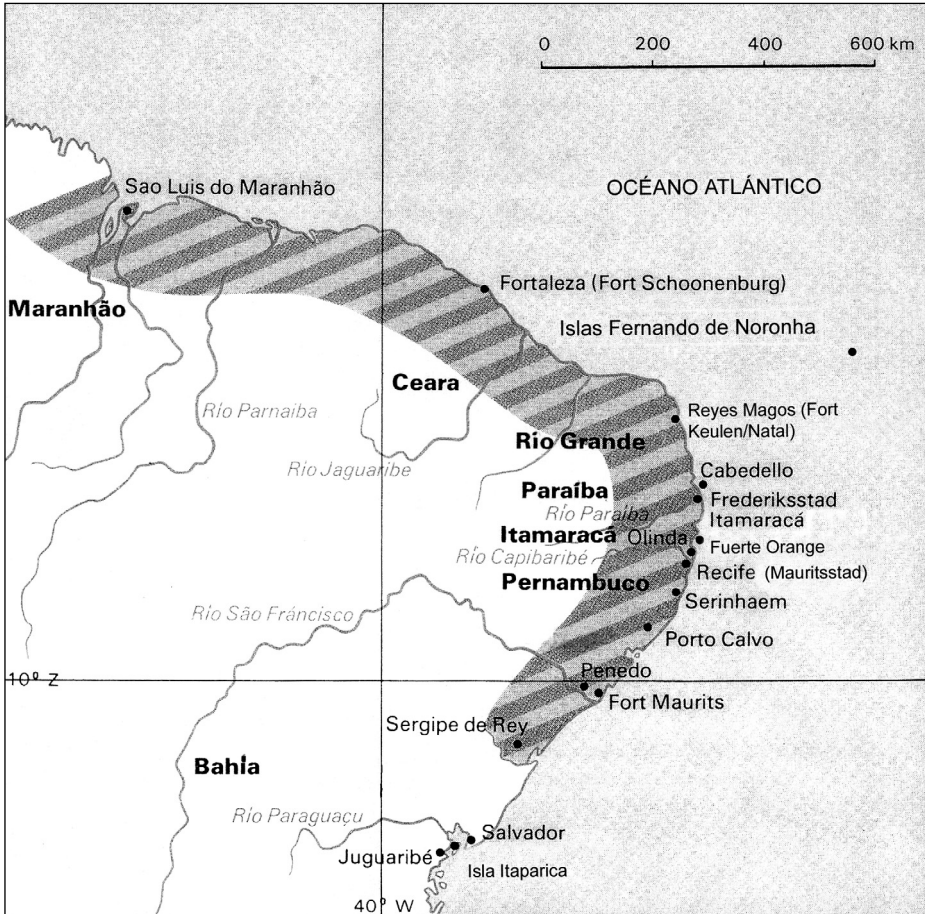
El presente volumen, por lo tanto, se inserta en una antigua y abundante tradición historiográfica, que, no obstante, es prácticamente desconocida para el lector en español. Muy pocas obras han sido traducidas a nuestra lengua, con lo que la aparición de este conjunto de ensayos ayuda a paliar la importante laguna existente. Se presentan aquí las más recientes aportaciones hechas por las investigaciones arqueológicas conducidas en Pernambuco por especialistas brasileños y holandeses. El artículo de Marcos de Albuquerque y las comunicaciones de Hefting y van Westing, al profundizar en la cultura material, revelan aspectos completamente desconocidos y desafían interpretaciones consolidadas en la historiografía sobre el tema. La presentación de los resultados más recientes de las excavaciones no deja de lado sin embargo lo que se viene realizando desde hace 30 años, con lo que el lector encontrará un amplio panorama sobre lo más consistente en materia de investigación arqueológica sobre el tema.

Movidos por esa preocupación de ampliar los puntos de vista, presentamos en este volumen nuevas interpretaciones sobre cuestiones clásicas en el ámbito de la historia de la cultura y de las mentalidades del período holandés de Brasil, tanto desde la perspectiva de la tolerancia religiosa como de la producción artística. A ello contribuyen los textos de Stuart B. Schwartz y de van den Boogaart.

La presencia de autores de diferentes centros de investigación europeos y americanos nos deja una visión de conjunto difícilmente alcanzada en eventos semejantes. Los artículos de Emmer y Vila Vilar y la comunicación de Adão sitúan la presencia holandesa en Brasil en el contexto más amplio de la gran lucha por el dominio del Atlántico y el Pacífico en el siglo xvii, mientras que el texto de Herrero engarza la cuestión con la gran guerra entre los Países Bajos y España en el mismo momento. Valladares analiza la presencia holandesa en Brasil desde la perspectiva de la Unión Ibérica y el contexto imperial luso-hispano. Por otro lado, se presenta al Brasil holandés desde una perspectiva comparativista en el texto de Santos Pérez y se presta atención también al período posterior a la presencia holandesa en el capítulo de Cabral de Souza.

Esperamos que el lector encuentre en estas páginas un nuevo motivo para adentrarse en la siempre fascinante historia del Brasil colonial.

José Manuel Santos Pérez y George F. Cabral de Souza
Salamanca, noviembre de 2005



Mapa del territorio ocupado por los holandeses en Brasil durante el siglo XVIII y conocido como «Nueva Holanda».

Fuente: BOOGAART, E. Vanden y DUPARC, F. J. (eds.). 20 Wijd de Wereld Streekt. La Haya: Mauritshuis, 1979.

Los holandeses y el reto atlántico en el siglo XVII

PIETER EMMER
*Universidad de Leiden**

GLOBALIZACIÓN es un término acuñado por los periodistas para impresionar a los que no saben historia. A pesar de que el significado de este término no está bien definido, causa impactos muy diversos en la opinión pública. En los Países Bajos la «globalización» se considera un intento de ofrecer a la economía nuevas oportunidades de exportación. Por el contrario, en Alemania, algunos miembros de la élite política emplean este término como un elemento de rechazo para animar a sus votantes a unirse en defensa de los logros que tanto tiempo de lucha requirieron, como el Estado de bienestar o la semana de treinta y seis horas laborales. Sin embargo, en realidad, la «globalización» tan sólo causa verdadero impacto en un pequeño sector de las economías occidentales. La mayor parte del Producto Interior Bruto de los países se genera en el territorio nacional o gracias a intercambios con los países vecinos. La economía de los Países Bajos es un buen ejemplo de esto, a pesar de que, en comparación con otros países desarrollados, el porcentaje de su PIB que proviene del comercio exterior es muy alto. Sin embargo, si los Países Bajos incrementaran el comercio con cualquiera de sus países vecinos en tan sólo un 5%, podrían prescindir de los intercambios comerciales que realizan con los cincuenta países más pobres de África y Asia¹.

* Traducción: Elisa Echavarren y Andrea Canosa.

¹ EMMER, P. C. «The Myth of Early Globalisation: the Atlantic Economy, 1500-1800». En *European Review*, 11 (1), pp. 37-47.

¿Cambió la situación cuando el mundo no europeo entró en contacto con Europa? Entonces los territorios de ultramar eran menos importantes económicamente para Europa que hoy en día, puesto que todavía no existían las fuertes economías de Japón, Estados Unidos, Canadá o los países ricos en petróleo. Entre 1500 y 1800 la mayoría de las oportunidades de crecimiento económico se encontraban en la propia Europa (y sólo en algunas regiones), no en los territorios de ultramar. ¿Por qué destinó Europa tantos recursos y con tanta rapidez en estos territorios a pesar de que esto suponía costes muy altos?

Estos costes explican por qué las conquistas, penetraciones e intercambios comerciales de Europa en África y Asia fueron marginales. En esta expansión los europeos, sin lugar a dudas, se centraron en aquellos bienes y servicios de bajo coste que no podían producir en el continente europeo. El recurso más evidente y más singular fue el de los esclavos, para el cual no había alternativa en Europa². Aunque lo más probable es que si los africanos no hubiesen ofrecido a sus compañeros en venta, los europeos no hubiesen tenido interés en ocupar África para obtener esclavos. En ese caso, lo más probable es que los europeos hubiesen obligado a criminales y prisioneros de guerra a trabajar en los nuevos territorios, y que hubiesen ofrecido más incentivos a su propia población emigrante (muy abundante en aquel momento) para hacer lo mismo. Si sólo hubiese habido mano de obra europea en el Nuevo Mundo, el precio del azúcar y del tabaco hubiese incrementado considerablemente y se habrían convertido en artículos de lujo consumidos por una minoría de la élite europea. Además, el empleo de mano de obra cara en los territorios de ultramar habría prolongado la vida de las plantaciones del sur de Europa y se hubiera intentado con más ahínco plantar azúcar y tabaco en el propio continente europeo³.

Se pueden dar argumentos similares en lo referente a bienes traídos de Asia. Ninguno de estos bienes era vital para el desarrollo de la economía o del Estado de bienestar en Europa. De hecho, es bastante desconcertante que Europa tuviese tanto interés en comprar y vender textiles en Asia. La mayoría de estos tejidos eran de algodón o seda, y si los asiáticos no los hubiesen puesto en venta, los europeos podían haber fabricado —y de hecho lo hicieron— prendas perfectamente adecuadas con otro tipo de tejido. Lo mismo les ocurría a las élites africanas, para quienes los objetos más preciados en el comercio con Europa eran los textiles europeos y asiáticos. La expansión del comercio de esclavos africanos al Nuevo Mundo y el comercio internacional de textiles se

² ELTIS, D. *The Rise of African Slavery in the Americas*. Cambridge: University Press, 2000, pp. 57-84.

³ GALLOWAY, J. H. *The Sugar Cane Industry. An historical Geography from its Origins to 1914*. Cambridge: University Press, 1989, pp. 43-47.

debieron al gusto ecléctico de las élites y no a fallos estructurales en la producción de productos vitales en África y Europa.

El intercambio comercial con África y Asia entre los años 1500 y 1800 no debió de ser muy importante para la economía europea, sobre todo porque en Europa había alternativas para la mayoría de los productos importados. En cualquier caso, antes de 1870, la importancia económica del comercio internacional no justifica la ocupación a gran escala que se llevó a cabo en partes de África y Asia. La Compañía Holandesa de las Indias Orientales (*Vereenigde Oost-Indische Compagnie o voc*) conquistó algunos enclaves en Asia, tales como el interior de Batavia en Java, partes de Ceilán y algunas de las islas de las especias, aunque sus intentos colonizadores fueron limitados. La única excepción a esta regla fue el asentamiento colonial holandés en Cabo de Buena Esperanza y se piensa que la administración y la defensa del asentamiento del Cabo acabaron con la economía de la compañía. La compañía, cuando desarrolló la colonización, no tuvo en cuenta los costes de oportunidad. La *voc* intentó constantemente restringir el crecimiento de la colonia del Cabo, puesto que los directores de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales la habían concebido únicamente como un lugar de descanso para los barcos que navegaban hacia o desde Batavia. Los marineros que caían enfermos en estos viajes a veces permanecían en la colonia. Además, llegaron al Cabo colonizadores hugonotes y la mitad de la población la constituían esclavos traídos de Asia, a pesar de la decisión de la *voc* de no permitir que esclavos y amos viajasen juntos desde Batavia hasta el Cabo. Los esclavos trabajaban en los centros de intercambio comercial más importantes de la Compañía y los marineros escaseaban en los barcos de la misma. El Cabo exportaba vino a Europa y además producía productos alimenticios con los que proveía a los barcos que se dirigían bien a Asia, bien a sus puertos de origen. Sin embargo, la economía del Cabo se basaba en la subsistencia, por lo que no podía destinar dinero a la administración o la defensa, y mucho menos dar beneficios a la *voc*. Debido al crecimiento demográfico de esta zona, causado por el cada vez mayor número de colonizadores, fue preciso ampliar el territorio ocupado. Así, se sucedieron guerras con los habitantes autóctonos, los Khoi y los San. En contra de los deseos de los directores de la compañía, la *voc* tenía que destinar cada vez más dinero a la defensa del asentamiento del Cabo. Si la compañía se hubiera ceñido a sus planes iniciales, el Cabo hubiese continuado siendo un pequeño asentamiento de unos diez mil habitantes hasta la conquista británica alrededor de 1800⁴.

⁴ Ross, R. *A Concise History of South Africa*. Cambridge: University Press, 1999, pp. 21-23 y GOOR, J. van. *De Nederlandse Koloniën. Geschiedenis van de Nederlandse expansie, 1600-1975*. La Haya: SDU Uitgeverij Koninkinnegracht, 1994, pp. 114-117.

La experiencia en el mar Rojo, el océano Índico, el mar de China y el océano Pacífico puede aplicarse a la expansión europea en el Atlántico. ¿Por qué los comerciantes e inversores europeos se sentían más atraídos por las regiones costeras de África y América que por su propio continente? Ya hemos observado que los amerindios y los africanos de la costa atlántica ofrecían pocos productos que no pudiesen producirse en Europa. Los productos excepcionales eran metales preciosos, azúcar, café, tabaco y algunos productos de lujo que constituían un porcentaje muy pequeño del total de bienes que se consumían en aquel momento. Debido al descenso demográfico y a su falta de experiencia, los amerindios del Nuevo Mundo ni querían ni podían vender a los europeos la mayoría de sus productos. Éste podía haber sido un motivo para haber abandonado el Nuevo Mundo, ya que era más difícil obtener beneficios del comercio y el asentamiento en las partes no europeas del Atlántico que en Europa. En las zonas del Nuevo Mundo que dependían del Atlántico se requería invertir, además de en comercio como era habitual, en producción. Para colmo, parecía que los tipos de producción más prometedores del Atlántico se encontraban en los Trópicos, por lo que la dificultad se incrementaba.

¿Por qué fueron España y Portugal las primeras naciones que se lanzaron a la aventura del Atlántico? ¿Por qué preferían los comerciantes ibéricos mandar sus barcos al otro lado del océano en vez de a otras partes de Europa? ¿Y por qué los emigrantes españoles y portugueses se marcharon al Nuevo Mundo en vez de marcharse a algún lugar del Viejo Mundo? O si lo vemos desde el plano económico, ¿por qué los costes de oportunidad de las actividades económicas fuera de Europa eran menores para los habitantes de la península ibérica que para el resto de europeos hacia el año 1500?

En lo que se refiere al comercio, la razón debió haber sido la competitividad. En teoría, en las economías crecientes del Mediterráneo y del noroeste de Europa había espacio más que suficiente para una mayor navegación y un comercio más amplio de España y Portugal. Sin embargo, la realidad era que en Europa la navegación italiana, holandesa e inglesa creció mucho más rápidamente que la de España o Portugal. Al enviar barcos a América del Sur y Asia, los portugueses y los españoles evitaban la confrontación con sus competidores europeos, que eran más eficientes. Por eso, los españoles y portugueses prohibieron a los extranjeros, desde un primer momento, la navegación o el comercio con sus colonias. Con todo, la élite comercial de estos dos países no consiguió sus objetivos ni en Europa ni en el Atlántico, donde destinó gran número de barcos e inversiones. Muchos países empleaban barcos para el comercio con el otro lado del Atlántico desde el principio, sobre todo para el comercio con las regiones españolas y portuguesas que experimentaban un mayor crecimiento. Los ingleses, franceses y holandeses se introdujeron de manera

apabullante en América del Sur y esta práctica se mantendría durante las épocas siguientes⁵.

En cuanto a la emigración, parece ser que era más fácil para españoles y portugueses asentarse en el Nuevo Mundo que en otras partes de Europa. La oportunidad económica más rápida para los portugueses, pobres y solteros, que tenían movilidad, era hacerse marineros y, como he mencionado anteriormente, la flota portuguesa en el Mediterráneo era escasa. Una alternativa para los portugueses podía haber sido emigrar a Francia o Italia, pero en aquel momento la población de estos dos países también estaba emigrando. Muchos emigrantes portugueses decidieron dirigirse a España, tal como hizo un gran número de franceses durante el Antiguo Régimen. De todos modos, resulta extraño que entre 1500 y 1800 fuesen tan pocos los portugueses que emigraron a otras partes de Europa, a excepción de los portugueses judíos, que no emigraron voluntariamente, sino que fueron expulsados. Puede que el gobierno de Portugal permitiese la emigración únicamente a Brasil o puede que a los propios emigrantes les diese miedo competir en el mercado laboral europeo⁶.

El caso de la migración española es más complejo, ya que mientras los emigrantes españoles se marchaban a las colonias españolas de América, España recibía inmigrantes de otras partes de Europa. Esto parece indicar que, o bien se trataba de dos grupos de población con diferentes habilidades o técnicas que no podían intercambiarse, o bien existía una división geográfica en España debido a la cuál para los emigrantes españoles de algunas regiones era más fácil marcharse a América que a otras partes de España o a los países vecinos. Otra explicación sería que la emigración española al Nuevo Mundo no se debió a motivos económicos sino a la intervención del gobierno y al hecho de que para algunos grupos de emigrantes la única posibilidad era marcharse a América del Sur⁷.

En cuanto a las actividades económicas de las colonias españolas y portuguesas, tan sólo un pequeño porcentaje de éstas daba más beneficios que los obtenidos en Europa en actividades similares. Este pequeño porcentaje incluía las actividades de minería y la producción de azúcar, café y otros cultivos tropicales comerciales. Sin embargo, la obtención de estos productos no requería

⁵ McLISTER, L. N. *Spain and Portugal in the New World 1492-1700*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1984, pp. 373-376 y ANTUNES, C. *Globalisation in the Early Modern Period. The Economic Relationship between Amsterdam and Lisbon, 1640-1705*. Amsterdam, 2004, pp. 70-71.

⁶ GODINHO, V. M. «Portuguese Emigration from the Fifteenth to the Twentieth Century: Constants and Changes», EMMER, P. C. y MÓMER, M. (eds.). *European Expansion and Migration. Essays on the Intercontinental Migration from Africa, Asia, and Europe*. Oxford: University Press, 1992, pp. 13-48.

⁷ DRESCHER, S. «White Atlantic? The Choice for African Slave Labour in the Plantation Americas». En ELTI, D.; LEWIS, F. D. y SOKOLOFF, K. L. (eds.). *Slavery in the Development of the Americas*. Cambridge: University Press, 2004, pp. 40-44.

todo el dinero que los españoles y portugueses invirtieron en la colonización. Esto significa que no se calcularon los costes de oportunidad que conllevaba la expansión de España y Portugal y que la colonización se basó en aspectos no económicos, tales como políticas de fuerza, conflictos internos religiosos o civiles y actividades misioneras. El resultado tras tres siglos de colonización ibérica prueba esta tesis. España y Portugal fueron las primeras naciones en lanzarse a la aventura del Atlántico porque alrededor de 1500 eran las potencias más poderosas de Europa. Hacia 1800, sin embargo, hacía tiempo que ambas habían perdido esa posición. Con toda seguridad, los intercambios comerciales y las actividades coloniales constituían una parte muy pequeña del PIB de la península ibérica, por lo que la crisis económica de España y Portugal debió tener su origen en causas internas. De todos modos, la aportación económica de las colonias no podía paliar la crisis y puede que incluso contribuyera a su aparición. En cualquier caso, para el año 1800 España y Portugal se habían quedado muy rezagados respecto a la economía europea.

¿Estaban los holandeses mejor preparados que los españoles y los portugueses para lanzarse a la aventura del Atlántico? Durante la Edad Media habían desarrollado la mejor red de intercambios comerciales de Europa. Holanda realizaba la mayor parte de los intercambios comerciales con zonas cercanas, aunque algunos mercaderes holandeses enviaban barcos a lugares más alejados, como las zonas mediterráneas no europeas o Rusia. A diferencia de España y Portugal, Holanda se convirtió en la primera potencia comercial europea antes de introducirse en el comercio internacional.

A principios del siglo XVII, los Países Bajos se encontraban en una posición inigualable para asentarse en el Atlántico y beneficiarse de su economía. Pocos años después del fin de la tregua, que duró desde 1609 hasta 1621, comenzaron las luchas por el control de la mayor fuente de azúcar de Europa en el Nuevo Mundo. En este momento, Portugal empezaba a liderar el comercio transatlántico de esclavos en la costa africana. Setenta y cinco años después la preeminencia británica reemplazó a la holandesa en el Caribe y en el norte del Atlántico. ¿Por qué cambió esta trayectoria? ¿Qué falló? ¿Acaso los holandeses no supieron elegir la manera adecuada de explotar la economía del Atlántico? ¿O quizás invirtieron en las zonas que ofrecían menos beneficios seguros? ¿O tal vez llevaron a América instituciones que frenaron el crecimiento económico en vez de estimularlo?

A simple vista resulta complicado responder a estas preguntas. En lo que concierne al modelo de colonización, los holandeses habían evitado el modo español, que daba mucha importancia al asentamiento, invertía grandes cantidades de dinero en la América tropical, explotaba los yacimientos de metales preciosos y empleaba a los esclavos indios como mano de obra (una práctica

cada vez menos prometedora a finales del siglo xvii). Por el contrario, optaron por otro modelo que siguieron asimismo ingleses y franceses en los siglos xvii y xviii. Este modelo se centraba en los cultivos comerciales, como el café o el azúcar, y en el empleo masivo de mano de obra africana. Comenzaron a utilizar esta estrategia en la conquista de Brasil y de este modo Holanda se convirtió en la primera potencia del norte de Europa en controlar un complejo agrícola. Cuando los holandeses perdieron su colonia en Brasil conquistaron otra parte del continente sudamericano en la costa del Caribe. Tal vez Surinam, Essequibo y Berbice no eran islas como Barbados o Jamaica, pero reportaban los mismos beneficios: clima tropical, fácil acceso para las embarcaciones, vientos alisios para hacer funcionar los molinos y un buen suelo. Estos factores convertían a esta zona en un lugar idóneo para el cultivo de la caña de azúcar. En las plantaciones de las colonias holandesas, el suelo fértil a veces estaba situado por debajo del nivel del mar, por lo que era necesario realizar inversiones para fines poco habituales, como construir diques y canales y prevenir obstrucciones con sedimentos, entre otras cosas. Por otra parte, en las plantaciones situadas cerca de aguas con muchas mareas se podían aprovechar las subidas y bajadas de estas mareas para hacer funcionar los ingenios de azúcar. En resumen, no parece que los beneficios que ofrecían las plantaciones de las colonias holandesas fueran muy diferentes de los de las plantaciones del resto de colonias.

Hacía falta mano de obra para la explotación del suelo. Por eso, durante la primera mitad del siglo xvii los holandeses obtuvieron gran experiencia en el comercio transatlántico de esclavos, con muchos contactos comerciales en la costa africana. A diferencia de los portugueses y los españoles, no emplearon mano de obra amerindia, que en cualquier caso había disminuido considerablemente cuando los holandeses llegaron al Nuevo Mundo. De hecho, Holanda fue la primera nación del norte de Europa occidental en imitar a los portugueses y llevar un gran número de esclavos negros a sus plantaciones. Durante la primera mitad del siglo xvii llegó incluso a abastecer con esclavos a los españoles, ingleses y franceses (estos dos últimos se enfrentaban al mismo problema de falta de mano de obra). Esto indica que el comercio de esclavos de los holandeses era más productivo, o por lo menos tan productivo como el del resto de naciones que ocupaban el Atlántico. Puede que la situación cambiara durante la segunda mitad del siglo xvii. Sin embargo, no hay razones para pensar que el crecimiento de las actividades holandesas en el Atlántico se viese entorpecido por un coste de los esclavos mayor que el que pagaban las naciones competidoras. En cuanto a las instituciones que los holandeses llevaron a América, la mayoría de los expertos las han considerado una muestra de modernidad en el Nuevo Mundo, menos desarrollado. Si, como dijo Eric Jones, Europa contaba con las mejores estructuras políticas del mundo para favorecer el crecimiento, en el

siglo xvii Holanda era para Europa lo que Europa era para el mundo⁸. Ninguna monarquía holandesa impuso políticas que beneficiasen a la dinastía más que a la economía. La estructura republicana aseguraba que se diese prioridad a las cuestiones mercantiles. El gobierno de Holanda, la más importante de las siete provincias que formaban los Países Bajos, estaba formado por representantes de las ciudades y los gobiernos locales generalmente contaban con miembros de las familias de comerciantes de la ciudad.

Las instituciones económicas de Holanda parecían estar preparadas para promover la creación de una economía holandesa en el Atlántico. El establecimiento de plantaciones y la organización de los viajes al otro lado del océano requerían mayores desembolsos de dinero y presentaban más riesgos que la mayor parte de las actividades llevadas a cabo en Europa. Pero parecía que las instituciones que los holandeses habían desarrollado podían cubrir estas necesidades, como por ejemplo, distribuir el dinero desembolsado en barcos y cargas entre una gran cantidad de participantes, fundar sociedades limitadas con gran número de accionistas, obtener préstamos a intereses muy bajos y asegurar los riesgos marítimos frente a primas razonables. Debido a la gran eficacia de su marina mercante, Holanda se había convertido en la primera potencia comercial de Europa al final del siglo xvi. Esto proporcionó una base sólida para expandirse por el Atlántico y hacia 1620 los holandeses se encargaban del transporte de más de la mitad del azúcar producido en el Brasil portugués a Europa y distribuían los productos de la América española por el continente europeo.

Por otra parte, todos sabemos que los Países Bajos siempre han sido muy tolerantes en el tema religioso. Tras la Reforma, las instituciones religiosas de los Países Bajos se adaptaron a la diversidad religiosa más rápidamente que el resto de Europa. Aunque el Calvinismo era la religión dominante, se permitía el culto a otras religiones, si bien sus miembros no podían pertenecer al gobierno. En ningún momento histórico se persiguió a nadie en Holanda por motivos religiosos. Al contrario, muchos refugiados políticos y religiosos llegaron a los Países Bajos con sus familias, su capital y sus contactos internacionales. Entre estos refugiados destacan los judíos portugueses, los *crístãos novos* (cristianos nuevos) y los hugonotes.

⁸ JONES, E. *The European Miracle: Environments, Economies and Geopolitics in the History of Europe and Asia*. 2.^a ed. Cambridge: University Press, 1987.

BRASIL Y EL ATLÁNTICO HOLANDÉS

En vista de las muchas ventajas económicas e institucionales, parece extraño que los holandeses perdieran en el Atlántico a pesar de que alrededor del año 1600, de todas las naciones comerciantes, la holandesa parecía estar en la mejor posición para competir con los demás. Esta paradoja parece indicar que la razón de la decadencia de los holandeses debe situarse en el mundo de las políticas de poder, donde las naciones pequeñas estaban condenadas a perder. La actividad económica y colonizadora de Holanda podría haber crecido hasta alcanzar la de otras naciones, de no ser por la traición de los *moradores* portugueses en el Brasil holandés, por la conquista inglesa de Nuevos Países Bajos y por los gobiernos inglés y francés, que en este momento habían establecido de forma sistemática una serie de leyes proteccionistas y mercantilistas que excluían a los holandeses del envío de mercancías y de las relaciones comerciales. Los holandeses no podían ganar en un Atlántico cerrado.

Esta explicación tradicional debe ser analizada con atención. En el caso del Brasil holandés, hay razones de peso para suponer que sin esa colonia, el Atlántico holandés no hubiera cambiado mucho. ¿Qué habría ocurrido en el caso de que los holandeses no hubieran decidido conquistar parte de Brasil, sino que se hubieran centrado en el Caribe, al igual que habían hecho Inglaterra y Francia? La mayoría de los historiadores están de acuerdo en que la conquista de parte de Brasil llevó a la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales a la quiebra y obligó a los holandeses a explotar el Atlántico sin invertir grandes cantidades en conquistas ni en violencia. De forma implícita, también suponen que sin las consecuencias desastrosas de la «aventura» brasileña, los holandeses podrían haber utilizado sus barcos, sus hombres y su capital de forma mucho más provechosa en cualquier otro lugar del Atlántico⁹.

Sin el peso que suponía el Brasil holandés, habría habido más dinero disponible para administrar y defender la colonia holandesa de América del Norte.

Sin embargo, no se sabe si una presencia más constante en América del Norte habría cambiado el destino de Holanda en el Atlántico. Los Nuevos Países Bajos no era una colonia rentable y cerca de la mitad de sus colonos provenían de fuera de los Países Bajos. Durante sus últimos años de existencia, había un gran flujo de colonos procedentes de las colonias inglesas de los alrededores y hay pocos motivos para suponer que la colonia habría ofrecido más oportunidades para llevar a cabo inversiones rentables. Antes o después, los Nuevos

⁹ DEN HEIJER, H. «The Dutch West India Company, 1621-1791». En POSTMA, J. y ENTHOVEN, V. *Riches from Atlantic Commerce. Dutch Transatlantic Trade and Shipping, 1585-1817*. Leiden, Boston: Brill, 2003, pp. 97-100.

Países Bajos habrían sido conquistados o comprados por los británicos y americanos, al igual que el Canadá francés, Luisiana y las colonias españolas de América del Norte.

Fue en el Caribe donde los holandeses habrían podido desempeñar un papel más importante en el supuesto de que las inversiones en hombres, barcos, plantaciones, gobierno y defensa del Brasil holandés hubieran estado a su disposición. Seguramente, el haber conquistado solamente un número reducido de islas pequeñas del Caribe durante el período 1625-1650, preparadas sólo para funcionar como puertos de tránsito y no para plantaciones agrícolas, estaba directamente ligado al hecho de que la mayoría de los recursos holandeses en el Atlántico estaban siendo utilizados para la conquista y defensa del Brasil holandés. Durante la primera mitad del siglo XVII, el Caribe era considerado como una región comercial. En el grandioso diseño de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, la producción estaba probablemente limitada al Brasil holandés (productos tropicales) y a América del Norte (tabaco y grano)¹⁰.

Sin Brasil, los holandeses podrían haber seguido el ritmo de la expansión de Francia e Inglaterra en el Caribe. Entre 1625 y 1675, británicos y franceses se adentraron en el Caribe español de forma considerable y tomaron Barbados (1625), Jamaica (1655), Guadalupe (1635) y Martinica (1639), además de varias islas de menor tamaño. Los holandeses podrían haber realizado conquistas similares como Puerto Rico, Santo Domingo y Trinidad, por nombrar sólo algunas. En realidad, la ocupación holandesa de Puerto Rico y Tobago no duró mucho tiempo.

Sin embargo, al igual que con América del Norte, aunque hubieran seguido un rumbo diferente en el Caribe, probablemente apenas habría influido en la producción y en el comercio de azúcar del Atlántico. Todas las colonias del Caribe tardaron décadas en desarrollar una industria azucarera. Ni siquiera el transporte holandés habría aumentado sus proporciones, ya que el volumen de comercio holandés en el Atlántico dependía sólo en parte de la posesión de colonias holandesas. Las embarcaciones holandesas habían navegado hasta el Brasil portugués antes de que hubiese tenido lugar la conquista holandesa o la colonización española, británica o francesa del Caribe. Si los holandeses hubieran seguido el ejemplo inglés o francés, parece poco probable que hubieran conseguido aumentar la riqueza de sus colonias a más velocidad que sus competidores.

Veamos primero el tema de la producción y el transporte de azúcar. Teniendo en cuenta que los holandeses conquistaron parte de Brasil con el propósito específico de conseguir azúcar, no hay razones para esperar que una

¹⁰ BOOGAART, E. van den. «De Nederlandse expansie in het Atlantische gebied, 1590-1674». En BOOGAART, E. van den, *et al. Overzee. Nederlandse koloniale geschiedenis, 1590-1975*. Haarlem: Fibula-Van Dishoeck, 1982, pp. 113-115.

política diferente hubiera tenido como consecuencia una reducción en la cantidad de azúcar que llegaba a los Países Bajos. En la práctica, probablemente hubiera ocurrido lo contrario. La cantidad de azúcar que se producía y transportaba desde la parte holandesa de Brasil era increíblemente reducida y sufría las serias consecuencias de la guerra entre holandeses y portugueses, además de los efectos de la competición de los exportadores hanseáticos y bálticos. Por tanto, la conquista de Pernambuco puede haber contribuido a reducir el flujo de azúcar que llegaba a los Países Bajos. Antes de la conquista, los holandeses habían sido capaces de desviar más de la mitad del cultivo anual de azúcar infiltrándose en el comercio y transportando la mercancía entre Portugal y Brasil. Con Pernambuco en manos holandesas, el centro de la producción brasileña de azúcar se desplazó hacia el sur, concretamente a Bahía. Al conquistar parte de Brasil, los holandeses parecían haber alcanzado, al menos a corto plazo, lo contrario de lo que en un principio esperaban conseguir¹¹.

Sin embargo, en realidad, hay razones para creer que los cambios en el comercio de azúcar holandés fueron menos drásticos. Es cierto que los holandeses estaban implicados en el transporte, el comercio y la financiación del azúcar brasileño durante la tregua con España (1609-1621), pero lo hicieron junto con compañeros de negocios portugueses o con *cristãos novos* y judíos sefardíes emigrantes. Además, antes del comienzo de la tregua en 1609, los barcos ingleses y franceses constituían la mayoría de los barcos extranjeros en los puertos de Lisboa y Oporto y transportaban el 90% del azúcar exportado a puertos ingleses y franceses. Tras 1609, la parte holandesa en la re-exportación de azúcar portugués pudo haber aumentado, pero Inglaterra seguía siendo un comprador importante y Hamburgo pasó a sustituir a Francia como principal comprador de azúcar brasileño en puertos portugueses. La mayor parte del azúcar que llegaba a los Países Bajos procedente de Portugal se transportaba como mercancía de retorno en barcos que traían grano del mar Báltico. Cuando los barcos holandeses navegaban hasta Brasil, normalmente regresaban por Lisboa y no iban directamente a los Países Bajos. Antes y después de la tregua (1609-1621) el comercio de azúcar y el de sal se vieron negativamente afectados por varios embargos españoles contra el transporte holandés. Todos estos hechos parecen indicar que la parte holandesa en el comercio de azúcar antes de 1621 era limitada y estaba sujeta a cambios drásticos de volumen¹².

¹¹ SCHWARTZ, S. B. *Sugar Plantations in the Formation of Brazilian Society. Bahia, 1550-1845*, (tabla 7-2). Cambridge: University Press, 1985, p. 168.

¹² EBERT, C. «Dutch trade with Brazil before the Dutch West India Company, 1587-1621». En POSTMA, J. y ENTHOVEN, V. (eds.). *Op. cit.*, pp. 49-75. COSTA, L. F. *O transporte no Atlântico e a Companhia Geral do Comércio do Brasil (1580-1663)*. Lisboa: CNCDP, vol. I, 2002, p. 125 (Cuadro IX, a y b) y p. 149 (Cuadro XIII, a y b).

Teniendo en cuenta que hay razones para suponer que el volumen de comercio de azúcar holandés antes de 1621 puede haber sido exagerado, existen razones similares que indican que la guerra y la conquista de Pernambuco tuvieron solamente un impacto limitado en las importaciones azucareras que llegaban a Holanda. Primero, durante los pocos años de paz relativa, Pernambuco, en efecto, exportaba azúcar directamente a Amsterdam, pero hay razones para creer que la producción azucarera en la zona portuguesa de Bahía aumentó y algo de este azúcar «enemigo» era transportado de manera tradicional a Portugal en barcos holandeses y éstos continuaron trayendo azúcar y sal de Portugal a pesar de las hostilidades entre portugueses y holandeses en el resto del Atlántico¹³. En 1647, fueron reexportadas 1.851 *caixas* desde Oporto hasta Inglaterra, 1.035 a Hamburgo y 592 a los Países Bajos¹⁴.

¿Hubiera cambiado mucho este escenario en el caso de que los holandeses hubieran conquistado alguna de las grandes islas caribeñas? Parece poco probable. Debemos tener en cuenta que tras haber sido conquistadas, las islas inglesas y francesas se convirtieron primero en colonias. El cultivo más exportado era el tabaco, y no el azúcar, y las islas inglesas tardaron veinte o treinta años en empezar a producir azúcar, mientras que la transición en las islas francesas llevó aún más tiempo. Los holandeses sólo habrían podido desempeñar un papel más destacado en el Atlántico si hubiesen utilizado sus posesiones en el Caribe para cultivar azúcar bastante antes de que los ingleses y franceses empezasen a cultivar la caña, suponiendo que la producción hubiera sido más abundante que la del Brasil holandés. Para esto, los holandeses habrían necesitado los conocimientos técnicos, la mano de obra y el capital requeridos para establecer plantaciones de altos costes y de mucho trabajo destinadas a la producción de caña de azúcar.

El desarrollo del Brasil holandés muestra que la transmisión de tecnologías para el cultivo y el procesamiento de la caña de azúcar no era algo muy complicado. Parece lógico esperar que los colonos portugueses o los judíos sefardíes de Brasil hayan podido introducir las tecnologías necesarias para el cultivo y procesamiento de la caña de azúcar en las islas holandesas alrededor de 1630, como de hecho hicieron en Barbados durante la década de 1640.

Habría sido mucho más difícil conseguir mano de obra. Había muy pocos holandeses que quisieran instalarse al otro lado del océano, y, aún menos en áreas tropicales. En los Países Bajos la mano de obra migratoria (mucho importada de los países vecinos) se utilizaba para la marina mercantil y para la armada.

¹³ EBERT, C. *Op. cit.*, pp. 74-75.

¹⁴ COSTA, L. F. *Op. cit.*, p. 149 (Cuadro XIII, a).

La Compañía Holandesa de las Indias Orientales empleaba alrededor de un millón de hombres en sus barcos entre los años 1600 y 1800. Los empresarios privados del Nuevo Mundo se vieron incapaces de competir contra la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales. La historia del Brasil holandés es prueba de ello. Durante el apogeo de esta colonia, el número de inmigrantes temporales o permanentes procedentes de los Países Bajos alcanzaba la cifra aproximada de diez mil soldados y unos tres mil civiles, pero sólo unos pocos se convirtieron en colonos y probablemente ninguno llegó a trabajar en los campos. El número de colonos holandeses en las demás zonas del Atlántico tropical era muy reducido: la mayoría de los europeos que se encontraban en las Antillas holandesas y en los fuertes holandeses a lo largo de la costa africana no eran colonos, sino que eran sirvientes y soldados al servicio de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales¹⁵.

En Inglaterra había una gran tendencia a emigrar a destinos que se hallaban tanto dentro como fuera de las islas británicas. Durante un corto período de tiempo, incluso el Caribe se convirtió en el destino más común del Atlántico inglés, convirtiendo la isla de Barbados en la zona con mayor densidad de población de las Américas. Una parte considerable de la emigración inglesa al Caribe la constituían siervos obligados a trabajar durante un determinado período de tiempo. Su número aumentó debido a la migración forzada de colonos leales a la corona británica y de prisioneros de guerra irlandeses. En ninguna otra época de la historia de la República Holandesa hubo grupos similares disponibles para prestar servicios al otro lado del Atlántico. Había algunos siervos holandeses sometidos a contrato, que fueron a la colonia holandesa de América del Norte, pero ningún sirviente iría al Caribe holandés. Además, a los delincuentes holandeses y a los prisioneros de guerra no se les enviaba al otro lado del océano. Si hubiesen podido establecer plantaciones de azúcar, las primeras posesiones holandesas en el Caribe habrían sufrido las consecuencias de una gran escasez de mano de obra europea¹⁶.

Frente a esta suposición, se podría sostener que entre los europeos del noroeste, los holandeses tenían una clara ventaja: el Brasil holandés había demostrado que hasta el año 1660 podía organizar la importación de esclavos africanos de forma más efectiva que los ingleses o los franceses. En lugar de depender de los trabajadores forzados y obligados a trabajar durante un determinado período de tiempo procedentes de Europa, los holandeses podrían haber

¹⁵ VAN DEN BOOGAART, E. *Op. cit.*, pp. 123-124.

¹⁶ WATTS, D. *The West Indies. Patterns of Development, Culture and Environmental Change since 1492*. Cambridge: University Press, 1987, p. 214. WATTS, D. *Las indias occidentales. Modalidades de desarrollo, cultura y cambio medioambiental desde 1492*. Madrid: Alianza, 1992.

gestionado sus posesiones caribeñas sin mano de obra europea y podrían haber cambiado a la producción de azúcar combinándola con la mano de obra esclava justo después de la conquista. Sin embargo, esto plantea la duda de por qué los ingleses y franceses no siguieron este camino. ¿Por qué sus colonias no se especializaron en la producción de azúcar desde el principio?

La introducción de mano de obra esclava en el Caribe puede haber sido diferente a partir de su introducción en Brasil. Allí había dinero para comprar esclavos. El poder adquisitivo de los colonos portugueses se explicaba por el hecho de que Brasil era el único productor de azúcar en el Atlántico. El dinero procedente de la venta de azúcar sin refinar fue lo que permitió a los colonos de Brasil comprar y utilizar esclavos africanos durante el mismo período (1625-1650), en un momento en que los colonos dueños de las plantaciones de tabaco en el Caribe francés e inglés dependían de mano de obra procedente de Europa, forzada u obligada a trabajar durante un determinado período de tiempo. De manera similar, los colonos que se encontraban en las islas caribeñas españolas no podían permitirse comprar esclavos africanos en grandes cantidades solamente con cultivos mixtos, a pesar de que el sistema de mano de obra según el cual se trabajaba por un período de tiempo determinado ni siquiera estaba disponible en España ni en Hispanoamérica.

Para importar esclavos de África, los colonos del Caribe necesitaban dinero y pasaron unas cuantas décadas hasta que algunos ahorraron el capital suficiente como para poder permitirse comprar esclavos. Además, también fueron necesarias varias décadas para que se redujese el índice de mortalidad en las colonias tropicales. Sólo un índice de mortalidad más bajo podía hacer más viable la importación de esclavos, ya que los esclavos eran caros y cuando sólo tenían unos pocos años de vida el precio de compra no compensaba su trabajo, aun si el precio del azúcar también era elevado. Estos impedimentos hicieron que fuese bastante improbable que los holandeses hubieran conseguido crear, antes de la década de 1650, un segundo Brasil en el Caribe que pudiese haber producido azúcar en mayores cantidades y más barato que el Brasil holandés¹⁷.

¹⁷ WATTS, D. *Op. cit.*, pp. 214-216. McCUSKER, J. J. y MENARD, R. R., explican la lenta transición hacia el azúcar en la isla de Barbados en *The Sugar Industry in the Seventeenth Century. A New Perspective on the Barbadian «Sugar Revolution»*. En SCHWARTZ, S. B. *Tropical Babels. Sugar and the Making of the Atlantic World, 1450-1680*. Chapel Hill, London: University of North Carolina Press, 2004, pp. 289-330.

CONCLUSIÓN

La conquista holandesa de una parte del Brasil portugués ha sido etiquetada como el mayor error de cálculo en la historia de los holandeses en el Atlántico. Tras la pérdida de la colonia en 1654, los holandeses prácticamente habían perdido en el Atlántico. Ya no había dinero suficiente para defender la colonia en la América del Norte continental ni para conquistar ni defender una serie de colonias situadas en la zona central del Caribe. La Compañía Holandesa de las Indias Occidentales entró en quiebra a causa de la «aventura brasileña» y la compañía sucesora nunca consiguió igualar las actividades atlánticas de sus competidores.

Esta aportación explora el supuesto de que en lugar de conquistar parte del Brasil portugués, los holandeses habrían tomado posesión de colonias de tamaño considerable en el Caribe, al igual que habían hecho los ingleses y franceses. Al analizar el suministro de mano de obra y de capital durante el período 1630-1650, parece evidente que tales colonias caribeñas no podrían haber producido azúcar, y exportaron tabaco en su lugar, un tipo de cultivo bastante menos rentable. Incluso esto parece dudoso en el caso de Holanda, ya que la mayoría de las plantaciones de tabaco en el Caribe inglés y francés utilizaban mano de obra forzada, obligada a trabajar durante un determinado período de tiempo y procedente de Europa, mientras que este tipo de trabajo migratorio no estaba disponible en los Países Bajos. Esto nos lleva a la conclusión de que durante la primera mitad del siglo xvii los holandeses no tenían otra alternativa que conquistar Brasil.

Los directores de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales no habían cometido un error táctico. Estaban en lo cierto al suponer que una implicación directa en la producción de azúcar sólo podría alcanzarse conquistando una parte o la totalidad del Brasil portugués. Debieron haberse dado cuenta de que pasarían décadas hasta que el Caribe pudiese convertirse en un segundo Brasil. En eso los holandeses no calcularon mal. Se equivocaron, sin embargo, al suponer que la conquista, la administración y la defensa de Brasil podría lograrse con un número relativamente reducido de soldados y administradores y que la producción de caña de azúcar apenas sufriría las consecuencias del cambio de régimen. Es un consuelo que dichos errores se cometan una y otra vez, incluso hoy en día.

Las dos guerras de Pernambuco. La armada del conde da Torre y la crisis del Portugal hispánico (1638-1641)

RAFAEL VALLADARES

CSIC-UCLM

LA DESMESURA cobrada por la historiografía del Brasil que apellidamos *holandés* supone uno de los mayores atractivos —y un problema no menor— a la hora de establecer unas pautas con las que diseccionar las interpretaciones tan disímiles como sugerentes surgidas al respecto¹. No hay duda de que para quienes protagonizaron aquellos hechos y para sus descendientes la guerra vivida en la capitanía de Pernambuco entre 1630 y 1654 representó (casi hasta hoy) una ocasión inmejorable para construir un cuerpo de memoria escrita y ritualizada al servicio de unos intereses políticos indisimulados. A aquellas élites coloniales, primeras fabricantes de una gloria primordialmente regional o pernambucana, sucedieron otras de carácter post-colonial, preocupadas por la

¹ Véanse las obras de RODRIGUES, J. H. *Historiografia e Bibliografia do dominio holandês no Brasil*. Río de Janeiro, 1949; e *História da História do Brasil. 1.ª Parte: Historiografia colonial*. São Paulo: Departamento de Imprensa Nacional, 1974, a las que pueden añadirse los instrumentos siguientes: MORAES, R. B. de. *Bibliographia Brasiliana. Rare books about Brazil Publisher from 1504 to 1900 and works by Brazilian authors of the Colonial period*. Río de Janeiro: Livraria Kosmos Editôra, 2 vols., 1983; GONSALVES DE MELLO, J. A. *Fontes para a História do Brasil Holandês*. Recife: SPHAN, 1985, y GALINDO, M. y HULSMAN, L. *Guía de fontes para a história do Brasil holandês*. Recife: Massangana, 2001.

forja de una nación no del todo existente, que extendieron la gesta de los moradores de la Nova Lusitania, nombre con el que también se conocía a Pernambuco, a las demás capitanías del *Estado do Brasil*, de resultas de lo cual se deducía que la identidad brasileña había nacido de la guerra contra el invasor extranjero en la primera mitad del siglo xvii. La reacción más sólida a este legado historiográfico vino en los últimos decenios de la mano de Evaldo Cabral de Mello, un historiador excepcional (y pernambucano) cuya obra ha inquirido sistemática y ordenadamente en todos los ámbitos del conflicto ventilado en el nordeste brasileño. Impulsor de un vocabulario refinado y preciso, su llamada contra el anacronismo ha pasado, entre otras cosas, por referirse a los antiguos habitantes de Pernambuco (y, en general, a los de la tierra de Santa Cruz) como «colonos luso-brasileiros», y presentarlos como portadores de una conciencia política en la que difícilmente podían dissociarse un componente portugués de otro local o regional y, menos aún, sólo brasileño, cuando lo realmente dominante era una amalgama de identidades superpuestas e intereses mudables sometidos las más de las veces a cambios imprevisibles².

Sin embargo, estos avances no han cancelado la numerosa prole de interrogantes que una guerra como aquella obliga a plantear, empezando por sus fuentes, todas tan interesadas³. Puesto que el conflicto pernambucano ha servido de catalizador para los diferentes legados historiográficos generados por las élites antes referidas —lo que ya debería levantar sospecha—, es imposible desde el rigor de hoy obviar las cuatro variables que, como mínimo, han trenzado las respectivas argumentaciones: la colonial, que contempla la guerra como obra de unos europeos (lusos y holandeses) que sólo subsidiariamente implicaron a la población amerindia y afroamericana; la racial, centrada en las tensiones que la guerra no causó, sino que agravó entre las etnias ya aludidas que militaron, por aquiescencia o por fuerza, dentro de cada bando; la política, explicitadora del juego de alianzas y facciones que movilizó a los grupos y familias implicados en la guerra bajo la cobertura de un enfrentamiento entre Portugal y las Provincias

² MELLO, E. Cabral de. *Olinda Restaurada. Guerra e açúcar no Nordeste, 1630-1654*. São Paulo, 1975; segunda edición, corregida y aumentada, Río de Janeiro: Topbooks, 1998; *Rubro Veio. O imaginário da restauração pernambucana*. Río de Janeiro: Nova Fronteira, 1986; *O negócio do Brasil. Portugal, os Países Baixos e o Nordeste (1641-1669)*. Lisboa: CNCDP, 2001; y la recopilación de artículos *Um imenso Portugal. História e historiografia*. São Paulo: Editora 34, 2002, del que cabe destacar *Fabricando a nação*, en especial pp. 21-22.

³ Nos referimos, claro está, a los principales relatos coetáneos, a saber: COELHO, D. de Albuquerque. *Memorias diarias de la guerra del Brasil*. Madrid, 1654, (llega hasta 1638); FREYRE, F. de Brito. *Nova Lusitânia. História da guerra brasileira*. Lisboa, 1675 (llega hasta 1637); JESUS, R. de, frei. *Castrioto lusitano*. Lisboa, 1679; SALVADOR, M. Calado do, frei. *O valeroso Lucideno e triunfo da liberdade*. Lisboa, 1648 (cubre hasta 1646); SANTIAGO, D. Lopes de. *História da Guerra de Pernambuco*. Recife, 1875 (manuscrito original de 1660-1670, llega hasta 1654).

Unidas; y, por último, la confesional, aquélla que dilucidó la presencia bátava en Pernambuco como una batalla entre católicos y protestantes —entre católicos portugueses y calvinistas holandeses, se entiende—, y entre católicos y judíos —o sea, los hebreos asentados en Pernambuco al calor de la tolerancia holandesa—. A esto añádase que la herencia historiográfica también ha sido endiabladamente generosa en lo que respecta a la creación de nombres con los que referirse a la guerra. De la época han quedado denominaciones tales como *guerra lenta*, *guerra brasílica*, *guerra da Restauração* o *guerra de liberación divina*, siendo más del siglo xx la expresión *guerra de resistencia*, que vendría a querer sustituir a las dos primeras⁴. Algunos de estos términos nacieron para caracterizar un capítulo de la guerra de acuerdo a la táctica supuesta o realmente dominante, como los casos de la «guerra lenta», o de repliegue ante el holandés, que habría discurrido entre 1630 y 1637, y de la «guerra brasílica» —o «guerra volante»—, que aludía a los ataques por sorpresa lanzados contra los bátavos al estilo de las emboscadas indígenas. Otros, en cambio, como «guerra de restauración» o «de liberación divina», buscaron dotar al conflicto de un objetivo dinástico y religioso que lo legitimara por encima de los intereses locales y personales que indudablemente lo atravesaron y que, en ocasiones, se dejaron sentir de forma un tanto embarazosa. Así, recordar que la nueva dinastía Bragança amparaba la lucha de sus vasallos brasileños y ello venía a significar la negativa de la corona —ayudada en este caso de otros poderes— a que el previsible triunfo de la empresa recayera casi exclusivamente en la familia Coelho, los históricos donatarios de la capitania pernambucana dispuestos siempre a frenar la intromisión regia en su feudo tropical.

Obviamente, tantas denominaciones para una sola guerra confunden al historiador que pretende definir aquellos años de violencia desde la simplificación, en la medida en que todas estas expresiones transparentan diversas estrategias que, convergentes o no, hilaron su particular visión de lo sucedido. Tal vez por ello la denominación de «guerra de Pernambuco», ya presente en el siglo xvii, resulte la menos tendenciosa y la más neutra para referirse a los distintos procesos que terminaron por integrarse en aquel fenómeno bélico que atravesó el nordeste brasileño y que, como tantos acontecimientos tangentes a la Monarquía Hispánica, careció de una cronología ceñida al calendario. Porque la guerra brasileña ni empezó en 1630 ni concluyó en 1654, aunque fue en estos años

⁴ MELLO, E. Cabral de. *Olinda Restaurada*, p. 15. La última expresión no deja de tener resonancias de las guerras ligadas a algunos procesos de descolonización en el siglo xx. Por lo demás, toda guerra implica una *resistencia* por parte de los contendientes al margen de quien lleve la iniciativa, lo que tampoco invita a su uso, salvo en contextos muy bien clarificados, pues de lo contrario el calificativo se convierte en un epíteto.

cuando más nítidamente se perfiló. Bien mirado, la guerra de Pernambuco consistió en la historia de cómo unos europeos trataron de imponerse a otros en América y de cómo y por qué fracasaron. Es la historia también de unos colonos colonizados, al menos por un tiempo, y que cuando optaron por rechazar la misma situación que ellos habían impuesto a otras culturas, se hallaron durante los primeros años casi desprovistos del amparo de una corona que, pese a la distancia y los desencuentros, sin duda necesitaban. Por último, es también la historia de cómo un territorio apenas intervenido desde su ocupación por la realeza de los Avis, se vio afectado, a partir de 1580, por el autoritarismo creciente de los Austrias y, desde 1630, sacudido por la superposición de un agente infinitamente más extraño y perturbador que la estructura imperial hispánica: el holandés. Dadas estas variables se comprende que el régimen de Olivares naufragara en la propia guerra de Pernambuco y a la vez, de forma paralela, en otra contienda originada por la descomposición del régimen filipino en Portugal. El objetivo de estas páginas consiste en verificar hasta qué punto las tensiones políticas vividas aquellos años entre Madrid y Lisboa abarcaron también el atlántico luso, hasta el punto de conformar un mismo espacio de crisis donde la geografía, la lucha entre facciones y los ritmos del conflicto fundieron los dominios de ultramar con su metrópolis.

I

La primera de estas dos guerras se resume en un conjunto de acontecimientos harto conocidos. Tras la ocupación de la ciudad de Olinda y su puerto, Recife, en marzo de 1630 por la armada de la Compañía de las Indias Occidentales, la primera decisión del gobierno de Felipe IV consistió en recuperarla de inmediato, de igual modo que se había procedido en 1625 respecto de Bahía, tomada por los holandeses el año anterior⁵. Pero las dificultades en Europa impidieron ahora reaccionar con idéntica rapidez. En septiembre de 1631 se optó por el envío de tropas portuguesas, napolitanas y castellanas en una armada de auxilio comandada por el experto almirante guipuzcoano don Antonio de Oquendo, inaugurando así el goteo de asistencias procedentes de una metrópolis más preocupada por contener el avance bávaro tierra adentro que en su expulsión. En septiembre de 1635 se repitió una operación similar bajo la dirección de don Lope de Hoces y Córdoba, quien, tras partir de Lisboa con una flota conjunta luso-castellana, culminó con el aporte en Bahía de dos mil

⁵ SCHWARTZ, S. B. «The Voyage of the Vassals: Royal Power, Noble Obligations, and Merchant Capital before the Portuguese Restoration of the Independence, 1624-1640». *American Historical Review*, 96, 1991, pp. 735-762.

quinientos hombres, nuevamente repartidos entre las naciones portuguesa, italiana y castellana. En 1634 el coste de la armada destinada a la reconquista de Pernambuco se estimó en un millón de escudos, cifra más que abultada que la ruptura de hostilidades con Francia al año siguiente se ocupó de considerar inviable. Fue la guerra con Luis XIII desde 1635 y su alianza con las Provincias Unidas el factor clave que retrasó la empresa del Brasil, al centrar Madrid sus esfuerzos en la preparación de una armada dirigida a doblegar de un solo golpe la potencia marítima holandesa en Europa.

De resultas, entre 1636 y 1637 Lisboa fue el escenario donde con relativa lentitud y en medio de resistencias políticas y fiscales de todo tipo se reunió la armada que debía partir hacia Bahía bajo el mando de don Fernando Mascarenhas, I conde da Torre, en calidad de «gobernador y capitán general del Estado de Brasil y del ejército de mar y tierra de la restauración de Pernambuco», como rezaban, no sin intención, los despachos reales. Pese a las dificultades señaladas, el 8 de septiembre de 1638 nada menos que ventitrés buques de la corona de Portugal lograron hacerse a la mar (aunque mal abastecidos de casi todo), mientras los quince pertenecientes a la de Castilla quedaban en Lisboa por su atraso en los preparativos. Da Torre hizo escala en Vila da Praia, isla de Santiago, ya en Cabo Verde, el 16 de octubre. La infección generalizada del agua que traían y los víveres embarcados desde hacía dos meses se cobraron centenares de víctimas. Entre los fallecidos en las islas (cuatrocientos setenta y cinco hombres) y los que murieron después de abandonarlas (cuatrocientos sesenta y cuatro pertenecientes a las naves de Portugal y ciento sesenta y cinco a las de Castilla), las pérdidas sumaron unos mil cien hombres, de ellos ochocientos veintinueve soldados y el resto marinería. También fue en Cabo Verde donde Mascarenhas recibió el 5 de noviembre la mejor abastecida flota castellana a cargo del almirante Francisco Dias Pimenta. La orden era dirigirse a Pernambuco. Ese mismo mes zarparon todos hacia el Brasil gobernados por Da Torre y, a la vista de Recife y tras obtener información de la superioridad holandesa, los mandos decidieron refugiarse en Bahía para recomponer la armada. Cuando ésta alcanzó Salvador el 17 de enero de 1639 hubo de permanecer allí diez meses entre labores de avituallamiento, reparación de naves, adaptación de barcos mercantes a fines militares (los hubo procedentes de las Azores, Río de Janeiro y Buenos Aires), descanso de la tripulación y nuevos alistamientos, hasta que el 19 de noviembre de 1639 partió con destino a Pernambuco una formación de ochenta y siete velas, entre españolas y portuguesas, con cerca de diez mil hombres.

La moral de Da Torre estaba ya minada, pues a las dificultades para organizar aquella fuerza se había sumado la noticia recién llegada de su próxima sustitución como gobernador del Brasil por don Jorge Mascarenhas, marqués de Montalvão. La causa era el descontento de Felipe IV con sus servicios. El plan

consistía en ocupar el puerto de Nazaré, en el cabo de San Agostinho, con la mitad de las tropas, mientras las fuerzas que ya operaban en el territorio, curtidas por años de hostigamiento al enemigo, debían avanzar desde el interior hacia el litoral para formar una tenaza que obligara a capitular a los holandeses. Se trataba, pues, de una alambicada maniobra, anfibia por un lado y terrestre por otro, que exigía una coordinación notable, una logística muy costosa y finalmente algo de buena suerte, lo que precisamente vino a faltar. El viento del sur y la intensidad de las corrientes obligaron a Da Torre a pasar de largo ante sus objetivos. Para cuando logró dar la vuelta, el holandés le esperaba cerca de la isla de Itamaracá con una formación de cuarenta y un buques y dos mil ochocientos hombres. Entre el 12 y el 17 de enero de 1640 tuvieron lugar ante el litoral pernambucano una serie de encuentros poco resolutivos pero, en todo caso, contrarios a los fines de la armada hispánica. Da Torre ordenó el regreso a Bahía con tan sólo haber logrado desembarcar entre mil trescientos y mil cuatrocientos soldados en el cabo de São Roque, ya en la zona de Rio Grande do Norte. Los buques castellanos se separaron para dirigirse a Cartagena de Indias y escoltar el tesoro americano a España. Dadas las condiciones navales de la época, el retorno a Bahía significaba la dispersión de la flota y su lenta pero segura condena a la inactividad. Sabido el resultado en Madrid, Felipe IV dispuso la preparación de una nueva armada, algo que, tras la severa derrota que había sufrido la expedición española en Las Dunas el 21 de octubre de 1639 ante los holandeses, equivalía a una mera expresión de voluntarismo. Esta vez no habría otro *Brasil restituído*, como aquél al que Lope de Vega había cantado en su célebre obra consagrada al triunfo bahiano de 1625⁶.

Sin embargo, lo más significativo de este episodio radicaba en que había intentado dar un giro —o algo parecido— a la ya mal afamada «guerra lenta». Por ello vale la pena ahondar en el entramado político de esta expresión y,

⁶ FERNÁNDEZ DURO, C. *Armada española*, 4. Madrid, 1899, pp. 132-134; BOXER, C. R. *The Dutch in Brazil, 1624-1654*. Oxford: Clarendon Press, 1957, pp. 89-94; PÉREZ DE TUDELA Y BUESO, J. *Sobre la defensa hispana del Brasil contra los holandeses (1624-1640)*. Madrid, 1974, pp. 20-26; MELLO, E. Cabral de. *Olinda restaurada*, p. 50; ALCALÁ-ZAMORA, J. y QUEIPO DE LLANO, J. *España, Flandes y el Mar del Norte (1618-1639)*. Barcelona: Planeta, 1975, p. 403; y ELLIOTT, J. H. *El Conde-Duque de Olivares*. Barcelona: Crítica, 1990, pp. 484 y 514. No todos los autores concuerdan con las cifras de buques: Boxer, por ejemplo, la aumenta hasta ciento treinta y tres, si bien diferencia entre setenta y seis de combate y otros cincuenta y siete de transporte, aunque algunos de ellos artillados. En cualquier caso, la formación resultaba imponente. La fuente directa más importante para el estudio de esta armada sigue siendo la recopilación documental que llevó a cabo el propio conde da Torre, al parecer para defenderse de las acusaciones de que fue objeto tras el fracaso de la empresa, por lo que debe emplearse con prevención. Ha sido editada recientemente por la Comissão Nacional para os Commemorações dos Descobrimentos Portugueses a cargo de SALVADO, J. P. y MÜNCH MIRANDA, S. *Cartas do 1 conde da Torre*, 3 vols. Lisboa: CNCDP, 2002. De ella hemos obtenido los datos de las pérdidas humanas en Cabo Verde (El conde da Torre a Felipe IV, 6/1/1639, v. 1, pp. 203-204).

correlativamente, de unas decisiones que deben entenderse como esencialmente políticas a la par que militares. De entrada, el dúo antinómico que es «guerra lenta» resuena con perplejidad en una literatura de tipo militar: si el término *guerra* se asocia por naturaleza al movimiento, a la actividad, al dinamismo y a la toma de iniciativas, el adjetivo *lento* parece un contrasentido que anula la carga semántica del sustantivo anterior. De ahí la intencionalidad política que se adivina en quienes acuñaron esta expresión, sólo o principalmente entendible en el contexto del doble escenario en que se desenvolvía el conflicto entre Madrid y La Haya: mientras la corona había otorgado prioridad a las operaciones en Europa —era aquí donde supuestamente tenía lugar la guerra propiamente dicha, esto es, una guerra *rápida* o de carácter ofensivo—, el frente brasileño había sido relegado a un segundo plano donde la guerra defensiva, o *lenta*, sojuzgaba la táctica. Sólo una prosa barroca —o sea, política— podía crear una expresión tan sutil donde el mero significante quedaba excedido por unos significados ingenuos sólo en la apariencia. De hecho, el objetivo miraba más allá, pues al individualizar y escindir la contienda brasileña del conflicto general hispano-holandés se quería dotar a la reivindicación pernambucana —que era en realidad la de la familia Coelho y sus clientes— de una legitimidad susceptible de compensaciones por parte de la corona. Tanto es así que ni siquiera la considerada como guerra ofensiva o prioritaria resultaba muy diferente de la calificada de lenta: en la Edad Moderna, la dilación era una característica de casi todos los conflictos, como irónicamente venía a ejemplificar el que se desarrollaba en los Países Bajos desde los años de Felipe II. Salvado, pues, el acento táctico —de innegable peso—, la guerra hispano-holandesa no resultaba ser más o menos lenta en ninguno de sus frentes, ni el europeo ni el americano. Antes bien, la inmediatez con la que se atendió a la reconquista de Bahía en 1625 y que parece que constituyó la referencia temporal usada para medir el ritmo de respuesta deseable al enemigo, suponía una excepción antes que la regla de los tiempos. El hecho de que en el intervalo de sólo un año, el que va del otoño de 1638 al de 1639, la Monarquía organizara las armadas de Oquendo y Da Torre destinadas al Canal de la Mancha y a Pernambuco, respectivamente, da cuenta de hasta qué punto el frente brasileño figuraba como el reverso de una misma moneda en cuyo anverso brillaba Flandes.

Pero al margen de cómo se adjetive, la guerra de Pernambuco supuso un capítulo de la unión hispano-portuguesa cuya forma táctica nació de sopesar las circunstancias en que se articulaban los grupos y poderes del propio Brasil, de la corona y del reino de Portugal. Todo indica que en la modalidad que adoptó la guerra, en cuanto esfuerzo bélico dosificado, las dos partes principalmente involucradas trataron de equilibrar sus intereses: si los de Madrid miraban a que los holandeses se desangraran en América y a involucrar, de paso, a las oligarquías

pernambucanas para obligarlas a costear parte de la guerra, los de los colonos tendían a rentabilizar su contribución (igualmente lenta) para cobrarse nuevas mercedes y, en todo caso, a evitar una intervención demasiado directa de la corona —como la de 1625— por temor a que sirviera de excusa para recortar el régimen donatario de los Coelho o incluso suprimirlo. Por tanto, hasta cierto punto y a pesar del riesgo que implicaba, la morosidad del conflicto podía resultar, si no siempre deseable por todos, sí beneficiosa para algunos, al menos ocasionalmente y dentro de una cultura política regulada por el viejo mecanismo del servicio a cambio de merced⁷.

Desde esta perspectiva, el «descaso» o desconsideración atribuido a los Felipes hacia el Brasil tiende a desdibujarse, máxime porque el argumento de un Brasil potencialmente riquísimo pero inatendido nació bajo los Avís, de quienes los Austrias lo heredaron⁸. La naturaleza «extranjera» de esta dinastía y los acontecimientos que se desencadenaron tras el fracaso de la expedición de 1640 —la rebelión bragancista de aquel año en Lisboa y la caída de Olivares en 1643— conspiraron para que la identificación entre el Conde-Duque y la guerra lenta lograra pasar de la historia a la historiografía bajo la acusación de un Madrid empeñado en enflaquecer a Portugal y a su imperio para mejor dominarlo. Al calor de la Restauración este discurso se convirtió en un nutriente invaluable del bragancismo, si bien su formulación más acabada halló la luz, paradójicamente, en la corte de Felipe IV. El mérito de que así fuera cupo a Duarte de Albuquerque Coelho, IV capitán donatario de Pernambuco. Como era de esperar, él y su hermano Matías se movilizaron en cuanto la invasión holandesa puso en peligro los recursos brasileños de la familia Coelho. Hay pocas dudas de que hasta 1635 ambos apoyaron la guerra lenta por temor a que una intervención real contundente desembocara en la expropiación de la capitania⁹. Sin embargo, las vías por las que los dos hermanos actuaron fueron diferentes y complementarias. Mientras Matías trató —sin éxito— de triunfar en el terreno militar, Duarte permaneció más atento a los entresijos políticos de Lisboa y

7 DUTRA, F. «Centralization vs. Donatario Privilege: Pernambuco, 1603-1630». En ALDEN, D. (ed.). *Colonial Roots of Modern Brazil*. Los Angeles: University of California Press, 1973, pp. 19-60 (Del mismo autor, la obra que no hemos podido consultar *Matias de Albuquerque: a Seventeenth Century Capitão-Mor of Pernambuco*. Ann Arbor, 1969. Tesis Doctoral inédita); FERLINI, V. L. AMARAL. «Resistência e acomodação: os Holandeses em Pernambuco (1630-1640)». En THOMAS, W. y GROOF, B. de (eds.). *Rebelión y Resistencia en el Mundo Hispánico del Siglo XVII*. Lovaina: Leuven University Press, 1992, pp. 227-249; y VALLADARES, R. «Opulencia y “guerra lenta”». Los Brasiles en el tiempo de los Austrias». En GONZÁLEZ, E.; MORENO, A. y SEVILLA, R. (eds.). *Reflexiones en torno a 500 años de historia de Brasil*. Madrid: Catriel, 2001, pp. 11-28.

⁸ MELLO, Evaldo Cabral de. *Um imenso Portugal*, pp. 33-34 y 63-64.

⁹ MELLO, Evaldo Cabral de. *Olinda Restaurada*, pp. 39-41.

Madrid, en un reparto de papeles tan inteligente como habitual en estos casos y del que cabe sospechar continuó después de 1640.

Casado Duarte con la hija de don Diogo de Castro, II conde de Basto, gobernador de Portugal varias veces entre 1621 y 1630 y virrey entre 1633 y 1634, el triángulo de intereses dibujado por la corona, los patricios de Portugal y la oligarquía pernambucana cobraba nitidez¹⁰. Con este supuesto equilibrio Felipe IV esperaba extraer de Portugal una «renta fija» de medio millón de cruzados anuales destinados a costear la defensa de su patrimonio luso¹¹. Más concretamente, es muy probable que la elección de Basto como *alter ego* real en Lisboa justo después de la invasión de Pernambuco tuviera que ver con el interés de Madrid por hacer que desde la metrópolis lusa se diera el suficiente calor a la restauración brasileña. A fin de cuentas, se trataba ahora de que el suegro del donatario de Pernambuco asistiera a su yerno con todos los instrumentos que el virreinato ponía en sus manos, desde la organización de la armada en Lisboa, pasando por el reclutamiento de soldados y el suministro de víveres (operaciones, si se quería, altamente lucrativas), sin olvidar, claro es, la ejecución de una política fiscal al alza que ocasionó infinitos motines que, igualmente, al virrey tocó apaciguar. Como práctica habitual de la época, este tipo de nombramientos que ligaban los cargos con la sangre miraba a crear nichos de complicidad familiar para que tuvieran reflejo en el plano político, en el sentido de obligar lealtades y engrasar la cadena del mando ejecutivo. Ya en 1630, ejerciendo Basto el gobierno de Portugal en solitario, se había negado ante su Consejo de Estado en Lisboa a trasladar fuerzas desde Ceará a Maranhão, bajo el argumento de que «recuperando Pernambuco se verá después lo que se hará en esto»¹². Parecía obvio que al involucrar al núcleo Basto-Coelho en una empresa que acababa por confundir los objetivos de la corona con los de la propia familia donatarial, se presumía un allanamiento de obstáculos cuya resolución, también, incumbía antes al gobierno virreinal que al propio Felipe IV. De este modo se resguardaba la imagen —todavía no excesivamente erosionada— del equipo del Conde-Duque y, más directamente, se trataba de incorporar a aquél nuevos miembros.

La insatisfacción de Madrid con Basto llevó a relevarlo por Margarita de Mantua a fines de 1634. Ni su flamante título de virrey ni sus vínculos familiares con Brasil habían servido para superar las reticencias de la facción de los

¹⁰ Sobre Basto, véase VALLADARES, R. *Epistolario de Olivares y el conde de Basto (Portugal, 1637-1638)*. Badajoz: Diputación Provincial de Badajoz, 1998, pp. 38-39.

¹¹ HESPANHA, A. M. «Portugal y la política de Olivares. Ensayo de análisis estructural». En ELLIOTT, J. H. y GARCÍA SANZ, A. *La España del Conde-Duque de Olivares*. Valladolid: Ámbito, 1987, pp. 619-651.

¹² Consulta del Consejo de Estado, Lisboa, 12/XI/1630. Recogida en *Anais da Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro*, 26, 1904, pp. 349-353. El regidor Ruy da Silva votó en contra de este parecer.

«populares», aquellos que, como el propio Basto, pensaban que la marea autoritaria madrileña no se detendría hasta acabar con el rentable papel de mediadora que la nobleza de Portugal ejercía entre la corona y el reino. Esta oposición bloqueó el entendimiento entre Madrid y Lisboa, de manera que la elección de una virreina italiana independiente sólo ayudó a empeorar las cosas¹³. En lo referente a la familia Albuquerque, la caída de don Diogo de Castro alejó los resortes del poder del radio de acción de los hermanos Duarte y Matías, lo que explicaría por qué este último fue enviado a prisión nada más volver a Portugal en 1635 desposeído del mando militar de la guerra de Pernambuco. La muerte del conde de Basto poco antes del golpe de 1640 supuso la pérdida de un personaje clave que casi todo se lo debía al régimen austriacista en Portugal, lo que no hizo sino acentuar la necesidad de Duarte de hacerse visible en Madrid, adonde llegó en 1638. Una vez aclamado el duque de Bragança como don João IV, se comprende que su hermano Matías optara por el nuevo rey portugués en respuesta a la reprobación sufrida en 1635, por lo que al donatario de Pernambuco pocas alternativas le quedaron más que alinearse con los Austrias. En la práctica esto vino a significar que los Coelho dispusieron de una cabeza en cada una de las dos cortes rivales con vistas a neutralizar la incertidumbre creada por la Restauración, táctica muy común en muchas familias portuguesas durante la guerra¹⁴.

Es este contexto de fractura y emulación dinásticas el que ilumina y da sentido a las famosas *Memorias diarias de la guerra del Brasil* de Duarte de Albuquerque, listas para publicarse a poco de la destitución de Olivares en 1643 aunque sólo impresas diez años más tarde¹⁵. Para cuando el libro vio la luz, don Duarte había recibido el título de marqués de Basto y conde de Pernambuco en pago a su fidelidad a Felipe IV. Y a pesar de que seguía ostentando los señoríos de Olinda, San Francisco e Igarasú (entre otros), tal y como recordaba la portada de su libro, en realidad era a la nueva realeza de don João IV a quien por entonces correspondía la decisión de que volviera a disfrutarlos, ya que aquel

¹³ Véanse, OLIVEIRA, A. de. *Poder e oposição política em Portugal no tempo dos Filipes*. Lisboa: Difel, 1991, pp. 133 y ss.; BOUZA ÁLVAREZ, F. «A Nobreza portuguesa e a corte de Madrid. Nobres e luta política no Portugal de Olivares». En *Portugal no tempo dos Filipes. Política, Cultura, Representações (1580-1668)*. Lisboa: Cosmos, 2000, pp. 207-256; SCHAUB, J.-F. *Le Portugal au temps du comte-duc d'Olivares, 1621-1640. Le conflit de juridiction comme exercice de la politique*. Madrid: Casa de Velázquez, 2001.

¹⁴ BOUZA ÁLVAREZ, F. «Entre dos reinos, una patria rebelde. Fidalgos portugueses en la monarquía hispánica después de 1640», *Estudis*, 23, 1994, pp. 83-103; VALLADARES, R. «De ignorancia y lealtad. Portugueses en Madrid, 1640-1670». *Torre de los Lujanes*, 37, 1998, pp. 133-147.

¹⁵ ALBUQUERQUE COELHO, D. de. *Memorias diarias de la guerra del Brasil por discursos de nueve años empezando desde el de MDCXXX*. Madrid, 1654. La obra cubre el período en que el autor permaneció en Brasil, esto es, de 1630 a 1637. Existe una edición actual, aparecida en Recife en 1981, a cargo de J. A. Gonsalves de Mello.

mismo año había tenido lugar la expulsión de los holandeses a cargo de los pernambucanos. Sin embargo, era de la corte madrileña y no de la lisboeta de la que Duarte debía ocuparse, en el sentido de tratar de influir en el gobierno de Felipe IV para que su familia quedara redimida del fracaso cosechado en Pernambuco durante la década de 1630. De hecho, las páginas de las *Memorias* retrataban un cuadro inculpatorio de la política del Conde-Duque en contraste con un Matias de Albuquerque desasistido y víctima de rivalidades ajenas, de modo que nada o muy poco de la «guerra lenta» podía achacarse a los intereses de los Coelho. La necesidad de cargar a Olivares con el fardo de la responsabilidad aumentaba en la medida en que Matías se hallaba desde 1640 del lado bragancista, por lo que la solidaridad de familia obligaba al menos a sugerir una explicación, si no justificación, del partido que había tomado su hermano. Se comprende también que Duarte esperase a 1644 para intentar imprimir su obra, esto es, justo tras el fin del gobierno del Conde-Duque. Pero en aquel año las facciones que habían soportado el régimen olivarista se hallaban lo bastante asentadas aún como para impedir la publicación de un alegato que comprometía directamente a muchos e, indirectamente, a la misma corona. En las *Razones por las que no se debe imprimir la historia que trata de las guerras de Pernambuco*, de hacia 1644, se insistía en que los Coelho habían instigado la guerra lenta por interés particular, de modo que por este y otros motivos sus *Memorias* nada aportarían sino descrédito a la Monarquía y oxígeno a los bragancistas. Sólo cuando Felipe IV consideró que había transcurrido el tiempo suficiente como para que el lector viera en el testimonio de Albuquerque un modelo de lealtad a su persona antes que un crítico a uno de sus ministros, concedió la licencia pertinente para que el desahogo de su capitán donatario sirviera de reclamo a quienes de entre la nobleza portuguesa le negaban obediencia. Esta es la clave que debe guiar la interpretación del libro del conde de Pernambuco, demasiadas veces tomado como prueba del *descaso* filipino hacia el Brasil portugués¹⁶.

No obstante, el mayor drama que tocó vivir a los Coelho se representó finalmente en Lisboa, y no en Madrid. Nada más producirse la recuperación de Pernambuco en 1654, el rey Bragança decretó su incorporación a la corona. El largo pleito que la antigua familia donatarial sostuvo ante los tribunales no logró

¹⁶ VALLADARES, R. «Opulencia y «guerra lenta». Los Brasileños en el tiempo de los Austrias», pp. 23-24. Las *Razones por las que no se debe imprimir la historia que trata de las guerras de Pernambuco* se hallan en la British Library, Ms. Additional 28401, y fueron publicadas por primera vez en *Documentação Ultramarina Portuguesa*, 1. Lisboa: Centro de Estudos Históricos Ultramarinos, 1960, pp. 111-119, si bien con algunos errores de transcripción. Por su parte, MORAES, R. B. de, en su *Bibliographia Brasiliana*, p. 187, califica este documento de «libelo contra Albuquerque», y da la noticia de que las *Memorias* fueron «confiscadas» en 1654 tras ser editadas. BOUZA ÁLVAREZ, F. «A Nobreza

salvar la rica capitanía, de modo que el destino no pudo sino trabajar para que la inquina de los Albuquerque hacia quien consideraban el autor de todos sus infortunios —Olivares— no remitiera. Esto no podía ocultar que el afán inquisidor que mostraban los Albuquerque (y en general todos los personajes del muy interesante grupo de portugueses anti-olivaristas aunque partidarios de los Austrias) no respondía al impulso de denunciar una verdad incontestable, sino más bien al apremio de que ésta no acabara por conocerse; es decir, al objetivo de ocultar que una parte no pequeña de la traumática escisión de 1640 era atribuible a decenas de entramados tan indecorosos como aquel de Pernambuco en el que, desde la corona hasta el último de sus vasallos luso-brasileños, habían competido sordamente por un poder multiforme que se manifestaba en alianzas familiares, cargos sin fiscalizar, caudales vestidos de mercedes y desafíos entre linajes y que ahora, reventado el absceso, amenazaba con salir a la luz y comprometer a quienes sostenían lo que quedaba de una autoridad real que todos necesitaban. Por ello convino a todos aprovechar la caída del valido a fin de concentrar en su régimen particular las causas de un fracaso general, incluso a la corona que, tácita o explícitamente, terminó por bendecir actuaciones tan aparentemente contradictorias como autorizar el memorial de descargos de su donatario Coelho. A pesar, por supuesto, de que todos sabían que las razones más profundas de este proceso anidaban en la naturaleza de la herencia brasileña del siglo xvi.

II

Si en ocasiones se ha especulado sobre cuál habría sido la suerte de un Portugal reincorporado a la Monarquía Hispánica a tenor de lo sucedido en Cataluña tras 1652¹⁷, en cambio menos parece haberse contemplado la posibilidad de un Brasil de nuevo obediente a los Austrias. Sin embargo, esto segundo estuvo, parcialmente, más cerca que lo primero¹⁸. El tema de fondo que en ambos casos despuntaba remitía a la autoridad real, algo que, en el caso específico del *Estado do Brasil*, exigió a Madrid desde 1580 revisar su concepto de gobierno ultramarino al enfrentarse con una disposición colonial ajena a la castellana. Para cuando Olivares tomó las riendas del gobierno, el contraste entre

portuguesa e a corte de Madrid», p. 237, atribuye las *Razones* al secretario Diogo Soares, servidor de Olivares.

¹⁷ VALLADARES, R. *Felipe IV y la Restauración de Portugal*. Málaga: Algazara, 1994, pp. 308-309.

¹⁸ Al menos por lo que respecta a las áreas meridionales de São Paulo y Río de Janeiro, muy vinculadas al Río de la Plata español. VALLADARES, R. «El Brasil y las Indias españolas durante la sublevación de Portugal (1640-1668)». *Cuadernos de Historia Moderna*, 14, 1993, pp. 151-172.

la América española y la portuguesa se había acentuado: frente a unas Indias de Castilla relativamente bien ancladas en la Monarquía en virtud del equilibrio cuidadosamente alcanzado con sus élites, el Brasil aumentaba, por comparación, su perfil desvertebrado. No era cuestión de fidelidad: simplemente, la cultura política castellana parecía abrazar un concepto de autoridad real más definido que permitía ejercer a la corona un poder menos contestado y, a veces, incluso eficaz. Ya era significativo que el territorio del Brasil se definiese como *Estado*, no como virreinato, y quedara bajo un gobernador residenciado en Bahía. Sin Inquisición, ni universidades, ni tribunales, la inmensidad geográfica y la fragmentación administrativa levantada sobre un mosaico de capitanías litorales hacían el resto para que los señores donatarios pudieran eludir la autoridad de Lisboa, Madrid o Bahía. El pujante dinamismo económico de algunas regiones representaba una ventaja para la corona si ésta lograba encauzarlo a su favor, o un problema, si por animosidad surgía el enfrentamiento. Tampoco la Iglesia suponía un aliado incondicional para nadie, pues su principal representante en Brasil, la Compañía de Jesús, pretendía misionar en un espacio concurrente con los poderes regios y coloniales sin evitar el conflicto. En cierto modo, estos polos emergentes integrados sobre todo por *moradores* y jesuitas no divergían en exceso de otros similares de la América española, pero aquí, a diferencia del Brasil, existía una red institucional y una tradición política que permitían a la corona ganar visibilidad y así mediar desde su primacía. Al faltar esto en Brasil, los agentes coloniales decidían, se oponían o condicionaban los planes metropolitanos en un grado demasiado alto como para creer que los Austrias no intentarían rebajarlo.

Desde pronto comenzó a tomarse en serio la transformación de la colonia, como evidenciaron la erección en Bahía de un Tribunal de la Relación en 1609 —inspirado en parte en las Audiencias de las Indias españolas—, y la partición del Brasil, al crearse en 1619 el nuevo *Estado do Maranhão*¹⁹. Si bien todo indica que esta iniciativa partió de sus pobladores, deseosos de reducir los vínculos con el gobernador bahiano, lo cierto es que el apoyo de la corona al proyecto reveló que tampoco Madrid estaba conforme con el legado administrativo recibido en 1580. De hecho, desde la unión de Coronas no dejaron de surgir propuestas encaminadas a remodelar el espacio iberoamericano. En 1583 Diego Flores de Valdés, al mando de una expedición enviada por Felipe II en el momento de su entronización portuguesa para asegurar el estrecho de Magallanes, tocó en Río de Janeiro, desde donde informó al rey de la conveniencia de

¹⁹ SCHWARTZ, S. B. *Burocracia e sociedade no Brasil colonial*. São Paulo: Perspectiva, 1979, pp. 38 y ss., y MARQUES, G. «O Estado de Brasil na União Ibérica: dinâmicas políticas no Brasil no tempo de Filipe II de Portugal». *Penélope*, 27 (2002), pp. 7-35.

anexionar el sur brasileño a la gobernación de Buenos Aires, «pues ahora es todo de la corona de Vuestra Majestad». Con ello buscaba coordinar mejor la defensa en una zona que consideraba muy vulnerable²⁰. Más moderado, desde su puesto de virrey del Perú, el conde de Chinchón recomendó a Felipe IV en los años 1630 la pertinencia de que el Consejo de Portugal negociase con los *moradores* de São Paulo la compra de esta capitanía para su reintegración plena en la corona, único modo de acabar con un núcleo de ingobernabilidad que afectaba al Río de la Plata²¹.

Eran, pues, las áreas fronterizas las que tentaban más a sus responsables a la hora de proponer alteraciones que eran incompatibles con el modelo de imperios separados convenido en 1581. La unión dinástica había puesto en entredicho el Tratado de Tordesillas, no de derecho, aunque sí de hecho. Las tres rutas tipificadas por la historiografía mediante las cuales los portugueses del Brasil se adentraron en la América española —la de los «aventureros», de São Paulo al Paraguay, la de los «contrabandistas», entre Río de Janeiro y Buenos Aires, y la de la «curiosidad», desde Maranhão hasta el Perú remontando el Amazonas—, sorprendían por un dinamismo no demasiado atento a los dictados de la ley²². Muy poco del Brasil de los Felipes puede entenderse fuera del proceso que condujo a determinados ámbitos de la geografía iberoamericana a una simbiosis y un acercamiento casi naturales y sin apenas intervención de la corona —e incluso en contra de ésta. La relativa permeabilidad de unas fronteras por lo demás imprecisas, debilitó el argumento sostenido en vísperas de la unión de 1580 (y por los historiadores después) de que el Brasil era apetecido por los Austrias por su valor defensivo, esto es, por su función de pieza de cierre del continente sudamericano respecto de la plata del Perú²³. Como pronto se vio, no sólo los enemigos europeos hallaron el modo de adquirir parte de la producción peruana, sino que resultaron ser los portugueses, súbditos de un mismo rey, quienes más se infiltraron en las Indias, ya fuera en México, Cartagena, Lima o Buenos Aires²⁴. Símbolo de esta imantación que inevitablemente

²⁰ SARABIA VIEJO, M. J. «Visiones españolas del Brasil quinientista». En *Reflexiones en torno a 500 años de historia de Brasil*, pp. 67-86, en especial pp. 76-77.

²¹ MUZQUIZ DE MIGUEL, J. L. *El conde de Chinchón, Virrey del Perú* Madrid: Escuela de Estudios Hispanoamericanos. 1945, p. 146.

²² MORAES, A. C. R. *Bases da formação territorial do Brasil. O território colonial brasileiro no «longo» século XVI*. Cap. II. São Paulo: Hucitec, 2000; «O Brasil “Hispanico” (1580-1640)», pp. 347-350, citando a Sergio Buarque de Holanda.

²³ Entre los autores que han insistido en este punto destacan F. Mauro y J. Veríssimo Serrão. Más por extenso, SCHWARTZ, S. B. «Luso-Spanish relations in Habsburg Brazil, 1580-1640». *The Americas*, 25, 1968, pp. 33-48.

²⁴ La bibliografía sobre este tema está resumida en VALLADARES, R. «Poliarquía de mercaderes. Castilla y la presencia comercial portuguesa en la América española (1595-1645)». En *La burguesía*

representaba la plata fue la expedición del «curioso» portugués Pedro Texeira, quien en 1637 partió de Maranhão hasta llegar a Quito con setenta canoas y dos mil quinientas personas entre soldados e indios²⁵. Texeira fue recibido por el virrey del Perú con la misma animosidad que sus connaturales hallaban en los mercados mexicano o limeño donde sólo podían ser vistos como lo que realmente eran, esto es, como intrusos y competidores, y aunque en el plano social la condición de cristianos nuevos de muchos de los recién llegados bastaba para encender el rechazo (no menor que el que sufrían en Portugal), políticamente lo destacable consistía en ver a algunos de los propios portugueses incumpliendo la separación de imperios que otros de su misma nación habían hecho jurar a Felipe II. La creencia, pues, de que un Brasil incorporado a Madrid ayudaría a preservar la plata castellana se mostró endeble con los años a causa de esta infiltración inmigratoria, lo que vino a descubrir que el «argumento militar» relativo a la colonia había sido más bien un instrumento de propaganda encaminado a colorear la incorporación de la corona lusa a la Monarquía Hispánica a ojos de los escépticos. Como ha sido señalado con acierto, «el problema para las coronas respectivas pasó a ser, más que el de la fijación de reglas de interdependencia, el de la división en áreas de influencia», a sabiendas que muy difícilmente éstas podrían ser estancas²⁶. Aquella redefinición de Tordesillas nubla el aserto —construido también desde la historiografía— de que las tensiones entre Madrid y Lisboa respondieron al peso militar que los españoles atribuyeron al Brasil frente al económico otorgado desde la óptica portuguesa. Pocos, por no decir ninguno, de los aspectos que conformaban la vida de la colonia escaparon a la política de los Austrias. Otro asunto era reconocer hasta dónde podía llegar esta voluntad transformadora, pues incluso cuando se trataba de innovar dentro del espacio que le era propio a la corona los límites terminaban por dibujar advertencias que podían convertirse en amenazas. Por ejemplo, las visitas giradas por los inquisidores portugueses al Brasil —especialmente al Recóncavo y Pernambuco— en 1591-1595, 1599, 1610 y 1618 corrieron paralelas al eterno debate sobre la implantación de un Tribunal del Santo Oficio en Bahía, en principio apoyado por la corona y los jesuitas. La experiencia habida con la

...añola en la Edad Moderna, 2. Valladolid: Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico, Universidad de Valladolid, V Centenario del Tratado de Tordesillas. Madrid: Fundación Duques de Soria, D. L., 1996, pp. 605-622.

²⁵ Véase EDMUNDSON, G. «The Voyage of Pedro Texeira on the Amazon from Pará to Quito and Back, 1637-1639», *Transactions of the Royal Historical Society*, 4.^a serie, 3, 1920, pp. 52-71.

²⁶ LUCENA GIRALDO, M. «El jardín de plata. Imágenes amazónicas en el Siglo de Oro». En ALCALÁ-ZAMORA, J. y BELENGUER, E. (eds.). *Calderón de la Barca y la España del Barroco*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales/Sociedad Estatal Nuevo Milenio, 2001, pp. 241-251, en especial p. 248.

Relación, que terminó por ser clausurada en 1626 por las protestas de unos colonos poco acostumbrados a vivir a la sombra de la justicia real, pudo influir a la hora de no repetir un gesto de autoridad semejante con la Inquisición. El Brasil, definitivamente, no era la América española²⁷.

El problema de la estructura administrativa del Brasil y su correlato con la implantación de la autoridad real volvió a manifestarse durante los preparativos de la armada del conde da Torre en 1638. Cuando a primeros de este año supo Mascarenhas que había sido elegido para comandar la flota en sustitución de don Miguel de Noronha, III conde de Linhares, se apresuró a solicitar al rey los mismos títulos que éste había ofrecido a Noronha para que aceptase. Entre esos títulos se hallaba el muy novedoso de «virrey del Estado de Brasil» que, para consternación de Da Torre, en su caso quedó transformado en el más habitual de «gobernador» junto, claro es, a los inevitables de «capitán general de mar y tierra». Tras algún malentendido, como aquél (tal vez malicioso) de confundir en los primeros papeles «tierra» con «guerra», quedó claro que Da Torre llegaría a Bahía para tomar posesión del gobierno completo de aquel estado y a la vez dirigir la armada a Pernambuco. Faltaba sólo el detalle de saber por qué a Linhares se le había hecho virrey y a él no. La explicación facilitada por don García de Toledo, VI marqués de Villafranca, reducía el asunto a una cuestión de índole protocolaria vinculada al *cursus honorum* de Noronha y no al estatus requerido para el Brasil. «Su Majestad no le da título de virrey como a Liñares —puntualizó el marqués a Da Torre— porque él le había tenido de la India»²⁸. En efecto, don Miguel de Noronha había permanecido en Goa entre 1629 y 1636 como virrey del *Estado da Índia*²⁹. Según se desprende de las palabras de Villafranca, hubiera parecido deshonoroso para quien había ostentado semejante categoría en una parte del globo servir en otra sin ella. Dicho de otro modo, Noronha difícilmente habría aceptado su nuevo cargo en Brasil si hubiera tenido que ejercer *sólo* como gobernador, y no como virrey —de lo que se deduce que lógicamente la jerarquía entre ambos títulos existía a favor del último y en contra del primero—. Por tanto, no era una mera cuestión de protocolo lo que Da Torre pretendía ventilar, sino política, ya que entre llegar a Bahía exhibiendo un título de virrey o uno de gobernador mediaba la distancia que había entre

²⁷ Véanse, NOVINSKY, A. *Cristãos novos na Bahia: A Inquisição*. São Paulo: Perspectiva, 1992, pp. 108-113, y CARDIM, P. «O governo e a administração do Brasil sob os Habsburgo e os primeiros Bragança». *Hispania*. LXIV/1, 2004, pp. 117-156.

²⁸ El marqués de Villafranca al conde da Torre, Madrid, 22/v/1638. *Cartas do I conde da Torre*, I, p. 90; y, en general, idem, pp. 78-95 para la negociación del título y mercedes que recibió Da Torre.

²⁹ DISNEY, A. R. «The Viceroy Count of Linhares at Goa, 1626-1635». En *II Seminário Internacional de História Indo-Portuguesa*. Lisboa, 1985, pp. 301-315.

poder ejercer un ascendiente de autoridad preeminente (simbólica y emocional si se quiere, pero efectiva), o una simple actividad administrativa delimitada por unos poderes locales entrenados durante décadas para imponer sus intereses frente a injerencias extrañas. Da Torre, pues, sabía lo que decía al explicar por qué consideraba «esencial» ir como virrey, título que recordaba se le había otorgado a Linhares

para se asertar en tudo e se conseguir os bons sucessos que tão arriscados andão avendo mais de hũa cabeça, de que ha tantos exemplares, e a Sua Magestade lhe devia ser presente ser isto mais na nação portuguesa, pois cada hũ, ainda que seja enfirior, se julga por mayor, nem pareesse que pode aver modo para conformar se o capitão geral de mar e guerra com o governador daquele piqueno estado, não subordinando lho Sua Magestade en tudo ao viso rey e cappitam general³⁰.

Tal vez hubo quien pensara que todo este problema quedaba realmente solucionado al deshacer la confusión de que, además del mando de la armada («capitán general de mar»), el conde sería también el nuevo gobernador del Brasil («y tierra»). Tal vez, igualmente, el argumento de que un *pequeño estado* como el que de hecho se gobernaba desde Bahía (pues muchas capitánías iban por libre) no era razonable que entorpeciera los asuntos de la milicia, puso en bandeja a Madrid lo desproporcionado que resultaría elevarlo con un virrey. Y tal vez, finalmente, la colisión de jurisdicciones que se denunciaba entre las cabezas civil y militar no fuera sino a empeorar con un virrey, en vez de remitir. Pero que no era así ni, como Villafranca pretendía disimular, una deferencia a la biografía de Linhares, lo demostró la misma corona cuando en 1640 decidió sustituir a Da Torre por don Jorge de Mascarenhas, marqués de Montalvão, quien, sin haber ejercido nunca un cargo virreinal, esta vez fue despachado al Brasil con este título bajo el brazo. ¿Por qué ahora sí y entonces no?

Una posible pista se halla en los obstáculos que Da Torre encontró durante su periplo entre Lisboa —e incluso ya en Lisboa— hasta el Brasil. Como bien había adivinado el Conde antes de hacerse a la mar, la responsabilidad de dirigir una inmensa flota de guerra desde Europa a América y de encaminar un sinfín de actividades que chocaban a diario con parapetos institucionales y privilegios de toda orden, exigía una cabeza dotada de la máxima autoridad, la suficiente, al menos, como para suscitar obediencia o neutralizar el descontento. Muy probablemente el ansia de Da Torre por ser investido de virrey respondía no sólo a una legítima ambición personal, sino a la convicción de que una empresa como la de Pernambuco únicamente bajo un mando sin rival podía salir bien librada. Para

³⁰ El conde da Torre al duque de Villahermosa, Lisboa, 16/v/1638. *Cartas do I conde da Torre*, I, p. 86.

su desgracia, la opinión de que la armada de 1638 equivalía a un segundo «viaje de los vasallos» de 1625 andaba en la mente de muchos en virtud de un paralelismo inevitable, pero la energía política requerida ahora, cuando las tensiones en Portugal y el desgaste de varios años de guerra en Brasil empezaban a quebrantar fidelidades, advertía de la necesidad de reforzar la autoridad de quienes se arriesgaban a asumir nuevas misiones al servicio de la corona. Durante la negociación epistolar entre Villafranca y Da Torre, aquél recordó a éste que entre los cargos con los que partiría habilitado a Bahía figuraba el de «general de mar y tierra de estandartes y banderas castellanas y portuguesas (sin un til de menos que don Fadrique)», en alusión a don Fadrique de Toledo, el autor del triunfo de 1625 gracias a los más de cincuenta buques y doce mil hombres convoyados igualmente desde un continente a otro³¹. Pero la empresa de 1638 no podía compararse con aquélla. Quienes como Da Torre intuían la gravedad de la mudanza que había tenido lugar en la década de 1630, presionaban para dotarse de instrumentos acordes con la creciente protesta generada por el régimen olivarista. Fue ésta una idea en la que perseveró. Cuando en 1640 el fracaso de la armada era un hecho, el Conde no ahorró palabras para advertir que la próxima formación no había de ser

...de tantos generales como la passada, ni de gente que tocase la carrera de las Indias, porque eso me lo ha quitado la mayor vitoria que tuvo vasallo de Su Majestad. Basta en este estado un solo general de mar y tierra y en la mar su almirante para que le obedesca en todo y por todo³².

Resulta muy probable que la concesión del título de virrey del Brasil —el primero en la historia de la colonia— que Felipe IV otorgó al sustituto de Da Torre precisamente aquel mismo verano, fuera consecuencia del déficit de autoridad denunciado hasta entonces.

La accidentada salida de Lisboa que protagonizó la flota hablaba por sí misma en este sentido. Pese a que Da Torre insistió en esperar a que la armada de Castilla terminara de aprestarse, lo que según él sería cuestión de días, la virreina Margarita aceleró intempestivamente la orden de desamarre para el domingo 7 de septiembre de 1638. Da Torre pretextó todo lo que pudo: falta de tripulación en la nave capitana *Santo Domingo* que, aunque pertenecía a la armada de Castilla, había sido designada como primer navío de la expedición; carencias similares en otros buques de la armada de Portugal; inconveniencia de navegar sin el convoy castellano (al parecer, mejor provisto en bastimentos

³¹ El marqués de Villafranca al conde da Torre, Madrid, 22/V/1638. *Cartas do I Conde da Torre*, I, p. 90 y ELLIOTT, J. H. *El Conde-Duque de Olivares*, pp. 225 y 246.

³² El conde da Torre a Olivares, 30/III/1640, *Cartas do I Conde da Torre*, I, pp. 448-449.

y más capacitado para defender y ofender); desdoro para su cargo, que exigía el mando conjunto de la gran armada hispánica y, sobre todo, la contravención de las órdenes reales que implicaba una partida en dos etapas. La virreina alegó actuar en nombre de su primo el rey, de modo que el equipo de gobierno que la rodeaba se encargó de ejecutar la decisión sin demora e incluso de pasar por alto el respeto a las formas. El día 4 un malhumorado Miguel de Vasconcelos, secretario de Estado de Margarita, subió en persona al *Santo Domingo* anclado en el Tajo para, en ausencia de Da Torre, exigir al capitán Custodio Favacho que le firmara el acuse de recibo de estar al tanto de la orden de partida, a lo que éste se avino pero no sin tomar la precaución de pedirle al secretario que le diera la mencionada orden por escrito. Vasconcelos asintió pero António Correia, su oficial mayor que lo acompañaba, adujo lo improcedente de la demanda por tratarse de una orden de la virreina comunicada en persona por su secretario. Tal vez fuera por el bochorno de verse corregido impertinentemente por un inferior, tal vez por la tensión que suponía el haber cargado con una misión tan poco grata, el caso es que Vasconcelos acusó al capitán de

villano muy ruin, desvergonzado, gallina, y si no desamarrades y siguiertes la Capitana de Portugal como os tengo mandado, os e de ahorcar, añadiendo a estas otras muchas injurias y afrontas, y que en este río no se ha de conocer otra persona que Vuestra Majestad y Su Alteza.

Las quejas posteriores de Da Torre a Margarita y la casi indiferencia de ésta hacia el Conde se cruzaron en un puñado de notas tan cortantes como inútiles. A la orden de partida se sumaba la circunstancia de que el *Santo Domingo* debía ir detrás de la capitana de la armada portuguesa, lo que contravenía el protocolo establecido años atrás —y violado en más de una ocasión— de que el navío que llevara arbolado el estandarte de las armas de Castilla (también denominado «real» o «de España», por la preeminencia que los Austrias concedían a esta corona), debía preceder a los de cualquier otra formación. A la postre, el ceremonial de salida dio preferencia a la capitana portuguesa, de modo que en cuanto ésta hubo sido cumplimentada por el bergantín de la virreina, su general Francisco de Mello no halló demasiado inconveniente en pasar por delante del *Santo Domingo* desplegando el estandarte de las armas de Portugal y «sin haser con el ni con su artelleria las dimostraciones ordinarias que Vuestra Majestad manda y tiene dispuesto y assentado en ambas coronas, materia tan vidozosa y que tanto costo el desponerla»³³.

Aunque Da Torre atribuyó las insolencias y las prisas al mal consejo que Margarita recibía de sus ministros (como los condes de Castro y Castanheira, a

³³ *Cartas do I Conde da Torre*, 1, pp. 103-138, las citas en pp. 126 y 137-138, respectivamente.

los que llegó a citar), según él las causas ahondaban en «el estado que tiene hoy este reino donde reina tan solamente la pacion y el interes». La alusión a fuerzas tan subjetivas se concretaba luego en una acusación muy precisa: la dirigida a algunos miembros del círculo de la virreina a quienes «importava estubiesse oculta la mala desposicion desta armada por lo mucho que avian facilitado su partida a Vuestra Magestad»³⁴. Esto podía ser verdad, pero no era toda la verdad. El gobierno de Margarita arrastraba desde su inicio en 1634 un déficit de eficacia y obediencia cuya manifestación más aguda acababa de cerrarse en falso precisamente en la primavera de 1638. Los motines del Alentejo y el Algarve que señorearon el reino desde el verano del año anterior y hasta muy avanzado el siguiente, habían puesto en evidencia no ya el malestar progresivo de los estamentos portugueses ante la escalada de exigencias de la corona, algo bien conocido, sino la mucho más grave incapacidad del dividido equipo de la virreina para ejecutar las órdenes que llegaban programadas desde Madrid. El habitual faccionalismo de la escena política del Antiguo Régimen se multiplicó en Portugal hasta confundir al mismo gobierno, a la par que despertó una desconfianza general que exacerbaba los acostumbrados conflictos por acaparar ámbitos de decisión e impedía o ralentizaba la toma de posiciones y, en caso de superarse estos trances, la ejecución de lo acordado podía hundirse en las arenas movedizas de la resistencia pasiva³⁵. Da Torre quizás llevara razón al recordar la ligereza con la que algunos miembros del gobierno virreinal habían asegurado a Madrid la pronta disposición de la armada. Sin embargo, como sustituto que era del conde de Linhares, Da Torre debía haber considerado que sería su persona, no sus títulos y cargos, el blanco de toda sospecha. Su predecesor había sembrado la incertidumbre por sus continuas reticencias a partir al Brasil, y ello a pesar del diluvio de mercedes que se le concedieron. Camino de Lisboa a fines de 1637, se involucró más allá de lo debido en la revuelta que entonces llegaba a su ápice en la ciudad alentejana de Évora, donde sus provocaciones como negociador (a lo mejor premeditadas) le valieron ser expulsado de allí bajo la inquina popular. La reacción de Madrid ante los repetidos actos de inobediencia en Lisboa y su regreso desautorizado a la corte, no pudo

³⁴ *Cartas do I Conde da Torre*. I, pp. 110, 118, 133 y 136. Las citas en pp. 133 y 136.

³⁵ Véanse, SERRÃO, J. «As Alterações de Évora, 1637, no seu contexto social», introducción a MELO, F. M. de. *Alterações de Évora*. Lisboa: Portugália Editora, 1967, pp. XLIV-XLV; MAGALHÃES, J. ROMERO. «1637: Motins da fome». *Biblos*, LII, 1976, pp. 320-333; OLIVEIRA, A. de. *Movimentos Sociais e Poder em Portugal no Século XVII*. Coimbra: Instituto de História Económica e Social da Faculdade de Letras de Coimbra, 2002, *passim*; BOUZA ÁLVAREZ, F. «Como si tivesse sido fumo. Memoria e juízo do Portugal dos Filipes ante a Restauração de 1640». En *Portugal no tempo dos Filipes*, pp. 185-205, en especial pp. 200-203; y SCHAUB, J.-F. *Le Portugal au temps du comte-duc d'Olivares, 1621-1640*, pp. 175-200.

ser otra que abrirle proceso³⁶. Ésta era la historia que había hecho a Da Torre cabeza de la expedición. Se entiende, pues, que al margen del grado de apresto de las armadas castellana y portuguesa el gobierno de Lisboa se hallara ansioso por ofrecer un logro inmediato que restaurase ante los súbditos la imagen de debilidad labrada durante la reciente insurrección en el reino. La preferencia concedida a la armada de Portugal para inaugurar una expedición de tan elevado simbolismo y el haber evitado que toda ella partiera a la vez bajo el pabellón de Castilla, bien pudo significar una concesión a unos vasallos también ávidos de recompensa por su esfuerzo tributario y que a menudo se consideraban sobrepasados y, en ocasiones, ofendidos por su vecino oriental. Además, el despacho a tiempo de la flota al Brasil era el objetivo de más calibre, el que más rendimiento político aportaría a sus hacedores y el que más urgía a un enfurecido Olivares. Los últimos años, en especial desde 1636, el secretario Vasconcelos había librado una batalla titánica contra los responsables de los aprestos convencido de que su lentitud obedecía a la mala voluntad política de los implicados y a las rivalidades entre ellos. En esta guerra había salido especialmente malparado Tomás Ibíó Calderón, un castellano afincado en Portugal desplazado ahora por Francisco Leitão y con quien, no casualmente, Da Torre parecía llevarse bien, al igual que con don Francisco Dávila y Guzmán, marqués de la Puebla de Lorigana, el mayor adversario de Vasconcelos en Lisboa³⁷. Considerado así, el celo de un Fernando Mascarenhas por completar la tripulación de una, dos o cinco naves con un médico, tres pilotos o unas decenas de soldados que siempre serían bisoños, aparecía a ojos de sus superiores como una maniobra artera o un capricho extemporáneo que miraba más a su comodidad que al interés general del rey. Lo reciente del caso ocurrido con Linhares sin duda no le favoreció, en la medida en que el escarmiento sufrido con quien parecía llegado del cielo y terminó por eludir sus obligaciones había puesto sobre aviso a Margarita de que ni un solo gesto más de desobediencia podría permitirse a costa, probablemente, de que los barcos terminaran pudriéndose en el Tajo durante el próximo otoño.

Los avatares de la travesía que discurrió entre Lisboa y el Brasil terminaron de dar la razón al Conde en cuanto al punto de autoridad y fueron el prelude del desarbolado final de su armada en el nordeste. Ya en la escala de Cabo Verde lo sucedido con una población renuente a asistir a una tropa desfallecida reveló la

³⁶ SCHAUB, J.-F. *Le Portugal au temps du comte-duc d'Olivares*, pp. 204-207, y Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 18.719-37. *Puntos de los cargos que se hicieron al conde de Linhares sobre su jornada al Brasil* (sin fecha).

³⁷ SCHAUB, J.-F. *Op. cit.*, pp. 274-278, y, el conde da Torre al marqués de la Puebla, 16/III/1639 y a Tomás Ibíó Calderón, 16/III/1639, *Cartas do I Conde da Torre*, 1, pp. 510-513.

insuficiencia de los poderes de Mascarenhas incluso ante el propio gobernador de las islas. Para asistir a los aproximadamente mil enfermos la armada no traía ni medicinas ni dinero. Pese a lo abultado del número, el puerto de Vila da Praia disponía de víveres y a buen precio, pues el enclave caboverdiano se había convertido en centro de abastecimiento para las flotas tanto del Brasil como de la India. Aunque los soldados empezaron a morir una vez desembarcados y expuestos a la intemperie,

nao tive offrecimento de seus moradores, de que confeso aver recebido algũ escandalo, porque não sey porto de Ingallaterra nem de França aonde chegamos que não fossem melhor agasalhados e recebidos, pois athe os mantimentos aquí nos alterarão, e isto en tempo que eu esperava que os moradores todos desta ilha, com intervenção do señor governador Hieronimo Cavalganti (uzando da piedade christã e da lialdade que devem a Sua Magestade), se me viessem todos offerecer para *por orrata* levarem para suas casas os doentes.

El resto de los mandos apoyaron a Da Torre en su queja y le instaron a hacer «una grande demonstração» ante los vecinos con la ayuda del gobernador, lo que no sirvió de mucho para mover la piedad y la lealtad de los vasallos caboverdianos: ni siquiera aprobaron la propuesta de reservar el vino y las mercancías que trasportaba la flota por cuenta de la corona para, del beneficio de su venta, costear las raciones y la cura de los enfermos. El medio que Da Torre hubo finalmente de arbitrar consistió en «que se quitasse un quartillo de vino a cada soldado desde este puesto hasta llegar al Brasil, y que de lo que dello resultasse se vendiesen 12 pipas de vino, y con lo prosedido dellas se acudiese a los enfermos». Si este inhumano sistema de autofinanciación resultaba criticable —cada enfermo acabó por pagar su propio tratamiento—, ello obedeció a la actitud del nuevo gobernador Jerónimo Calvacanti de Albuquerque. Éste, recién llegado en la misma flota de Da Torre, eludió la petición del Conde de dirigirse a las cámaras municipales de Vila da Praia y Santiago para que aprobaran un servicio capaz de cubrir los gastos de la escala en las islas. Calvacanti argumentó en su respuesta que la falta de población, de medicinas, de hacienda real y, sobre todo, de orden expresa del rey para disponer de los fondos de las ciudades, impedían dar curso a la petición. Esto era tanto como interponerse entre Da Torre, cuya jurisdicción se agotaba una vez en tierra, y las cámaras, con las cuales, como verdadero nervio del imperio portugués que eran, un gobernador recién llegado sabía de la inoportunidad de indisponerse con ellas. Máxime cuando Calvacanti recordaba en su misiva a Da Torre que el gobierno de Cabo Verde le había sido otorgado precisamente como merced regia por sus servicios —y gastos— en la guerra de Brasil. Y máxime, también, cuando añadía que la hacienda real en las islas no bastaba ni «para a consignaço dos ordenados della», es decir, el conjunto de pagos que debían satisfacerse con cargo a las rentas

locales, algunos igualmente en calidad de mercedes a los súbditos caboverdianos. Que esta lista de carencias respondiera a la verdad suponía lo de menos, pues el problema era más político que financiero. El nuevo gobernador no parecía dispuesto a arriesgar ni su flamante mandato, concebido como una recompensa por sus servicios al rey antes que como otra servidumbre ni, menos aún, a alterar el tradicional pacto de colaboración entre los andariegos gobernadores metropolitanos y las enraizadas oligarquías locales. Aunque es dudoso que Da Torre hubiera tenido éxito de mediar la gestión de Calvacanti ante las cámaras, su furia al conocer la decisión del gobernador («me cauzou dezejar gritar tão alto que me ouvisem em toda Espanha») no sólo expresaba su concepto de la autoridad, sino que anunciaba lo que ésta significaría en sus manos nada más cruzar el Atlántico³⁸.

Ya en Bahía, la gigantesca fuerza militar que se aparejaba con destino a Pernambuco generó dispendios aún mayores. De nuevo, la esperanza de Da Torre descansaba en obtener pecunia de la cámara de la ciudad, pero esta vez desde la posición de fuerza que le aseguraba el reunir en su persona el mando militar de la flota y la gobernación del Estado de Brasil, del que tomó posesión el 20 de enero de 1639. La fiscalización de los almacenes y el pase de revista a las tropas le convenció pronto de que a los ricos señores de ingenio bahianos, dueños de la cámara de la ciudad, había que ponerles difícil cualquier intento de eludir nuevas cargas. El Recóncavo azucarero y esclavista no podía pretextar la indigencia reclamada en Cabo Verde. Tampoco, sin embargo, los patricios de Bahía podían medirse con los de Vila da Praia o Santiago, de ahí que el duelo negociador entre Da Torre y la cámara resultara más bien una transacción donde, eso sí, cupo a la autoridad del gobernador la primacía de haberla provocado y la doctrina de su justificación. En tono admonitorio, la «Propuesta» que el conde dirigió a los *moradores* bahianos el 6 de junio de 1639 trataba de adelantarse a las consabidas razones que los portugueses del reino y de ultramar esgrimían habitualmente para escamotear los pedidos regios.

Ainda que tenho por certo —afirmó— o cuidado com que a Sua Magestade e seus ministros se lembrão do Brazil e que nos hão de socorrer quanto for possível, os socorros não podem ser bastantes nem promptos, porque os empenhos e occasiões são muitas, as guerras e turbações de Heuropa se ensendem cada ves mais, e ainda que o poder de Sua Magestade he tão grande, devirtido a

³⁸ *Cartas do I Conde da Torre*. 1, pp. 141-155. Las citas en las pp. 143, 146, 148, 151 y 152, respectivamente. Sobre el protagonismo de las oligarquías urbanas en la vertebración del ultramar luso, véanse BOXER, C. R. *Portuguese Society in the Tropics. The Municipal Councils of Goa, Macao, Babia and Luanda, 1510-1800*. Madison: University of Wisconsin Press, 1965, y RUSSELL-WOOD, A. J. R. *Fidalgos and Philantropists. The Santa Casa da Misericórdia of Babia, 1550-1755*. Berkeley-Los Angeles: University of California Press, 1968.

tantas partes, e o Brazil tão apertado e distante, não devemos esperar que tão promptamente chegue que não se apresse mais o perigo da dilação.

El temido argumento de la necesidad del príncipe, que osaba dislocar cualquier privilegio estamental o institucional, afloraba en el verbo de Da Torre con un sentido amenazador ya común en los años de Olivares:

Porque chegada a fazenda real ao aperto que sabemos, e a conservação deste estado ao extremo que consideramos —resumía el Conde—, não he necessario consentimento de Vossas Mercês para Sua Magestade obrar con suas fazendas o que vir lhes convem, assy o rezolvem os theologos, o deffendem os juristas, o aconselhão os politicos, o experimentão todas as nações do mundo, e se asy succeder por se ha este encargo con menos suavidade do que Vossas Mercês podem fazer dando experiencias da sua fidelidade, e obrigando Sua Magestade a lha primiar³⁹.

Apenas dos días le llevó a la cámara de Bahía entender el mensaje de su nuevo gobernador, como demostró la asunción por su parte («voluntariamente») de los gastos de carenado de la armada con la condición de que las reparaciones afectarían sólo a los barcos de esta flota, que el coste se repartiría entre todos los bahianos sin excepción, que los colonos de Río de Janeiro también contribuirían y, por último, que los gastos quedarían bajo el control de un ciudadano y tres hombres de negocios elegidos por la cámara y confirmados por el gobernador. Otros dos días después la cámara estimó en sesenta mil cruzados el gasto anual que conllevaría el «serviço que o povo faz a Sua Magestade», si bien quedó por asentar el medio fiscal que los suministraría⁴⁰.

Pero la verdadera medida de este rifirrafe negociador vino dada por la procesión de exigencias, decretos y bandos con la que Da Torre bombardeó a la oligarquía bahiana desde su arribo. Entre comienzos de 1639 y a lo largo de 1640 los preparativos de la armada lo engullían todo y llevaron al gobernador a dictaminar órdenes y prohibiciones que en esencia alteraban el ritmo cotidiano del Recóncavo y amenazaban seriamente su economía colonial: quedó vedado el cultivo del tabaco para en su lugar favorecer el de cualquier potencial mantenimiento de la flota; se obligó a censar a la población trabajadora especializada en artes carpinteras, navales y albañilería con el fin de destinarla a la reparación y aparejo de buques y de las fortalezas terrestres; se reclamó a los ingenios la entrega de esclavos negros (y de antiguos soldados, en general huidos a estos lugares para trabajar) con el objetivo de destinarlos a labores defensivas y de

³⁹ «Proposta do conde da Torre, capitam general de mar e terra do estado do Brazil, feita aos moradores da cidade da Bahia». *Cartas do I Conde da Torre*. 2, pp. 296-303; las citas en pp. 299 y 302, respectivamente.

⁴⁰ «Assento» de la cámara de Bahía, 8/vi/1639 y 10/vi/1639, *Cartas do I Conde da Torre*. 2, pp. 304-307.

construcción de baluartes; la brea, imprescindible para la impermeabilización de los navíos, se convirtió en un producto cuya posesión debía declararse a la autoridad; en fin, la saca de dinero en efectivo quedó a expensas de la licencia que para cada caso tuviera a bien conceder el gobernador⁴¹. Estos ejemplos hablaban de la progresiva militarización que Da Torre intentó imponer en Bahía a costa de interferir o paralizar la vida económica y comercial de la región en todas sus vertientes (producción agrícola, fábrica naval, compra-ventas y finanzas), y de competir con los señores de ingenio por la mano de obra desde una postura de fuerza irritablemente superior. Entre otras cosas porque, como se vio, el nuevo gobernador de Bahía y frustrado aspirante a virrey acumulaba sobre sus hombros una experiencia de dieciocho años como capitán en Mazagán y gobernador de Ceuta y Tánger que le convertían en un diestro resistente al desafío⁴². Por eso no se arredró ante el efecto de sembrar de exigencias los puertos por donde pasó con su armada dejando como reguero el molesto recordatorio de que el rey, sus órdenes y sus ejércitos existían y exponiéndolo, además, ante aquellos núcleos del imperio que condensaban el verdadero poder ultramarino: las cámaras municipales. Si bien es cierto que la corona poco podía hacer sin ellas —y, desde luego, nada contra ellas—, Da Torre había interiorizado la pulsión autoritaria del régimen olivarista de modo que resultaba más *castellano* que muchos portugueses e incluso que algunos naturales de aquella corona. Lo demostró en su pretensión de ser investido del cargo virreinal para ejercerlo allí donde nunca había existido; en su correspondencia con el Consejo de Guerra «de Castilla» que discurrió paralela a la despachada con Margarita en Lisboa (sistema que él llamó «por ambas coronas»); en su celo porque se respetara al estandarte naval castellano por encima del pabellón portugués a causa de la preeminencia que el rey le había concedido a aquél; en su apetito de aparato administrativo, que echó en falta nada más desembarcar en Brasil, donde se lamentó de hallar «poucos ministros para as occupações que lhes devo distribuir», pasando a citar entre las carencias un secretario de estado, un proveedor de almacenes y, nada menos, un veedor general de hacienda —lo que, además, le facultaría para situar a criaturas suyas⁴³; por último, en su afán por imponer la autoridad de la corona allí donde se hallase como delegado del monarca, aunque ese lugar fueran las repúblicas urbanas de ultramar o el hábitat tropical de la sacarocracia brasileña. En tamaña

⁴¹ Bandos del conde da Torre, febrero de 1639 a abril de 1640. *Cartas do I Conde da Torre*, 3, pp. 14-32.

⁴² Carta del conde da Torre a los oficiales de la armada, 19/XI/1638 y p. 477, del mismo al duque de Villahermosa, 29/VII/1640, *Cartas do I Conde da Torre*. 1, p. 173.

⁴³ El conde da Torre a la junta de gobierno, Bahía, 20/III/1639. *Cartas do I Conde da Torre*. 1, pp. 251-252.

tesitura el conde no precisaba de muchos discursos para justificar su política, aunque rumores (o algo más que eso) como los que habían surgido de que algunas cabezas de Bahía habían planeado entregar la ciudad al holandés durante el último ataque aquel mismo año de 1639, sólo pudieron reforzar su convicción de que el tiempo de contemporizar había concluido⁴⁴.

Dejarse contagiarse por el espíritu autoritario que infundió el reinado de Felipe IV a algunos de sus vasallos resultaba muy tentador para quienes de entre éstos se habían incorporado al servicio directo a la corona, ya que el ejercicio de un cargo mediante la práctica de un poder menos contestado acercaba la consecución de las órdenes regias y, por ende, la obtención de nuevas mercedes personales y familiares. Por ello no parece ocioso plantear si, en sus quejas, no trataría Da Torre de camuflar su incapacidad para el mando mediante la transferencia de responsabilidades a terceros. Sin duda hubo algo de esto, aunque como explicación única de su fracaso deviene insuficiente. Por más que a veces reclamara sentirse arponeado y víctima de facciones contrarias como la ya conocida de los condes de Castro y Castanheira, o saboteado por la desganancia de sus dos subordinados (ambos cuñados) don Francisco de Moura y don Vasco de Mascarenhas, conde de Óbidos, o por la rivalidad del castellano Juan de Vega Bazán y el portugués don Rodrigo Lobo (también compinchados por sus intereses comerciales en la carrera de Indias castellana, de la que ahora les apartaba el Brasil), esto escapa a lo definitivo a la hora de medir el impacto sobre su misión⁴⁵. A fin de cuentas, declararse de continuo «hechura» de Olivares e insistirle a don Carlos de Borja y Aragón, su tío y duque de Villahermosa, que se reconocía como «seu sobrinho, seu criado e sua feitura», debió de granjear al Conde grandes enemigos, pero también agentes poderosos y bien relacionados⁴⁶. En Madrid los principales asuntos de Portugal pasaban por las manos de tres o cuatro grandes familias que se disputaban el control del Consejo de Portugal y el favor regio, como la de los Moura, los Borja-Aragón y los Silva mayores y menores, con ninguna de las cuales Olivares logró establecer conexiones de confianza⁴⁷. En concreto, Villahermosa había ocupado la presidencia del Consejo de Portugal hasta que en 1633 se extinguió el cargo, quedando entonces como consejero decano del tribunal luso en la corte y al frente de la

⁴⁴ Decreto del conde da Torre mandando investigar en secreto estas noticias, Bahía, 11/II/1639, *Cartas do I Conde da Torre*. 2, pp. 180-181.

⁴⁵ El conde de la Torre a Olivares, 7/VII/1639, *Cartas do I Conde da Torre*. 1, pp. 380-381; El conde de la Torre al duque de Villahermosa, 24/XI/1639, *idem*, 427-428. D. Vasco Mascarenhas recibió el título de conde de Óbidos en 1636 por sus servicios militares en Brasil. Antes había luchado en la guerra de Flandes.

⁴⁶ Ejemplos de estas declaraciones, *Cartas do I Conde da Torre*. 1, pp. 363, 364, 377, 392 y 395.

⁴⁷ BOUZA ÁLVAREZ, F. «Como se tivesse sido fumo», pp. 202-203.

Junta de Pernambuco creada dos años antes. Todo indica que el duque promovió a su sobrino para la empresa del Brasil pensando en las ventajas del parentesco de cara a comprometer la responsabilidad del conde, ventajas que Olivares también debió de contemplar para decidir su nombramiento. Esta lejanía entre el Conde-Duque y los Borja-Aragón se manifestó en la frialdad epistolar que desprende la correspondencia entre Da Torre y los secretarios Miguel de Vasconcelos, en Lisboa, y Diogo Soares, en Madrid, sobre todo a raíz de la crisis que generó en el Conde la noticia de su relevo como gobernador del Brasil por otro Mascarenhas, el conde de Castelo Novo. Era éste don Jorge Mascarenhas, tío segundo de don Fernando y, al igual que el sobrino había puesto precio a la aceptación del gobierno brasileño cobrándoselo con el título de conde da Torre —obtenido en julio de 1638—, ahora el tío recibió el de marqués de Montalvão también en vísperas de su partida —en agosto de 1639—⁴⁸. Esta promoción de la familia Mascarenhas parecía el premio logrado tras muchos años de servicio a la corona en los gobiernos de las plazas de Mazagán, Ceuta y Tánger, donde tíos y sobrinos se repartían los nombramientos⁴⁹. Pero en realidad las aspiraciones de los Mascarenhas iban mucho más allá, en la medida en que pasada la etapa del servicio en África hacía tiempo que habían fijado sus metas en tierras metropolitanas, algo que en un principio Olivares vio con simpatía. Don Jorge, por ejemplo, se dio la mano con el Conde-Duque ocupando los cargos de presidente de la Compañía de la India hasta su disolución en 1628, de la *Junta da Fazenda* que asistía a los gobernadores de Portugal hasta 1633 y, nada menos, que de la cámara municipal de Lisboa también hasta estos años. Fue la creación del nuevo sistema político bajo los secretarios Soares y Vasconcelos en la década de 1630 lo que marginó a don Jorge, en particular, y a los Mascarenhas, en general, dando lugar al consiguiente enfrentamiento entre aquéllos y éstos. El desafío lanzado por el conde de Castelo Novo al postularse como posible virrey de Portugal en 1634 tras el gobierno del conde de Basto, advirtió a Olivares de un peligro que convenía atajar. Si a don Fernando Mascarenhas se le ofreció el gobierno de Brasil para alejarlo de Portugal tras hallarlo sospechoso de los disturbios de 1637, a don Jorge se le expidió a Bahía dos años después para que enderezara el fracaso de su sobrino ante el holandés⁵⁰. Pero deducir de esto la existencia de un «clan Mascarenhas» en el sentido de una familia que reaccionaba en bloque contra otro supuesto bloque de

⁴⁸ Véase el árbol genealógico de la familia Mascarenhas incluido al final de este trabajo.

⁴⁹ WHITE, L. «Dom Jorge Mascarenhas: Family Tradition and Power Politics in Habsburg Portugal». *Portuguese Studies*, 14, 1998, pp. 65-83, en especial pp. 69-70.

⁵⁰ SCHAUB, J.-F. *Le Portugal au temps du comte-duc d'Olivares*, pp. 171 y 232; sobre la rivalidad entre D. Jorge Mascarenhas y Diogo Soares, pp. 210 y 220.

enemigos equivale a plantear unas homogeneidades políticas y sociales que requieren matices. Dependiendo del momento, algunos miembros de una misma familia podían realinearse con otra facción para, acto seguido, generar una dinámica nueva. A su vez, podían existir elementos de fondo que cuarteasen un mismo linaje, como sucedió precisamente con los Mascarenhas de la casa de Óbidos, alineados con la llamada nobleza *puritana* por negarse a entroncar con aquellas casas que supuesta o realmente contasen con ancestros judíos o moros, entre las que estaban justamente los Mascarenhas del conde da Torre y del marqués de Santa Cruz⁵¹. Las cartas que Da Torre escribió tras su destitución a su mujer y a sus patronos Olivares y Villahermosa imprimieron la radiografía de quiénes, como los condes de Monterrey y el marqués de Santa Cruz (otro *manchado*), le apoyaron frente a las intrigas que también desde el Brasil movieron sus oponentes, los denunciados Moura y Óbidos, y sin protesta alguna, al parecer, de don Jorge, quien se benefició, pese a todo, de sustituir a su sobrino con el primer título de virrey del Brasil. Lo alambicado de estos procesos salió enteramente a la luz después de 1640, cuando tío y sobrino abrazaron la Restauración bragancista mientras que otros Mascarenhas se convirtieron en los adalides de la lealtad a Felipe IV, como fue el caso, precisamente, de dos de los hijos de don Jorge, don Pedro y, sobre todo, don Jerónimo⁵². Ya se tratara de convicción u oportunismo, esta división prolongaría la lucha de facciones anterior al golpe durante al menos una generación más.

III

Da Torre partió hacia Pernambuco dejando en Bahía a un conde de Óbidos que sin permiso suyo se embarcó hacia Lisboa, al tiempo que Vega Bazán y Dias Pimenta aprovecharon el fracasado ataque a los holandeses para llevar su trozo de armada a Cartagena de Indias⁵³. Era *vox populi* que los barcos castellanos llevaban sus bodegas sobrecargadas de palo brasil y jacarandá para obtener plata en la América española, práctica ilegal que Da Torre había intentado frenar ganándose el odio de los citados almirantes⁵⁴. Por su parte, Óbidos (no

⁵¹ MONTEIRO, N. G. F. *O crepúsculo dos Grandes. A casa e o património da aristocracia em Portugal (1750-1832)*. Lisboa: INCM, 1998, p. 91. El marqués de Santa Cruz era don Martinho de Mascarenhas.

⁵² De los varios estudios dedicados a este personaje destacamos BOUZA ÁLVAREZ, F. «Entre dois reinos, uma pátria rebelde. *Fidalgos* portugueses na monarquia hispânica depois de 1640», pp. 282-289, y CUETO, R. «The transports and travels of D. Jerónimo de Mascarenhas, a Portuguese exile in seventeenth-century Castile». En EARLE, T. F. y GRIFFIN, N. (eds.). *Portuguese, Brazilian and African Studies. Studies Presented to Clive Willis on his Retirement*. Warminster: Aris and Phillips, 1995, pp. 151-167.

⁵³ El conde da Torre a Olivares, 30/III/1640. *Cartas do I Conde da Torre*. 1, p. 447.

⁵⁴ El conde da Torre a Olivares, 7/VII/1639. *Cartas do I Conde da Torre*. 1, pp. 523 y 525, pp. 298-348, en especial 306 y 308, «Auto que mandou fazer o doctor João do Couto Barbosa do Dezembro

se olvide: un Mascarenhas *puritano*) acumulaba demasiado rencor hacia Da Torre —y demasiadas deudas con algunos prestamistas de Bahía— como para seguir a las órdenes del Mascarenhas *manchado* que años atrás había impedido a su hermano, don Dinis de Alemcastre, favorecer en Ceuta los intereses de don Miguel Luis de Meneses, I duque de Caminha, su protector y Capitán General de aquella ciudad portuguesa. Lo que Da Torre llamaba haber defendido la jurisdicción real contra los intentos de usurpación del duque y sus valedores debió ser, a decir verdad, un nuevo capítulo de lucha por el poder entre los encumbrados Meneses, marqueses de Vila Real, y la rama de los Mascarenhas acostumbrada a señorear los cargos norteafricanos. Esto encendió un fuego que varios años después cruzaría el Atlántico⁵⁵. De este modo, las desavenencias surgidas en cualquier centro del poder imperial no sólo hallaban su caja de resonancia en Lisboa o Madrid, como sabemos, sino que podían transferirse a otro lugar y condicionar los resultados de la política. La tentación de atribuir estos problemas a las diferencias de *nación* queda superada cuando se comprueba que no era la identidad de origen lo que desencadenaba los conflictos; todo lo más, podía ser un agravante de los mismos *a posteriori*. En la correspondencia de Da Torre no había animosidad contra los castellanos por castellanos ni contra los portugueses por serlo, sino más bien recriminaciones a unos y a otros motivadas por el incumplimiento de lo que él consideraba obligaciones. Por encima de ambas naciones, además, sobrevolaba la categoría retórica, aunque a veces operativa, de la pertenencia a España. «Démonos la mano señor don Juan —pedía Da Torre al almirante Vega Bazán—, sirvamos al Rey como españoles que somos todos, y Su Magestad ansí lo quiere y manda que por españoles nos nombremos, y ansy me lo disse en una carta que tengo suya»⁵⁶. La obediencia pasaba así a sustituir al, digamos, patriotismo. Con plena conciencia de ello, resumió el Conde la situación de fracaso a que había conducido tanto exceso de particularismo: «Es notorio que la dezobediencia a sido la principal

... Sua Magestade e ouvidor geral de todo este estado do Brazil para devassar dos navios d'armada que levarão madeiraz e pao brazil e jacaranda», 18/II/1640. No era inhabitual que los mandos de flotas participasen en este tipo de tráficos, a veces lícitos, incluso como armadores de navíos. El caso de Dias Pimenta está documentado y, seguramente, fueron estos lucros que tanto le vinculaban a las Indias españolas los que decidieron su permanencia del lado de Felipe IV tras la Restauración. Véase, WANGÜEMERT J. y POGGIO, J. *El Almirante don Francisco Díaz Pimenta y su época*. Madrid: Tip. de la Rev. de Archivos, 1905, pp. 82-83. Aunque nacido en la isla canaria de La Palma (o tal vez en La Habana) era de ascendencia portuguesa.

⁵⁵ El conde da Torre al duque de Villahermosa, Bahía, 25/III/1640; del mismo al mismo, 29/III/1640; y el conde da Torre a Olivares, Bahía, 11/IV/1640, *Cartas do I Conde da Torre*. 1, pp. 450-457.

⁵⁶ El conde da Torre a don Juan de Vega Bazán, Bahía, 19/III/1639, *Cartas do I Conde da Torre*. 3, p. 76.

cauza de no estaren oy en el Recife arboladas las banderas del Rey nuestro señor»⁵⁷.

Naturalmente, don Fernando Mascarenhas buscaba exculparse sin reconocer que él mismo era una pieza más en la lucha que las familias y las facciones libraban por el poder. Sólo al final, a punto ya de embarcarse hacia Portugal, dio rienda suelta a su desahogo para acusar a los «sátrapas daquele reino» de no haber permitido que la verdad de lo que sucedía con la armada llegara a las manos y a los oídos del rey Felipe⁵⁸. Tal sería el argumento que muchos, castellanos y portugueses, proclamarían tras 1640 pensando en los servidores de Olivares. Pero cuando se contempla de cerca la fuerza que esta maraña de alianzas llegó a tener parece obligado reducir a su justa dimensión el papel que el Conde-Duque y sus hechuras pudieron desempeñar en la guerra de Pernambuco. Atribuirle toda la responsabilidad del desastre supondría otorgarle un poder que en la práctica no tuvo. Esto no significa que los medios que movilizó para aquella empresa estuvieran siempre en la línea de lo más adecuado. De hecho, los esfuerzos técnicos, diplomáticos, económicos y navales que conjuntó, aunque notables, estuvieron atravesados del sentir autoritario propio de su régimen que fue lo que, en última instancia, los arruinó. Así, el 2 de junio de 1631 el rey mandó constituir la Junta de Pernambuco bajo Villahermosa con el cometido de coordinar a los consejos y juntas implicados en la restauración del Brasil —lo que en la práctica equivalía a interferirlo todo⁵⁹. En 1632 el Conde-Duque barajó la posibilidad de rescatar Pernambuco mediante el pago de una abultada cantidad, «aunque esto no parece lo más tratable», o bien intercambiarlo por la ciudad de Breda o por ésta más el desembolso de doscientos mil o trescientos mil escudos⁶⁰. El arriendo del impuesto del consulado de Lisboa a los banqueros Pedro de Baeça y Jorge Gomes de Alemo en agosto de 1638 preveía dotar de doscientos mil cruzados a la corona para financiación exclusiva de la expedición al Brasil, entregándose la mitad en Lisboa en calidad de pertrechos y vituallas y la otra mitad al contado en Bahía⁶¹. Con esta medida radical se buscaba atajar la renuencia de los grupos dirigentes portugueses a resolver algún tipo de arbitrio fiscal que inyectara liquidez al tesoro del reino y cuyo reclamo había provocado tantos motines, sobre todo por las vías poco ortodoxas intentadas por Madrid —como la convocatoria de una especie de

⁵⁷ El conde da Torre a Olivares, Bahía, 12/III/1640, *Cartas do I Conde da Torre*. 1, p. 441.

⁵⁸ El conde da Torre al duque de Villahermosa, Bahía, 29/VII/1640, *Cartas do I Conde da Torre*. 1, p. 477.

⁵⁹ PÉREZ DE TUDELA. *Sobre la defensa hispana del Brasil*, p. 20.

⁶⁰ ALCALÁ-ZAMORA, J. *España, Flandes y el Mar del Norte*, p. 309.

⁶¹ Assento que se fes com Pedro de Baeça e Jorge Gomes de Alemo, Lisboa, 14/VIII/1638, *Cartas do I Conde da Torre*. 2, pp. 123-133.

cortes restringidas más fáciles de manipular—⁶². Lo cierto es que entre 1638 y 1639 la Monarquía logró disponer del mayor poder naval de su historia: entre la armada que el conde da Torre terminaría de completar en Brasil (ochenta y siete unidades) y la despachada bajo el almirante Oquendo al Mar del Norte (en torno a cien), Felipe IV desplazaba en el Atlántico una fuerza cercana a los doscientos buques —entre navíos de guerra y transporte— que debía rondar las cuarenta mil toneladas. Esto podía calificarse de cualquier modo menos de *descaso*, de igual manera que resultaba imposible negar que este éxito había sido producto de una exacción implacable practicada bajo el argumento de la necesidad.

El tiempo demostraría muy pronto que la factura política de esta exhibición de fuerza y autoridad iba a superar su montante económico. Porque como habían evidenciado la corona y la labor de Da Torre, que Madrid hubiera despachado una armada mal abastecida ya desde Lisboa —algo indiscutible— y que no socorriera debidamente al Brasil —como indudablemente sucedió— no facultaba a los *moradores* del imperio portugués a eludir el auxilio a sus propios dominios. Obtenerlo mediante continuas negociaciones y recurriendo a la exhortación sólo servía para recordar al conde que la falta de colaboración de los súbditos portugueses suponía una contingencia tanto o más peligrosa que el distanciamiento madrileño, pues mientras la primera descansaba sobre una tradición autonomista poco operativa ante un ataque general y, desde luego, susceptible de reforma, el segundo respondía al desbordamiento de la capacidad real de la corona para defender su herencia. Por eso no resultaba legítimo lo que era legal: nadie podía hurtar su contribución aunque los privilegios se lo permitieran. Algo así trató de expresar Da Torre al general portugués Francisco de Mello cuando se lamentaba del abandono que habían sufrido las tropas moribundas durante la escala en Cabo Verde, «aonde nem a camara nem o bispo me mandou offerecer hũa galinha para estes enfermos», o cuando ensalzó la ayuda que los castellanos recién llegados a Vila da Praia prestaron al *São Phelippe* a punto de irse a pique, «o que eu não vi fazer con tanto fervor aos da nossa nasção, sendo o galeão da nossa coroa, de que se queixa o señor don Francisco de Moura que vem embarcado nelle»⁶³. Ya en Brasil, Da Torre seguramente acabó tan convencido como los colonos de que Madrid nunca cumpliría sus promesas de enviar toda la ayuda que el conflicto pernambucano reclamaba, pero al matizar ante los *moradores* que el Brasil no podía pretender ocupar el sitio de «las guerras de Heuropa» es obvio que buscaba suscitar entre ellos la asunción de responsabilidades más que de denunciar las prioridades

⁶² HESPAÑHA, A. M. «Portugal y la política de Olivares. Ensayo de análisis estructural», pp. 628-631.

⁶³ El conde da Torre a Francisco de Mello de Castro, 8/xi/1638 y 10/xi/1638, *Cartas do I Conde da Torre*. 1, pp. 198 y 201.

tácticas de la corona y, menos aún, la política del régimen filipino en tierras portuguesas. Esto no impidió al Conde dirigirse a la corte más de una vez para advertir del descalabro que sobrevendría al Brasil y, de resultas, a la Monarquía si sus peticiones de material de guerra y autoridad política caían en saco roto. Tampoco dejó de informar de las quejas de abandono dirigidas contra el rey y que había tenido que silenciar y desdecir⁶⁴. Este Da Torre bifronte que sabía simultanear su papel de vasallo leal pero crítico ante Madrid y de representante de la corona en Bahía no pudo, sin embargo, superar el reto que implicó asumir dos naturalezas que la crisis bélica obligaba a separar. Y así sería hasta su partida del Brasil el 4 de agosto de 1640.

Nada cuesta entender ahora la consternación de don Fernando Mascarenhas cuando al llegar a Lisboa el 29 de septiembre de aquel año supo de los malos modos con que a su mujer e hija un corregidor de la ciudad les había notificado —tras registrar la casa— la prohibición de usar los títulos que poseía el conde.

Me atrevo a certificar —se lamentó Da Torre— que Sua Magestade o não sabe nem pasou tal ordem, e que se o sorber mandara fazer a demonstração que tão escandaloso e tão raro caso merece, lembrando se do respeito com que os reis de gloriosa memoria seos antecessores mandavão neste reino se tratassem as molheres de seus vasallos, com que não somente se fasião amados mas adorados⁶⁵.

Para quien supiera leer entre líneas, este asombro incrédulo lo que hacía era levantar acta de acusación contra un Felipe IV a quien ya en Portugal muchos tenían por un monarca ilegítimo por no respetar las tradiciones del reino. Lo sucedido con la familia del conde fue sólo un aviso del proceso que se le abriría a éste mientras ingresaba en la prisión del fuerte de San Julião da Barra, de donde sería liberado después del 1 de diciembre para sumarse a la aclamación de don João IV de Bragança. Fue la misma senda elegida por Matias de Albuquerque, enemistado con el régimen olivarista desde su destitución en 1635 como cabeza del ejército del Brasil: ninguno de los dos estaba dispuesto a dejarse engullir por los *sátrapas* del clan Vasconcelos. Un futuro prometedor aguardaba a ambos personajes bajo los Bragança, a Mascarenhas alcanzando el marquesado de Fronteira y a Matías combatiendo a los austracistas en la frontera luso-castellana. Para ellos, el año 1641 fue el de la luz en medio de la oscuridad. A esto se refería Da Torre cuando ya caído en desgracia atribuía la suya a los «sátrapas que andão sempre entre nublados, não querem entre sy claridade nunhũa nem

⁶⁴ Assento que se tomou em junta de 24/vii/1639, *Cartas do I Conde da Torre*. 1, p. 271.

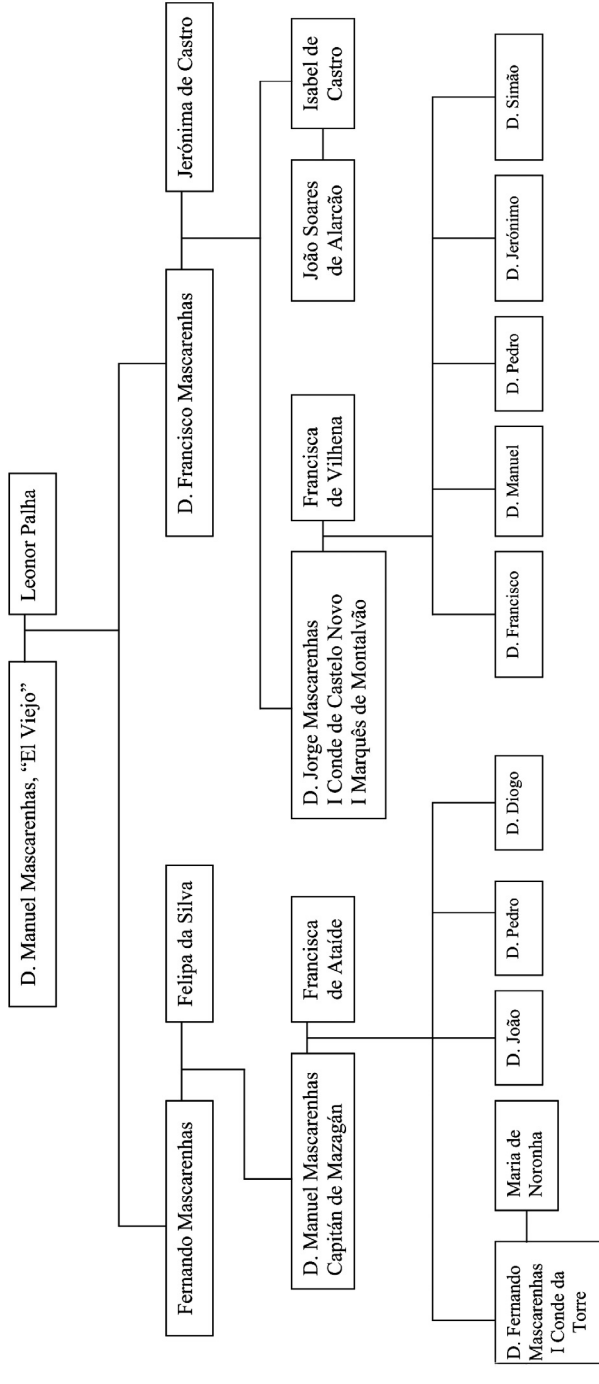
⁶⁵ El conde da Torre al duque de Villahermosa, São Gião, 20/x/1640, *Cartas do I Conde da Torre*. 1, p. 480.

quem a de, e com estas poeiras que alevantarão querem escureser o sol.⁶⁶ Era, por otro lado, un final lógico que expresaba hasta qué punto, pese a las diferencias, los territorios de ultramar y los centros de Madrid y Lisboa —porque en aquel imperio hubo dos metrópolis, otra especificidad del Portugal de los Austrias— participaron de una misma conflictividad política. La crisis de la armada de 1638 supone contemplar el final del Portugal Habsburgo como un espacio geográfico que también incluye América. Pues, como hemos escrito en otro lugar, «la política de los Austrias en Brasil significó lo mismo que en Portugal: un intento fallido de vigorizar la autoridad de la corona»⁶⁷. Las causas específicas del fracaso militar de 1638-1639 surgen también de comparar las diferencias tácticas con la expedición de 1625: entonces, a diferencia de ahora, se navegó directamente hacia Bahía, con una armada bien pertrechada y para combatir a un enemigo aún no consolidado. Pero entonces, además, no existía en Lisboa una crisis de gobierno tan aguda como la que casi acabó por paralizar al de la virreina Margarita, de manera que las divisiones terminaron por cruzar el Atlántico así como por volver a España. La inexistencia en Brasil de una malla institucional sólida afecta al monarca —carencia de tradición virreinal, de Inquisición y universidades, por citar unos ejemplos— tal vez ayudó a polarizar con más facilidad las fuerzas de la colonia en su contra. En todo caso, no hay duda de que el régimen de Olivares intensificó la lucha faccional, hasta entonces mantenida en los niveles habituales de cualquier dominio de la Monarquía. Al alterar el equilibrio con su política de exigencias fiscales, militares y administrativas llevó las divisiones preexistentes a rupturas irreconciliables. Los que estaban atrapados, a la salida la llamaron *Restauración*. Es por ello que los Felipes libraron y perdieron en Pernambuco dos guerras simultáneas: una, contra el holandés, y otra, más trascendental aún, contra algunos de sus propios vasallos. Parece evidente que la derrota en la segunda condicionó, probablemente decidió, el fracaso de la primera.

⁶⁶ El conde da Torre al duque de Villahermosa, Bahía, 29/vii/1640, *Cartas do I Conde da Torre*, I, p. 478.

⁶⁷ VALLADARES, R. *Opulencia y guerra lenta*, p. 25.

FAMILIA MASCARENHAS (Simplificada)



La presencia holandesa en Brasil y la posición de las potencias ibéricas tras el levantamiento de Portugal (1640-1669)

MANUEL HERRERO SÁNCHEZ

Universidad Pablo de Olavide de Sevilla

LA RUPTURA DE PORTUGAL con la Monarquía Hispánica en diciembre de 1640 y el alineamiento de Brasil del lado de los Braganza al año siguiente actuaron como dos de los principales factores desencadenantes del proceso de acercamiento entre Madrid y las Provincias Unidas que culminaría en 1648 con los acuerdos de Westfalia¹. La secesión portuguesa permitía solventar la mayor parte de los contenciosos coloniales provocados por la agresividad ejercida por las compañías de comercio neerlandesas en los dominios ibéricos al ser los territorios bajo la jurisdicción de Lisboa, considerados como más vulnerables, los que habían sufrido, de un modo más directo, la presión militar ejercida por dichas compañías.

El caso de Brasil constituía la prueba más elocuente. A pesar de los fructíferos resultados de la colaboración conjunta hispano-portuguesa con ocasión de

¹ VALLADARES, R. *La rebelión de Portugal*. Valladolid: Consejería de Educación y Cultura de Castilla y León, 1998 y HERRERO SÁNCHEZ, M. *El acercamiento hispano-neerlandés (1648-1678)*. Madrid: CSIC, 2000.

la liberación de Bahía en 1625, la incapacidad mostrada por la corona para frenar el avance holandés en el nordeste de Brasil con posterioridad a la toma de Recife y Olinda en 1630 y las dramáticas consecuencias provocadas por tal ocupación en el dinámico sector azucarero reflejaban los claros síntomas de agotamiento de la comunidad de intereses entre Madrid y Lisboa². El fracaso de la nueva expedición conjunta en 1638 y la presión fiscal creciente, justificada por la necesidad de recaudar nuevos fondos para acabar con los ataques neerlandeses contra las colonias, parecían darle la razón a aquellos que veían en la unión con Madrid la causa principal de que los territorios ultramarinos portugueses se hubiesen visto sacudidos por las constantes agresiones perpetradas por los múltiples enemigos de la Monarquía Católica³.

Ahora bien, la realidad estaba lejos de responder a este panorama de aparente consenso en el seno de la nación política portuguesa a favor de la ruptura de los lazos de fidelidad que ligaban al reino con los Habsburgo⁴. El período de unión dinástica había potenciado la aparición de múltiples elementos de integración y había facilitado un cierto desdibujamiento de determinadas fronteras⁵. La porosidad de los confines que separaban los territorios meridionales de Brasil de las posesiones españolas en el Río de la Plata, como prueba la acción de los bandeirantes⁶, y los palpables beneficios derivados de la activa política de reformas institucionales emprendida por Felipe III y Felipe IV en

² Sobre la presencia holandesa en Brasil contamos con una serie de estudios clásicos entre los que cabe destacar: NETSCHER, P. M. *Les hollandais au Brésil. notice historique sur les Pays-Bas et le Brésil au XVII^e siècle*. La Haya, 1833; GONSAIVES DE MELLO, J. A. *Tempo do flamengos. Influencia da ocupação holandesa na vida e cultura do norte do Brasil*. Río de Janeiro: Livraria José Olympio Editora, 1947; BOXER, C. R. *The Dutch in Brazil*. Oxford: University Press, 1953 y MELLO, E. Cabral de. *Olinda Restaurada. Guerra e Açúcar no Nordeste, 1630-1654*, 2.^a ed. Río de Janeiro: Topbooks, 1998.

³ SERRANO MANGAS, F. *La encrucijada portuguesa. Esplendor y quiebra de la unión ibérica en las Indias de Castilla (1600-1668)*. Badajoz: Diputación Provincial de Badajoz, Departamento de Publicaciones, 1994.

⁴ CARDIM, P. «Los portugueses frente a la Monarquía Hispánica». En ÁLVAREZ-OSSORIO, A. y GARCÍA GARCÍA, B. (eds.). *La Monarquía de las Naciones. Patria, nación y naturaleza en la Monarquía de España*. Madrid: Fundación Carlos de Amberes, 2004, pp. 355-383.

⁵ SCHWARTZ, S. B. «Luso-Spanish relations in Habsburg Brazil, 1580-1640». *The Americas*, 25, 1968, pp. 33-48. STELLA, R. S. *Brasil durante el gobierno español, 1580-1640*. Madrid: Fundación Histórica Tavera, 2000. LOUREIRO, R. y GRUZINSKI, S. (eds.). *Passar as fronteiras. II Colóquio sobre Mediadores Culturais-Séculos XV a XVIII*. Lagos, 1999. Un pormenorizado balance historiográfico lleno de sugerencias en SCHAUB, J. F. «Hacia una historia eurocolonial. América portuguesa y Monarquía Hispánica». En BARRIOS, F. (ed.). *El gobierno de un mundo. Virreinos y Audiencias en la América hispana*. Cuenca, 2004.

⁶ Que en sus ataques contra los indígenas contaban con la colaboración de las autoridades españolas, HEMMING, J. *Red Gold. The conquest of the Brazilian Indians*. Londres: MacMillan, 1978. Sobre la rivalidad entre los moradores y los jesuitas por la licitud o no de esclavizar a los indios véase, VALLADARES, R. «Brasil: de la Unión de coronas a la crisis de Sacramento (1580-1680)». En SANTOS PÉREZ, J. M. (ed.). *Acuarela de Brasil, 500 años después. Seis ensayos sobre la realidad histórica y económica brasileña*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2000, pp. 29-30.

Brasil⁷, que había servido para estimular aún más la simbiosis económica entre ambas áreas coloniales, no fueron suficientes para frenar el proceso de ruptura. A pesar de algunos intentos fallidos por volver a la soberanía española⁸, Brasil y el resto de los dominios portugueses —a excepción de Ceuta— permanecieron fieles a la nueva dinastía.

El tremendo impacto causado por la facilidad con la que se había consumado la secesión y la incapacidad de la corona, atrapada en demasiados frentes militares, para reaccionar de manera contundente constituían, de modo paradójico y a pesar del duro golpe perpetrado a la reputación de las armas españolas, el fundamento para la resolución del agotador conflicto que arrastraba la Monarquía en el norte de Europa desde el comienzo de la rebelión de Flandes en 1566. En las Provincias Unidas, dichos síntomas de debilidad, agudizados tras la sonada derrota de los tercios españoles en Rocroi, impulsaron un cambio de actitud con relación a la cuestión flamenca. El mantenimiento de los Países Bajos meridionales entre las manos de la Monarquía Católica más allá de verse como una amenaza pasaba a convertirse en una garantía de seguridad frente a las tendencias expansionistas de Francia. En este contexto, el éxito de la rebelión portuguesa se convirtió, como apuntábamos al comienzo, en un factor determinante en la resolución del largo contencioso militar entre Madrid y La Haya⁹. Conviene recordar que el principal elemento de discordia derivado de la agresiva política de conquista llevada a cabo por la Compañía de las Indias Occidentales (WIC) en las posesiones americanas de la corona se situaba en Brasil. Es cierto que los holandeses habían logrado desestabilizar la operatividad de las comunicaciones en el Caribe debido a los constantes ataques practicados desde sus pequeños y desolados enclaves en la zona. Aun así, el mayor de dichos asentamientos, Curaçao, que había sido conquistado en 1634, estuvo a punto de ser abandonado por los escasos rendimientos que aportaba y por el elevado coste que implicaba su defensa para una compañía deseosa de

7 Rafael Valladares señala cómo desde la época de Felipe III la corona parecía inclinarse más por potenciar el eje atlántico Brasil, Angola, Portugal que el *Estado da India*. La política de reformas fiscales, judiciales y religiosas, que se acentuó en época de Felipe IV, iba en esta línea, VALLADARES, R. «Brasil: de la Unión...». *Op. cit.*, pp. 27-29. SCHWARTZ, S. B. «The Voyage of the Vassals: Royal Power, Noble Obligation and Merchant Capitalism before the Portuguese Restoration of Independence, 1624-1640». *The American Historical Review*, 96, 1991, pp. 735-762.

8 Sobre los intentos de los colonos de Sao Paulo, en 1641, y de la oligarquía de Río de Janeiro, con Salvador Correia de Sá a la cabeza en 1647, para rebelarse contra Portugal y a favor de Madrid véase, VALLADARES, R. «El Brasil y las Indias españolas durante la sublevación de Portugal (1640-1668)». *Cuadernos de Historia Moderna*, 14, 1993, pp. 151-72.

9 ELLIOTT, J. H. *España y su mundo, 1500-1700*. Madrid: Alianza, 1990 (1.ª ed. en inglés de 1989), p. 166.

consolidar su posición en el continente¹⁰. Los intentos de apropiarse de otros emplazamientos en los dominios españoles se saldaron con una sucesión de fracasos por lo que, una vez solucionada la cuestión brasileña, un acuerdo sobre los contenciosos coloniales parecía al alcance de la mano. En Asia habían sido también los enclaves portugueses los que con mayor contundencia habían sufrido los ataques de la Compañía de las Indias Orientales (voc). Una compañía que era consciente de las importantes ventajas comparativas que podrían derivarse de un acuerdo con Madrid a la hora de ejercer un mejor control sobre las partidas de plata —tanto las canalizadas a través de Filipinas como las que llegaban mediante el sistema de la Carrera— necesarias para imponerse en los mercados asiáticos¹¹.

La separación de Portugal acarrió otra consecuencia que actuó como uno de los principales precipitantes del entendimiento hispano-holandés. A medida que la secesión se consolidaba, la Monarquía Hispánica tuvo que hacer frente con ansiedad al desabastecimiento de una serie de productos que como el cacao, el azúcar, las especias asiáticas o, sobre todo, la mano de obra negra ponía en peligro un adecuado funcionamiento de su sistema colonial y hacía invariable una rigurosa aplicación de la activa política de embargos comerciales con la que se pretendía obligar a los enemigos a una negociación ventajosa. La necesidad de buscar un proveedor alternativo de tales productos terminó por convertirse en uno de los principales detonantes del acuerdo con las Provincias Unidas, únicas capaces de brindar tales servicios en condiciones aún más ventajosas que las ofrecidas hasta el momento por los portugueses.

El peso preponderante adquirido por las cuestiones ultramarinas en el equilibrio de fuerzas en Europa se había puesto de manifiesto con toda su crudeza durante la tregua de los 12 años entre 1609 y 1621. El deseo de dejar al margen del acuerdo los territorios extraeuropeos fue aprovechado por la República para

¹⁰ GOSLINGA, C. Ch. *Los holandeses en el Caribe*. La Habana: Casa de las Américas, 1983 (1ª ed. en inglés en 1971) y del mismo autor, *A Short History of the Netherlands Antilles and Surinam*. La Haya: Martinus Nijhoff, 1979. Sobre Curaçao véase también FELICE CARDOT, C. *Curaçao hispánico. Antagonismo flamenco-español*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1982, así como las interesantes recopilaciones documentales de, ASHER, G. M. *A bibliographical and Historical Essay on the Dutch Books and Pamphlets relating to New Netherlands and to the Dutch West India Company and to its possessions in Brazil, Angola, etc.* Amsterdam: Frederick Muller, 1960 (1ª ed. 1854-1867) y GEHRING, Ch. I. (ed.). *Curaçao Papers, 1640-1665*. Interlaken: Heart of the Lakes Publishing, 1987. Para más información consúltese la bibliografía sobre la wic y la expansión holandesa en el Atlántico recogida en la nota 20 del presente artículo.

¹¹ ATTMAN, A. *Dutch Enterprise in the World Bullion Trade, 1550-1800*. Göteborg: Kungl. Vetenskaps-och Vitterhets-Samhället, 1983; GAASTRA, F. S. «Merchants, Middlemen and Money: Aspects of the Trade between the Indonesian Archipelago and Manila in the 17th century». En SCHUTTE, G. y SUTHELAND, H. (eds.). *Papers of the Dutch-Indonesian Historical Conference held at Lage Vuursche, The Netherlands, 23-27 June 1980*. Leiden-Jakarta: Bureau of Indonesian Studies, 1982, pp. 301-314.

reforzar aún más si cabe su emporio comercial y fue una de las principales razones esgrimidas por aquellos que, desde Madrid, apostaban por reanudar las hostilidades mediante la aplicación de una férrea política de guerra económica que, a pesar de sus limitaciones, entrañó graves pérdidas para los mercaderes neerlandeses¹². Por lo tanto, y mal que les pese a aquellos que, como Patrick O'Brien, tienden a minusvalorar la importancia del ámbito colonial en la economía europea de la época¹³ o a los que se empeñan en subrayar la primacía de los componentes dinásticos o religiosos¹⁴, la hegemonía en el continente parecía estar cada vez más relacionada con el control de las principales materias primas y de los grandes corredores estratégicos así como con una firme implantación en el ámbito ultramarino mediante el desarrollo de una flota de guerra cuyo peso en el conjunto de los gastos defensivos no dejó de dispararse. El conflicto entre las potencias había dejado de ser meramente europeo para convertirse en un enfrentamiento a escala planetaria.

En este sentido, y al igual que los negociadores diplomáticos españoles se mostraron siempre extraordinariamente renuentes a la hora de admitir a trámite cualquier sugerencia destinada a erosionar el teórico monopolio ejercido por la corona en las Indias, sus homólogos portugueses y holandeses hicieron de los asuntos coloniales el eje central de una pugna que no se resolvería hasta los acuerdos alcanzados entre 1661 y 1669¹⁵.

En las Provincias Unidas a las dificultades derivadas de la compleja toma de decisiones, debido a la naturaleza segmentada de su organización política, venía a sumarse el peso protagonista que en todos los asuntos coloniales ejercían las dos grandes compañías privilegiadas de comercio que ostentaban un completo monopolio sobre aquellos territorios bajo su jurisdicción. Parecía difícil que la

¹² Resulta indudable que los embargos podían ser esquivados pero también lo es que eran un mecanismo eficaz para favorecer las actividades mercantiles de una comunidad mercantil sobre otra y que supusieron un fuerte impacto para el normal desarrollo de las transacciones mercantiles y un impulso para los rivales comerciales de la República que, como los ingleses, lograron controlar la ruta de la plata entre 1630 y 1647. Al respecto véanse las distintas perspectivas de ALCALÁ-ZAMORA, J. *España, Flandes y el mar del Norte (1618-1639). La última ofensiva de los Austrias madrileños*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001 (1.ª ed. 1975) e ISRAEL, J. *La república holandesa y el mundo hispánico, 1606-1661*. Madrid: Nerea, 1997 (1.ª ed. en inglés, 1982). Sobre la compleja toma de decisiones en la reanudación de la guerra en 1621 véase ELLIOTT, J. H. «A Question of reputation? Spanish Foreign Policy in the Seventeenth Century». En *Journal of Modern History*, 55 (1983), pp. 475-483.

¹³ O'BRIEN, P. K. «European Economic Development: The Contribution of the Periphery», *The Economic History Review*, 35, 1982, pp. 1-18 y, junto a PRADOS DE LA ESCOSURA, L. «The Costs and Benefits for Europe from their Empires Overseas», *Revista de Historia Económica*, XVI-1 (1998), pp. 29-89.

¹⁴ BÉLY, L. *La société des princes: XVI^e-XVIII^e siècle*. París: Fayard, 1999.

¹⁵ MELLO, E. Cabral de. *O Negócio do Brasil. Portugal, os Países Baixos e o Nordeste, 1641-1669*. Río de Janeiro: Topbooks, 1998.

República pudiese llegar a un acuerdo con Lisboa o con Madrid sin tener en cuenta la opinión de cualquiera de estos dos entramados de poder que, según advertía en 1638 el embajador veneciano Francesco Michiel, se presentaban como «due piccole repubbliche» en el seno del Estado¹⁶. Frente a la imagen idílica y modernizadora con la que suele describirse al *milagro holandés*, dichas compañías, cuya organización reproducía el enmarañado sistema político de la República, acabaron por verse sacudidas por las constantes luchas de facciones entre el partido orangista y el republicano y, en lugar de colaborar entre ellas, se enzarzaron en una serie de choques corporativos y en un proceso de patrimonialización de los principales cargos que terminarían por socavar su estabilidad de modo más contundente que las medidas emprendidas por sus enemigos para debilitarlas¹⁷. La República holandesa, lejos de constituir una excepción liberalizadora en una Europa dominada por los postulados mercantilistas, fue la encargada de poner en funcionamiento un nuevo modelo de organización colonial que sería imitado con desiguales resultados en el resto del continente y que se fundamentaba en un celoso exclusivismo monopolista y en un sistemático recurso a la violencia como el mejor mecanismo para imponerse a sus contrincantes en los mercados ultramarinos¹⁸. La expansión colonial holandesa había permitido consolidar el creciente control de su emporio mercantil sobre una serie de productos de lujo que, junto al dominio que ya ejercía sobre la distribución de mercancías pesadas como el trigo báltico o la sal portuguesa, constituían los dos pilares sobre los que se fundamentó su hegemonía comercial y uno de los factores decisivos para consolidar su independencia con respecto a su antiguo soberano¹⁹.

La creación en 1621 de la Compañía de las Indias Occidentales, a la que se le concedió el monopolio de los intercambios en los territorios americanos y en la costa occidental africana, aparecía como el mejor mecanismo para asegurar, ahora por la fuerza de las armas, los avances logrados por los hombres de negocios

¹⁶ Tomado de BLOK, P. J. *Relazioni Veneziane. Venetiaansche Berichten over de Vereenigde Nederlanden van 1600-1795*. La Haya, 1909, p. 271.

¹⁷ ADAMS, J. «Trading States, Trading Places: the Role of Patrimonialism in Early Modern Dutch Development». *Comparative Studies in Society and History*, 36: 2, 1994, pp. 319-355. En esta línea, hemos realizado un balance sobre las características del modelo holandés de expansión colonial en el monográfico dirigido por Manuel Lucena Giraldo, HERRERO SÁNCHEZ, M. «Comercio, patrimonio, nación y guerra. El imperio colonial neerlandés en la Edad Moderna». En *Las tinieblas de la memoria. Una reflexión sobre los imperios en la Edad Moderna. Debate y Perspectivas. Cuadernos de Historia y Ciencias Sociales*, 2, 2002, pp. 99-112. Véase también, aunque desde otros planteamientos, EMMER, P. C. «The Economic Impact of the Dutch Expansion Overseas, 1570-1870». *Revista de Historia Económica*, XVI-1, 1998, pp. 157-176.

¹⁸ Sobre los límites del pretendido pacifismo holandés véase, BOXER, C. R. *The Dutch Seaborne Empire, 1600-1800* Londres: Penguin, 1990 (1.ª ed. 1965).

¹⁹ ISRAEL, J. I. *Dutch Primacy in World Trade, 1585-1740*. Oxford: Oxford University Press, 1989.

neerlandeses en dichos mercados durante el período de la tregua²⁰. La WIC se constituyó desde sus orígenes en una de las principales armas de guerra de la República y en el mejor instrumento para cercenar el poder español en América, entorpecer la llegada de las partidas de metales preciosos que alimentaban su maquinaria bélica y poner coto a la expansión del catolicismo. Su fuerte componente político y mesiánico explica el decidido respaldo de que gozó por parte del beligerante partido orangista y por aquellas ciudades y provincias que como Leiden o Zelanda se decantaban de modo más abierto por un calvinismo de corte ortodoxo y por el fortalecimiento de la autoridad del Príncipe en detrimento del control de la soberanía por parte de los Estados Provinciales²¹.

Las costosas campañas militares contra Brasil, en 1624 y 1630, comportaron un enorme esfuerzo financiero que no pudo compensarse con los ingresos procedentes de las actividades mercantiles, lo que impidió que la compañía pudiese hacerse cargo de modo autónomo de la defensa de sus territorios en un proceso de interiorización de los costes de protección semejante al que había logrado aplicar con éxito la VOC en los dominios asiáticos²². La WIC se vio obligada a solicitar una serie de subsidios para cubrir su progresivo déficit presupuestario y exigió en varias ocasiones la colaboración activa de su homóloga de las Indias Orientales a la que acusaba de favorecerse de modo indirecto de su esfuerzo bélico. Sus principales beneficios los extraía de la actividad pirática contra los territorios españoles, como se puso de relieve con ocasión de la captura de la flota en la bahía de Matanzas en 1628, situación que se traducía en

²⁰ Sobre la WIC y la expansión holandesa en el Atlántico véanse, MEILINK-ROELOFSZ, M. A. P. (ed.). *Dutch Authors on West Indian History. A Historiographical Selection*. La Haya: KITLV, 1982; HOBOKEN, W. J. van. «The Dutch West India Company: the Political Background of its Rise and Decline». En BROMLEY, J. S. y KOSSMANN, E. H. (eds.). *Britain and the Netherlands. Papers delivered to the Oxford-Netherlands Historical Conference*. Londres: Chatto & Windus, 1960, pp. 41-59; EMMER, P. C. «The West India Company, 1621-1791: Dutch or Atlantic?». En BLUSSÉ, L. y GAASTRA, F. (eds.). *Companies and Trade. Essays on Overseas Trading Companies during the Ancien Régime*. Leiden: University Press, 1981, pp. 71-95; BOOGAART, E. van den; EMMER, P. C. y KLEIN, P. *La expansión holandesa en el Atlántico*. Madrid: MAPFRE, 1992; HEIJER, H. *Den De geschiedenis van de WIC*. Zutphen: Walburg Pers, 1994 y la interesante puesta a punto efectuada por KLOOSTER, W. *The Dutch in the Americas, 1600-1800. A Narrative History with the Catalogue of an Exhibition of Rare Prints, Maps, and Illustrated Books from the John Carter Brown Library*. Providence: The American Society for Eighteenth-Century Studies, 1997. Por su parte, Jonathan Israel nos ofrece un clarificador cuadro con la procedencia del capital fundacional de la WIC y su reparto por Cámaras provinciales en ISRAEL, J. I. *La república holandesa...*, *op. cit.*, p. 123. Una actualización bibliográfica sobre la Compañía la podemos encontrar en las páginas de la revista *Itinerario* que pertenece al IGEER (Instituto para la Historia de la Expansión Europea) de la Universidad de Leiden en especial en los *Annual Review of Dutch Expansion Studies*.

²¹ DILLEN, J. G. van. «The West India Company, Calvinism and Politics». En MEILINK-ROELOFSZ, M. A. P. *Dutch Authors in West...*, *op. cit.*, pp. 149-191 (1.ª ed. en holandés en 1961).

²² STEENSGAARD, N. «The Dutch East India Company as an institutional innovation». En AYMARD, M. (ed.). *Dutch capitalism and world capitalism*. Cambridge: University Press, 1982, pp. 235-257.

una constante oscilación en el valor de sus acciones. La falta de estabilidad económica terminó por enajenar el interés del sector más influyente del patriciado de la provincia de Holanda que durante las décadas de 1630 y 1640 optó por desprenderse de sus inversiones en una compañía que contaba con el resuelto sostén de Zelanda y de sus rivales orangistas²³.

Los crecientes problemas financieros de la WIC y la necesidad de consolidar su presencia en la amplia franja territorial conquistada en el nordeste de Brasil exigían la puesta en marcha de un decidido programa de gobierno y de una serie de reformas económicas capaces de impulsar el desarrollo de la producción azucarera. Se trataba de recuperar el control ejercido por los hombres de negocios de la República sobre la distribución de dicho producto con anterioridad a la reanudación de la guerra contra la Monarquía en 1621 lo que además permitiría reactivar los centros de refinado en la metrópoli y fortalecer el comercio comercial neerlandés en su conjunto. Para ello era estrictamente obligatorio controlar una serie de enclaves en las costas africanas desde los que proveerse de la mano de obra esclava pertinente para cubrir las necesidades de los ingenios. La conquista de Elmina, en 1637, era una prueba de los fuertes vínculos que enlazaba a ambos lados del Atlántico²⁴. Brasil no podía funcionar sin dicha vertiente africana pero todo el sistema requería de unas ingentes cantidades de capitales que fueron aportados de modo eficiente por la activa comunidad de hombres de negocios de origen judío que había sido la principal beneficiaria e impulsora de la economía azucarera en la zona antes la creación de la WIC.

El nombramiento de Johan Maurits van Nassau en 1637 en calidad de gobernador general permitió incorporar ciertos criterios de territorialidad en una estructura colonial demasiado dominada por intereses mercantiles y, como se pone de manifiesto en algunas de las contribuciones recogidas en el presente libro, sentó las bases para dotar de estabilidad a la presencia holandesa en Brasil²⁵. Se reproducía, en última instancia, la curiosa fusión entre los componentes gubernamentales aportados por la familia Orange y los componentes capitalistas ofrecidos por la élite dirigente de ciudades mercantiles como Amsterdam,

²³ Boxer, además de enfatizar las rivalidades entre Holanda y Zelanda, señala como una de las características de la WIC con respecto a la VOC el hecho de que sus acciones estuviesen entre las manos de un buen número de pequeños inversores algo que era aún más elocuente en Zelanda, BOXER, C. R. *The Dutch Seaborne...*, *op. cit.*, pp. 53-56. Sobre la inestabilidad en el precio de las acciones de la Compañía y la venta masiva de las mismas practicada por la élite de Amsterdam véase, ISRAEL, J. I. *La república holandesa...*, *op. cit.*, pp. 176-178.

²⁴ EMMER, P. «The Dutch and the Making of the Second Atlantic System». En SOLOW, B. L. (ed.). *Slavery and the Rise of the Atlantic System*. Cambridge: University Press, 1991, pp. 75-95.

²⁵ BOOGAART, H. R. VAN DER; HOETINK, H. R. y WITEHEAD, P. S. *Johan Mauritz van Nassau 1604-1679. A Humanist Prince in Europe and Brazil. Essay on the occasion of the tercenary of his death*. La Haya: The Johan Maurits van Nassau Stichting, 1979.

Dordrecht o Rotterdam que se daba en la misma República y que tan buenos resultados había producido para hacer frente con éxito al largo conflicto militar contra la principal potencia territorial del momento. La activa política puesta en práctica por el nuevo gobernador no tardó en dar sus frutos. En el momento previo a la ruptura hispano-portuguesa, la presencia holandesa en Brasil no sólo había ampliado su base territorial de modo considerable sino que se había producido una consistente reactivación económica que permitió alcanzar los niveles de producción y exportación azucarera anteriores al estallido de la guerra. Es cierto que aún existían ciertas disfunciones. Como ha subrayado Souty, la incertidumbre provocada por la persistente rivalidad entre aquellos que apostaban por el comercio libre frente al pretendido monopolio de la WIC, con sucesivos cambios legislativos entre períodos de liberalización con concesiones de licencias para comerciar —como el transcurrido entre 1636 y 1638— y períodos de vuelta al exclusivismo de la compañía, obstaculizó el normal desenvolvimiento de las transacciones mercantiles²⁶. Si a ello le añadimos la fuerte presión fiscal derivada de la puesta en marcha de un aparato gubernamental cada vez más complejo, nos encontramos ante una consistente reducción de los márgenes de beneficio lo que se traducía, a la postre, en una creciente escasez de capitales. Problemas que pudieron compensarse, en parte, gracias a la amplia política de tolerancia religiosa que atrajo a un buen número de comerciantes de origen judío y permitió la creación de una cultura atlántica verdaderamente híbrida pero de fuerte componente urbano ya que en las áreas rurales se mantuvo siempre la primacía portuguesa²⁷.

En el momento del estallido de la rebelión bragancista contra los Habsburgo, la presencia holandesa en Brasil parecía fuertemente arraigada. La secesión portuguesa alejaba además el fantasma de un nuevo ataque conjunto de las potencias ibéricas como el efectuado sin éxito en 1638. El deseo de Juan IV de consolidarse en el trono impulsó la negociación de una tregua con la República.

²⁶ SOUTY, F. J. L. «Le Brésil néerlandais, 1624-1654». *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*. XXXV, 1988, pp. 182-239.

²⁷ VAINFAS, R. «La Babel religiosa. Católicos, calvinistas, conversos y judíos en Brasil bajo la dominación holandesa (1630-1654)». En CONTRERAS, J.; GARCÍA, B. y PULIDO, I. (eds.). *Familia, religión y negocio. El sefardismo en las relaciones entre el mundo ibérico y los Países Bajos en la Edad Moderna*. Madrid: Fundación Carlos de Amberes, 2002, pp. 320-339. Sobre la comunidad hebrea en Brasil véanse GONSALVES DE MELLO, J. A. «A Nação Judaica do Brasil Holandês», *Revista do Instituto Arqueológico, Histórico e Geográfico Pernambucano*, 48, 1976, pp. 229-393; BÖHM, G. *Los sefardíes en los dominios holandeses de América del Sur y del Caribe, 1630-1750*. Frankfurt am Main, 1992; ISRAEL, J. I. «Dutch Sephardi Jewry, Millenarian Politics and the Struggle for Brazil, 1650-1654». En ISRAEL, J. I. *Conflicts of Empires. Spain, the Low Countries and the Struggle for World Supremacy, 1585-1713*. Londres: Hambledon Press, 1997, pp. 145-170 y, del mismo autor. «El Brasil y la política holandesa en el Nuevo Mundo (1618-1648)». En SANTOS PÉREZ, J. M. (ed.). *Acuarela de Brasil...*, *op. cit.*, pp. 11-21.

Cese de hostilidades que en las Provincias Unidas era respaldado por aquellos sectores que abogaban por una reactivación del comercio con Portugal, lo que permitiría al emporio neerlandés volver a acceder a los ricos yacimientos de sal de Setúbal y eliminar parte de los perjuicios derivados de la política de embargos comerciales puesta en marcha desde Madrid²⁸. Sin embargo, no todos se mostraban de acuerdo con una medida que suponía renunciar a una eventual expansión territorial en el área brasileña. Opinión defendida de modo mayoritario por el *Heren XIX*, Cámara que reunía a los XIX directores de la Compañía, que advertía sobre las dificultades que dicha medida implicaría para enfrentarse de modo eficaz a la competencia que en el mercado azucarero empezaban a disputarles los productores del sur de Brasil. Obligada finalmente a transigir, la *wic* se tuvo que contentar con arrebatarse, antes de la ratificación del acuerdo, los asentamientos portugueses de esclavos de la isla de Santo Tomé, de Luanda y Benguela en Angola y de Axim en Guinea²⁹. Por su parte la Compañía de las Indias Orientales logró hacerse, en 1641, con la estratégica plaza de Malaca y controlar, de este modo, uno de los principales corredores del tráfico de especias.

La tregua con Portugal permitió, en un principio, robustecer la política de reformas llevada a cabo por Johan Maurits van Nassau y dotó al Brasil holandés de una estabilidad política desconocida hasta el momento y fundamental para el impulso de las transacciones mercantiles. Ahora bien, el cierre del principal frente de guerra en América dio alas a aquellos sectores que abogaban por reactivar de modo decidido los ataques contra los asentamientos españoles más débilmente defendidos y que apoyaban la reanudación sistemática del corso como el mejor mecanismo para volver a dar un impulso a la menguada flota de guerra de la Compañía. Los resultados, sin embargo, fueron desalentadores. El rotundo fracaso de las agresiones orquestadas desde Curaçao contra Cuba, Puerto Rico, la costa venezolana o la isla de San Martín³⁰ y la desastrosa expedición de Hendrik Brouwer a Chile en 1643 implicaron un disparatado aumento de los gastos

²⁸ La tregua, firmada el 12 de junio de 1641, abarcaba también los dominios coloniales e incluía una serie de cláusulas económicas así como un compromiso por parte de la República para proveer Portugal de pertrechos navales y de municiones, ANTUNES, C. *Globalisation in the Early Modern Period. The economic relationship between Amsterdam and Lisbon, 1640-1705*. Amsterdam: Aksant, 2004, pp. 141-150.

²⁹ Véase la reciente traducción al portugués del trabajo de RATELBAND, K. *Os holandeses no Brasil e na costa Africana. Angola, Kongo e Sao Tomé (1600-1650)*. Lisboa: Vega, 2003 (1.ª ed. en holandés en 2000).

³⁰ GOSLINGA, C. Ch. *Los holandeses en el Caribe...*, op. cit., pp. 229-250; KOPPERMAN, P. E. «Ambivalent Allies: Anglo-Dutch Relations and the Struggle against the Spanish Empire in the Caribbean, 1621-1641». *The Journal of Caribbean History*, 21-1, 1987, pp. 55-77. Véase también la recopilación de textos recogida por WRIGHT, I. A. *De Nederlandsche Zeevaarders op de eilanden in de Caraïbische zee en aan de Kust van Columbia en Venezuela gedurende de jaren 1621-1648 (9)*. *Documenten hoofdzakelijk uit het Archivo General de Indias te Sevilla*, vol. 2. Utrecht, 1934.

y culminaron, al año siguiente, con la salida del gobierno de Johan Maurits van Nassau acusado por los directores de la *wic* de dilapidar con su política los escasos recursos de que disponía la compañía.

Situación que venía a coincidir con un cambio en el equilibrio de fuerzas en Europa a favor de Francia. La difícil coyuntura por la que atravesaban las armas españolas en los frentes flamenco y catalán, y que había acelerado la salida del gobierno del conde-duque de Olivares en 1643, reanimó las tensiones en el seno de la República con respecto a una posible negociación con Madrid. La mayor parte de los regentes de las principales ciudades marítimas de la provincia de Holanda, capitaneadas por Amsterdam, tenía depositada sus esperanzas en los amplios beneficios que podrían derivarse de un entendimiento con la Monarquía Hispánica. Además de desconfiar del acercamiento de Francia hacia su frontera meridional, veían en la paz el acceso privilegiado a una serie de materias primas que, como la lana castellana o las partidas de plata americana, permitirían consolidar la posición de la República como principal núcleo de intercambios en Europa. Dicha posición era rechazada de modo resuelto por los sectores que con más energía sostenían los intereses de la *wic* en la República. El príncipe de Orange, en calidad de capitán general de los ejércitos, temía las consecuencias que acarrearía el final de la guerra para su ascendente político y el impulso que la paz otorgaría al partido republicano. Lo mismo ocurría en las principales ciudades de la provincia de Zelanda que observaban con prevención el impacto que dicha medida supondría para su pujante actividad pirática y la posible pérdida de los beneficios aduaneros derivados de un entendimiento con la Monarquía. Asimismo, los grandes núcleos manufactureros, como Leiden, recibían de la competencia de los paños flamencos una vez que se hubiesen eliminado las restricciones existentes para su distribución³¹. La Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, que había sido creada como un instrumento ofensivo para cercenar la posición de la Monarquía Hispánica en América y cuyos recursos procedían en gran parte del pillaje contra los intereses españoles en la zona, debería, por lo tanto, haber adoptado, al igual que hicieron sus principales promotores en el seno de la República, una oposición frontal hacia todo tipo de negociación con Madrid. Una visión en exceso simplificadora frente a la que, en un interesante artículo publicado en 1957, tuvo el acierto de prevenirnos Hoboken que sugería que la *wic* experimentó igualmente un paulatino cambio de actitud conforme fueron precipitándose los acontecimientos en Brasil³².

³¹ ISRAEL, J. I. *La república holandesa...*, *op. cit.*, cap. VI. Sobre las distintas facciones y grupos de poder en la república hemos elaborado una visión general en castellano en HERRERO SÁNCHEZ, M. *Las Provincias Unidas y la Monarquía Hispánica (1588-1702)*. Madrid: Arco Libros, 1999.

³² En efecto, Hoboken muestra cómo frente a la dura «Reconversión de la Compañía de la India Occidental contra la paz con España» de 1633 (recogida en su integridad por GOSLINGA, C. Ch. *Los*

El levantamiento de los plantadores portugueses en 1645 puso de relieve la debilidad militar de la compañía³³. Su incapacidad para cubrir de modo autónomo sus necesidades defensivas en los amplios territorios bajo su jurisdicción se pondría de manifiesto cuando, para proceder con éxito a la política de acoso contra los barcos azucareros destinados a Lisboa, la compañía se vio obligada a tener que recurrir al sostén de un gran número de armadores particulares en su mayoría de origen zelandés³⁴. Mientras que la WIC lograba a duras penas mantener su posición en los escasos asentamientos urbanos que aún controlaba en la costa brasileña (Recife, Olinda, Itamaracá y Paraíba), sus dirigentes tuvieron que observar con desánimo los limitados apoyos ofrecidos por la VOC, que en 1644 había desestimado la última propuesta destinada a unificar ambas compañías, y el escaso sostén militar prestado por la República para organizar una expedición capaz de frenar la pérdida de Brasil. Para entonces, y ante la preocupante caída de Dunquerque en 1646 y el imparable avance francés en los Países Bajos, los Estados Provinciales de Holanda, provincia que aportaba el 58% del presupuesto de la República, dieron órdenes estrictas a sus plenipotenciarios en Munster para que llegasen cuanto antes a un acuerdo con los delegados españoles.

Ante esta nueva situación, a la WIC no le quedaba otra alternativa que sumarse al bando de la paz. Incluso los delegados zelandeses de la compañía parecían comprender que tan sólo un acuerdo con Madrid permitiría concentrar gran parte de los numerosos efectivos militares desplegados hasta entonces en la frontera de los Países Bajos para llevar a cabo una posible acción de castigo con objeto de recuperar el terreno perdido en Brasil. La WIC depositaba ahora sus esperanzas en los posibles beneficios que podrían derivarse de la nueva relación de entendimiento con Madrid. Los problemas de abastecimiento que sufría la América española debido a la ruptura con Portugal parecían facilitar el acceso de sus hombres de negocios a dichos mercados. Se trataba de transformar

...landeses en el Caribe..., *op. cit.*, pp. 433-438) para 1645, en plena rebelión de los moradores portugueses, la WIC se mostró entusiasta con el entendimiento con Madrid, HOBOKEN, W. J. van. «The West India Company and the Peace of Munster». En MEILINK-ROELOFSZ, M. A. P. *Dutch Authors in West...*, *op. cit.*, pp. 192-202 (la 1.ª ed. en holandés de este artículo es de 1957).

³³ En opinión de Giambattista Birago, la rebelión se debía, en gran medida, a que los moradores rechazaban con firmeza el apoyo que los holandeses prestaban a los hebreos, principales inductores del triunfo de su política de colonización en Brasil, y al despilfarro y el lujo introducido por los delegados de la compañía: «entrando ne i novi padroni il lusso per le soverchie ricchezze, e da queste crescendo la superbia aggiogendosi l'intemperanza, nacque la violenza verso i sudditi i quali cominciando a sentire l'imperio soffrivano malamente lo star soggetti a padroni tanto insolenti.» BIRAGO, G. *Storie Memorabili sopra le solevatione di stato de nostri tempi*. Venecia, 1653, pp. 161-162.

³⁴ Israel señala cómo la poderosa comunidad sefardí de Amsterdam, muy involucrada en el comercio con Brasil, financió las actividades de los corsarios zelandeses, ISRAEL, J. I. «Dutch Sephardy Jewry..., *op. cit.*, pp. 164-165.

la Compañía en una organización comercial no beligerante mediante el control del tráfico de esclavos y las facilidades que para el contrabando se derivarían de su posición de aliados de la Monarquía Hispánica³⁵.

La firma de una paz bilateral hispano-neerlandesa en Munster el 30 de enero de 1648 suponía el reconocimiento de las Provincias Unidas como un estado soberano e independiente y establecía los fundamentos de una próspera colaboración. La Monarquía lograba un socio mercantil capaz de abastecerle de los recursos navales necesarios para comunicar sus distantes territorios así como de los pertrechos y los productos de lujo y coloniales esenciales para el buen funcionamiento de su sistema. Ahora bien, los hombres de negocios holandeses contaban con una alta tasa de autonomía política gracias al respaldo militar ofrecido por la República por lo que no se mostraban interesados en insertarse en el sistema de poder hispano —mediante el acceso a la amplia política de mercedes reales— como lo habían hecho sus antecesores genoveses y judeo-conversos portugueses, ni a participar en los ruinosos negocios financieros de una monarquía en quiebra. La corona veía de este modo limitada su capacidad de endeudamiento y, debido a las múltiples concesiones que se vio obligada a ofrecer a los holandeses en sus mercados, se vio forzada a hacer frente a un disparatado crecimiento del contrabando que se tradujo en una sustancial disminución de los recursos fiscales procedentes de los intercambios mercantiles. Situación que mermó sobremedida su capacidad de respuesta militar y que obligó a Madrid a tejer una compleja red de alianzas para poder frenar la presión militar francesa contra sus territorios³⁶.

La paz de Munster aparecía además como el primer acuerdo en el que la Monarquía Hispánica aceptaba incluir en la negociación diplomática los asuntos relativos al ámbito ultramarino. En la tregua con las Provincias Unidas de 1609 o en las sucesivas paces con Inglaterra de 1604 y 1630 el cese de hostilidades había dejado fuera, de manera voluntaria, cualquier acuerdo que pusiese en cuestión la pretendida exclusividad ibérica sobre los dominios coloniales según había quedado trazada por el tratado de Tordesillas. Los artículos 5 y 6 de la paz de Munster rompían con este axioma y suponían el reconocimiento mutuo por ambos contendientes de los asentamientos que cada uno de ellos dispusiese en los territorios extraeuropeos. Las Provincias Unidas, a pesar de la exclusividad que la *voc* pretendía ejercer sobre los intercambios asiáticos, aceptaban la soberanía española sobre Filipinas de igual manera que la Monarquía Hispánica reconocía el derecho de la República a mantener su presencia en los enclaves

³⁵ ISRAEL, J. I. *Dutch Primacy...*, *op. cit.*, p. 170.

³⁶ Sobre la naturaleza del acuerdo hispano-neerlandés véase nuestro trabajo, HERRERO SÁNCHEZ, M. *El acercamiento hispano-neerlandés...*, *op. cit.*

caribeños y en Brasil donde las fronteras quedaban establecidas en la situación existente en 1641, esto es, en el momento de mayor extensión territorial alcanzada por la WIC en la zona³⁷.

Sobre el papel, en cada una de sus áreas de influencia ambos estados ejercerían un estricto monopolio sobre los intercambios mercantiles. No obstante, en el tratado se incluía una argucia legal que ponía las bases para el posterior desarrollo del contrabando holandés en las colonias americanas. Por el artículo 23, la corona española aceptaba que, en caso de arribadas forzosas, los navíos de la República pudieran recalar en los puertos bajo su jurisdicción. Es evidente que, como apunta Moutoukias en su espléndido estudio sobre los intercambios en el Río de la Plata durante la segunda mitad del siglo XVII, en la mayoría de los casos se trataba de arribadas maliciosas por lo que se abría la puerta a un tipo de contrabando oficializado debido a la connivencia de las autoridades locales con los mercaderes de la República. En pocos años los holandeses desplazaron a los portugueses de la zona del Río de la Plata³⁸ y, a partir de mediados de la década de 1650, según apunta Wim Klooster, acabarían por dominar asimismo los intercambios ilícitos en el Caribe, tanto en los asentamientos españoles como en las islas bajo el dominio inglés, hasta la década de 1660, y francés, hasta bien entrada la década de 1670³⁹. Por nuestra parte, y gracias a la rica documentación almacenada en el Archivo General de Indias y en el Archivo General de Simancas⁴⁰, hemos podido documentar cómo, a pesar de las

³⁷ MARTÍNEZ SHAW, C. «El imperio colonial español y la república holandesa tras la paz de Munster». En SCHEPPER, H. de (ed.). *1648. La paz de Munster. Actas del I Congreso de Commemoración organizado por la Katholieke Universiteit Nijmegen*. Barcelona-Nimega: Idea Books, 2000, pp. 75-86. Existe una versión de este mismo artículo en *Pedralbes*, 19, 1999, pp. 117-129.

³⁸ MOUTOUKIAS, Z. *Contrabando y control colonial en el siglo XVII. Buenos Aires, el Atlántico y el espacio peruano*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1988.

³⁹ KLOOSTER, W. *Illicit Riches. The Dutch trade in the Caribbean, 1648-1795*. Diss. Rijksuniversiteit te Leiden, 1995. En castellano se puede consultar del mismo autor. «El Caribe en la época de la esclavitud». *Anuario de Estudios Americanos*, 51, 1994, pp. 233-259. Sobre el control del tráfico de las Barbados y del resto de los asentamientos ingleses por parte de los comerciantes holandeses véase, ISRAEL, J. I. «England's Mercantilist Response to Dutch World Trade Primacy, 1647-1674». En GROENVELD, S. y WINTLE, M. (eds.). *State and Trade. Government and the Economy in Britain and the Netherlands since the Middle Ages. Papers delivered to the Tenth Anglo-Dutch Historical Conference, Nijmegen, 1988*. Zutphen: Walburg Pers, 1994, pp. 50-61. Por su parte Jacques Savary señalaba cómo la Compañía Francesa de las Indias Occidentales había dejado de ser necesaria: «n'ayant été formé que comme un moyen pour tirer le commerce des dites îles des mains des hollandais qui étaient seuls en possession depuis plus de 60 ans». En SAVARY, J. *Le parfait négociant*. París, 1679, p. 198.

⁴⁰ La rica correspondencia remitida por los sucesivos embajadores españoles en La Haya así como por los secretarios de la Embajada se puede consultar en los fondos de la Embajada de España en La Haya ubicados en el Archivo General de Simancas (AGS) y en los *Archives Générales du Royaume de Bruxelles*. Información que debe contrastarse con el abundante material del que disponemos en el Archivo General de Indias. De especial valor es el leg. 1668 de la sección de Indiferente General en el que se recogen las relaciones semanales remitidas por el embajador Gamarra, entre 1655 y 1663, con la lista de todos los barcos holandeses que entraban en Amsterdam procedentes de América así como de las embarcaciones que salían hacia dicho destino.

afirmaciones realizadas por Israel sobre las dificultades encontradas por los holandeses para ejercer el contrabando en el ámbito continental hasta bien entrada la década de 1660⁴¹, dichos intercambios fueron muy frecuentes con anterioridad a esa fecha en especial en Cartagena, la costa venezolana y Portobelo⁴². Sólo de esta manera las autoridades españolas en la zona pudieron encontrar unos suministradores alternativos con la capacidad suficiente como para poder prescindir de la poderosa comunidad mercantil portuguesa, en su mayoría de origen judeoconverso, que había logrado enlazar con las élites locales y, cuyos contactos previos con sus homólogos holandeses explicaría la facilidad con la que estos últimos se insertaron en las redes de intercambio locales⁴³.

A pesar de todas estas concesiones y de la evidente pujanza alcanzada por los hombres de negocios de la República en las colonias españolas, la Monarquía se mantuvo firme en su principio de no admitir a trámite nuevas propuestas que pudiesen erosionar aún más su teórico monopolio comercial. De este modo fueron desestimadas de manera sistemática las sucesivas solicitudes presentadas por la WIC o por determinados mercaderes particulares para proveer de pertrechos navales o de víveres y municiones a los desasistidos enclaves españoles en el Caribe que se veían sacudidos por el constante aumento de la piratería franco-británica. Idéntica firmeza mostró la corona a la hora de rechazar las innumerables propuestas holandesas —hemos documentado más de quince demandas entre 1648 y 1677— para obtener permisos de extracción de sal en los ricos yacimientos de Punta de Araya en la costa venezolana y ello a pesar de las advertencias efectuadas por las autoridades de la República sobre la imposibilidad de alcanzar un acuerdo de colaboración contra Francia o contra Portugal en caso de no encontrar un proveedor alternativo de sal, materia prima esencial para su rica industria mantequillera o para el tratamiento de sus imponentes partidas de arenque⁴⁴.

⁴¹ ISRAEL, J. I. *Dutch Primacy...*, *op. cit.*, p. 237.

⁴² HERRERO SÁNCHEZ, M. *El acercamiento hispano-neerlandés...*, *op. cit.*, pp. 109-110.

⁴³ Al respecto, Oscar Trujillo está elaborando un interesante estudio sobre la composición del cabildo de Buenos Aires entre 1640 y 1680 en el que pone de manifiesto cómo el levantamiento de Portugal aceleró la entrada en el mismo de criollos de origen portugués como una estrategia fundamental para evitar persecuciones por motivos religiosos como las que se produjeron en Cartagena. TRUJILLO, O. J. «Elite y poder político en los confines de la Monarquía Hispánica. Buenos Aires, 1640-1680». Sevilla: Universidad Pablo de Olavide, 2005. Tesis de licenciatura inédita.

⁴⁴ HERRERO SÁNCHEZ, M. «La explotación de las salinas de Punta de Araya. Un factor conflictivo en el proceso de acercamiento hispano-neerlandés (1648-1678)». *Cuadernos de Historia Moderna*, 14, 1993, pp. 173-194. Con respecto al interés holandés por la sal americana véanse también; SLUITER, E. «Dutch-Spanish rivalry in the Caribbean area, 1594-1609». *The Hispanic American Historical Review*, XXVIII, 2, 1948, pp. 165-196 y EMMER, P. C. «The Dutch Salt Trade and the Making of the Second Atlantic System, 1580-1650». En PIRA, S. (ed.). *Storia del commercio del sale tra Mediterraneo e Atlantico*. Cagliari: AM&D Edizioni, 1997, pp. 113-127 así como las páginas dedicadas por GOSLINGA, C. Ch. *Los holandeses en el Caribe...*, *op. cit.*, pp. 110-131.

La mayor fisura en el aparentemente rígido sistema de monopolio español en América se produjo al amparo de la distribución de mano de obra negra que, con posterioridad al levantamiento de Portugal, experimentó un completo colapso. Tras una serie de intentos fallidos para restablecer un flujo constante de esclavos, la corona se vio obligada a recuperar el anterior sistema de asientos, mecanismo que, en gran medida, impulsó la reconversión de la wic en una compañía esencialmente negrera. El acuerdo suscrito con los comerciantes genoveses Grillo y Lomelín en 1662 permitía a los asentistas, que carecían de enclaves desde los que abastecerse de las piezas necesarias para cumplir con su compromiso, adquirir los esclavos en los mercados holandeses⁴⁵. Concesión que, en última instancia, abría la puerta para convertir Curaçao en el principal núcleo del contrabando holandés con los territorios continentales con el beneplácito de las autoridades locales y gracias al establecimiento de una extensa red de correspondientes de los que merece la pena destacar el papel mediador efectuado por el mercader toscano asentado en Amsterdam, Francesco Ferroni, principal intermediario entre los asentistas y la compañía⁴⁶. Las infinitas posibilidades de negocio derivadas del asiento explican las fuertes presiones y los sobornos efectuados por los comerciantes neerlandeses a través de sus delegados consulares o diplomáticos para lograr imponer aquellos candidatos que les eran más favorables. Si en un principio se conformaron con ejercer dichas actividades de modo indirecto, en 1685, y a pesar de las fuertes críticas suscitadas, el asiento acabaría por recaer entre las manos de una de las principales firmas mercantiles holandesas, la casa de Baltasar Coymans⁴⁷.

«La necesidad de evitar cualquier ocasión de disgusto a los holandeses» propugnada desde el Consejo de Estado por el marqués de Velada que, en 1649 había sido nombrado defensor de los holandeses en la Corte, y sostenida con

⁴⁵ VILA VILAR, E. «La sublevación de Portugal y la trata de negros», *Ibero-Amerikanisches Archiv. Neue Folge*, 2, 3, 1976, pp. 171-192; VEGA FRANCO, M. *El tráfico de esclavos con América. Asientos de Grillo y Lomelín, 1663-1674*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos (CSIC), 1984 y POSTMA, J. M. «The Dutch and the asiento slave trade. African slaves to Spanish American Colonies, 1662-1715». En *De la Traite à l'esclavage. Actes du Colloque international sur la traite des noirs*. Nantes: S. Daget, CRHMA, Univ. de Nantes, SFHOM, vol. I, 1988, pp. 299-324 y, del mismo autor con una visión más general, *The Dutch in the Atlantic Slave Trade 1600-1815*. Cambridge: University Press, 1990.

⁴⁶ Consúltese la correspondencia que mantiene con el Gran Duque de Toscana sobre estos asuntos recogida en el Archivo di Stato di Firenze, Mediceo del Principato, leg. 4261. BENIGNI, P. «Francesco Ferroni, empolese, negoziante in Amsterdam». *Incontri. Rivista di Studi Italo-Nerlandesi*, 1-3, 1985, pp. 97-121.

⁴⁷ WRIGHT, I. A. «The Coymans Asiento, 1685-1689». *Bijdragen voor de Vaderlandse Geschiedenis en Oufheidkunde*, 6-1, 1924, pp. 23-62. Las denuncias realizadas por el marqués de Varinas sobre los sobornos efectuados por los holandeses para lograr que se le concediera el asiento a la casa Coymans se pueden consultar en el memorial redactado en marzo de 1695 desde su prisión en Orán, Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 3034.

energía por el principal valedor de dicha política, el conde de Peñaranda⁴⁸, se tradujo en una cascada de privilegios que fue bien aprovechada por los hombres de negocios de la República gracias al abigarrado tejido consular establecido en los principales puertos de la Monarquía a los pocos días de alcanzado el acuerdo de paz⁴⁹. Como contrapartida, las concesiones realizadas a las Provincias Unidas permitían reforzar de manera considerable las medidas de guerra económica utilizadas por la Monarquía Hispánica para castigar a sus enemigos. Así, en 1650, la corona emitía un rigurosa real cédula por la que se endurecía el embargo general contra los productos franceses y portugueses para, acto seguido, alcanzar un tratado de comercio con la República que ampliaba de modo sustancial sus ya amplias prerrogativas. Ahora bien, los holandeses no se contentaron con acaparar nuevas cuotas de mercado al socaire de dichas medidas. Como con insistencia denunciaban los veedores de comercio encargados de vigilar la buena aplicación de la política de embargos, los hombres de negocios de la República, amparados por las exenciones y franquicias de las que gozaban, se encargaron asimismo de distribuir gran parte de las mercancías vedadas haciéndolas pasar como de origen holandés. Los intentos del Almirantazgo y de los delegados diplomáticos españoles de exigir certificados de procedencia sobre el origen de tales productos fueron rechazados de modo sistemático por las Provincias Unidas. Las acusaciones de canalizar productos coloniales portugueses argumentando que procedían de las posesiones asiáticas de la República podía funcionar en lo relativo a las partidas de canela o de pimienta pero no así con respecto a las masivas entradas de cacao o de productos exóticos como las maderas de palo santo, en especial tras la caída de los últimos enclaves holandeses en Brasil en 1654⁵⁰.

En efecto, las esperanzas auspiciadas por la paz con la Monarquía Hispánica para una recuperación del terreno perdido en Brasil desde el estallido de la revuelta de los plantadores resultaron ser vanas. A pesar de las reticencias mostradas por aquellos sectores que mayores beneficios extraían del comercio con Portugal, los Estados generales mostraron finalmente su disposición a romper la

⁴⁸ Gracias a los fondos documentales almacenados en el *Algemeen Rijksarchief* de La Haya, en especial la correspondencia remitida por el cónsul holandés en Cádiz, Jacome van den Hove, hemos localizado una amplia red de sobornos destinada a favorecer los intereses de los hombres de negocios de la República en los dominios españoles en HERRERO SÁNCHEZ, M. *El acercamiento hispano-neerlandés...*, *op. cit.*, pp. 77-79.

⁴⁹ *Ibid.*, caps. 2 y 3.

⁵⁰ Sobre estas cuestiones véase el estudio que hemos elaborado a partir de los procesos por causas de contrabando almacenados en el AGS, Contaduría y Sueldo 2.^a serie en HERRERO SÁNCHEZ, M. «La política de embargos y el contrabando de productos de lujo en Madrid (1635-1673). Sociedad cortesana y dependencia de los mercados internacionales». *Hispania*. Madrid, 1999, 201, LIX/1, pp. 171-191.

tregua mantenida con Lisboa desde 1641. La expedición naval dirigida por el almirante Witte de With en 1648, a la que la provincia de Holanda accedió a cambio de que Zelanda eliminase su veto para ratificar la paz con Madrid, resultó ser un completo fiasco como puso de manifiesto la doble victoria militar de los moradores brasileños contra los efectivos holandeses en las sucesivas batallas de Guararapes en 1648 y 1649⁵¹. Los duros efectos del activo corsarismo zelandés sobre el tráfico azucarero entre Brasil y Lisboa⁵², acentuados en gran medida por las facilidades ofrecidas por las autoridades españolas para recalar y vender sus presas en los puertos de la Monarquía, no pudieron compensar la incapacidad de la compañía a la hora de frenar el avance portugués en todos los frentes. En 1648, una expedición financiada por los plantadores y mercaderes de Río de Janeiro logró arrebatar a la WIC los enclaves africanos de Angola y Santo Tomé, lo que asestaba un duro golpe a la pujante actividad esclavista de la compañía⁵³.

La fidelidad mostrada por los habitantes de Brasil hacia los Braganza y la creciente importancia adquirida por dichas posesiones en el entramado imperial portugués explican la puesta en marcha de una serie de disposiciones encaminadas a poner de relieve el trato de favor y el aprecio que le otorgaba la corona al Estado de Brasil. Tras elevarlo a categoría de Principado en 1645, en 1653 se le reconoció incluso el derecho de representación en las Cortes portuguesas como prueba de agradecimiento por el protagonismo que habían mostrado sus habitantes durante la guerra contra las Provincias Unidas⁵⁴. La política de reformas en el nuevo principado brasileño recibió un fuerte impulso gracias a la medidas auspiciadas por el padre Antonio Vieira que, siguiendo el modelo de colonización holandés, impulsó la creación en 1649 de una Compañía General de comercio de Brasil que, a pesar de traducirse en un consistente aumento de la presión fiscal y de provocar cierta rigidez en los mercados, sirvió para proteger la flota azucarera de los nocivos efectos de la piratería zelandesa⁵⁵. Para

⁵¹ BOXER, C. R. *The Dutch Seaborne...*, *op. cit.*, pp. 99-100. KLOOSTER, W. *The Dutch in the Americas...*, *op. cit.*, pp. 35-38.

⁵² Según Cabral de Mello en 1647 se lograron efectuar tres apresamientos, MELLO, E. Cabral de *Olinda restaurada...*, *op. cit.*, p. 84.

⁵³ RATELBAND, K. *Os holandeses...*, *op. cit.*, pp. 331-350. Sobre la expedición brasileña conducida por Salvador Correia de Sá véase, BOXER, C. R. *Salvador de Sá and the struggle for Brazil and Angola 1602-1686*. Londres: Greenwood Press, 1952.

⁵⁴ GOUVÊA, M. de F. S. «Poder político e administração na formação do complexo atlântico português (1645-1808)». En FRAGOSO, J.; BICALHO, M. F. y GOUVÊA, M. F. (eds.). *O Antigo Regime nos trópicos: A dinâmica imperial portuguesa (séculos XVI-XVIII)*. Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 2001, pp. 285-315.

⁵⁵ La compañía poseía el monopolio del palo de Brasil y el derecho a transportar azúcar hasta Lisboa mediante un sistema de convoyes lo que, en opinión de Valladares, provocó un fuerte malestar entre los pobladores brasileños, VALLADARES, R. «Brasil: de la Unión de Coronas...», *op. cit.*, p. 33.

llevar a cabo dicho proyecto, y como ha documentado Jonathan Israel, Vieira realizó diversas visitas a Amsterdam en donde entró en contacto con la poderosa comunidad sefardí y, en especial, con uno de los principales espías y valedores de la causa portuguesa en la República, el acaudalado comerciante Jerónimo Nunes da Costa que medió de modo activo para abastecer a la compañía de navíos, pertrechos y municiones⁵⁶.

Pero la acción de los particulares no era suficiente para mejorar el paulatino enrarecimiento de las relaciones oficiales luso-neerlandesas. En 1651 el embajador portugués en La Haya se veía obligado a abandonar las Provincias Unidas al fracasar las conversaciones de paz en las que llegó a ofrecer a la wic una alta indemnización y la libertad de comercio a cambio de la renuncia a sus derechos sobre Brasil⁵⁷. La oposición de la República a alcanzar un acuerdo en tales términos parecía ser el preámbulo para una acción de castigo contra Portugal, mediante el bloqueo de Lisboa y el ataque sistemático a sus rutas comerciales, que, en principio, debería haber contado con el beneplácito de la Monarquía Hispánica. No obstante, en Madrid, que hasta el momento había abogado por una colaboración conjunta con las Provincias Unidas en contra de Lisboa, se había producido un sustancial cambio de estrategia. La favorable coyuntura internacional, propiciada por el estallido de la Fronza y por los beneficios derivados del final del conflicto en la frontera norte de los Países Bajos, permitió un imponente avance de las armas españolas en todos los frentes como se puso de manifiesto en 1652 con la triple recuperación de plazas tan emblemáticas como Barcelona, Casale y Dunquerque⁵⁸. En estas circunstancias, la reconquista del reino rebelde parecía estar al alcance de la mano por lo que desde el Consejo de Estado se apostó por no inmiscuirse en el enfrentamiento luso-neerlandés pues, en caso de victoria holandesa y según lo estipulado en los acuerdos

...ore la compañía véase, FREITAS, G. de. *A Companhia Geral do Comercio do Brasil (1649-1720)*. São Paulo, 1951.

⁵⁶ ISRAEL, J. I. «The Diplomatic Career of Jeronimo Nunes da Costa: An Episode in Dutch-Portuguese Relations of the Seventeenth Century». En ISRAEL, J. I. *Conflicts of Empires. Spain, the Low Countries and the Struggle for World Supremacy, 1585-1713*. Londres: Hambledon Press, 1997, pp. 171-195. BOOGAART, E. van den; EMMER, P. C. y KLEIN, P. *La expansión holandesa...*, *op. cit.*, p. 156. CARDIM, P. «Entre Veneza e Amesterdão. António Vieira, legado de D. João IV no norte da Europa (1646-1648)». *Oceanos*, 30/31, 1997, pp. 134-157.

⁵⁷ ISRAEL, J. I. «The Diplomatic...». *Op. cit.*, p. 178. Sobre los relaciones diplomáticas portuguesas sigue siendo fundamental, PRESTAGE, E. *The Diplomatic Relations of Portugal with France, England and Holland from 1640 to 1668*. Watford: Voss & Michael 1925. Véanse también BRAZÃO, E. *História diplomática de Portugal*, vol. I: 1640-1815. Lisboa, 1932, pp. 96-97 y, en especial, CARDIM, P. «Embaixadores e representantes diplomáticos da Coroa portuguesa no século XVII». *Cultura. Revista de História e Teoria das Ideias*, xv, 2.^a serie, 2002, pp. 47-86.

⁵⁸ ISRAEL, J. I. «Spain and Europe from the Peace of Münster to the Peace of the Pyrenées, 1648-1659». En ISRAEL, J. I. *Conflicts of Empires...*, *op. cit.*, pp. 105-144.

de Westfalia, ello habría obligado a la corona a aceptar la cesión de aquellos territorios brasileños que la WIC hubiera logrado recuperar⁵⁹.

Pero más que la ausencia de colaboración española lo que acabó de modo definitivo con las esperanzas de la compañía fue el estallido, en 1652, del primer conflicto naval entre las Provincias Unidas e Inglaterra que implicó un esfuerzo enorme y obligó a La Haya a dejar en un segundo plano su ofensiva contra Portugal⁶⁰. La derrota experimentada por la flota holandesa contra los efectivos británicos obligó a las Provincias Unidas a aceptar las condiciones ofrecidas por Cromwell por la paz de Westminster en 1654. Ese mismo año, los portugueses lograban apoderarse de los últimos asentamientos de la WIC en Brasil y veían fortalecida su posición internacional gracias al acuerdo de comercio estipulado el 10 de julio con Londres por el que, a cambio de amplios privilegios para los comerciantes ingleses, Portugal lograba un aliado fundamental para afianzar su independencia y mantener intacta la integridad de su territorio⁶¹.

Madrid, por su parte, que hasta el momento había optado por mantener una posición de estricta neutralidad en el contencioso armado entre ambas potencias marítimas, por temor a lanzar en brazos de Francia a aquella que se hubiese sentido agraviada, observó con fuertes recelos el acercamiento anglo-luso que dificultaba sobremanera una futura reconquista del reino rebelde. La situación empeoró aún más debido a la agresiva política de Cromwell contra los asentamientos coloniales españoles en América a partir de 1655. Inglaterra pasaba a convertirse en la principal amenaza para la integridad del imperio ultramarino español del mismo modo que lo habían sido las Provincias Unidas durante la primera mitad del siglo XVII pero con el agravante de que parecía contar con los suficientes recursos humanos y militares como para traducir su supremacía económica en hegemonía política⁶².

El fracasado ataque inglés contra Santo Domingo, sobre el que había sido advertida a tiempo la Monarquía Hispánica gracias a la información privilegiada facilitada por una serie de confidentes como el cónsul holandés en Tetuán, era visto con temor desde las Provincias Unidas. La conquista de Jamaica se erigía en una fuerte amenaza para el papel de principales transportistas y contrabandistas

⁵⁹ ISRAEL, J. I. *La república holandesa...*, *op. cit.*, p. 328.

⁶⁰ Sobre las características del enfrentamiento anglo-holandés y las implicaciones que tenía para la Monarquía Hispánica véase, HERRERO SÁNCHEZ, M. *El acercamiento hispano-neerlandés...*, *op. cit.*, pp. 331-341.

⁶¹ SIDERI, S. A. R. *Trade and Power. Informal Colonialism in Anglo-Portuguese Relations*, Rotterdam: University Press, 1970; SHAW, L. M. E. *Trade, Inquisition and the English Nation in Portugal, 1650-1690*. Manchester: Carcanet, in association with the Calouste Gulbenkian Foundation, 1989 y VALLADARES, R. *La rebelión de Portugal...*, *op. cit.*, pp. 119-126.

⁶² ISRAEL, J. I. *Dutch Primacy...*, *op. cit.*, p. 275.

ejercido por los holandeses en las aguas del Caribe y ponía en peligro las rutas de comunicaciones del sistema de flotas y galeones del que los holandeses extraían importantes beneficios. En estas circunstancias, no es de extrañar que, a pesar de mantener una posición de aparente neutralidad, los holandeses optasen por escoltar los navíos de la Carrera de Indias para evitar episodios como los protagonizados por la flota inglesa en la costa andaluza y en Canarias. Acciones que se sumaban a la organización por parte de determinados armadores particulares de una serie de expediciones conjuntas hispano-holandesas que, desde enclaves como Curaçao, tenían por objeto poner freno a la agresiva actividad pirática anglo-francesa en la zona. Y es que, a pesar de la firmeza con la que desde el Consejo de Indias se mantuvo la oposición a conceder licencias a los neerlandeses para corsear en aguas americanas por temor a erosionar aún más si cabe el monopolio de la corona, en muchas ocasiones se hizo la vista gorda y se llegaron incluso a someter a examen algunas propuestas neerlandesas destinadas a hacer frente a los múltiples enemigos contra los que la corona mantenía un conflicto abierto⁶³.

Colaboración que estaba lejos de traducirse en una alianza ofensiva como la que con insistencia solicitaba el embajador español en La Haya. La República, en lugar de lanzarse a una guerra abierta con Francia e Inglaterra, prefería aprovecharse de una posición de neutralidad de la que extraía innumerables beneficios. El único espacio abierto para una posible colaboración con Madrid consistía en la puesta en marcha de una operación conjunta contra Portugal. La muerte de Juan IV en 1656 y la minoría de edad de su sucesor ofrecían una coyuntura favorable para exigir la devolución del Brasil holandés o, en su defecto, el pago de una fuerte indemnización capaz de compensar las elevadas pérdidas sufridas por la compañía. Pero de nuevo, la división de pareceres entre las distintas provincias que conformaban la República dificultó el acuerdo. Mientras que las provincias de Holanda y Frisia mantenían cierta resistencia a enemistarse con Lisboa por miedo a perder su acceso a las salinas de Setúbal, Güeldres, Groninga y, de manera especial Zelanda, se erigieron en portavoces de las demandas de la *wic* para organizar una acción punitiva contra Portugal. Como indicaba el embajador español en La Haya, Gamarra, los zelandeses abogaban incluso por alcanzar una alianza con Madrid en contra de Inglaterra como único camino para acabar con el acta de exclusión de la familia Orange al estatuderato requisito que, impuesto por Cromwell durante la paz de 1654 para limitar la estrecha colaboración de los Nassau con los Estuardo, había sido bien

⁶³ Sobre la colaboración conjunta hispano-neerlandesa contra la agresividad de Inglaterra en las Indias Occidentales véase, HERRERO SÁNCHEZ, M. *El acercamiento hispano-neerlandés...*, *op. cit.*, pp. 358-367.

acogido por el partido republicano encabezado por el Gran Pensionario Johan de Witt⁶⁴. Aunque esta última propuesta fue desechada sin problemas por la provincia de Holanda, los Estados Generales se decidieron, en septiembre de 1657, a enviar una poderosa escuadra al mando de Obdam para bloquear las costas portuguesas lo que supuso una declaración abierta de hostilidades entre Lisboa y La Haya. La guerra facilitó el avance de la ofensiva puesta en marcha por la *voc* en aguas asiáticas y permitió a la compañía, gracias al control de los principales enclaves lusos en Ceilán, ejercer un absoluto monopolio en el mercado de la canela. Pero los efectos negativos del conflicto se dejaron sentir con fuerza en el estratégico ramo de las pesquerías debido a la escasez de sal provocada por el cierre de los mercados portugueses, lo que abrió nuevas posibilidades de entendimiento con la Monarquía Hispánica.

Por mediación del embajador de la República en Madrid, De Reede, se pusieron en marcha una serie de negociaciones que, en ausencia de Haro comprometido en plenas conversaciones de paz con Francia en los Pirineos, fueron conducidas por el marqués de los Balbases, Filippo Spinola. Por vez primera la corona aceptaba utilizar sus recursos salinos en la Punta de Araya como pieza diplomática para alcanzar un acuerdo con la República. A cambio del bloqueo de la costa portuguesa por una escuadra de treinta navíos de guerra, las Provincias Unidas lograban un permiso para enviar a la costa de Venezuela cuantas naves de comercio quisiesen bajo una serie de condiciones destinadas a limitar el contrabando⁶⁵. Cuando en noviembre de 1658 todo parecía listo para el acuerdo, De Witt dio marcha atrás. Si el gran pensionario había realizado una maniobra de acercamiento hacia Madrid se debía, en gran medida, al empeoramiento de las relaciones con Inglaterra. El apoyo prestado por Cromwell a Suecia en el enfrentamiento que le oponía a Dinamarca, aliada de las Provincias Unidas, por el control del Sund se vino a sumar a la agresividad practicada por la *voc* en contra de los comerciantes británicos en las Indias Orientales. La situación dio un giro radical en cuanto los holandeses aceptaron devolver las embarcaciones aprehendidas en Asia, lo que facilitó el entendimiento con Inglaterra para realizar una mediación conjunta destinada a resolver por la vía diplomática la guerra en el Báltico. El papel de arbitraje alcanzado por las Provincias

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 353-354.

⁶⁵ Las escuadras irían en grupos de diez navíos con una capacidad siempre inferior a las quinientas toneladas y cargadas sólo con el lastre, las provisiones y el armamento necesario para el viaje. Además deberían aceptar todo tipo de visitas, contar con licencias intransferibles y no efectuar paradas ni recalar en otros puertos de la Monarquía salvo en caso de arribadas forzosas. HERRERO SÁNCHEZ, M. «La explotación de las salinas de Araya...». *Op. cit.*, pp. 190-191.

Unidas en el mantenimiento del equilibrio de fuerzas en Europa, objetivo central de la política exterior de De Witt, parecía haber dado sus frutos⁶⁶.

Superadas las tensiones con Inglaterra y en vista del cercano acuerdo entre Madrid y París, los Estados Generales se inclinaron finalmente por cambiar su política hacia Portugal. El Tratado de los Pirineos de 1659, por el que Francia se comprometía sobre el papel a mantener una posición de estricta neutralidad en los asuntos portugueses, reactivaba el fantasma de una reunificación de las dos coronas ibéricas. En estas circunstancias, las Provincias Unidas aprovecharon el temor que en Lisboa suscitaban los preparativos militares españoles para arrancar las mejores condiciones posibles en una nueva ronda de negociaciones. Ya a principios de 1659, el gobierno portugués había enviado a La Haya a Fernando Telles de Faro que, ante la sorpresa general y gracias a las habilidosas maniobras efectuadas por el embajador español, se pasó al lado de los Habsburgo después de haber obstaculizado con éxito el camino del entendimiento⁶⁷. Las negociaciones emprendidas por su sucesor, el conde de Miranda, se toparon con la inflexible postura mantenida por las Provincias Unidas y no empezaron a dar sus frutos hasta que el matrimonio entre Carlos II Estuardo y Catalina de Braganza en 1661 obligó a la República a buscar una solución de compromiso para evitar que los nuevos privilegios concedidos a los ingleses no supusiesen la completa marginación de los comerciantes de la República de los lucrativos mercados portugueses⁶⁸.

El 6 de agosto de 1661 se alcanzaba un acuerdo por el que Portugal se comprometía a indemnizar a la República con ocho millones de florines como compensación por la pérdida de Brasil y otorgaba a sus hombres de negocios idénticos privilegios a los que gozaban los ingleses en su territorio. Las duras protestas de Zelanda y Güeldres y el mantenimiento de la agresión ejercida por la

⁶⁶ El papel fundamental ejercido por las repúblicas mercantiles en los conflictos europeos y su fuerte interrelación con los sistemas dinásticos preponderantes constituyen mi actual línea de investigación. Una primera aproximación la tenemos en HERRERO SÁNCHEZ, M. «Las repúblicas mercantiles. ¿Alternativa al modelo dinástico? Génova, las Provincias Unidas y la Monarquía Hispánica en la segunda mitad del siglo XVII». En CRESPO, A. y HERRERO SÁNCHEZ, M. (eds.). *España y las 17 Provincias de los Países Bajos. Una revisión historiográfica (siglos XVI-XVIII)*, vol. I. Córdoba: Universidad de Córdoba, 2002, pp. 189-227.

⁶⁷ CARDIM, P. «Embaixadores e representantes diplomáticos...». *Op. cit.*, pp. 74-75.

⁶⁸ El matrimonio anglo-portugués tuvo asimismo un importante impacto en las relaciones entre Londres y Madrid y en la inclinación de la Monarquía a favor de las Provincias Unidas durante el segundo conflicto entre las potencias marítimas, BELCHER, G. L. «Spain and the Anglo-Portuguese Alliance of 1661». *Journal of British Studies*, 15, 1975, pp. 67-88. Sobre las relaciones hispano-británicas durante la segunda mitad del siglo XVII véase nuestra contribución HERRERO SÁNCHEZ, M. «La perduración de la cuestión irlandesa: un obstáculo en las relaciones anglo-españolas durante la segunda mitad del siglo XVII». En GARCÍA HERNÁN, E.; BUNES, M. A.; RECIO MORALES, O. y GARCÍA GARCÍA, B. (eds.). *Irlanda y la Monarquía Hispánica: Kinsale 1601-2001. Guerra, política, exilio y religión*. Madrid: Biblioteca de Historia, CSIC, 2002, pp. 401-420.

voc contra los enclaves portugueses de Cochín y Cananore en la costa Malabar aplazaron la ratificación del acuerdo hasta 1663, en plena ofensiva española en la frontera portuguesa. El estallido del segundo conflicto naval anglo-neerlandés en 1664 volvió a tensar las relaciones entre Portugal y la República debido a la clara inclinación de Lisboa hacia la causa británica. La situación internacional dio un giro radical en 1667 cuando Luis XIV, alegando los derechos sucesorios de su esposa, procedió a invadir los Países Bajos católicos. Mientras las Provincias Unidas e Inglaterra llegaban a un acuerdo destinado a frenar las tendencias expansionistas francesas, Londres lograba mediar con éxito ante Madrid para que, a principios de 1668, reconociese finalmente la independencia de Portugal⁶⁹. Circunstancias que fueron aprovechadas por La Haya para alcanzar un acuerdo definitivo con Lisboa en 1669 por el que se reconocían las conquistas holandesas en Asia y se fijaba el pago de la indemnización comprometida con la WIC en sal de Setúbal a un precio estipulado, lo que aseguraba el práctico monopolio en el control del mercado de la sal y cerraba el contencioso entre ambas potencias⁷⁰.

A pesar de las buenas relaciones bilaterales entre la Monarquía Hispánica y las Provincias Unidas con posterioridad a la paz de Munster, las reticencias españolas para efectuar concesiones sobre su pretendido monopolio en los dominios de ultramar, los conflictos corporativos en el seno de las Provincias Unidas, que actuaron como una barrera a la hora de agilizar la toma de decisiones, y el temor a que una alianza con Madrid entrañase una ruptura de hostilidades con Francia e Inglaterra impidieron que se alcanzase un acuerdo que hubiera podido dificultar la consolidación de la independencia portuguesa y su control sobre su principal núcleo colonial en Brasil.

⁶⁹ VALLADARES, R. *La rebelión de Portugal...*, *op. cit.*, pp. 193-221.

⁷⁰ Sobre la negociación emprendida a partir de 1664 por el residente holandés en Lisboa, Caspar Barleus, y con relación a las cantidades de sal y a las modalidades de su transporte véase, ANTUNES, C. *Globalisation in the Early...*, *op. cit.*, pp. 162-164. Consúltese también RAU, V. «Os holandeses e a exportação do sal de Setúbal nos fins do século XVII». En *Estudos sobre a história do sal português*. Lisboa: Presença, 1984, pp. 235-250 y 327-346 donde se recoge el contenido completo del acuerdo de 1669 y de la convención sobre la saca de sal de Setúbal del 1 de junio de 1677.

Estado, capitanías donatarias y compañías comerciales. Una visión comparativa del Brasil holandés

JOSÉ MANUEL SANTOS PÉREZ
Universidad de Salamanca

VISTA DESDE LA DISTANCIA, temporal o espacial, la presencia neerlandesa en Brasil parece un laboratorio de historia comparada. Una compañía comercial, que ataca una capitanía donataria, gobernada en ese momento por la estructura imperial de la Monarquía Habsbúrguica con base en Madrid. Es decir, a la concepción tardo feudal del imperio portugués en forma de capitanías donatarias, se impone la estructura estatal-imperial renacentista de los Habsburgo y sobre ambas, la novísima compañía comercial por acciones neerlandesa. Sobre la cancha del Pernambuco del xvii, se juega la partida de los sistemas coloniales en la Edad Moderna. Resultado: juego, set y partido para el contendiente que no figuraba en ninguna de las apuestas de 1630: la débil nación portuguesa y sus harapientos colonos brasileños. La comparación, vista así, tiene tanto de atractivo como de falso. Por un lado porque ninguna de las tres formas de concebir el hecho colonial era totalmente perfecta, acabada, íntegra o encerrada en sí misma. Como ya se demostró hace tiempo, las capitanías donatarias en Brasil tenían bastante de feudal en el documento jurídico, pero recogían un espíritu de lucro de indudable carácter capitalista. El Estado moderno habsbúrguico era una formidable máquina burocrática, pero llena de resabios patrimonialistas que la anclaban al pasado. En fin, la Compañía Holandesa

de Indias Occidentales, WIC, se constituye a partir de 1621 como compañía por acciones, pero mantiene una estructura mixta, en la que la intervención estatal, por parte de los Estados Generales es tan intensa, que nos hace recordar más a las rancias compañías privilegiadas creadas por los Borbones en el XVIII que a la más moderna East India Company inglesa, por no hablar de la otra gran compañía por acciones neerlandesa la *Vereenigde Oost Indische Compagnie* (voc-Compañía de las Indias Orientales).

En el período que va del año 30 al 54, se asiste, en un teatro de operaciones bélico de escala mundial, a una disputa por rutas comerciales y lugares de producción, del cual la presencia neerlandesa en Pernambuco y las capitanías nordestinas no es más que un capítulo. Es en ese telón de fondo en el que debemos pensar en el juego de la comparación. Un juego, no obstante, que debe tener en cuenta otros aspectos importantes, a veces olvidados.

Por un lado, y sobre todo en el caso del imperio portugués en Brasil, no podemos hablar de una estructura holandesa impuesta sobre una portuguesa previa a la que desplaza o elimina. Ni tampoco una estructura imperial hispana que transforme radicalmente la anterior portuguesa. Es este último aspecto uno de los más controvertidos. El período de la unión dinástica en Brasil, deliberadamente arrinconado por unos y olvidado por otros, supone algunas transformaciones importantes: un avance en la legislación de protección al indígena, que refuerza el papel de los jesuitas, para desesperación de las autoridades y de los colonos, y que fomenta el fenómeno bandeirante tanto en el norte como en el sur; una relajación y reorganización de los límites territoriales, con un acusado avance de la frontera (fundamentalmente con la conquista del norte) y la creación de la división en dos estados; una reorganización institucional en la cumbre (creación del *Conselho da Índia*), y la importante creación de la *Relação de Bahía* en 1609; la promulgación de las ordenaciones Filipinas, recopilación sistematizada de la legislación portuguesa anterior a 1603; y la puesta en marcha de un gran plan de defensa a lo largo de la costa de Brasil con la construcción de una gran línea de fortificaciones desde Forte Presépio de 1616, actual Belém do Pará en el norte, pasando por São Sebastião (origen de Fortaleza de 1611), Reis Magos (origen de Natal) en la boca del Potengi de 1598, hasta Santo Amaro da Barra Grande en São Paulo de 1584¹.

No es despreciable por lo tanto la transformación que se pone en marcha. Pero aun así, en la práctica, cuando la flota de De Lonq se planta delante de Recife, la única defensa es la milicia que a duras penas pudo reunir Matias

¹ RUIZ, Rafael. «The Spanish-Dutch War and the Policy of the Spanish Crown Toward the Town of São Paulo». *Itinerario*. 26, 1/2002.

de Albuquerque, el hermano del capitán donatario, Duarte de Albuquerque Coelho, y en última instancia era el capitán donatario el responsable político casi único de Pernambuco.

Por otro lado debe tenerse en cuenta que la invasión de 1630 venía precedida por muchos años de presencia neerlandesa en Brasil. Las redes de comerciantes radicados primero en Amberes y después en Amsterdam estaban muy familiarizadas con el ritmo de la producción azucarera y la organización de transportes a Salvador o a Recife. La engrasada máquina financiera de los comerciantes de Amsterdam se complementaba perfectamente con la relativa escasez de barcos portugueses para el comercio con Brasil, y con la experiencia portuguesa en el tráfico de esclavos. Hasta 1621 los ejes del comercio del azúcar con sus extremos en Amsterdam, Luanda, Salvador y Recife representaron uno de los segmentos más lucrativos del comercio colonial. Tal vez la intervención militar neerlandesa de 1630 tenía como objetivo último el apropiarse de la producción azucarera misma, y no contentarse con su comercialización. Ese es el elemento más novedoso de la situación tras el ataque de febrero y que implicó, claro está, una nueva visión de los negocios en el Atlántico y, para aflicción de los inversores, muchos gastos en defensa.

No obstante, sí podemos jugar un poco a hacer historia comparada, en el sentido más básico: el contraste de contexto, o el método de la diferencia, basándonos en la pregunta que mueve a muchos de los que nos hemos acercado a este fascinante período: ¿por qué fracasan los neerlandeses, primera potencia económica de la época, en su intento por crear una colonia de plantación en el nordeste de Brasil? ¿Qué variables fueron importantes en el destino final de la Nueva Holanda? ¿Puede la comparación ayudarnos a esclarecer este hecho?

LAS COMPARACIONES SIEMPRE EXISTIERON...

Consciente o inconscientemente la mayor parte de los autores que se han dedicado al Brasil holandés lo han hecho desde presupuestos comparativos. La argumentación clásica sobre el fulgurante ascenso y la rápida caída de los holandeses en el nordeste brasileño se ha interpretado muchas veces como la escasa capacidad de los bátavos para adaptarse al clima tropical o a las costumbres alimenticias de los naturales, al contrario (y ahí estaba la comparación) de lo que habían hecho los portugueses previamente, y lo que continuarían haciendo después de la victoria sobre los holandeses: se habían adaptado sabiamente al cuaderno de supervivencia escrito durante miles de años por los indígenas del litoral. En esa comparación los argumentos son diversos: Mario Neme, en su obra *Fórmulas políticas no Brasil Holandês* achacaba a los holandeses, en

contraste con los portugueses, la carencia de autoridad política y el moverse solamente por espíritu de lucro (para él eso es malo). Otros autores como Braudel destacaron la escasa disponibilidad holandesa a colonizar el territorio, su incapacidad para enviar fuertes contingentes de colonos, en sus palabras: «el error de los holandeses es haber querido construir una superestructura comercial sin cuidar la producción, sin colonizar en el sentido moderno de la palabra». Por otro lado Sergio Buarque de Holanda escribió sobre la tendencia urbana de los holandeses, en contraste con la vida rural de los luso-brasileños. En una economía de plantación debía por lo tanto ocuparse el área rural, para garantizar el éxito... (Afirmación a la que podemos objetar que en otras economías de plantación los dueños de las haciendas estaban a miles de kilómetros de distancia). Gilberto Freyre, por su parte, escribió sobre la escasa capacidad de adaptación de los holandeses al medio tropical, comparada con el fácil desenvolvimiento de los portugueses en este terreno. Retomando algunas ideas de Freyre, José Antonio Gonsalves de Mello en su *Tempo dos Flamengos* elige el término medio. Evitando la polémica muestra las huellas —buenas o malas— dejadas en Brasil por los holandeses, argumentando que la civilización protestante, fría y norteeuropea de los neerlandeses no encontró su sitio en el Brasil católico, ardiente e ibérico.

Pienso que esta forma de ver la comparación entre las dos formas de colonización esconde otros muchos aspectos interesantes para la estrategia comparativa, y por otro lado obvia que la expansión de Holanda tenía otros muchos escenarios tropicales, en los que, curiosamente, tampoco los portugueses habían demostrado una gran capacidad para colonizar. Porque ¿y si damos la vuelta al globo y vemos la situación en Java? Allí los portugueses llevaban un siglo realizando intercambios comerciales antes de que la VOC conquistara Jacatra para fundar Batavia. Y la capital del imperio holandés en Asia prosperó en los años siguientes, claro está, con más población malaya o china que holandesa, pero los bátavos se adaptaron con maestría a la gran noria del comercio intra-asiático.

¿ERAN, EN LA PRÁCTICA, TAN DIFERENTES?

Cuando el 14 de febrero las tropas al mando de Hendrick De Lonq atacaron Olinda y Recife lo que se puso en marcha no fue simplemente la disputa entre dos potencias europeas por el control del más importante territorio en lo que a producción azucarera se refiere, sino que entraban en conflicto formas y concepciones muy distintas del hecho colonial. Las tropas holandesas estaban bajo el mando último de los *Heren XIX*, el consejo supremo de la *West Indische Compagnie*, o Compañía de las Indias Occidentales, que había sido creada 9

años antes, justo en el momento de la ruptura de la tregua de los 12 años. Frente a ellas se situaba un escaso contingente de milicianos, el que pudo reunir apresuradamente Matias Albuquerque, hermano y agente en la zona del capitán donatario Duarte de Albuquerque Coelho, descendiente de aquel Duarte Coelho, primer capitán donatario de Pernambuco, que había conseguido transformar el litoral pernambucano en una empresa rentable. Desde que le fue otorgada la capitanía a Coelho, su familia la había retenido, sin que hubiera sufrido el destino de otras como la capitanía de Bahía que había sido convertida en Capitanía Real ya en 1549. Pernambuco, a diferencia de Bahía, funcionó bien y fue la primera en tener un *boom* azucarero desde finales del siglo xvi. Los sucesivos capitanes donatarios tuvieron por lo tanto los privilegios derivados de la concesión real, que les daban en la práctica el poder político y jurídico en la colonia, pero por otra parte se comprometían a mantener los efectivos militares que garantizarían la defensa del territorio. La capitanía era rentable y atractiva, entre otras cosas porque las inversiones realizadas por los sucesivos capitanes donatarios habían sido muy escasas en aspectos como la defensa del territorio y porque el insumo principal, los esclavos, se introducían en la región mediante un blando sistema de pago a crédito con escasas o nulas ejecuciones hipotecarias. Los informes de los holandeses, por lo tanto, no eran tan precisos pues obviaban que, si de verdad se quería tener una base importante en el Atlántico, además de asegurarse la producción azucarera, debía realizarse una fuerte inversión en defensa. Los aspectos económicos y defensivos iban, por lo tanto, muy ligados. ¿Hay, como se ha querido ver, una diferencia en los objetivos económicos? Desde luego, los portugueses que participaban en la empresa del azúcar no tenían intenciones de perder. El ánimo de lucro, que tal vez se acentúa en el caso holandés, estaba presente en todos los implicados en el negocio, obviamente, luego no creo que sea aquí donde la comparación nos dé beneficios.

A pesar de las diferencias en los contingentes militares, las tres potencias en litigio, Portugal, España y los Países Bajos pensaban de forma parecida en términos de estrategia naval. Como apuntaba Evaldo Cabral de Mello en su *Olinda Restaurada*, el tablero de juego de la guerra colonial estaba en mar y no en tierra. En el momento de la invasión de Recife las tres potencias marítimas contaban con importantes contingentes navales. Tal vez los Países Bajos superaban ya a España, la primera potencia naval del siglo xvi, pero las fuerzas estaban divididas. Las flotas neerlandesas se repartían entre los Estados Generales y las compañías comerciales, siendo la fuerza naval de la wic bastante menor que la de su hermana la voc. Portugal estaba agotándose en su esfuerzo por mantener intactas sus preciadas plazas asiáticas y España trataba de volver a las glorias del pasado, aunque sin demasiado éxito. Tal vez el último gran destello de gloria de la antigua preponderancia española fue la gran flota que al mando de

Fadrique de Toledo recuperó Salvador en 1625. La respuesta naval por parte hispano-lusa al ataque de 1630 no se hizo efectiva hasta 1638, con la flota del conde da Torre, e incluso en ese momento las dificultades para mantener la flota unida, fueron enormes. El resultado fue el tremendo fiasco de 1640, con una formidable flota que fue dispersada con pocos efectivos por la armada de la wic.

En la última fase de la guerra entre holandeses y luso-brasileños, la de Restauración, se daría la situación contraria, con una armada holandesa en declive, con la flota de los Estados Generales intentando ayudar a la wic y con el conflicto con Inglaterra poniendo en jaque el poderío naval de las Provincias Unidas.

Sin embargo la estrategia de defensa del territorio era entendida de igual manera por la corona española que por las fuerzas holandesas. Se trataba de la guerra de fortalezas. España ofreció a las escuadras holandesas el inmenso rosario de fuertes ya comentados que vino a consolidar la posesión del territorio brasileño. Es sobre esa cadena de fortalezas que los holandeses volcarán todos sus esfuerzos en un primer momento, pensando que su conquista posibilitaría el control total sobre el territorio, lo que en los años 31 y 32 se vio claramente equivocado. Atrincherados en los fuertes, sin ningún poder sobre la red productiva, las tropas holandesas esquilaban sus esfuerzos y los fondos de la wic sin ningún retorno a cambio. Hay que señalar, sin embargo, que tampoco esa red de fuertes fue determinante para la defensa del territorio (como pensaba la corona española) puesto que pronto cayeron en manos del enemigo, y además les sirvió a los holandeses para resistir en los últimos años de presencia en Brasil. Podemos decir, por lo tanto, que salvo en los momentos centrales, entre los años 32 y 37 en que los holandeses recurrieron a las tácticas de guerra local, el conjunto del período fue una nueva versión de la guerra de Flandes con el objetivo máximo del control y defensa de fortalezas por parte de los dos contendientes.

Una vez aseguradas por los holandeses las plazas militares de la costa, se vieron sorprendidos por las tácticas guerreras locales, la «guerra brasílica», la guerra de guerrillas, que acorraló a los holandeses hasta que, según se dice, un mulato de nombre Calabar, les enseñó cómo llevar a cabo esas mismas tácticas, inaugurándolas con un ataque nocturno a Igarauçu. No sólo eran las tropas holandesas las sorprendidas con unas tácticas de guerra tan diferentes. Los contingentes llegados de España y Portugal, compuestos por veteranos de la guerra de Flandes, no se entendían con los *soldados da terra*, indisciplinados y poco fiables. Las tropas al mando de Bagnuolo se desesperaban intentando arrastrar los cañones por los tortuosos caminos del litoral pernambucano. Una vez instaladas en tierra, las tropas holandesas y las hispano-lusas tuvieron características parecidas: contingentes de mercenarios dirigidos por oficiales más o menos competentes y con una fuerte presencia de elementos locales, fueran estos milicias de esclavos o contingentes indios.

LAS DIFERENCIAS EXISTEN. EL PROBLEMA NO RESIDÍA EN EL ACEITE DE DENDÉ: CON LOS HOLANDESES SE PERDÍA DINERO

Una vez controlada la mayor parte del nordeste, los holandeses se enfrentan al hecho del control y la colonización del territorio. Su experiencia para ello era escasa. En esos momentos su presencia ya es fuerte en Norteamérica y en el Caribe. También en Asia han hecho importantes avances. Sin embargo, los intentos para poblar esas regiones han sido muy tímidos. En Asia ha sido ya fundada Batavia y su núcleo urbano comienza a prosperar, alcanzando unos 70.000 habitantes a finales del siglo XVII. A pesar de ello, el país más rico de Europa y su avanzada sociedad no eran el mejor caldo de cultivo para la expulsión masiva de emigrantes.

Durante los años anteriores Pernambuco y las capitanías del nordeste habían recibido una gran cantidad de inmigrantes portugueses, fundamentalmente, como se sabe, de las regiones lusas del norte, sobre todo de Viana do Castelo. La población se acercaba en el año 30 a los 120.000 habitantes en el conjunto del nordeste. En los 24 años que los holandeses estuvieron presentes no enviaron más de 3.000 emigrantes y en su mayoría fueron los descendientes de los judíos sefardíes huidos de Portugal, que ya tenían las redes de comercio montadas. Es quizá en este hecho en el que más han incidido los historiadores a la hora de explicar la escasa implantación en el territorio que tuvieron los holandeses. Como recuerda Fernand Braudel, no se trataba simplemente de poner en marcha la producción de azúcar, sino de hacerlo ellos mismos. Es muy sintomático el hecho de que, después de que Johan Maurits van Nassau comenzara la venta de los molinos azucareros, sólo un 23% de los molinos en condiciones de producir fueran adquiridos por neerlandeses (16% de la producción potencial). El resto fueron comprados fundamentalmente por portugueses o brasileños, que se endeudaron enormemente con estas compras. Algunos de los propietarios de estos *engenbos* como Fernandes Vieira (el Castrioto Lusitano), serían los protagonistas de la revuelta².

No se produjeron muchos cambios en la forma de realizar la producción de azúcar respecto del período anterior, pero sí en la forma de financiarla y comercialarla: a partir de 1638 acabó el monopolio de la WIC sobre todo el comercio de las Provincias Unidas con Pernambuco, quedándose sólo con el monopolio de la navegación, del trato negrero, del palo Brasil y de la venta de municiones, dejando así lo restante del comercio de importación y exportación abierto a los

² SOUTY, F. «Le Brésil Néerlandais, 1624-1654: une tentative de projection conjoncturelle de longue durée a partir de données de court terme». En *Revue d'histoire Moderne et Contemporaine*. 35, abril-junio, 1988.

habitantes de las Provincias Unidas. Por otro lado, como mostró Nieuhof³ en su día, argumento recogido después por Wätjen, Alencastro y otros, la compra a crédito de los esclavos, que el gobierno portugués había decidido proteger al prohibir la ejecución de las hipotecas, cambió en manos de los holandeses, pasando a ser una política de control férreo sobre los créditos con las peticiones de intereses y amortizaciones cumplidas a rajatabla. Ello llevó a la quiebra de numerosos nuevos propietarios. Alencastro explica muy bien cuales fueron los problemas que planteó la cuestión de los esclavos: según el historiador brasileño la *wic* no supo o no quiso realizar una buena gestión de esta rama del comercio. En gran medida el fenómeno de rechazo sufrido por la *wic* en Brasil resultó del manejo inadecuado del binomio tráfico de esclavos/producción. Así se produjo la paradoja de que los portugueses eran rígidos en materia religiosa pero poco ortodoxos en cuestiones económicas, al contrario que los holandeses, tolerantes en materia religiosa, pero duros con los *senhores de engenho* endeudados. La *wic*, con su mentalidad empresarial y no colonial, prefería vender pocos esclavos a un alto precio en lugar de muchos a precio bajo. De los precios el problema se trasladó al área del crédito: de 1636 a 1642 la casi totalidad de los cautivos fue vendida a plazo, conforme la costumbre brasileña. Pero el juego se fue endureciendo. Al poco tiempo el crédito fue recortado: 41% de los africanos fueron vendidos al contado en 1643, 78% en 1644, y 100% en 1645. Esto facilitó las maniobras de los especuladores —que compraban al contado para vender a plazo con altos intereses— y agravó los perjuicios de los *senhores de engenho*... Hubo caída de ventas de africanos, pleitos judiciales, fuga de propietarios endeudados. El Consejo de los *NIN* intentó rectificar, facilitando el pago de los esclavos en tres plazos, pero el conflicto entre acreedores y deudores ya se había desbordado⁴.

Por lo tanto, para nuestra comparación, uno de los aspectos más importantes es esta nueva forma de concebir la financiación de la producción. Pero, ¿por qué tanta premura holandesa en la devolución de los créditos? No es casualidad que esa tendencia a las ventas al contado coincida con los años del *crack* del mercado del azúcar en Amsterdam. Esa coyuntura desfavorable de los años 41 y 42, fue determinante para que se produjera este hecho. Nieuhof, muy crítico siempre con el conde de Nassau, añadía además que el programa urbanístico realizado por éste y sus campañas de conquista territorial (incluida El Mina en 1637) le obligaron a pedir las deudas atrasadas para asegurar la financiación.

³ NIEUHOF. de. *Gedenkweerdige Brasiliaense Zee-en Lant Reize...* Amsterdam, 1682.

⁴ ALENCASTRO, L. F. de. *O trato dos Viventes. Formação do Brasil no Atlântico Sul*. São Paulo: Companhia das Letras, 2000.

En los tiempos previos de dominio portugués, ese hecho no se había producido. Pareciera como si por parte portuguesa hubiese un mayor interés en favorecer los intereses de los *senhores de engenho*, cuestión que no fue vista de la misma manera por los holandeses. O mejor dicho, sí fue observado, pero demasiado tarde: cuando la wic decidió asumir las deudas, la revuelta de los *moradores* ya había comenzado. Si todos estos datos no explicaran ya suficientemente los motivos de la revuelta contra los holandeses Souty ha añadido otros para entender el levantamiento de los luso-brasileños en 1645. La carga fiscal sobre el azúcar era de aproximadamente el 30% de su precio en 1624, justo antes de la llegada de los holandeses. Se ha estimado que la carga impositiva que sufrían los plantadores en los años 42-45, ya bajo el gobierno de la wic, se acercaba al 37%. Ello hizo que el margen del productor fuera en el período holandés de un magro 5,87% del precio final, mientras que en 1618 este margen llegaba al 6,88%. Sorpresa: los productores, bajo el gobierno holandés, perdían dinero.

OTRAS COMPARACIONES POSIBLES

Los holandeses también tuvieron que organizar la administración de la nueva colonia. En Pernambuco los portugueses habían puesto en marcha tiempos antes el sistema administrativo típico de sus territorios, una cámara con *juizes* y *vereadores*. En el caso de Olinda se trataba de una cámara con un solo *juiz* y dos *vereadores*, elegidos mediante el sistema de *pelouros*, entre los considerados *homens bons*. Si bien la representatividad era escasa no dejaba de ser una institución en la que los *senhores de engenho* podían tener una considerable influencia sobre los asuntos políticos locales. Según Gonsalves de Mello los *senhores de engenho* sufrieron tras la invasión una importante merma de poder político y económico. Por un lado, como hemos visto, se endeudaron de manera muy importante, pero además se vieron privados de la institución que servía de amplificador para sus reivindicaciones: la cámara. La de Olinda funcionó hasta 1637. Es posible, que, como argumenta Gonsalves de Mello, la revolución restauradora también fuera dirigida a recuperar el poder político perdido. El poder escapó a los *senhores de engenho* y pasó a las manos de los *moradores* de la ciudad de Recife (Mauritstaat para los holandeses) y principalmente de los comerciantes ricos, de los agentes de las firmas de Holanda y de los judíos. Todos ellos, con un gobierno nítidamente burgués, pasaron a predominar y a influir en las resoluciones y en las directrices de los consejeros supremos de Brasil.

Es importante destacar que en la estructura política diseñada por Nassau se crearon los *Consejos de los Escabinos* (derivado de la palabra holandesa *scheppen*: regidor), en sustitución de las cámaras portuguesas. Estos consejos formaban a la vez una administración municipal y una justicia de primera instancia y

en ellos participaban los portugueses junto a los neerlandeses. Numerosos conflictos surgieron en el seno de estas instituciones, por problemas de idioma, de trato o de deferencia. En el año 1640 se convocó una asamblea de los representantes de los *moradores* de las capitanías de Pernambuco, Itamaracá y Paraíba, a la que Boxer se refiere como la primera, y por mucho tiempo la única, asamblea legislativa en América del Sur.

Las diferencias más acusadas entre holandeses y luso-brasileños se encontraban tal vez en su concepción del urbanismo, de la *urbs*. Esta manera distinta de entender la ciudad tenía su raíz en la propia Europa. Dice Simon Schama en su libro *The Embarrassment of Riches...* que en el centro del mundo holandés había un *burgher* (esto es un ciudadano) y no un *bourgeois* (esto es un burgués). Según el autor británico, las obligaciones del civismo condicionaban las oportunidades de la prosperidad. Y si realmente algo condicionaba el ser neerlandés del siglo XVII, tal vez para siempre, pues es algo muy enraizado en la cultura holandesa, es su carácter urbano. Entre los muchos cambios que se produjeron en los Países Bajos del norte, o Provincias Unidas durante los últimos años del XVI y los primeros del siglo XVII, uno de los más importantes fue el gran crecimiento de la población urbana y el desarrollo de las más importantes ciudades neerlandesas, notablemente Amsterdam, Haarlem, Leiden y La Haya, junto con Delft, Rotterdam, Hoorn, Enkhuizen y Groningen⁵.

Hubo una importante inmigración, especialmente de artesanos, de los Países Bajos del sur a los del norte y sobre todo de Amberes a Amsterdam y Leiden. En 1622 el 60% de la población de las Provincias Unidas ya vivía en ciudades, y las tres cuartas partes lo hacían en ciudades de 10.000 habitantes. Como recuerda Wilson, había más ciudades con una población media de 30.000 habitantes que en Francia, Inglaterra o Alemania. La población de la ciudad de Amsterdam se cuadruplicó, pasando de 50.000 habitantes en 1600 a 200.000 en 1650⁶. Es importante destacar, que además de una importante clase media, en distintas ciudades holandesas, y sobre todo en Leiden, surgió una masa de proletarios urbanos que vivían en los suburbios.

Ciudades nuevas, ciudades distintas, ciudades confortables, ciudades limpias. Toda una novedad en la Europa de la Edad Moderna, acostumbrada a que las aglomeraciones urbanas fueran en algunos casos (salvo en el sur de España) prolongaciones del pasado medieval, ciudades caóticas, insalubres, en algunos casos invivibles.

⁵ SCHAMA, S. *The Embarrassment of Riches: an interpretation of Dutch Culture in the Golden Age*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1996.

⁶ WILSON, C. *Los Países Bajos y la cultura europea en el siglo XVII*. Madrid: Guadarrama, 1968.

Quizá Amsterdam sea la ciudad con la estructura más llamativa, con esos canales en semianillos concéntricos que definen la estampa de la ciudad. Amsterdam sufrió entre 1585 y 1622 una gran transformación urbanística con la construcción de los tres grandes canales: el Herengracht, el Keisergracht y el Prinsengracht. A partir de ese momento se prohibieron las industrias contaminantes —las cervecerías, las metalisterías, las tintorerías, las fábricas de cristal y jabón y las refinerías de azúcar— en el centro de la ciudad. Esas industrias se llevaron a barrios periféricos donde los especuladores habían construido pequeñas casas bajas para los inmigrantes y donde los regentes ya habían constituido sistemas de seguridad social. Es el primer ejemplo de planificación urbana sistemática, profundamente segregacionista y burgués⁷.

En las ciudades holandesas del siglo xvii se reflejaba la prosperidad económica de las Provincias Unidas en su irresistible emergencia como gran potencia marítima. Se mostraba en ellas también el doble combate que acompañó a la construcción de la nación neerlandesa: contra las tropas de la Monarquía Hispánica y contra el agua. Estos hechos determinaban la obsesión por la defensa, que se plasmaba en los espectaculares baluartes, murallas y fosos que rodeaban las ciudades y que supusieron una revolución respecto a las toscas defensas medievales de otras ciudades, y en la sempiterna existencia de canales, vía de transporte de importancia fundamental para la vida económica holandesa. Ciudades limpias, con servicios de recogida de basuras; ciudades calvinistas donde la preocupación por el bienestar general era muy superior a la del resto del continente; ciudades caras, donde la aglomeración de la población hacía que los precios de las casas y los alquileres se dispararan.

Ciudades portuarias, o con salida al mar, pues Holanda no era más que «unos rastrojos de tierra, que habían sido robados al mar» en palabras de Quevedo. Ciudades ricas y bien abastecidas, adonde llegaban productos de todos los rincones del planeta y donde vivían algunos de los comerciantes más ricos de la Europa de la época.

Como recuerda Simon Schama, para ganarse la vida los holandeses estaban obligados a viajar, bien de la aldea al mercado urbano o de Amsterdam a Malaca. Durante el siglo xvii ellos eran los más importantes viajeros, con líneas comerciales que se extendían desde Tasmania hasta Manhattan, pasando por Ceilán, Cape Town o Luanda. Sin embargo, según Schama, esos eran siempre viajes de ida y vuelta. Sus esfuerzos para construir un imperio se vieron impedidos por su notoria renuencia a convertirse en emigrantes.

⁷ WALLERSTEIN, I. *El moderno sistema mundial II*. México: Siglo XXI, 1984, p. 62.

Mientras los colonizadores de otras naciones mostraban su entusiasmo para escapar de la pobreza o la persecución o de los dos para utopías o eldorados ultramarinos, los holandeses estaban en la posición contraria... Solo para los grupos más desaventajados de la sociedad holandesa había algún incentivo para dejar la patria. Y la patria era donde la paz y la prosperidad se encontraban⁸.

Y este hecho podía constatarse allí donde había presencia holandesa durante el siglo XVII. El imperio holandés tenía sus bases en la navegación marítima. Las conquistas militares que realizaron durante el siglo XVII eran puntos estratégicos desde los que enviar mercancías y en los que se contaba con la mínima estructura burocrática, comercial y militar. Batavia, la capital del imperio asiático, Cape Town, Recife, Willemstadt o Nueva Amsterdam (Manhattan) se caracterizaban sobre todo por sus excepcionales características como puerto de mar y por su situación estratégica respecto a la canalización de productos para exportación desde el interior, productos éstos casi nunca cultivados por los propios holandeses.

Por lo tanto ese maridaje ciudad/mar que se daba en Holanda, de que hablábamos al principio, se reprodujo también allí donde los holandeses fijaron sus intereses ultramarinos, si bien las ciudades holandesas de ultramar nunca presentaron un aspecto predominantemente europeo, ya que la presencia holandesa se limitaba, normalmente, a la estructura burocrática y militar, y a unos pocos agentes comerciales que en cuanto dejaban las redes comerciales medianamente establecidas volvían a Europa evitando prender raíces en la zona.

Y en comparación con la colonización portuguesa en Brasil podemos decir que a pesar de la existencia de ciudades importantes ya en el siglo XVII, fundamentalmente Olinda y Salvador, la base económica, política y social lusa se encontraba en la producción azucarera de las áreas rurales. Incluso la estructura política de las ciudades más importantes estaba también fuertemente dominada por los *senhores de engenho*, la clase propietaria rural. El caso de Olinda-Recife era paradigmático: la ciudad de Olinda, asentada en una colina frente al mar era el lugar donde se asentaban las principales instituciones políticas y religiosas, ciudad poblada por burócratas y miembros de órdenes religiosas, que recibían de vez en cuando la visita de los *senhores de engenho*, auténticos dueños de la economía y la política locales. Olinda responde al modelo de ciudad en colina, tan querido por los portugueses. La que debía ser la capital de un territorio, el pernambucano, que económicamente dependía de la exportación de azúcar y de la importación de esclavos, estaba regida desde una ciudad sobreelevada, amurallada, que miraba al mar, pero que no lo tocaba, que

⁸ SCHAMA, S. *Op. cit.*, p. 389.

lo tenía enfrente, pero cuya vida social y económica dependía de la producción de azúcar del territorio que se extendía hacia el interior. Cuando los holandeses invaden Olinda en 1630, la queman acto seguido. No sólo por considerar que no había fuerzas suficientes para mantener su defensa, sino, creo yo, sobre todo, por su incomprensión de aquel dédalo de callejuelas que se desparramaban por el pronunciado promontorio.

Por su parte los holandeses prefieren, desde el primer momento asentarse en el villorrio de Recife, que apenas cuenta con población en 1630, el puerto de embarque, con unas pocas casas para alguno de los comerciantes, pero sin ninguna importancia política para los portugueses.

Recife ofrece, sin embargo, unas inmejorables características como lugar de importación y exportación. Recife tiene esa y otras ventajas: la lengua de tierra que ocupa es estrecha y apenas puede albergar unos pocos cientos de habitantes, pero al lado se encuentra la isla de Antonio Vaz, donde se puede llevar a cabo un programa urbanístico propio. Es ese lugar sobre el que se concentrarán los planes de Nassau a partir de 1637. Ese proyecto urbanístico, que a lo que parece, no salió del papel, incluía un trazado regular, canales, y otras características del urbanismo holandés contemporáneo.

Por lo tanto el conflicto entre holandeses y portugueses en Brasil tuvo como uno de sus más importantes componentes el del enfrentamiento entre una muy diferente concepción de la organización colonial: profundamente urbana en un caso, y predominantemente rural en el otro. No es un argumento nuevo, ya estaba explicitado en Gilberto Freyre, Sergio Buarque de Holanda y Jose Antônio Gonsalves de Mello. Este fuerte vínculo a lo urbano, entendido plenamente y de forma contemporánea (y que significaba un fuerte corte con el mundo rural), condicionó todos los aspectos de la presencia holandesa: los aspectos militares, los económicos, los políticos, los sociales y los culturales.

Otro de los puntos de contraste entre holandeses y portugueses fue la supuestamente diferente actitud que demostraron hacia las poblaciones indígenas que encontraron. Como es sabido la presencia holandesa incidió de forma notable en el conflicto secular entre indígenas brasileños y portugueses por el control del territorio y el intento de los portugueses por pacificar las poblaciones de la costa y del interior.

El tema de las relaciones con indígenas y africanos ha sido uno de los más tratados en la literatura, sobre todo por los autores que, como Gilberto Freyre o Gonsalves de Mello, acusaban a los holandeses de no haber sabido adaptarse al medio y a las circunstancias sociales del Brasil colonial. Gilberto Freyre llegó a afirmar en una de sus obras que si los holandeses no hubieran sido expulsados habrían construido un Brasil de «una minoría de rubios explotando y dominando a un proletariado de gente de color» al contrario de lo que

legaron los portugueses: «una tierra de blancos confraternizados con negros e indios». La realidad es que ni los holandeses fueron tan xenófobos ni los portugueses tan abiertos a la diversidad étnica.

En cuanto a la relación con la población indígena, las autoridades holandesas se dieron cuenta desde el primer momento de la conveniencia de tener a los nativos como aliados. La *wic* les protegió y prohibió que fueran vendidos como esclavos, incluso si eran prisioneros de guerra, aunque la medida no tuvo efecto en Maranhão donde ante la escasez de africanos se esclavizó a la población indígena. Para ganar su confianza organizaron diversas expediciones al interior, en las que consiguieron el apoyo de algunas tribus tapuyas. Los indios tupís existentes en el territorio holandés fueron concentrados en poblados y sometidos al gobierno holandés. Estas aldeas se pusieron bajo el mando de un oficial, el *commandeur*, que se encargaba del gobierno civil y de la dirección del servicio de los indígenas. Los abusos eran continuos, lo que desmiente en parte la visión idealista que algunas fuentes de la época atribuyen a la relación entre indígenas y holandeses.

Aunque hubiera lazos importantes entre ambos, éstos no irían, salvo en contadas excepciones, más allá de la alianza militar. El Consejo Político y el Consejo Eclesiástico prohibieron las uniones de holandeses con indias, a pesar de lo cual Capistrano de Abreu registró la presencia en el nordeste de algunos mestizos, fruto de la unión de holandeses e indias: «tipos rubios que atestiguan el mestizaje brasilo-galicano» en palabras del historiador.

Hubo una tímida actividad misionera a partir de 1638. Se destacaron maestros de escuela en las aldeas y algunos predicantes viajaban los domingos hacia el interior para realizar oficios religiosos.

Los holandeses tenían reparos morales importantes para la importación de esclavos. Parece que fue Nassau quien convenció a las autoridades en Holanda de que esos prejuicios debían eliminarse si se quería una presencia exitosa en Pernambuco. La esclavitud africana fue finalmente aceptada con reticencias por las autoridades de la compañía. En vista de las necesidades de la colonia y en especial de los ingenios, los holandeses fueron poniendo de lado los escrúpulos iniciales. Parece que ya en 1630, antes por lo tanto de la conquista de Elmina, había unos 500 africanos en Recife. En 1636 la importación fue superior a los 1.000 esclavos, según Wätjen, y la cifra fue creciendo constantemente. El trato dispensado era igual de duro que el practicado por los portugueses, si bien la escasez y la frecuencia de las fugas puede haber motivado un especial cuidado por mantener los esclavos. Es en este momento, durante la ocupación holandesa, cuando se incrementan las comunidades de esclavos huidos, los quilombos, que fueron fomentados por los portugueses como un elemento de resistencia a los holandeses. Igual que en el caso de la población indígena, las

autoridades eclesiásticas intentaron impedir todo contacto sexual entre la población de color y la blanca.

El calvinismo fue la religión oficial. Hay que recordar que la *wic* fue esencialmente la creación del partido contrarremonstrante, los radicales calvinistas, cuyos integrantes no toleraban ningún signo de papismo. Los *predikants* protestantes intentaron mantener el celo puritano calvinista, a través del Consejo Eclesiástico creado en 1636, cuyas principales preocupaciones eran la inmoralidad del ejército y los escándalos públicos.

Sin embargo, las circunstancias del nordeste, con la práctica totalidad de los *moradores* de religión católica, obligaron a permitir un cierto grado de libertad religiosa. En diversos decretos de los años 30 y 35 se enfatizó la existencia de libertad de conciencia y más tarde un cierto grado de libertad de culto para los católicos. A pesar de ello sólo fue con el gobierno de Johan Maurits cuando se observó esta libertad religiosa. La tolerancia aplicada por el mandatario holandés se extendió a los judíos, para quienes tanto católicos como calvinistas expresaban odio y aprensión.

Según Jonathan Israel fue durante el corto período de paz, entre los años 41-44, cuando la población judía del Brasil neerlandés alcanzó su máximo, aproximadamente 1.450 en 1644. Las condiciones de paz de esos años animaron la expansión de la producción de azúcar y estimularon a más judíos a adquirir plantaciones y asentarse lejos de la comunidad principal en Recife. Hay indicadores de que en esa época se formaron pequeñas congregaciones sefarditas en Paraíba e Itamaracá.

Gonsalves de Mello indagó en la composición e importancia de esta comunidad judía. No se le escapó que los sefarditas, al dominar la lengua portuguesa y la holandesa, se integraron perfectamente en la estructura comercial de la Nueva Holanda ocupándose sobre todo del corretaje, donde eran preferidos a todos los demás. Sus actividades se extendieron a las operaciones de crédito, el arrendamiento de cobro de impuestos y tuvieron un papel muy importante en la venta de esclavos pues, al preferir la *wic*, que tenía el monopolio de la venta, el pago al contado, eran ellos los únicos que estaban en condiciones de realizarlo, para después revenderlos a altos precios y a plazos. Por todas estas prácticas se granjearon la enemistad tanto de luso-brasileños como de holandeses, e incluso de los judíos askenazís que no tuvieron una posición dominante en la economía de Recife. Su presencia fue sobre todo urbana, estando muy pocos ocupados directamente de la producción azucarera.

A pesar de los decretos de tolerancia religiosa, la actitud de las autoridades holandesas del Consejo Político, aparte de Johan Maurits, fue contraria a la libre práctica de la religión y se realizaron actos violentos contra ellos, aunque en general el clima era más favorable que en Amsterdam.

¿Se puede hablar de tolerancia religiosa en el Brasil holandés? En cierto sentido sí. Aunque el Consejo Eclesiástico actuó como una especie de Inquisición, no tuvo tiempo de alcanzar sus objetivos ni la fuerza de oponerse a la mentalidad tolerante de Nassau.

¿Es sostenible, entonces, la tesis del Gilberto Freyre, José Antônio Gonsalves de Mello y otros, según la cual los holandeses estaban mal preparados para una experiencia colonial ya modelada por el luso-tropicalismo? La respuesta no es sencilla. Tanto Freyre como Gonsalves de Mello exageraron la cuestión hasta el punto de afirmar que los holandeses nunca se pudieron adaptar al aceite de dendê y a la harina de mandioca, teniendo que importar todos sus suministros de tierras europeas. Estudios posteriores han demostrado que los portugueses, al menos la élite colonial, tenían una dieta muy «europea» con un importante consumo de vino, aceite y pan de trigo.

Lo que es cierto es que la sociedad urbana holandesa en Brasil no era homogénea y que cada uno de los grupos presentes respondió a su manera al desafío de construir un asentamiento rentable. Entre todos ellos fue claramente la comunidad judía sefardita, con sus antecedentes portugueses, la que mejor se adaptó y la que mejor comprendió las claves del complejo mundo pernambucano.

Por lo tanto, la respuesta a la pregunta inicial, el porqué del fracaso holandés en Brasil es múltiple y compleja: se explica, por un lado por la oposición entre la cultura urbana de los holandeses y la rural de la población luso-brasileña, por otro por la incompatibilidad entre conquistadores calvinistas y conquistados católicos, por el endeudamiento enorme de los *senhores de engenho* y los labradores de caña, que visto desde el punto de vista comparativo supone el cambio de la tolerancia económica portuguesa por la rigidez holandesa para el cumplimiento de los pagos; en fin, el cambio político que relega a los *senhores de engenho* a un papel secundario en la administración de la colonia. Y otras muchas razones que quedan para futuros juegos comparativos.

Holandeses en Pernambuco. Rescate material de la Historia

MARCOS ALBUQUERQUE¹
*Universidad Federal de Pernambuco**

INTRODUCCIÓN

LA HISTORIA de la conquista y colonización europea de Brasil está intrínsecamente relacionada con la historia colonial de Pernambuco. De las capitánías hereditarias establecidas por el rey de Portugal, ésta fue una de las dos únicas que prosperaron. El territorio floreció económicamente no sólo a través de actividades extractivas, sino sobre todo, a través de la producción de mercancías, que además de alimentar el sistema mercantilista, atraía inversiones a la zona.

La capitanía de Pernambuco se extendía desde la desembocadura del río San Francisco hasta la desembocadura del Jussara (hoy canal de Santa Cruz), inmediatamente al sur de la isla de Itamaracá. Una franja de sesenta leguas a lo largo del litoral que podía extenderse hacia el interior tanto como lo permitieran las posibilidades de los colonos, y cuyas tierras serían distribuidas a través de sesmarías. La concesión se haría a súbditos que dispusieran de recursos personales para hacerla producir.

¹ Profesor de la Universidad Federal de Pernambuco (UFPE); investigador del Consejo Nacional de Investigación; Coordinador del Laboratorio de Arqueología de la UFPE.

* Traducción: Los editores con la colaboración de Esther Gambi.

Los primeros colonos seleccionados por Duarte Coelho, el donatario, estaban dispuestos a permanecer en la nueva tierra con el fin de producir y prosperar. La villa de Olinda, capital de Pernambuco, era descrita en la época como un «caserío de mampostería» y conocida por la ostentación de sus principales y por las grandes fiestas que promovían, regadas con buen vino portugués.

La defensa del territorio estaba a cargo de los colonos y en primer lugar del capitán donatario, que ejercía la función de *capitão mor*. Los terratenientes tenían la obligación de suministrar armas y otros pertrechos bélicos para la defensa de la colonia, así como de construir estructuras defensivas. Se les encomendaba también garantizar la defensa del alma, contribuyendo a la expansión del cristianismo y a la lucha a favor de la Contrarreforma. Varias órdenes religiosas se establecieron en Olinda, entre ellas la Compañía de Jesús, cuyo Colegio se ocupaba tanto de impartir las disciplinas de teología, retórica, latín y ciencias de la naturaleza, como de la enseñanza de los oficios.

La Unión de las Coronas Ibéricas (1580-1640) traería a Pernambuco graves consecuencias. El comercio portugués de los productos de la colonia contaba con la intensa participación de comerciantes holandeses, cuyas actividades sufrieron el impacto de la administración española. Al impedirles participar en ese negocio, los holandeses que frecuentaban los puertos de Brasil y conocían bien sus caminos y sus defensas, buscaron por la fuerza lo que ya no podían obtener mediante el comercio.

Fracasada su tentativa de apoderarse de Bahía (1624), sede del Gobierno General de Brasil, la Compañía de Indias Occidentales (*West Indische Compagnie-wic*) organizó mejor la invasión de Pernambuco. Se prepararon hombres, armas y una poderosa flota para apropiarse de la colonia portuguesa, desde donde intentarían expandir sus dominios. Los holandeses permanecieron en Pernambuco durante veinticuatro años. Sus territorios llegaron a extenderse desde Maranhão a Sergipe, dejando en este espacio vestigios de su presencia: ruinas, construcciones, reflejos de otra cultura, perceptibles en la localización y en el trazado de las villas y en la implantación de sistemas de defensa. Señales que a lo largo del tiempo parecen perder su sentido, sumirse en el inconsciente colectivo, desaparecer bajo las nuevas construcciones.

Con la fundación del Laboratorio de Arqueología de la Universidad Federal de Pernambuco (UFPE), tuve la oportunidad desde 1968 de desarrollar un programa de investigaciones arqueológicas orientado al rescate de los lugares históricos del período colonial de Brasil. En este programa, como no podía ser menos, los sitios relacionados con el período holandés ocupan un lugar destacado en las investigaciones arqueológicas históricas efectuadas en Pernambuco.

Desde entonces se han realizado tres tipos de investigación: la prospección de área para localizar posibles evidencias materiales de ocupación histórica; las

investigaciones científicas que incluyen la excavación en mayor o menor amplitud de un sitio; y el seguimiento arqueológico de obras de infraestructura urbana.

En el caso particular de Recife, los proyectos de seguimiento arqueológico de las obras adquirieron un carácter bastante más amplio que el del rescate de elementos de la cultura material, incluso más que un trabajo de investigación científica. Los descubrimientos realizados y la cobertura dada por los medios de comunicación contribuyeron a despertar el interés de la población, dando lugar a numerosas visitas del público, no sólo de transeúntes ocasionales sino también de personas que se desplazaban exclusivamente para conocer el trabajo. De esta manera, lo que en principio se presentaba como una obra para mejorar la infraestructura de la ciudad, asumió también el carácter de acción de rescate cultural para Recife.

A través de estos trabajos se reveló una gran masa de información relativa al acervo cultural de la ciudad. Además el cartografiado y la catalogación de las estructuras de antiguas edificaciones, puestas al descubierto con la apertura de las zanjas, se convirtió en un importante documento para el estudio de la evolución urbana de Recife.

Este trabajo pretende exponer de manera extremadamente resumida algunos de los resultados alcanzados por las investigaciones arqueológicas relacionadas con los sitios arqueológicos del período de ocupación holandesa en Pernambuco. Son investigaciones realizadas por el Laboratorio de Arqueología de la UFPE, bajo mi coordinación.

A lo largo del texto también serán mencionados algunos de los muchos lugares que aún precisan ser estudiados y algunas de las lagunas que todavía permanecen. En la presentación pretendemos establecer una línea cronológica de unión entre los sitios arqueológicos, si bien, a la hora de abordarlos individualmente, se dará prioridad a la línea de tiempo intra-sitio.

ALMACENES DEL PUERTO, ELEMENTO DE CODICIA

El litoral norte de Pernambuco está prácticamente constituido por tierras bajas, muchas de ellas afectadas por inundaciones. Tras desembarcar en la antigua factoría fundada en 1516 por Cristóvão Jaques, en cuyas proximidades fueron establecidas las líneas fronterizas de las capitanías de Pernambuco e Itamaracá, Duarte Coelho, al frente de los nuevos colonos siguió por tierra en dirección sur. Eligió una colina a la orilla del mar para fundar la villa sede de su capitanía, Olinda. Desde aquella posición se podía ver a gran distancia mar adentro. La limpidez de la atmósfera contribuía mucho a esa amplitud de visión, favoreciendo la localización de las embarcaciones que se aproximaban. Aunque

los colonos no estuvieran completamente a salvo en aquel lugar, por lo menos se veían menos atormentados por los insectos que poblaban los manglares.

Este punto tenía, sin embargo, un gran inconveniente: la inexistencia en él de un buen fondeadero. Una gran barrera de piedra dificultaba y ponía en peligro la aproximación de las embarcaciones. Por eso optaron por otro lugar, un poco más al sur, para ubicarlo. Dos de los mayores ríos de la zona desembocaban allí y en sus orillas se levantaron productivos ingenios de azúcar.

Aquel puerto estaba protegido por una línea de arrecifes, y ofrecía aguas tranquilas para las embarcaciones. Posiblemente ya con las primeras zafras, se construyeron junto al puerto algunos almacenes para albergar el azúcar que sería embarcado. Estos almacenes despertaban la codicia de piratas que más de una vez atacaron y saquearon la villa.

Cuando la flota holandesa se aproximaba a Olinda, consciente de que no podía plantar cara de manera efectiva a aquella fuerza, Matias de Albuquerque, entonces al mando de la capitanía, ordenó que los depósitos de azúcar fueran incendiados. Frustrados en su intento, los holandeses construirían más tarde nuevos almacenes también en las proximidades de aquel puerto.

Una imagen de 1635 nos muestra el pueblo de Recife (ver ilustración número 1), y en ella se puede ver la antigua iglesia de *São Frei Pedro Gonçalves*, y los almacenes destruidos en torno a la plazuela de la iglesia². En esta imagen se puede apreciar que los almacenes de este puerto no eran pequeños ni precarios. También se puede observar que, aunque ya hubiesen pasado cinco años desde el inicio de la ocupación holandesa y los habitantes se quejasen con frecuencia de la falta de comodidades, buena parte de la exigua tierra firme de Recife aún estaba ocupada por las ruinas de los almacenes quemados por los luso-brasileños. A través de la documentación histórica se sabe que algunos de estos edificios incendiados fueron posteriormente reparados y reconstruidos por los holandeses.

En el transcurso de unas obras realizadas en el área de la «Zona Cero», o núcleo original, de Recife, se llevó a cabo el correspondiente seguimiento arqueológico por el equipo del Laboratorio de Arqueología de la UFPE³.

A pesar de que el reducido trecho expuesto por las obras no permitía identificar exactamente a qué construcción pertenecía, una de las estructuras localizadas estaría relacionada posiblemente con los cimientos de antiguos almacenes, colindantes a una pequeña ermita del siglo XVI, que habrían sido construidos

² TReciffe de Pernambuco. Grabado en cobre que muestra detalles de la población de Recife en 1635, publicado en 1644 por Johannes de Laet.

³ Se identificó el área trabajada con el espacio en el que convergían las antiguas calles de la *Cadeia*, del Mar y Real.

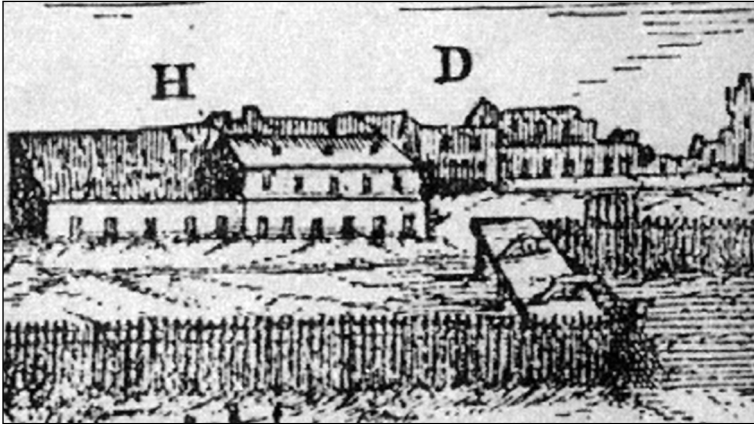


Ilustración 1. Detalle del grabado T'Reciffe, mostrando los almacenes en ruinas (D) sin sus tejados.

después de la invasión holandesa. Al principio se pensó que podría tratarse de la base de los edificios portugueses incendiados, idea respaldada sobre todo por la semejanza de la dirección de la construcción con lo que aparece en la representación iconográfica. Sin embargo, una intervención arqueológica posterior realizada en el Fuerte Orange en la Isla de Itamaracá, reveló un nuevo aspecto que debía ser tomado en consideración. En el fuerte se localizaron las bases de dos antiguos cuarteles construidos por los holandeses. Ambas construcciones se levantaron en un suelo de arena suelta, con el nivel freático bastante superficial. Los cimientos de estos cuarteles en el interior del fuerte son de piedra, sin argamasa en las juntas, lo bastante anchos como para soportar las gruesas paredes de piedra. Una vez excavada la zanja para hacer los cimientos, se colocaron en su interior bloques de piedra de diferentes tamaños. A partir de la superficie de ocupación de entonces, donde terminaban los cimientos y

Ilustración 2. Cimientos de piedra, que por su técnica de construcción probablemente están relacionados con los almacenes construidos por los holandeses. Ficha descriptiva: Base de bloques de piedra, asentados sin argamasa. Material de construcción: arenisca de origen marino. Dimensiones: Ancho: 84 cm. Largo expuesto por el corte realizado: 2,88 m. Altura restante: 99 cm.



empezaba el muro, las piedras fueron unidas con argamasa de cal. Esta misma técnica de construcción fue identificada y descrita cuando se estudió la estructura 1 en el área de la «Zona Cero» (ver ilustración 2).

LA FRÁGIL DEFENSA DE OLINDA, DEL PUERTO DE LOS ARRECIFES Y LOS PUERTOS ALTERNATIVOS

A finales del primer cuarto del siglo XVII los ingenios de Pernambuco producían gran cantidad de azúcar que era exportada a través del puerto de Recife, próximo a la villa de Olinda y del puerto cercano a la villa de Nazaré, en el Cabo de *Santo Agostinho*, más al sur. De estos puertos, cada año partían cerca de ciento veinte navíos que además de azúcar, llevaban palo brasil y otros productos de la tierra.

En aquella época, en el litoral de Pernambuco ya se había superado el miedo al nativo y el riesgo más inmediato de los ataques indígenas. Para los portugueses establecidos en tierra el litoral era la frontera que debía ser protegida, sobre todo de los enemigos venidos de Europa. Pero era una costa inmensa, imposible de guarnecer convenientemente. Era necesario además defender las cercanías de las áreas ocupadas; los accesos al interior; las entradas de los ríos del azúcar, y sobre todo, los puertos.

Pero se interponían otros obstáculos. En Pernambuco se trataba, sobre todo, de una cuestión de recursos. Los propietarios de tierras, además del pago del décimo, de las contribuciones y obligaciones con la Iglesia, debían hacer frente a los costes de la defensa que representaba una fuente de gasto e impedía nuevas inversiones en los ingenios. La mano de obra esclava, en gran parte constituida por esclavos africanos, precisaba ser ampliada y repuesta, a lo que había que añadir el importante desembolso que suponían las herramientas de cobre, los maestros de azúcar y toda una gama de «oficiales» que constituían una mano de obra especializada, necesaria, escasa y costosa. Por esto el sistema defensivo parece no haber estado nunca a punto, requiriendo continuas reparaciones. Las fortificaciones de Pernambuco, construidas o reparadas en el gobierno de Matias de Albuquerque (1620-1626), ya estaban deterioradas en 1630, cuando se produjo la invasión holandesa.

Tres años después del fin del mandato de Matias de Albuquerque, las obras de defensa de Pernambuco ya daban muestras del poco cuidado que recibían. La batería de cañones de la desembocadura del río fue demolida, igual que otras dos situadas al lado del Fuerte de *São Jorge*. También el fuerte del río Tapado fue desmantelado y su artillería trasladada. Las cadenas colocadas en las entradas de los puertos habían sido desplazadas de su lugar.

La amenaza holandesa hizo renacer la necesidad de retomar las obras de defensa. Desde Madrid fue enviado Matias de Albuquerque, que hacía poco

tiempo había vuelto de Brasil, donde sirvió como Capitán General y como gobernador en la capitanía de su hermano, Duarte de Albuquerque. De entre las medidas tomadas por Matias de Albuquerque al regresar a Pernambuco, a pesar de los pocos recursos de que disponía, fue prioritaria la defensa de los puntos de desembarque más próximos a Olinda, sede de la capitanía: la desembocadura del río Tapado y el puerto de Recife. Éste era entonces el principal punto de ataque de las embarcaciones de largo recorrido que partían de Europa para Olinda. En el río Tapado se inició la construcción del Fuerte de *Pau Amarelo*, que no llegó a concluirse. En Recife se reconstruyeron las baterías de cañones existentes desde 1595, junto al Fuerte de *São Jorge*. Se trataba de un fuerte muy antiguo cuya artillería estaba asentada sobre vigas; una reducida artillería de hierro cuyos parapetos ofrecían poca resistencia frente a los ataques.

A finales de 1629 o principios de 1630 se inició la construcción de otro fuerte, también en las proximidades de la entrada del puerto, en el lugar *oposto à barra do dito porto*. Se trataba de un edificio de mampostería de cuatro baluartes, iniciado a toda prisa y que contaba con el apoyo de Diogo Pais Barreto, un *morador dos mais nobres* de la colonia, que se encargó de financiarlo. Las paredes de este nuevo fuerte, situado cerca de trescientos pasos al norte del Fuerte de *São Jorge*, ya se elevaban algunos pies por encima del suelo cuando se produjo el ataque holandés a Recife.

El ataque holandés, sin embargo, no tuvo lugar en el puerto de Recife, donde posiblemente se concentraba buena parte de las estructuras y estrategias de defensa de la colonia. Pocas estructuras de cara al enemigo. Más escasas aún al norte de Olinda, por donde se produjo el desembarco, en el lugar conocido como *Pau Amarelo*. Los holandeses marcharon por tierra a lo largo de la playa y en poco tiempo se apoderaron de la villa de Olinda cuyos *moradores* pudieron ofrecer poca resistencia. Mientras se producían los saqueos, los neerlandeses emplazaron su centro de operaciones en el Colegio de los jesuitas e instalaron el templo calvinista en la Iglesia Matriz de Olinda.

No tenemos datos suficientes respecto al uso de la Iglesia jesuita de *Nossa Senhora da Graça* para la celebración de oficios religiosos calvinistas. Como obra jesuítica, la Iglesia aspiraba a «servir a perpetuidad». Construida en mampostería, tenía cubierta de tejas, un coro con el suelo de madera y varios altares con retablos de piedra caliza. El altar central ya había desaparecido en el siglo xx; no así los laterales, que fueron estudiados por el profesor Ayrton Carvalho⁴.

⁴ «En investigaciones realizadas al servicio del SPHAN, tuve ocasión de examinar los altares laterales de la iglesia de Nossa Senhora da Graça, en el Seminario de Olinda [...]. [...] El retablo de aquellos altares es de piedra caliza [...]. [...] Los jesuitas no despreciaron los ornamentos ensamblados en la roca siempre que encontraron material más fácil de manejar», CARVALHO, A. «Algumas notas sobre o uso da pedra na arquitetura religiosa do Nordeste». En *Revista do Serviço do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional*. Río de Janeiro, n. 6, 1942, pp. 277-294.



Ilustración 3.
Torso de imagen decapitada
y sepultada, rescatada en la
excavación arqueológica
de la Iglesia de la *Graça*,
en Olinda.



Ilustración 4. La
tercera imagen
decapitada y
sepultada, recu-
perada durante
la excavación
arqueológica de
la Iglesia de la
Graça, en
Olinda.

La intervención arqueológica reveló fragmentos de un retablo, probablemente procedentes del altar mayor destruido. Entre las muchas piezas de caliza recobradas se encontraron fustes de columnas y fragmentos de capiteles⁵. Además de las piezas del retablo, fueron rescatados también elementos de cuatro imágenes esculpidas en piedra que podrían haber estado ubicadas en los cinco nichos que integraban el altar mayor. Son, tal vez, las imágenes más antiguas existentes actualmente en Brasil pues, como indica José Luiz Mota Menezes:

A vestimenta, além de suas características artísticas nos fazem remontá-las aos anos finais do século dezesseis, comparando-as ainda com as imagens portuguesas desse século⁶.

Aunque no se pueda afirmar con rotundidad que las estatuas hayan sido dañadas durante el saqueo de la iglesia, este hecho es altamente probable dada la coincidencia de que todas estén decapitadas. Este hecho nos indica la existencia de un vandalismo iconoclasta por parte de los holandeses análogo al que ha sido documentado en Bahía⁷. Parece ser, no obstante, que la

⁵ Aunque la intervención arqueológica desarrollada haya sacado a la luz conjuntos diferenciados de materiales de construcción, a través de los cuales es posible rastrear muchas de las alteraciones producidas a lo largo de más de cuatro siglos, e incluso conocer los cambios en los usos y costumbres de la sociedad, aquí sólo haremos referencia a los descubrimientos que reflejan la presencia holandesa.

⁶ MENEZES, J. L. Mota. «Igreja de Nossa Senhora da Graça e Real Colegio dos Jesuitas de Olinda Jose Luiz Mota Menezes». Tesis de Libre Docencia. Universidade Federal de Pernambuco, 1976, p. 54.

⁷ «Cuando los holandeses, después de rendir la ciudad de Bahía (en 1624), comenzaron con rabia herética y destinada, a romper imágenes de los santos, se dirigieron a la sacristía del colegio, arremetieron contra un crucifijo muy devoto, que en ella estaba, y arrastrándolo lo lanzaron por un balcón. Cayó en el suelo; se rompió la cruz de madera, y con la fuerza del golpe se hizo pedazos; y la imagen (cosa maravillosa!) que no era de otro material más fuerte, sino antes más débil, permaneció tan entera, como si la tierra dura en la que cayó estuviese cubierta de colchones o cojines blandos. Ahí estuvo yaciendo dos días, a falta de quien lo levantase; no faltó quien, llevado de una furia más herética e infernal, le hiciese mil injurias; hasta que, en fin, quiso el liberador de los hombres, que uno lo hiciese suyo», Padre Antonio Vieira, en su *Anua ou Anais da provincia do Brasil dos anos de 1624 e 1625, datados el 30 de septiembre de 1626*. PEREIRA DA COSTA, F. A. *Anais Pernambucanos*. 2.^a edição. Coleção Pernambucana, prefácio, aditamentos e correções de José Antônio Gonsalves de Mello. Recife: Secretaria de Turismo, Cultura e Esportes/FUNARPE/Diretoria de Assuntos Culturais, v. I, 1983, p. 437.

destrucción de imágenes no era un hecho con el que estuvieran de acuerdo todos los holandeses. Es incluso probable que entre ellos hubiese algunos católicos que lamentaran tales actitudes. Eso es lo que revela una inscripción hecha con carbón, en el nicho central del primitivo retablo del altar mayor, en la cual por lo menos tres holandeses se lamentan, reconocen sus culpas, escriben la fecha (1631) y añaden sus nombres.

Las imágenes rescatadas no se encontraban en medio de los restos de capiteles y fustes de las columnas del altar destruido, sino que habían sido sepultadas en una de las capillas laterales, con los pies orientados en dirección a los devotos. Es indudable que las esculturas fueron sepultadas en esa capilla después del incendio que la devastó, producido al año siguiente al saqueo. El material de relleno de los agujeros en los que se encontraron las efigies presentaba gran cantidad de carbón, en tanto que las imágenes no tenían señales de haber sido afectadas por el incendio. Esto refuerza la idea de que, después de haber sido derribadas y decapitadas, las estatuas habrían sido arrojadas fuera del edificio, lo que determinó que el incendio no las alcanzara. Es posible que las imágenes fueran sepultadas cuando los religiosos volvieron a ocupar el Colegio en 1637, siguiendo una práctica que en el siglo XVIII sería aconsejada por las constituciones del Arzobispado de Bahía⁸.



Ilustración 5. La primera de las imágenes decapitadas y sepultadas en la Iglesia de la *Graça*, en Olinda.

⁸ «Para que en las imágenes sagradas se eviten totalmente las supersticiones, abusos, profanaciones e incidencias que ya hubo y se pueden introducir, encargamos a nuestros Visitadores y demás Ministros que con particular cuidado en las Iglesias, Ermitas, Capillas y lugares píos de nuestro Arzobispado que visitaren hagan examen si en las Sagradas Imágenes, así pintadas como de bulto, existen algunas incidencias, errores y abusos contra la verdad de los misterios Divinos, o en los vestidos y composición exterior, cosa contra la forma de derecho de nuestras Constituciones. Y las que hallaren mal e indecentemente pintadas o embellecidas se hagan sacar de tales lugares y las mandaràn enterrar en las Iglesias en lugares apartados de las sepulturas de los difuntos. Y los retablos de las pinturas, siendo primero deshecho en pedazos, que quemarán en lugar secreto y las cenizas se mezclarán con agua en la pila bautismal, o las enterrarán, como de las imágenes queda dicho. Y lo mismo se observará con las Cruces de madera», TÍTULO XXI. QUE NÃO SE PINTA A IMAGEM DA

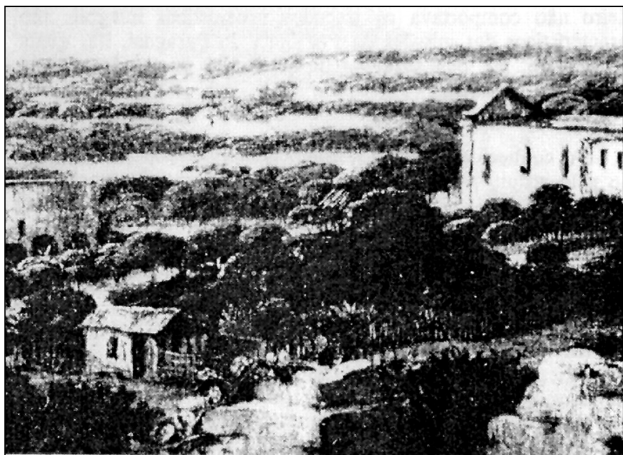


Ilustración 6. Detalle del grabado de Olinda incendiada. Frans Post. Encima, a la derecha fue identificada la iglesia del colegio Jesuita.

Olinda se mantuvo como refugio holandés hasta 1631. Los bátavos, confinados en la estrecha franja de costa situada entre el pueblo de Recife y Olinda, tenían las emboscadas que los colonos podían lanzar desde la floresta. Aunque a los holandeses no les resultó difícil conquistar Olinda, consideraban que su defensa en caso de ataque no sería fácil.

Sobre todo, porque, a diferencia de los portugueses, que tenían principalmente un ataque por mar, los holandeses lo temían por mar y por tierra⁹. Con la intención de poder forzar la capitulación de los colonos, amenazaron con incendiar Olinda¹⁰. Con estos antecedentes, el desembarco de los soldados de Oquendo sirvió de excusa para destruir la ciudad¹¹, en un momento en que gran parte de los holandeses ya se concentraba en Recife.

Este incendio, provocado en Olinda en noviembre de 1631 afectó al Colegio de los jesuitas y a su iglesia, la ya mencionada de *Nossa Senhora da Graça*, que data del siglo XVI. Hoy se encuentra bien conservada, después de haber pasado por un proceso de restauración basado en los resultados de la intervención arqueológica.

¹² NEM A LEVANTEM EM LUGARES INDECENTES E QUE SEJAM REFORMADAS AS IMAGENS ENVELHECIDAS. *Constituições primeyras do Arcebispado da Bahia*. Lisboa: Officina de Pascoal de Sylvia, 1719.

⁹ «Waerdenburch, sus subordinados y los ingenieros que servían en la tropa fueron unánimes a la hora de reconocer la gran dificultad de mantener sin peligro para la seguridad de la conquista reciente, la ciudad de Olinda. Solicitaron inmediatamente permiso para destruirla y concentrarse en Recife y en la isla de Antônio Vaz», GONSALVES DE MELLO, J. A. *Tempo dos Flamengos, influência da ocupação holandesa na vida e na cultura do norte do Brasil*. 2.^a edição. Recife: CEPE, 1978, p. 46.

¹⁰ GONSALVES DE MELLO, J. A. *Op. cit.*, p. 47.

¹¹ «Su Excia. [el Príncipe de Orange] fue de la opinión de que autorizásemos a V. S. y al Consejo de Guerra, en el caso de que el enemigo desembarcase con grandes fuerzas y que V. S. no encontrase medios de defender la ciudad en todo o en parte, la abandonara con todo orden, la demoliera y la inutilizara enteramente», Carta del Consejo de los XIX al Consejo Político de Pernambuco, datada en La Haya, 15 de febrero de 1631 y también datada en Middelburg, 30 de mayo de 1631, en BSN, apud GONSALVES DE MELLO, J. A. *Op. cit.*, p. 48.

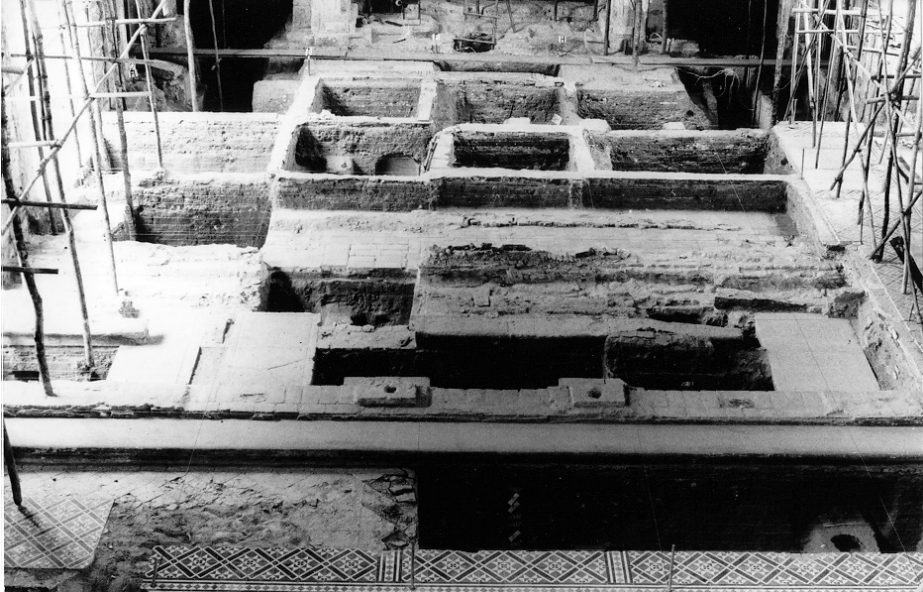


Ilustración 7. Aspecto de la excavación arqueológica realizada en 1970, que permitió restaurar la iglesia con sus rasgos internos originales.



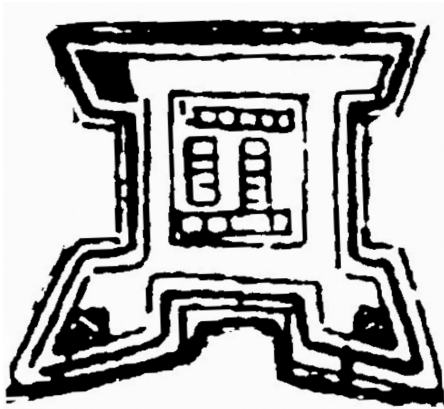
Ilustración 8. En primer plano, el suelo original de la iglesia, en ladrillos dispuestos en forma de escama de pez, demarcando las sepulturas.

LAS PRIMERAS MEDIDAS EN DEFENSA DE LA CONQUISTA. EL FUERTE BRUM

Después de la conquista de la villa de Olinda, en 1630, los holandeses se dirigieron a Recife. Asentaron la artillería en las bases del fuerte luso-brasileño que había empezado a ser construido por Diogo Pais. Tres piezas de veinticinco libras y tres piezas menores sobre el río representaban la *tan reforçada* artillería con la que contaban los Fuertes de São Jorge y São Francisco, que se rindieron el 2 de marzo de 1630. Los proyectiles de veinticinco libras destruyeron los parapetos del Fuerte de São Jorge, a pesar de los *muitos sacos de algodão que tinbam para seu reparo*. Caía así la plaza de Recife en poder de los holandeses.

A principios del mes siguiente los neerlandeses se plantearon la construcción de una fortificación para defender la entrada del puerto de Recife. El lugar escogido fue aquel en el que se levantaban los cimientos del Fuerte de Diogo Pais, donde habían instalado la batería con la que se atacó al Fuerte de São Jorge. Este último se encontraba tan dañado que descartaron la idea de recuperarlo. Probablemente contribuyó a esta decisión su alzado de torres altas, que ya no correspondía a los dictámenes de la ingeniería militar del momento.

El coronel Diederik van Waerdenburch, comandante de las tropas invasoras, encargó el trazado de la nueva fortaleza al ingeniero holandés Commersteyn, siendo iniciada la obra en mayo, bajo la dirección de los constructores Ludolf Nieuwenhuysen y Joris Bos. Este edificio, que posteriormente sería conocido por los luso-brasileños como Fuerte Brum, debe su nombre al consejero político Johan de Bruyne. Situado en el istmo que liga Recife a Olinda, está bañado al este por el mar y al oeste por el río Beberibe. Esta proximidad al mar exigió una adecuación de su planta a las condiciones del terreno durante su construcción. Por ello, dos de los bastiones inicialmente proyectados fueron construidos con forma de medios bastiones.



El Fuerte Brum ha estado ocupado prácticamente desde su construcción en 1631 hasta la actualidad. A lo largo de ese tiempo ha conocido períodos de deterioro y reconstrucciones que han afectado sobre todo a las dependencias interiores; reformas que han conducido incluso a la supresión de algunas estructuras defensivas. El contorno de sus muros se ha mantenido

Ilustración 9. Planta del Fuerte Brum en el siglo XVII.

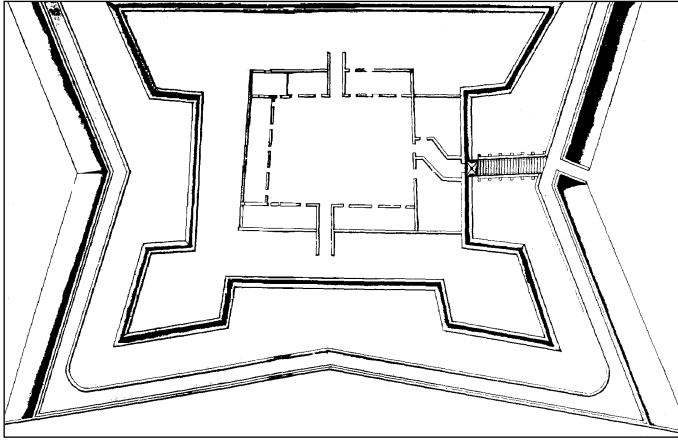


Ilustración 10. Planta del Forte Brum en el siglo XVIII.

prácticamente intacto desde el siglo XVII, como se puede observar a través de la documentación iconográfica. La intervención realizada por el Laboratorio de Arqueología se centró en la plaza de armas del fuerte actual. En diversas reformas emprendidas en el edificio, posiblemente ya en el siglo XX, se abrieron profundas zanjas en la zona del patio central para enterrar escombros.



Ilustración 11. Vista actual del Forte Brum, junto al puerto. A la izquierda y arriba, después de la ensenada, en la pequeña elevación, está Olinda.



Ilustración 12. Antiguo pozo de agua en el interior del fuerte, descubierto durante la excavación arqueológica.



Ilustración 13. Suelo de ladrillos rescatado por la excavación arqueológica. Pertenecer a uno de los cuarteles del período de ocupación holandesa.

Esta práctica dañó de manera importante los probables vestigios arqueológicos de la ocupación holandesa ya que en las zonas no afectadas por las zanjas fueron recuperados restos de estructuras del siglo xvii, como el antiguo pozo que abastecía al fuerte y parte del suelo de uno de los cuarteles construidos por los bátavos.

La antigua puerta del edificio holandés, a diferencia de la actual, probablemente estaría orientada hacia Olinda. Una intervención arqueológica posibilitaría la localización de esta puerta y de los muros originales, de manera análoga a lo que se consiguió en otro fuerte holandés (Fuerte Orange) cuya ocupación también se ha prolongado durante los siglos siguientes a su construcción.

Las investigaciones realizadas hasta el momento en el Fuerte Brum han proporcionado las primeras piezas del rompecabezas que permitirá reconstruir virtualmente uno de los más antiguos restos de la colonización de Brasil, que aún se mantiene en uso.



Ilustración 14. La posición central, circundada de verde es el Forte *Real do Bom Jesus*; las posiciones en azul y rojo son los puestos de sitio holandeses.

RESISTENCIA E INTERIORIZACIÓN DE LA DEFENSA. EL FUERTE REAL DO *BOM JESUS*

Durante la invasión holandesa de Pernambuco, cuando las defensas situadas a la orilla del mar habían sido destruidas, las tropas luso-brasileñas se retiraron al interior. En un intento de organizarlas y de impedir el avance flamenco hacia los ingenios de azúcar, Matias de Albuquerque emprendió la construcción de un nuevo fuerte, el Forte *Real do Bom Jesus*. Posiblemente basado en el trazado de Cristóvão Álvares, se levantó un fuerte de tierra, rodeado por un foso de aproximadamente 4,5 metros de profundidad. En el interior, una muralla construida también con tierra, de altura aproximadamente igual a la profundidad del foso, cercaba un área irregular, formando ángulos entrantes y salientes que constituían medios baluartes. En torno al fuerte se estableció más tarde un conglomerado de casas, el *Arraial* (1630-1635), cuyos moradores buscaban la proximidad y la protección del fuerte.

De ahí partieron muchas de las emboscadas que mantuvieron a los holandeses prácticamente confinados en la estrecha franja del litoral. Después de 1633, la Resistencia fue paulatinamente perdiendo sus puestos avanzados. Con la caída del *Passo dos Afogados*, que cerraba a los holandeses el acceso a través



Ilustración 15. Fragmento del foso doble del Fuerte *Real do Bom Jesus*, recuperado por la intervención arqueológica cuando los escombros fueron extraídos, preservando la forma primitiva.

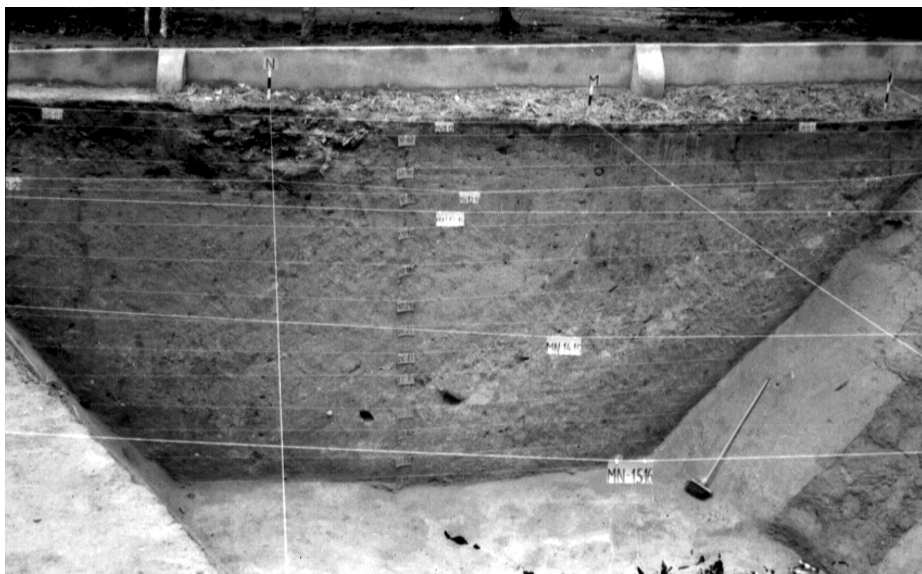


Ilustración 16. Vista del interior del foso, durante la excavación arqueológica. Obsérvese el nítido contacto entre los escombros y las paredes del foso.

del río Capibaribe, se produjeron las condiciones necesarias para que los invasores pudieran atacar masivamente el *Arraial*. Fueron enviados varios contingentes y, tomando al asalto puntos estratégicos, rodearon el fuerte. Se desencadenó entonces un intenso ataque, seguido de un largo asedio. Los muros de tierra comenzaron a desmoronarse y la rendición parecía inevitable. Prácticamente destrozado por el intenso bombardeo sufrido y extenuado por el largo sitio, el fuerte se rindió en 1635. Poco después se rendía también el Fuerte Nazaré. Era el fin de la Resistencia, pero no el de la lucha, retomada a partir de 1645 con el inicio de la Campaña por la Restauración.

Después de la rendición, el Fuerte *Real do Bom Jesus* fue destrozado por los holandeses y abandonado. En 1859, con ocasión de su visita a Pernambuco, el Emperador D. Pedro II intentó localizar las ruinas de la fortaleza. Dado que las

diligencias practicadas resultaron infructuosas, concluyó que ya no quedaban vestigios. El *Instituto Arqueológico, Histórico e Geográfico Pernambucano*, ya en este siglo, identificó el *Sítio Trindade* como el lugar en que otrora se levantara el fuerte, colocando allí una placa alusiva. La localización exacta, sin embargo, sólo ha sido posible a través de la intervención arqueológica realizada en el área por el Laboratorio de Arqueología de la Universidad Federal de Pernambuco¹², que destapó parte del foso, las bases de los muros y del adarve, así como una gran cantidad de municiones y objetos de uso personal de los combatientes.

Las únicas estructuras preservadas del fuerte fueron encontradas bajo la superficie. Es el caso del foso, con sus ángulos entrantes y salientes, que delimitaba todo el perímetro del área fortificada. Al ser expuesto, su superficie mostró las líneas de contacto con el material de los muros derrumbados. Incrustados en sus paredes, aparecieron muchos de los proyectiles disparados por el enemigo.

LA EXPANSIÓN HOLANDESA A LO LARGO DEL LITORAL. EL FUERTE ORANGE

Antes incluso de consolidar la conquista de Pernambuco y aún confinados en Recife, los holandeses intentaron ampliar sus dominios a lo largo del litoral.

En 1631 Sigismund van Schkopp asumió el cargo de jefe supremo de las fuerzas terrestres holandesas. Al mismo tiempo, Steyn Callenfels dirigió la construcción de un pequeño fuerte en un islote al sur de la isla de Itamaracá, al que llamaron Orange. Con base en este fuerte los holandeses consiguieron, bajo las órdenes de Schkopp, lanzar con éxito el ataque a Itamaracá, conquistando las villas de Igarajú (Pernambuco) y de la Conceição, después Villa Schkoppe (Itamaracá).

La fortificación levantada en 1631 probablemente fue construida en madera, como se puede deducir por las representaciones iconográficas que se conocen. Posteriormente, en 1633, bajo el mando de Sigismund van Schkopp, el fuerte fue reformado, tal vez ampliado, o incluso sustituido por otro fuerte, que pudiese defender mejor la posición. Sin embargo, no es hasta 1638, ya bajo la administración de Johan Maurits van Nassau, que el Fuerte Orange asume su configuración como un fuerte regular con cuatro baluartes, el llamado *Castrum Auriacum*, representado en las imágenes. Su construcción fue supervisada por Tobias Commerstejn, que contaba con los servicios de Cristóvão Álvares, ingeniero portugués.

Hasta 1648 el Fuerte Orange permaneció bajo bandera holandesa, guarneciendo la entrada de la desembocadura del Canal de Santa Cruz que daba acceso al antiguo puerto de Pernambuco, uno de los más bulliciosos del litoral, por

¹² Ver ALBUQUERQUE, M. y LUCENA, V. *Forte Real do Bom Jesus. Resgate arqueológico de um sítio histórico*. Recife: Prefeitura da Cidade do Recife, Ed. CEPE/UFPE/FUNDAJ, 1988.

donde salía el azúcar producido en los ingenios de las tierras de Goiania. A partir ese momento el Fuerte Orange pasó al control luso-brasileño, siendo posteriormente reformado en diversas ocasiones.

Si seguimos la iconografía holandesa, se puede afirmar que existe una gran semejanza entre el trazado holandés y la distribución mostrada por las imágenes de siglos posteriores. Sin embargo, existen diferencias. Durante el siglo xvii, las edificaciones interiores —alojamientos, depósitos de munición, puesto de mando— ocupaban el patio central del fuerte. Se trataba de edificaciones aisladas unas de otras, no contiguas a las contramurallas, como las que existen actualmente en el fuerte. Otra diferencia entre la configuración holandesa y la luso-brasileña, es la posición de la entrada principal. En el caso holandés la entrada estaba orientada hacia el Canal de Santa Cruz, mientras que en la portuguesa (que corresponde al estado actual) la entrada principal se dirige hacia el interior de la isla.

Después de su desarme, el Fuerte Orange fue abandonado. En 1971 se convirtió en objeto de una prospección arqueológica realizada por el Laboratorio de Arqueología de la UFPE. Más recientemente un proyecto más amplio, que involucra a diferentes instituciones tanto de Brasil como de Holanda¹³, se propone realizar investigaciones arqueológicas en el fuerte.

LOS CUARTELES HOLANDESES DEL INTERIOR DEL FUERTE

La excavación arqueológica reveló los vestigios de estructuras de mediados del siglo xvii, resultantes de la demolición de los cuarteles y de otras unidades funcionales correspondientes al período de la ocupación holandesa. Cuando se comparan los restos descubiertos con la iconografía de la época y con las técnicas constructivas empleadas en el período, es posible identificar cuatro conjuntos de cuarteles que integraban el fuerte holandés utilizado durante la administración de Nassau.

Los cuarteles fueron construidos con piedra (caliza y arenisca) obtenida en la propia isla. Sus paredes estaban enlucidas y encaladas de blanco. Aparecían cubiertos de tejas y el suelo estaba revestido con ladrillos. La disposición de los ladrillos del suelo variaba entre las habitaciones que, en algunos casos, tenían su propio fogón. En Itamaracá parece haberse seguido la costumbre holandesa de que pequeños grupos de soldados prepararan la comida en sus propios alojamientos. Ésta práctica se combinaba con la de distribuir cuotas individuales de

¹³ Ministério dos Negócios Estrangeiros do Brasil; Dutch Ministry of Foreign Affairs (Holanda); Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional (IPHAN); Governo do Estado de Pernambuco; Universidade Federal de Pernambuco; Universiteit van Amsterdam; Mowic Foundation.



Ilustración 17. Fragmento de los cimientos de uno de los cuarteles holandeses en el Forte Orange.



Ilustración 18. Parte de los antiguos suelos de dos habitaciones de cuarteles holandeses, revestidos con ladrillos.

alimentos para su preparación e, incluso, como ocurrió en ciertos momentos de escasez, con el pago de parte del sueldo en comida.

EL ANTIGUO POZO QUE SIRVIÓ AL FUERTE DURANTE EL PERÍODO DE OCUPACIÓN HOLANDESA

El pozo construido por los holandeses ocupaba aproximadamente el centro de la plaza de armas original. La técnica de construcción empleada difiere de las técnicas observadas en los demás pozos conocidos hasta la fecha en los fuertes excavados en Brasil.



Ilustración 19. Restos de un antiguo fogón de leña encontrado en uno de los extremos de una habitación de los cuarteles holandeses.



Ilustración 20. Vista de la plaza de armas actual, percibiéndose en primer plano el antiguo pozo holandés, y al fondo, el pozo construido en el siglo XVIII.



Ilustración 21. Detalle del interior del pozo holandés, revestido enteramente por un barril. Se observan los toneles conservados en el límite del nivel freático.



Ilustración 22. Obsérvese en planos diferentes, el pozo (cuya parte superior fue destruida) y el resto del suelo de ladrillos que se extendía en torno del pozo.

La apertura de un pozo en aquel terreno arenoso, de arenas muy sueltas, precisaba de una estructura de contención que mantuviese abierto el espacio de acumulación de las aguas. Se hacía por tanto necesario el revestimiento de las paredes. La práctica más frecuente entre la población luso-brasileña (que se prolongó a través de los siglos) consistía en usar ladrillos o piedras para revestir enteramente el pozo. Había, sin embargo, otra costumbre que también atravesaría los siglos: el uso de grandes barricas que enterradas y con el interior vacío, permitían la captación del agua. Ésta fue la técnica utilizada en la construcción de aquel antiguo pozo, cuyos alrededores fueron pavimentados con pequeños ladrillos amarillos traídos de Holanda.

EL POLVORÍN

Durante una prospección arqueológica llevada a cabo en 1970 se localizó una parte del polvorín holandés que, en origen, era una estructura aislada, a cielo abierto. Una nueva construcción realizada durante la ocupación portuguesa posterior, desmanteló el almacén, que ya no estaba en servicio. La nueva edificación, situada junto a la contramuralla, cortaba transversalmente el polvorín, de manera que una parte de su estructura quedó dentro de ella (ver ilustración 23). La parte exterior fue derribada probablemente en ese momento.

LA PUERTA DEL FUERTE HOLANDÉS

Siguiendo las imágenes publicadas por Gaspar Barleus, en *História dos feitos...* con representaciones de la isla de Itamaracá, y según la planta encontrada en el Rijksarchief de La Haya, el portón de acceso al Fuerte Orange estaría orientado hacia el Canal de Santa Cruz (es decir, aproximadamente hacia el sur). Sin embargo, la variante luso-brasileña del fuerte presenta el portón dirigido hacia la entonces Vila Conceição (actual Vila Velha), es decir, orientado aproximadamente hacia el oeste.

Partiendo de la hipótesis de que el fuerte conservó durante todo el período holandés sus muros de tierra y madera, podríamos afirmar que el actual muro (de piedra) es de construcción posterior a la ocupación holandesa. Si así fuera, el área de la antigua puerta podría encontrarse encerrada dentro del adarve actual. No obstante, el análisis comparativo de la planta holandesa del siglo XVII y del trazado del fuerte en el siglo XVIII, demuestra la imposibilidad de un «encofrado», como fue sugerido por algunos autores. En concreto, e independientemente de las escalas de una y otra planta, este hecho se puede observar por la incompatibilidad de las proporciones entre los baluartes y los lienzos de muralla que los separan, que indicaría que no hubo una continuidad entre los fuertes a través de un revestimiento de piedras sobre las paredes del anterior. Sin embargo, estos indi-



Ilustración 23. Conjunto de las estructuras restantes del polvorín, cuya área fue parcialmente ocupada por una dependencia de construcción portuguesa.

revestimiento de piedras sobre las paredes del anterior. Sin embargo, estos indicios no deberían hacernos descartar la sucesión entre los fuertes.

La excavación del adarve orientado hacia el Canal de Santa Cruz (suroeste) mostró en primer lugar la presencia de grandes bloques de antiguas construcciones destruidas, caídos en el interior del muro. Estos bloques, compuestos de ladrillos unidos con argamasa de cal, asociados a las tejas de un alero (con *eira e beira*)¹⁴, indican que nos encontramos posiblemente ante los restos de la «casa del comandante del fuerte» del período portugués, que se levantaba sobre el adarve. Se encontraron además otros grandes bloques de piedra caliza en las capas más elevadas, que estarían relacionados con la así llamada «casa de planta baja».

A pesar de estos hallazgos, continuaron buscándose en el interior del adarve vestigios de la antigua puerta holandesa, posiblemente protegida por una bóveda de mampostería.

¹⁴ En el nordeste de Brasil, adornos del alero de un tejado. N. de los Eds.



Ilustración 24. Detalle de la entrada del polvorín, construida con ladrillos «amarillentos» holandeses. Se observa parte de la bisagra que soportaba la puerta interior del polvorín, aún plomada en la pared.



Ilustración 25. Puerta del período holandés, distinguiéndose el umbral y las jambas.



Ilustración 26. Conjunto de estructuras relacionadas con la antigua puerta del Forte Orange.



Ilustración 27. Vista del conjunto de la estructura de la antigua puerta.

Durante la campaña de 2002 la profundidad de la excavación arqueológica alcanzó el nivel correspondiente al suelo de las dependencias de la plaza de armas. La naturaleza del material de relleno del adarve (arena) impidió el acceso en profundidad a un área necesaria y suficiente para un estudio más completo. A pesar de haber excavado a partir de un corte amplio en la superficie, el escalonamiento de la excavación, exigido por el grado de asentamiento de la arena, sólo permitió alcanzar esa profundidad (cerca de 5,30 metros) en una pequeña área. Por este motivo, se hizo necesario proseguir con los estudios en el adarve durante la segunda campaña.

En esta etapa se optó por excavar por completo el adarve, extrayendo en su totalidad las distintas capas. El uso de esta estrategia permitió localizar la antigua puerta de acceso al fuerte construida en piedra y flanqueada por gruesas paredes de ladrillo (ver ilustración 25). Se localizó por tanto en ese lugar la entrada al fuerte, con su portón orientado hacia el Canal de Santa Cruz, donde casi siempre había barcos atracados. Una entrada no muy amplia, aunque de estructura monumental.

RECIFE, CENTRO ADMINISTRATIVO Y DEL COMERCIO HOLANDÉS EN EL NUEVO MUNDO

Nacida en los primeros años de la historia de Pernambuco, y consolidada como ciudad durante el dominio holandés, Recife pasó por sucesivas transformaciones a lo largo de los siglos. Ya no quedan restos visibles de su antiguo puerto, ni de muchos de los antiguos muelles por donde se escurrían las riquezas de la colonia y por donde entraban los productos de Europa. Desaparecieron la mayoría de las estructuras defensivas levantadas tanto contra las aguas como contra los enemigos que venían por mar. La gran reforma de principios del siglo xx mejoró el tráfico y preparó a Recife para atender las necesidades creadas por la revolución industrial, si bien la ciudad pagó el precio de ver destruida buena parte de su historia material. En ese momento, sin embargo, ya se disponía de técnicas de fotografía, lo que permitió registrar en parte aspectos de la ciudad y de la vida que se llevaba en ella. De los siglos anteriores poco quedó, apenas descripciones ocasionales en los textos, algunas representaciones iconográficas y el registro arqueológico.

Debido a su trayectoria histórica, el patrimonio cultural de Recife no se limita al legado del caserío preservado hasta aquel momento. Parte de su herencia cultural, forjada por diferentes pueblos, reúne valores de la vida cotidiana de la ciudad en una historia que no se escribió en textos, sino que fue conservada por el registro arqueológico, permaneciendo custodiada en el subsuelo. Una historia difícilmente recuperable, debido a las numerosas ocupaciones y reocupaciones del área. Un patrimonio que, aunque teóricamente está protegido por

la ley, va siendo paulatinamente destruido, inconscientemente dilapidado, a medida que se llevan a cabo obras mayores o menores en la ciudad. Las obras de mejora de los servicios públicos urbanos indispensables para los patrones

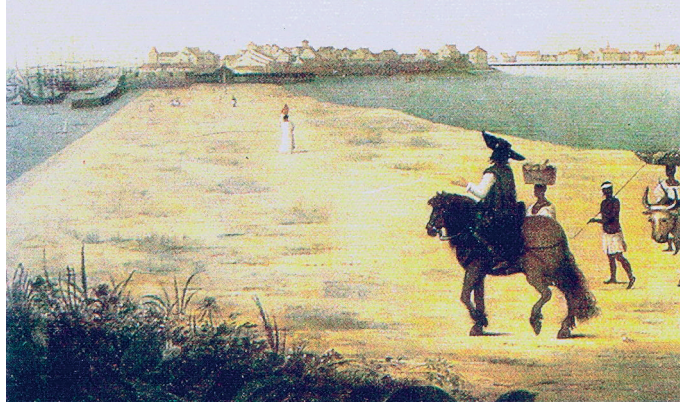


Ilustración 28. Detalle del grabado atribuido a Frans Post.
Recife entre 1637 y 1644.

actuales de la sociedad, como vías de acceso, sistemas de alcantarillado, de distribución de agua, energía o teléfono, son ocasiones cruciales para no perder definitivamente aquellos documentos materiales de la historia, pues los trabajos previstos causarán necesariamente la destrucción de los restos arqueológicos.

Aunque no se alcance la condición ideal de promover un trabajo sistemático de excavaciones, el seguimiento arqueológico de las obras ha demostrado ser una alternativa viable, capaz de proporcionar una muestra del área, y que permitirá rescatar, documentar y así preservar los vestigios arqueológicos que de otra forma serían definitivamente destruidos.

Las raíces de Recife se encuentran ciertamente en su condición de puerto seguro. Los fondeaderos en el interior de los arrecifes se distribuían a lo largo de un istmo que se prolongaba unos 6 kilómetros desde los alrededores de Olinda. El istmo se convirtió así en la vía de conexión terrestre entre la villa y el puerto. Una vía no siempre cómoda y que a veces podía volverse poco segura. Se trataba de un extenso arenal descubierto, azotado por los vientos y sometido tanto a un sol abrasador como a aguaceros torrenciales. En la época de la zafra, cuando el azúcar era fabricado y debía ser almacenado, empezaba el período más seco y la arena suelta hacía más difícil el caminar. Esto provocaba que los pies se hundieran a cada paso y dificultaba el movimiento de los animales, tanto de silla como de carga.

La línea de arrecifes contigua, que protegía las márgenes del istmo de la acción directa de las olas, presentaba algunas entradas con profundidad suficiente para permitir el acceso de barcos. Su fondo, a veces de barro, a veces de arena o de grava, no representaba ningún riesgo para la navegación. La franja de tierra firme, sin embargo, era demasiado reducida como para soportar todo el movimiento resultante del confinamiento de los holandeses en el litoral entre 1630 y 1635. Tras el incendio de Olinda el problema de espacio se hizo aún más



Ilustración 29. Detalle de un grabado de Recife y de Mauritiópolis, posiblemente basado en un dibujo de Frans Post (1637-1644).



Ilustración 30. Detalle de la foto anterior, mostrando las dos líneas de empalizada.

acuciante. En este sentido la experiencia holandesa con tierras bajas e inundables definió el camino a seguir. Como consecuencia, la historia del crecimiento urbano de Recife está cimentada en una sucesión de aterramientos que se sobreponen unos a otros, ampliando el área de tierra firme y elevando a veces la muy baja cota de la ciudad.

El trabajo realizado para conquistar esos espacios varió a lo largo del tiempo. Diferían también sus habitantes en términos económico-sociales. Fue una conquista paulatina, que en los primeros siglos estuvo financiada por particulares. Parece ser que al menos durante el período de la ocupación holandesa, los aterramientos promovidos por particulares se hacían con licencia de las autoridades. Éstas establecían también otras medidas para la formación de los terraplenes: el depósito de la basura urbana. Es probable, por tanto, que los rellenos no hayan sido realizados al mismo tiempo sino que se llevaron a cabo en función de las posibilidades de cada promotor individual. La acción gubernamental directa en este campo fue más tardía, ya con las grandes obras públicas de los siglos XIX y XX.

LAS DEFENSAS DE RECIFE

Como nos muestra la documentación holandesa, desde muy pronto surgió la preocupación de rodear el pueblo de Recife con una empalizada de madera. Sería ésta la primera construida en la zona.

Las riberas del istmo eran probablemente el lugar que provocaba los mayores temores. Como muchas veces relatan los documentos, se tenía miedo de los asaltos de los grupos de la Resistencia que por la noche atravesaban el río sigilosamente en canoas y atacaban a los holandeses. Una desastrosa experiencia que habían sufrido desde los primeros meses de la ocupación, cuando iniciaron la construcción del Fuerte Brum. A partir de esa época se irguieron numerosas empalizadas en torno a Recife. Asentadas en líneas sucesivas a lo largo del tiempo, contribuyeron probablemente a contener los aterramientos que ampliaron la superficie disponible. En la ilustración número 30 se puede observar el arranque de una segunda línea de empalizada, construida prácticamente en el límite de las aguas.

Además de lo aparecido en los registros iconográficos, se han hallado pruebas materiales de estas empalizadas en la confluencia de la actual calle *Barão Rodrigues Mendes* con la *Rua da Guia*, a raíz de las excavaciones realizadas en el marco del *Projeto Luz e Tecnologia no Recife Antigo*. Durante el seguimiento arqueológico de las obras, llevado a cabo por el Laboratorio de Arqueología de la UFPE, fueron identificadas sucesiones de estacas dispuestas en línea con una separación entre unas y otras de menos de 5 centímetros. Las estacas, con cerca de 15 centímetros de diámetro, presentaban el extremo superior afilado, como se puede observar en la fotografía que ilustra el hallazgo (ilustración 32).

Sin embargo, la defensa de Recife siguió un plan bastante más complejo. Del mismo modo que fue planeado para la Ciudad Mauricia¹⁵, Recife debía ser cercada por murallas que la defendiesen de los enemigos y, quizá, de las aguas.



Ilustración 31. Planta actual de una parte de Recife, tomando como referencia la Plaza de la «Zona Cero». El círculo rojo señala el lugar donde fue encontrado un trozo de empalizada.



Ilustración 32. Conjunto de estacas de madera que componían una de las empalizadas del Recife del siglo XVII.

¹⁵ Se trata de Mauritiópolis, la ciudad proyectada por Johan Maurits van Nassau en la isla cercana al istmo. N. de los Eds.

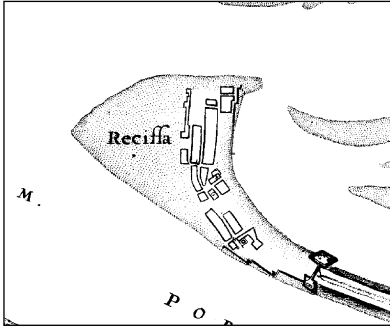


Ilustración 33. Mapa de Recife y de la isla de Antônio Vaz, Pernambuco, en 1637, a la llegada del conde de Nassau. Autor desconocido. Insertado en la obra *História dos feitos recentemente praticados durante oito anos no Brasil*, de Gaspar Barleus, Ed. Fund. Cult. Cidade de Recife, Recife, 1980. Reproducción facsímil de los grabados que lo ilustran. En 1637 la calle ya se había empezado a construir.

Con este fin, se hicieron grandes esfuerzos para construir en sus bordes anchos paredones de mampostería.

La calle *Barão Rodrigues Mendes*, mencionada anteriormente, se extiende en sentido transversal al istmo. Ocupa una zona que a lo largo del siglo XVII representó aproximadamente el límite septentrional de la ciudad. Antes incluso de la aparición de muchos de los barrios que se formaron en Recife en la época de los holandeses, el tránsito entre Olinda y el puerto no se hacía libremente. En los límites del Recife del siglo XVII se construyeron dos baluartes. En el lienzo de muralla que los separaba se abría la puerta norte de la ciudad, también llamada «Puerta de la Tierra». Por ella transitaban las mercancías desembarcadas en Recife con destino a Olinda, además de todo el tráfico entre ambas ciudades.

De alguna manera, la Puerta de la Tierra sirvió como límite a la expansión de la ciudad. Aunque algunas construcciones se levantaran «fuera de las puertas», como por ejemplo el alojamiento de marineros, a lo largo de los siglos XVII y XVIII el crecimiento urbano hacia el oeste fue mucho más significativo. Mientras que el aterramiento de las orillas del río ampliaba gradualmente el área ocupada por las casas y el comercio, esa antigua estructura defensiva parece haber permanecido intacta. Si seguimos las representaciones iconográficas, en época de Nassau prácticamente todo Recife estaba cercado. Las estructuras defensivas limitaban el acceso a la ciudad a sólo tres puntos: la Puerta de Tierra o *landpoort*, al norte, para los que venían de Olinda; la Puerta del Agua o

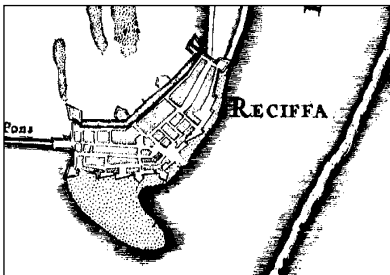


Ilustración 34. Recife 1647. Grabado Mauritiopolis Reciffa et Circumiancentia Castro, del libro de Gaspar Barleus, *Rerum per octenium...* Amsterdam, 1647.

Puerta del Mar, *waterpoort*, que controlaba los que desembarcaban de los barcos procedentes del mar y la Puerta del Puente o *pontpoort* (ver ilustración 34). Las puertas se cerraban al atardecer y los centinelas impedían la entrada en la ciudad de noche, permitiendo el acceso sólo a quienes supiesen la contraseña¹⁶. La Puerta de la Tierra estaba defendida por dos baluartes: uno frente al mar, de piedra, y otro frente al río, que probablemente tenía una estructura de tierra. El conjunto formaba parte del sistema defensivo de la ciudad, que se intentó cercar completamente.

El seguimiento arqueológico de las obras en las actuales calles *Barão Rodrigues Mendes* y *Avenida Alfredo Lisboa*, puso al descubierto parte de la muralla de la ciudad. Se trataba de una estructura de piedra que seguía el perímetro urbano y se situaba frente al mar. Esta muralla aparece reproducida en algunas representaciones pictóricas del siglo XVII y su construcción es mencionada en la documentación de la WIC. Aparece también en la iconografía y en los textos del siglo XVIII.

La muralla empezaba junto al Baluarte *Bom Jesus*, que flanqueaba la Puerta de la Tierra, habiendo sido localizada una parte de ella a lo largo de la *Avenida Alfredo Lisboa*. Construida con piedra y mortero, y revestida con sillares, presenta un grosor medio de 2,10 metros. Parte de esta muralla se encuentra en la actualidad junto al edificio dos *Despachantes Aduaneiros*, en la esquina de la *Avenida Alfredo Lisboa* con la calle *Barão Rodrigues Mendes*.

Durante el seguimiento arqueológico de las obras de instalación de la red eléctrica del casco antiguo,



Ilustración 35. Mapa del puerto de Pernambuco con la ciudad y el pueblo de Recife. 1639 Atlas de Vingboons Cornelis Golyath.

¹⁶ SETTE, M. *Arruar, história pitoresca do Recife antigo*. Recife: Secretaria de Educação e Cultura, 1978, p. 280.



Ilustración 36. La zanja abierta para introducir los conductos fue cuidadosamente excavada para preservar las estructuras existentes. En primer plano, el aspecto del baluarte, en piedras labradas.



Ilustración 37. La excavación de la zona fue ampliada dejando a la vista parte del baluarte y de la muralla.

se descubrieron antiguas ruinas que condujeron a la ampliación de la excavación en la zona. Como se puede ver en la ilustración número 37, estos trabajos revelaron el paredón de piedra de la muralla y, a la derecha, el baluarte que se fundía con él. Es evidente que bajo las distintas capas que cubren la calle, se conservan muchas más estructuras e informaciones que las que han podido ser rescatadas a través del seguimiento arqueológico de las zanjas abiertas por el *Projeto Luz e Tecnologia no Recife Antigo*.

Cuando los holandeses abandonaron la ciudad, en el lugar ocupado por el arco que conformaba la Puerta de la Tierra, la cofradía del *Senhor do Bom Jesus* obtuvo permiso para construir la capilla *do Bom Jesus*, que abarcaba prácticamente toda la extensión de la antigua *Rua dos Judeus*. El nombre de la calle también fue alterado, pasando a llamarse a partir de entonces *Rua do Bom Jesus*. En 1680 la capilla ya estaba preparada para acoger las prácticas religiosas.

LA PUERTA DEL PUENTE

Cuando, durante el dominio holandés, Johan Maurits van Nassau inició la construcción de la llamada Ciudad Mauricia en la isla de Antônio Vaz, personas, mercancías y, en general, todo lo que circulaba entre Recife y la ciudad naciente era transportado en embarcaciones. En Recife el principal punto de embarque para Mauricia era el puerto de la balsa, que marcaba el fin de la calle que cortaba transversalmente el istmo, uniendo el puerto de mar al del río. Era conocida como calle de la Balsa, lo que refleja la importancia de aquel servicio para los soldados y empleados de la *West Indische Compagnie*. La barcaza que atravesaba el río estaba atada con una gruesa cuerda, tan larga, que cuando se rompió en 1639 se interrumpió el servicio durante mucho tiempo. De poco sirvieron las quejas de los soldados y empleados de la compañía, que se vieron obligados a pagar el pasaje de los barcos. Ni siquiera el empeño personal del Teniente Almirante Willem Cornelissen hizo posible encontrar de inmediato otra cuerda lo suficientemente grande como para permitir la travesía del río. Sólo en 1640 la balsa volvió a funcionar.

En ese lapso de tiempo se había construido un gran puente que unía las dos ciudades, y que, aunque sufrió varias reformas a lo largo de los siglos, sólo sería sustituido totalmente en la segunda mitad del siglo xx. El arranque del puente ocupaba prácticamente el mismo lugar que el Puerto de la Balsa, y la calle hasta entonces conocida como *Rua da Balsa*, pasó a ser llamada *Rua da Ponte*. Antes de finalizar el siglo xvii (1670), se construyó en esta zona el llamado Arco del Puente. Sobre este arco se erigió una capilla dedicada a *Nossa Senhora da Conceição*, por lo que empezó a ser conocido como Arco de *Nossa Senhora da Conceição*. A partir de entonces la calle que conducía a él también sería conocida como *Rua de*



Ilustración 38. Conjunto de estructuras localizado en el seguimiento arqueológico del *Projeto da Avenida Cais da Alfândega*.



Ilustración 39. Obsérvese el trabajo de albañilería, con aristas vivas y también las marcas en negativo en la argamasa de la estructura.

Nossa Senhora da Conceição. En 1870 el municipio aprobó la sustitución de este nombre por el de *Marquês de Olinda*, Dr. Pedro de Araujo Lima.

El seguimiento arqueológico de las obras realizadas en el casco antiguo de Recife relacionadas con el *Projeto da Avenida Cais da Alfândega*, permitió la identificación de diferentes estructuras edificadas en siglos anteriores y demolidas, en su mayor parte, durante la gran obra de modernización de la ciudad en los primeros años del siglo xx (ilustración 38). Lo primero que se localizó fue una sólida base, construida con piedras unidas con argamasa de cal. La pequeña «ventana» abierta por la zanja no nos permite saber la forma o la dimensión que tenía aquella estructura, pero se puede afirmar que se trataba de una sólida construcción, anterior al siglo xix. Posiblemente nos encontramos ante estructuras relacionadas con el complejo que contenía la cabeza del puente, el arco y la capilla, construcciones que estaban interconectadas, o puede tratarse también del muelle construido en 1743 por Henrique Luiz Vieira Freire. Si se adapta la construcción encontrada a las formas del muelle (según la planta pro-

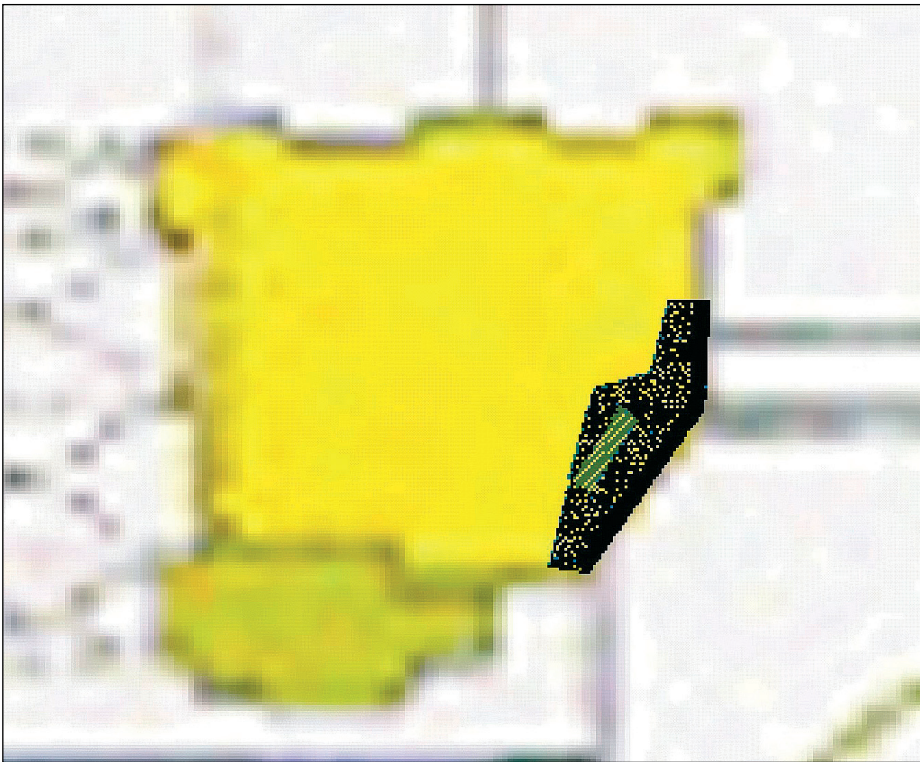


Ilustración 40. Detalle de la superposición propuesta por MENEZES, J. L. da Mota. *As Portas de um Recife Fortificado*. Recife, 2001. Superposición en la planta del muelle, considerando la estructura localizada como parte integrante de los cimientos del mismo.

puesta por José Luis Mota Menezes en su obra *As portas de um Recife fortificado*), se aprecia que todas las estructuras circundantes encajan (ver ilustración 40). Basándonos en lo expuesto, creemos que la estructura recuperada en la excavación está relacionada con el antiguo muelle que se extendía sobre el río, defendiendo la capilla y la Puerta de la *Conceição*. Desde esta perspectiva podemos suponer que la base del antiguo *Arco da Conceição* se encuentra situada actualmente en la confluencia de las avenidas *Cais da Alfândega* y *Marquês de Olinda*.

Debemos destacar también que este descubrimiento nos ha permitido disponer en la actualidad de un nivel de aproximación bastante seguro a la hora de buscar y localizar otros puntos relevantes de la historia de la ciudad como, por ejemplo, la cabeza de su puente más antiguo, construido en la primera mitad del siglo xvii.



Ilustración 41. Antigua muralla al lado del río. Se puede observar el soporte de la pasarela.

LA SINAGOGA *KAHAL ZUR ISRAEL*, REFLEJO DE LA TOLERANCIA RELIGIOSA QUE SE INTENTÓ ESTABLECER EN PERNAMBUCO

A partir de 1637, con la administración de Johan Maurits van Nassau, el área de dominio neerlandés en Brasil dio señales efectivas de su florecimiento. Fue un período en el que se ampliaron las fronteras del espacio ocupado por los holandeses y también en el que Recife conoció una relativa paz y tolerancia religiosa.

Al mismo tiempo que se hacían planes para la construcción de Mauricia, en la isla de Antônio Vaz, el ingeniero Pistor realizó una serie de estudios para ampliar el área de Recife¹⁷. La solución propuesta se basaba en avanzar en dirección al río, con el aterramiento de sus márgenes¹⁸, lo cual se efectuó desde fechas muy tempranas. La *Rua dos Judeus* sería uno de los primeros rellenos. Primero se hizo con una sucesión de casas orientadas hacia la orilla del río. Una muralla rústica, de mampostería, corría paralela al río en aquel lugar. En la cara interna de la muralla habría, probablemente, una pasarela de madera que permitiría a los defensores aproximarse al parapeto, evitando la molestia del barro que se acumulaba en las orillas. Enseguida, un nuevo aterramiento permitió construir, en el espacio existente entre la muralla y la orilla, pequeñas casas de tres habitaciones en la zona anteriormente ocupada por el río. Entre esas casas fue instalada la que sería la primera sinagoga oficialmente en funcionamiento en las Américas: la Sinagoga *Kabal Zur Israel*.

Dos casas componían el conjunto, ambas del tipo conocido como «de puerta y ventana». En la primera de ellas, la puerta principal daba acceso solamente a una dependencia. Una puerta lateral permitía acceder a la primera habitación de la segunda casa. Las terceras estancias de ambos inmuebles estaban comunicadas, y sólo a partir de ahí se podía acceder a la segunda dependencia de la primera casa. Todas las salas de las dos casas tenían el suelo revestido de ladrillos rojos de fabricación artesanal, que en gran parte pudieron ser recuperados gracias a la intervención arqueológica. Solamente la segunda dependencia de la primera casa difería del resto. En ella, el suelo había sido pavimentado con pequeños ladrillos amarillos traídos desde Holanda. También en esta habitación fue localizado un pozo, cuyas paredes estaban revestidas de piedras unidas sin argamasa. Cerca de éste, todavía en la misma dependencia, fueron localizados dos batientes de una escalera de piedra que conducía a un nivel inferior al del piso. El resto de la habitación estaba bastante desordenado.

¹⁷ A la muerte del ingeniero Pistor fueron encontrados entre sus papeles «diversos dibujos con proyectos para ampliar y fortificar Recife» (*«diverse desseyne om't Recife te vergrooten ende fortificeren»*): Dag. Notule de 2 de julho de 1648, apud. *Inventario das armas e petrechos bélicos que os holandeses deixaram em Pernambuco*. Recife: Imprensa Oficial, 1940.

¹⁸ Dag. Notule de 27 de maio de 1641; *Inventario das armas e petrechos belicos que os holandeses deixaram em Pernambuco*, p. 189.



Ilustración 42. Pared de ladrillos levantada durante la construcción de la casa vecina al terreno donde más tarde sería instalada la sinagoga. Obsérvese la ampliación posterior.



Ilustración 43. Pozo que suministraba agua para la *mikvé* encontrado en la excavación arqueológica.



Ilustración 44. Rabinos expertos en historia de las construcciones judías evaluando los hallazgos arqueológicos.



Ilustración 45. Durante la excavación, tras el reconocimiento de los rabinos, fue realizada una ceremonia en memoria de los que construyeron la Sinagoga Kahal Zur Israel.

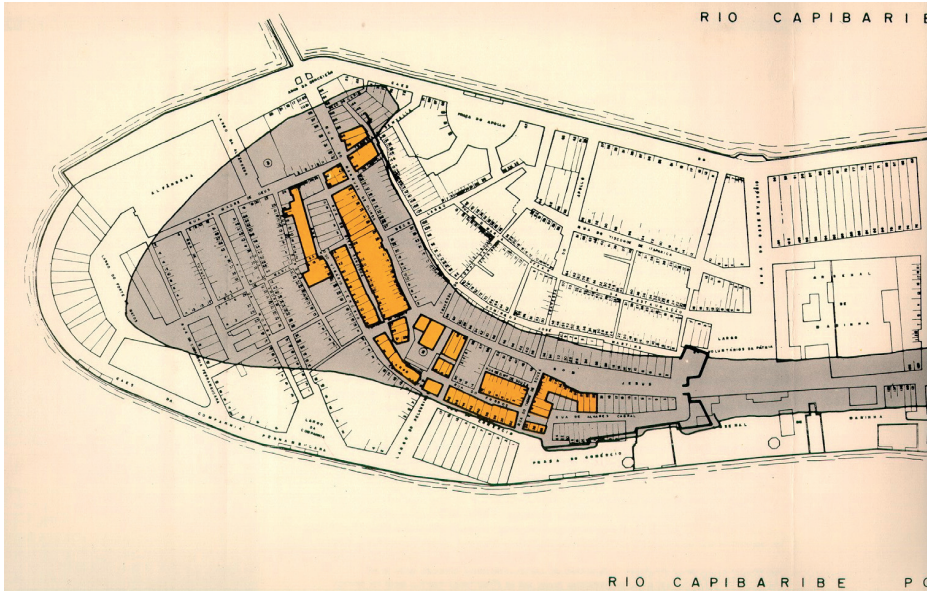


Ilustración 46. Detalle de Recife hacia 1637. Atlas Histórico Cartográfico do Recife. Organizado por José Luiz Mota Menezes. Recife: FUNDAJ, Ed. Massangana, 1988.

En aquella zona el aterramiento era heterogéneo y cronológicamente distinto al resto. Aparecieron restos de mampostería y de gruesas paredes demolidas mezcladas con fragmentos de argamasa. El análisis del material, de las estructuras y de los vestigios encontrados, así como sus dimensiones y su distribución espacial, nos llevaron a pensar que en aquel salón había existido una *mikvé* durante los años en los que la sinagoga estuvo activa. Los desperfectos de la escalera y el desorden existente en el área contigua serían probablemente el resultado de los destrozos causados por los sacerdotes católicos que ocuparon aquellas casas tras la salida de los holandeses.

El pozo fue cegado, y la *mikvé*, elemento de los rituales judíos y símbolo de su fe, fue destruida.

RUA DA SENZALA

El crecimiento de Recife hizo surgir varias calles nuevas. La orilla del río poco a poco iba siendo ocupada a través de nuevos aterramientos. Ya en la primera mitad del siglo XVII, la actual calle *Domingos José Martins* empezó a extenderse en sentido longitudinal al istmo, ocupando un área ganada al río. La zona donde se encuentra hoy la calle estuvo cubierta por las aguas hasta la primera

mitad del siglo xvii. En aquel entonces era conocida como *Rua do Rio* y se extendía intramuros, desde el baluarte del río, hasta el extremo del istmo, muy cerca del *Arco da Conceição*. Corría, por lo tanto, paralela a la *Rua do Bom Jesus* y a la *Rua da Conceição*. La reforma de principios del siglo xx, que supuso la aparición de nuevas manzanas, redujo su recorrido a partir de la actual calle *Governador Barbosa Lima*.

En esta calle no siempre hubo un tránsito libre, pues existían algunas construcciones que salían de los límites del alineamiento de las casas. Se practicaba en ella el comercio de esclavos, lo que motivó la realización de una serie de locales de escasa solidez donde probablemente se cobijaría a los africanos que iban a ser vendidos. Esta función de la calle le dio su nombre: *Rua da Senzala*.

Según la planta de 1648, tras la calle había una muralla, que ya no era aquella del tiempo de la Resistencia. Esta edificación probablemente fue levantada en el período en el que todavía se estaba rellenando aquella parte de las orillas del río, es decir, cuando el trazado urbano aún no había sido totalmente definido. Los cimientos de esta estructura fueron localizados durante la intervención



Ilustración 47. Antiguas tuberías pertenecientes al suministro de agua y gas. Su instalación dañó gran parte de las estructuras de la calle Domingos José Martins.

del equipo de arqueología en las obras de la actual calle *Domingos José Martins*. Gracias a los hallazgos de la investigación ha sido posible reconstruir la manera en que estas murallas fueron edificadas, aunque no quede constancia de ellas en los documentos históricos. Se pudo observar desde el comienzo una diferencia sustancial entre los paredones construidos al lado del río y los situados al lado del mar. Aunque ambos habían sido edificados con piedra y mortero, diferían en sus proporciones. Al lado del mar la muralla presentaba una anchura media de cerca de 2,10 metros, mientras que al lado del río no alcanzaba un metro. Dos hipótesis podrían explicar estas diferencias: en primer lugar la necesidad de protegerse del impacto de las aguas. Podríamos pensar que el temor a que el golpe de las olas causara daños fue lo que recomendó la construcción de una muralla gruesa, pero en aquel tramo la costa estaba protegida por una línea de arrecifes que mantenía las aguas tranquilas.

Por otro lado, observando la cota alcanzada por el mar a través de los restos de animales marinos, se puede inferir que una parte importante de la muralla no sufría la embestida de las olas, incluso cuando se producían grandes mareas de aguas vivas.

La segunda hipótesis sería que el grosor de la muralla estaba condicionado por las necesidades de defensa de los ataques enemigos que pudieran llegar por mar.

La muralla construida al lado del río, a su vez, también podía ser alcanzada por las inundaciones, tan comunes en las latitudes tropicales. Sin embargo, su grosor era menor, como ya hemos mencionado, y además no se han encontrado vestigios en ella que sugieran que se hubiera realizado en



Ilustración 48. Detalle de las estructuras en la calle Domingos José Martins.

alguna ocasión un revestimiento en piedra labrada, como pasaba con la fortificación orientada al mar.

Otro aspecto de la muralla del río llama la atención: en ese lado fueron localizadas por lo menos dos líneas paralelas de paredones. La primera, la más alejada de la orilla actual, estuvo en uso cuando existía tan sólo una línea de casas en la *Rua dos Judeus*. La segunda fue construida donde estaba el lecho del río en los primeros años de la ocupación holandesa. Esas son, seguramente, las obras defensivas más antiguas del Recife holandés. Por lo menos una de las líneas habría sido construida como muy tarde en 1637, quizás bastante antes de esa fecha. En esa zona los holandeses podían esperar ataques procedentes de pequeñas embarcaciones que bajaran por el río, pertrechadas con armas de largo alcance, más ligeras que los cañones, tales como las silenciosas flechas y lanzas, o como mucho, algún que otro mosquete. De este modo, la estructura podría ser más delgada que la construida más tarde al lado del mar.

Otro factor también podría haber condicionado la forma de la construcción: el plan holandés para ampliar las tierras de Recife. La propuesta consistía en ensanchar las orillas del río, lo que significaba sobrepasar el área protegida por las construcciones iniciales. Esto determinaba que las fortificaciones de esta parte fueran obras provisionales, lo que justificaría que no recibieran un tratamiento estético semejante al de la muralla del mar. Este hecho explicaría también el trazado casi paralelo de las líneas de defensa, por lo menos de tres de ellas que se encontraron muy próximas entre sí. Se podría pensar que estas estructuras constituían un conjunto compuesto por muralla y contramuralla, con un espacio entre las dos. Si esto hubiera sido así, las casas de la entonces *Rua da Senzala* (actual *Domingos José Martins*) estarían apoyadas en la muralla e incluso, en algunos casos, sobre su adarve. Debemos destacar que, al tratarse del seguimiento arqueológico de unas obras, no fue posible seguir el trazado completo de las estructuras localizadas, con lo que las murallas paralelas no fueron detectadas en todos los tramos. En algunos puntos tan sólo fue descubierto un muro. Los sondeos realizados a su alrededor deberían haber permitido localizar el segundo, en caso de que mantuvieran una distancia correspondiente con la existencia de una muralla y su contra-muralla. Por el contrario, la separación de las dos líneas de defensa se ajusta más bien a la ampliación del área emergida de la ciudad, que no se hizo trazando líneas paralelas, sino siguiendo las facilidades ofrecidas por los meandros del río.

Si consideramos la hipótesis de que las diferencias cualitativas entre las estructuras situadas al lado del mar y las localizadas al lado del río están relacionadas con la duración previsible que se les atribuía, también debemos tener en cuenta otro hecho: los distintos materiales empleados en la construcción de cada uno de los baluartes que flanqueaban la Puerta de la Tierra. El baluarte

orientado al mar fue construido con piedra y mortero, mientras que su equivalente en la orilla del río mantuvo su estructura de tierra. Los mismos argumentos relacionados con el tipo de armas utilizado por el enemigo y el carácter provisional o no de las edificaciones, parecen ajustarse también a los baluartes.

LOS INGENIOS DE LA *VÁRZEA*¹⁹ Y LA CAMPAÑA POR LA *RESTAURAÇÃO*

Los acuerdos firmados entre los gobernantes de Holanda y Portugal hicieron que los Estados Generales ordenasen considerar amigos a los portugueses (13 de febrero de 1641). En contrapartida, el rey de Portugal emitió la misma orden (20 de marzo de 1641) en relación a los naturales de los Países Bajos.

Al ser la *West Indische Compagnie* una empresa comercial, estaba interesada por el lucro. La caída de los ingresos procedentes de Brasil, los grandes gastos ya hechos y el descenso del valor de las acciones, exigían revisar las estrategias y reducir los costes. A raíz de los términos del armisticio firmado, el Consejo de los XIX decidió disminuir sus efectivos en Brasil. Como primera medida, licenció a los mercenarios ingleses, escoceses y franceses, que constituían el grueso de sus tropas²⁰, manteniendo solamente a holandeses y alemanes. De esa manera, los efectivos destacados en la colonia quedaron reducidos a unos tres mil soldados²¹ que integraban dieciocho compañías²². No sólo se redujo el número de soldados sino también el cuadro de oficiales. En abril de 1643, los seis Mayores que servían en Mauricia, en el río São Francisco, Paraíba, Maranhão, Serinhaém y Muribeca fueron relevados, *passando o maior posto militar a ser o de capitão*²³.

Conscientes de que la tregua de diez años contemplada por el armisticio firmado entre Portugal y Holanda podría no ser —o no sería— cumplida por los brasileños, los holandeses tomaron represalias para atemorizarlos. Los ingenios se convirtieron en escenario de batallas, como la de Cunhaú en Rio Grande do Norte, o la que tuvo lugar en las riberas del Capibaribe, en las tierras del Ingenio *Santo Antônio* de Fernandes Vieira, uno de los líderes de la *Restauração*. Se

¹⁹ Con este nombre se designa a un barrio de Recife, pero en origen es el término con el que se identifica a la llanura aluvial de un río y en concreto, a la circundante a la ciudad, en las orillas del río Capibaribe, en la que se concentraban la mayoría de los ingenios de azúcar en el periodo colonial. N. de los Eds.

²⁰ De «Ingleses, escoceses e franceses é composto o grosso do exército». *Carta do conde de Nassau aos Estados Gerais, datada de Mauricia, 24 de setembro de 1642*, apud GONSALVES DE MELLO, J. A. *Op. cit.*, p. 166.

²¹ GONSALVES DE MELLO, J. A. *Op. cit.*, p. 166.

²² «A redução do exército para 18 companhias —média de 150 homens cada uma— foi realizada» Gen. Missive ao Conselho dos XIX, datada do Recife, de 10 de maio de 1644, apud GONSALVES DE MELLO, J. A. *Op. cit.*, p. 166.

²³ GONSALVES DE MELLO, J. A. *Op. cit.*, p. 167.



Ilustración 49. Conjunto de enterramientos en una fosa común. El análisis de los restos mortales reveló la muerte violenta de varios individuos de sexos y edades distintas.

inició un período de terror que alcanzó no sólo a las tropas, sino a cualquier integrante de la población luso-brasileña. Ni siquiera los ancianos, las mujeres o los niños fueron perdonados. Volvieron a hacerse mutilaciones, que habían sido una práctica habitual en los primeros años de ocupación holandesa. Muchas de estas atrocidades quedaron registradas tanto en los documentos históricos como en los vestigios arqueológicos.

La excavación arqueológica en una de las capillas laterales de la iglesia de *Nossa Senhora do Rosário*, en el actual barrio recifense de *Várzea*, sacó a la luz el testimonio material de aquellos trágicos días. En el Ingenio de la *Várzea* se reunían los líderes que organizaron la campaña por la *Restauração* pernambucana. La población que se formó en los alrededores de la capilla del ingenio contribuyó a reforzar el ejército que combatió a los holandeses y pagó su insurrección con sus vidas.

Cuando los líderes ya se habían retirado y las tropas allí reunidas se esforzaban en levantar a toda prisa una fortificación que sirviera como base para las

operaciones militares, el ingenio fue invadido por soldados holandeses que buscaban a los insurrectos. El número de muertos en aquella batalla fue tan alto que las víctimas no fueron enterradas en el interior de la iglesia, sino a uno de sus lados. Hombres, mujeres, niños y ancianos fueron inhumados en una gran fosa común. Muchos de los muertos conservaron en sus cuerpos el testimonio de la brutalidad de la guerra, como en el caso de un niño que fue degollado. En aquel lugar, años después, se construyó una capilla lateral. Los muertos, mantenidos en sus sepulturas originales, quedaron así dentro de la estructura de la iglesia.

EL REDUCTO DE TEJUCUPAPO. LA NUEVA FASE DE LA RESISTENCIA

El regreso de Johan Maurits van Nassau a Europa contribuyó a acelerar el proceso que condujo a la vuelta de la Resistencia, bajo la forma de la *Restauração Pernambucana*. La acción de la guerrilla incendiando los cañaverales, dio lugar a una brusca caída de la producción de azúcar. El descenso de las ganancias se reflejó negativamente en el apoyo de la *West Indische Compagnie* a las tropas y dirigentes holandeses en Brasil. Ello provocó la escasez de recursos alimenticios y obligó a los administradores a establecer la *refinta*²⁴, intensificando la confiscación de los víveres producidos in situ, en las áreas que todavía estaban bajo yugo holandés. En abril de 1646 ya había empezado a estrecharse el cerco a Recife, donde los holandeses estaban prácticamente confinados. El hambre que asolaba a la población se agravó con el retraso de los suministros procedentes de Holanda y tanto soldados, como oficiales, mercaderes, artesanos y colonos en general, sufrieron la escasez de víveres.

Si antes la confiscación se producía en forma de «impuestos legales», la falta de alimentos llevó a las tropas holandesas a promover incursiones bélicas en zonas alejadas de la capital para requisar los alimentos por la fuerza. Aunque se tratara de tropas armadas, la inseguridad de los caminos les obligó a desplazarse por mar. Un grupo de seiscientos hombres se dirigió al norte, a una zona tradicionalmente dedicada al cultivo de mandioca en las inmediaciones de Goiania, concretamente al pueblo de Tejucupapo, con intenciones de saquearlo.

La resistencia de la población local frustró la tentativa de los holandeses. Los lugareños les tendieron emboscadas y se esforzaron en defender el pequeño reducto en el que se refugió la población incapaz de portar armas: mujeres, niños y ancianos. La mayoría de los aldeanos se movilizaron y se armaron como pudieron, combatiendo de tal forma que hicieron que el enemigo retrocediera y embarcara rumbo a Recife sin alcanzar su objetivo de abastecerse de mandioca.

²⁴ Confiscación de harina de mandioca, principal fuente alimenticia de la población local.



Ilustración 50. Aspecto del foso después de la excavación arqueológica, cuando se extrajeron los residuos.



Ilustración 51. Aspecto de la zona del reduto donde fue reconstruida la empalizada basándose en los resultados obtenidos en la excavación arqueológica.

La experiencia en construir fortificaciones sobre la marcha forjaba constructores de reductos como el de Tejucupapo que, en 1646, resistió el ataque holandés. Acabada la guerra, el fortín fue abandonado y el tiempo se encargó de destruirlo. Cayeron sus parapetos y murallas de tierra; el foso se llenó de escombros y sus formas se olvidaron a lo largo de los trescientos cincuenta años transcurridos desde la expulsión de los invasores. Se perdió la memoria de su trazado y de su localización exacta, pero no el recuerdo de los hechos ni el sentido que asumió en el espíritu popular.

Una excavación arqueológica realizada en 1970 permitió localizar la fortificación. Al extraer los restos del foso, reapareció su forma original. Sobre lo que quedó de la muralla de tierra fue posible identificar las marcas de las estacas que componían la empalizada que lo rodeaba. Sobre la base de los sondeos arqueológicos, el reducto fue parcialmente restaurado y la empalizada reconstruida. En la actualidad el lugar es el escenario de una representación popular que anualmente, en la misma fecha de la batalla, escenifica el evento para el público (ver ilustraciones 50 y 51).

LOS ENFRENTAMIENTOS Y LAS BATALLAS FINALES. LOS COMBATES EN LOS MONTES GUARARAPES

En plena lucha por la restauración de su propio trono, Portugal no se atrevió a enfrentarse a la vez con España y Holanda. Así, en un intento de restablecer los lazos políticos y comerciales con los Países Bajos, Portugal reconoció la pérdida de Pernambuco, Paraíba y Rio Grande do Norte. Al mismo tiempo decretaba el cese de las hostilidades contra los holandeses en Brasil, prohibiendo a sus representantes emprender acciones militares contra ellos. Por su parte, Holanda se comprometió a no expandir más sus dominios sobre las colonias portuguesas durante los diez años siguientes. Sin embargo, estos acuerdos no fueron cumplidos. En Pernambuco, la acción de los insurrectos empezó a ganar fuerza. Comenzaron por la devastación de los cañaverales, con lo que perjudicaron la producción de azúcar de la colonia. Entre 1642 y 1643 se desarrollaron numerosas campañas, acciones de pequeña envergadura, pero que en conjunto desarticularon la administración y la economía del Brasil holandés. Pese a la escasez de armas, se retomó la práctica de las emboscadas. Se contaba con la ayuda del veterano capitán Dias Cardoso, que había combatido en los primeros momentos de la ocupación. Era un hombre con gran experiencia en cuestiones bélicas, destacando como estratega y como soldado, así como a la hora de reclutar nuevos adeptos para la causa.

El 3 de agosto de 1645 tuvo lugar la primera batalla de esta nueva fuerza recién organizada, pero aún muy mal pertrechada, puesto que, desde 1643, los holandeses se esforzaron en desarmar a la población luso-brasileña. En el enfrentamiento conocido como *Batalha do Monte das Tabocas*, las fuerzas luso-

brasileñas contaban con aproximadamente mil hombres²⁵, la mayor parte sin experiencia de combate y con apenas doscientas cincuenta armas de fuego, de tipos y calibres diferentes. Pero valiéndose de la táctica de las emboscadas, organizadas por Antonio Dias Cardoso, lograron derrotar a un enemigo militarmente muy superior.

Con la victoria de los luso-brasileños, las fuerzas enemigas se retiraron desordenadamente, dejando atrás la mayor parte del armamento que llevaban²⁶. Armas pertenecientes a los muertos, a los heridos o simplemente abandonadas con las prisas de la retirada y que constituyeron un importante botín que reforzó los pocos recursos de que disponían los locales.

De regreso a la floresta de *São Lourenço*, tras haber vencido a los holandeses, las tropas luso-brasileñas atacaron a las fuerzas invasoras en el ingenio de la viuda doña Ana Paes, uno de los más productivos durante el período holandés. Señora de ingenio, doña Ana Paes se había casado dos veces con holandeses. En 1645 la vivienda del ingenio acababa de ser construida en mampostería y las fuerzas invasoras se habían acuartelado en aquella especie de «casa-fuerte»²⁷, manteniendo a varios brasileños como rehenes. El ataque a los bátavos tuvo lugar el 17 de agosto de 1645 y fue conocido como la *Batalha de Casa Forte*. La estrategia ideada por Antonio Dias Cardoso permitió la conquista de la posición. Cayeron prisioneros cuatrocientos cincuenta hombres que estaban a servicio de la *West Indische Compagnie*, entre ellos casi doscientos cincuenta holandeses. A los supervivientes europeos les fue *dado quartel e condições de regresso à Europa*, pero los doscientos indígenas apresados en la batalla fueron ejecutados bajo acusación de traición a la fe católica. Probablemente se trató de una venganza de lo ocurrido en Cunhaú, donde los nativos masacraron a la población que había intentado protegerse en el interior de la iglesia local.

Las tierras del ingenio de doña Ana Paes se encuentran actualmente debajo de uno de los barrios con más alto índice de ocupación del suelo y mayor densidad demográfica de Recife. Exceptuando la gran plaza, las demás áreas difícilmente podrán ser objeto de exploraciones arqueológicas para intentar localizar las estructuras del antiguo ingenio. El monte das Tabocas, por su parte, es aún hoy un área abierta, en parte protegida por el servicio de patrimonio. Desde el punto de vista arqueológico, hasta el momento sólo han sido realizadas prospecciones superficiales en áreas restringidas.

²⁵ DONATO, H. *Dicionário das batalhas brasileiras*. Biblioteca Estudos Brasileiros, v. 15. São Paulo: IBRASA, 1987, p. 542.

²⁶ Ver ROSTY, C. Skora. *As invasões holandesas: Insurreição Pernambucana: a Batalha do Monte das Tabocas; O início do Fim*. Recife, 2002.

²⁷ En portugués «Casa Forte». Con este nombre se conoce al barrio del Recife actual donde se ubicaba el ingenio de Ana Paes en el período colonial (N. de los Eds.).



Ilustración 52. Iglesia de *Nossa Senhora dos Prazeres*, hoy ya muy cambiada respecto a su versión del siglo xvii.

En 1647 llegaron por fin los ansiados refuerzos desde Holanda. El veterano comandante holandés, general Sigismund von Schkopp fue enviado una vez más para recuperar las pérdidas sufridas. En marzo de 1648, una poderosa flota de cuarenta y un buques de la *West Indische Compagnie* llegó a Recife, transportando seis mil soldados y víveres. Estos refuerzos debían servir para reconquistar el territorio perdido, y sobre todo, para restablecer el control sobre las zonas productivas del sur de la colonia. Este contingente fue el que, un mes después de haber desembarcado, resultaría derrotado en la *Primeira Batalha dos Guararapes*²⁸. Al año siguiente tuvo lugar la segunda batalla en el mismo lugar y una vez más los holandeses fueron vencidos. El día después de la batalla —que había terminado por la noche—, los heridos fueron recogidos y los muertos sepultados allí mismo.

²⁸ «A 20 de abril de 1648 chega alli [no forte Real Novo do Bom-Jesus], em meio de aclamações, de volta, o nosso exercito triumphante na primeira batalha dos Guararapes, e conduzindo grande numero de despojos que havia tomado ao inimigo». GALVÃO, S. de Vasconcellos. *Diccionario chorographico, histórico e estatístico de Pernambuco*. 2.^a edição, v. Q a R. Rio de Janeiro: Imprensa Nacional, 1908, p. 412.

En la cima de una de las colinas donde tuvieron lugar las batallas existe hoy una iglesia votiva, construida como acción de gracias por las victorias alcanzadas por las tropas luso-brasileñas. Se ordenó construir en el siglo XVII por el comandante de las fuerzas locales, el general Francisco Barreto de Menezes. La intervención arqueológica realizada en 1970, cuando se fundó el *Parque Histórico Nacional dos Guararapes*, permitió localizar varios cementerios luso-brasileños donde fueron inhumados los muertos en las batallas. El camposanto holandés, sin embargo, todavía no ha sido encontrado.

Se identificaron tres tipos de enterramientos. El primero de ellos estaba constituido por fosas comunes donde los fallecidos fueron enterrados lado a lado. La postura de los cuerpos no seguía las prácticas rituales cristianas en tiempos de paz ni parecen tampoco haber sido arrojados sin más a la fosa. La posición parece reflejar más bien el momento de la muerte, el modo en el que cayeron en la batalla. Estaban contorsionados, muchos con los brazos extendidos, como sosteniendo su arma (ilustración 53).



Ilustración 53. Vista de uno de los enterramientos en una fosa común.

El segundo tipo identificado se componía de tumbas individuales en las que el muerto fue depositado en la posición tradicional de la época: los brazos cruzados sobre el pecho o sobre la pelvis, las piernas estiradas y las manos superpuestas. Podría pensarse que las tumbas individuales fueron reservadas para los oficiales, pero la diferencia entre la postura de los cuerpos de este enterramiento y los del anterior, además de la semejanza de los objetos que les acompañaban apunta a otra posibilidad: los muertos y heridos en la batalla, esparcidos por el campo, fueron recogidos a la mañana siguiente. Al haber transcurrido un intervalo de tiempo, muchos ya se encontraban en estado de rigidez cadavérica, razón por la cual gran parte de los restos mortales no pudieron ser depositados en la posición tradicional. Los heridos, sin embargo, podrían haber permanecido en el campo de batalla durante mucho tiempo, hasta que fueron encontrados. Para entonces, quizás, ya era demasiado tarde. Tarde para ser socorridos y tal vez tarde para ser sepultados en la fosa colectiva, pero todavía con tiempo de ser convenientemente enterrados en tumbas individuales. Es una hipótesis probable.

El tercer tipo se podría considerar un enterramiento secundario. Se trataba de huesos reunidos en pequeños grupos, como si fueran restos mortales de alguien que quedó insepulto durante un tiempo. El campo de batalla se extendía por diversas elevaciones del terreno, un área posiblemente poco transitada y seguramente no ocupada en el momento de los combates (véase ilustración 54). Se trataba de unas tierras que antiguamente habían sido utilizadas para el cultivo de caña de azúcar y, por lo tanto, carecían de árboles y vegetación abundante. Sin embargo, estas plantaciones habían sido abandonadas hacía mucho tiempo, tras el incendio de los cañaverales en los ataques de los insurrectos. Es posible que debido al abandono, la naturaleza hubiera iniciado el proceso de recuperación de la vegetación autóctona y que la zona estuviera parcialmente cubierta por matorrales, sobre todo en las hendiduras del terreno. La vegetación dificultaba por lo tanto la recogida de los muertos y heridos. Tal vez algunos pasaran desapercibidos en aquel momento, siendo localizados posteriormente, cuando sus huesos se encontraban ya expuestos.

Todos los muertos portaban un rosario con diminutas cuentas de hueso. Algunos llevaban consigo pequeños medidores de pólvora, que podrían haber sido utilizados para cargar las armas de fuego individuales. Un aspecto llama la atención: la completa ausencia de botones, que son elementos frecuentes en los conjuntos funerarios, ya que la materia de que están hechos permite su conservación en el contexto arqueológico. Sin embargo, gran parte del contingente luso-brasileño estaba constituido por personas de bajo poder adquisitivo, dadas las condiciones económicas vigentes en la época. Es posible que la ausencia de



Ilustración 54. Vista actual de los Montes Guararapes.
Hoy los valles se encuentran ocupados por la expansión urbana.

botones en las tumbas refleje el tipo de vestimenta utilizada, atada al cuerpo con la ayuda de cuerdas.

Al día siguiente a la batalla, sólo algunos de los muertos fueron recogidos y llevados a su tierra. Uno de ellos fue sepultado en la capilla del Ingenio de la *Várzea*.

CONCLUSIÓN

El programa de investigaciones arqueológicas, orientado a la recuperación de los sitios históricos del período colonial de Brasil desarrollado por el Laboratorio de Arqueología de la Universidad Federal de Pernambuco, nos ha dado la oportunidad de estudiar muchos de los yacimientos relacionados con el periodo holandés. Estos estudios han permitido el reconocimiento de gran parte de los lugares mencionados por los documentos históricos. Se trataba de sitios mal definidos por la documentación de la época y cuya ubicación se había perdido en la memoria colectiva. Las investigaciones arqueológicas han dado prioridad no sólo al rescate de las estructuras arquitectónicas, sino también al de otros elementos constituyentes de la cultura material como armas,

municiones, piezas de juegos y millares de pipas, que ponen de manifiesto el extendido hábito de fumar. También ha sido rescatado el menaje doméstico utilizado en la época, tanto de origen holandés como de fabricación portuguesa. Todos esos conjuntos de artefactos están sirviendo para reconstruir los hábitos cotidianos de aquella población de orígenes tan diversos, que encontraba en los trópicos el denominador común.

Pese a los esfuerzos emprendidos durante estos años aún queda mucho por hacer para obtener, a través de la perspectiva ofrecida por el estudio de la cultura material, una visión más amplia de aquellos días.

Actitudes portuguesas de tolerancia religiosa en el Brasil holandés

STUART B. SCHWARTZ
Universidad de Yale

EN LA HISTORIA de la tolerancia religiosa, la ocupación del nordeste brasileño por la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, especialmente en el período del gobierno del Conde Maurits van Nassau (1637-1644), es presentada a veces como una suerte de Camelot en el Capibaribe, un momento en el cual, bajo la protección de un príncipe ilustrado del Renacimiento, católicos, protestantes y judíos pudieron vivir en relativa paz y tranquilidad; se trataba de una paz y una armonía que en sus concesiones a la libertad de conciencia y de culto era incluso superior a la de la propia Amsterdam.

Debemos recordar que la tolerancia religiosa, y la idea de un estado multi-confesional, eran vistas por la mayoría de pueblos y gobiernos de la época como la causa de conflictos y de deslealtades internas. Ahora sabemos que el conde Maurits tuvo un arduo trabajo imponiendo tales políticas. Tuvo que luchar constantemente contra la intransigencia de muchos de los predicadores del Ministerio Calvinista local, y contra las presiones a favor de una política menos tolerante en la colonia, que le era exigida por los directores de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales. Más aún, tuvo que enfrentarse a una persistente oposición a su gobierno, y al antagonismo contra los holandeses por parte de muchos clérigos católicos que vivían en Brasil, liderados por

el obispo de Salvador, que en aquel entonces era la capital de la colonia portuguesa.

Esta oposición doctrinal al pragmatismo religioso de Maurits fue acompañada por la aparición de una retórica de conflicto que se hizo cada vez más real luego de que el conde Maurits fuera revocado por la Compañía de las Indias Occidentales y se iniciara una insurrección de los residentes portugueses, denominada la «Guerra de Liberación Divina» (1645-1654). Los nexos de interés político y afiliación religiosa siempre estuvieron presentes pero, a partir de 1645, exacerbados por la propaganda y la retórica de guerra, hicieron más radicales las posiciones nacionales y religiosas. En este período de conflicto, el discurso bélico de ambas partes enfatizaba de manera tajante el carácter herético de sus oponentes. Esto terminó por oscurecer, hasta cierto punto, lo que había ocurrido antes: un período de colaboración social y política, o al menos de relativismo e indiferencia.

La mayoría de los estudios del Brasil holandés ha explicado las razones prácticas e ideológicas que sustentaban una política de tolerancia como si fuesen una extensión de las prácticas y los intereses holandeses, sin reflexionar demasiado sobre cómo y por qué los habitantes luso-brasileños, los *moradores* y la población de indígenas libres, participaron y cooperaron, al menos por un período de tiempo, con este experimento de tolerancia. Me parece posible que si examinamos las condiciones que existían entre los habitantes de aquel otro sector descubriremos que ellos también participaron, al menos por un tiempo, en aquel período de colaboración, e incluso de cordialidad, entre holandeses y portugueses. En pocas palabras, ¿era posible que existiese una sociedad portuguesa más abierta o tolerante (una sociedad sin Inquisición) que se nos haría visible en ese breve período de ocupación holandesa del nordeste brasileño, especialmente durante el gobierno de Maurits van Nassau?

El primer problema al intentar resolver esta pregunta surge a partir de la historiografía en torno a la tolerancia religiosa. Mucha de ella está hilada a partir de dos corrientes históricas distintas que se han entretreído en un único relato. Primero, este relato ha permanecido, en su mayor parte, en manos de historiadores intelectuales, y la historia que han decidido contar es la de una cadena de teólogos, filósofos y estadistas que desde la Alta Edad Media empezaron a preguntarse respecto a la libertad de conciencia y de culto. Serían ellos quienes en última instancia produjeron las políticas de tolerancia codificadas en el siglo XVIII, y eventualmente muchas de las políticas estatales para la mayor parte de Europa en el siglo XIX. La lista de nombres varía de autor en autor, o de colección en colección, y los subtemas como el racionalismo, el escepticismo, el ateísmo, y la *raison d'état* también han sido desarrollados como elementos esenciales del relato, pero la lista de figuras es relativamente bien conocida, y

por lo general incluye a Erasmo, Spinoza, Locke y Voltaire. Segundo, esta historia de intelectuales a menudo se ha puesto en el contexto de las realidades políticas que trazaron los horrores de las guerras religiosas y las persecuciones de disidentes en el siglo XVI durante la Reforma Protestante y la Contrarreforma, y enfatiza cómo, para mediados del siglo XVII, Europa, exhausta por la guerra y el derramamiento fratricida de sangre, presenció el surgimiento de una tolerancia religiosa basada por lo general en consideraciones prácticas, tanto o más que en convicciones intelectuales o morales. Aunque los primeros acuerdos sobre la tolerancia solían hacer distinciones absolutas entre prácticas religiosas públicas y privadas, e imponían restricciones a las primeras, algún tipo de tolerancia religiosa habría surgido en el siglo XVII debido a que el costo sangriento de la intolerancia se hizo, en algún momento, demasiado alto. Para la segunda mitad de este siglo ya había un número creciente de gobernantes como Colbert en Francia, Cromwell en Inglaterra y Federico II en Prusia, quienes por consideraciones prácticas habrían preferido una posición más tolerante hacia la diversidad y la disidencia religiosas. Las ventajas de tales políticas eran evidentes. El enorme crecimiento económico de Amsterdam era considerado por muchos como un caso paradigmático: era el producto de su tolerancia y de su aproximación pragmática al tema religioso. Teorías semejantes se han usado para explicar el ascenso de Inglaterra, Francia y Prusia.

En la narración de estos relatos entrelazados sobre la tolerancia, España, Portugal, y sus colonias americanas no han ocupado lugar alguno. Los reinos ibéricos habían experimentado un largo período durante la Edad Media en el que cristianos, judíos y musulmanes habían vivido juntos en medio de una relación cercana, pero a menudo tensa y violenta. Mientras los reinos se expandían, los seguidores de otras religiones fueron, en primer lugar, perdiendo estatus, y luego fueron sometidos a conversiones obligadas o expulsiones. La eliminación de judíos y de musulmanes de los reinos católicos, la supresión de las nacientes células protestantes, y el establecimiento de tribunales de Inquisición para asegurar la ortodoxia, todos aseguraban la unidad de las monarquías ibéricas como reinos católicos que se convirtieron, con contadas excepciones, en ejemplos clásicos de intolerancia. Tales relatos se convirtieron en modelos sobre cómo el fanatismo, el dogmatismo y la intolerancia, junto con la Inquisición, podían oprimir a un pueblo hasta el punto de cerrarlo a la Ilustración y al progreso. ¿Qué mejor manera de explicar el carácter retrógrado de los españoles y los portugueses frente al progresismo de los franceses, ingleses y holandeses, que observar el enclaustramiento de la mente hispánica debido a la intolerancia? Iberia fue claramente una zona de intransigencia, y a pesar de contar con unos pocos pensadores como Bartolomé de las Casas o Francisco de Vitoria, o de los intentos infructuosos hacia una tolerancia colbertiana por parte del

conde-duque de Olivares en España y del jesuita Antônio Vieira en Portugal, la mayoría de los estudiosos consideran que España y Portugal fueron un terreno baldío en la historia de la tolerancia.

Estos países, por ejemplo, no aparecen en el gran trabajo del jesuita francés Joseph Lecler titulado *Tolerancia y la Reforma* (1955), considerado como el texto histórico modelo de su época. Este texto contaba en detalle los sutiles cambios de posición de varios pensadores individuales frente al marco de la inestable política de las grandes disputas religiosas. Para Lecler, y para muchos de los historiadores de la religión moderna temprana, la historia a contar era la desintegración de la unidad religiosa y el surgimiento de la exclusividad confesional. Pero Lecler, aunque escribió una historia esencialmente intelectual y dedicada a los grandes pensadores de diferentes épocas, reconocía que los humanistas, el clero, los políticos y los ciudadanos comunes y corrientes de su relato pertenecían a un «particular medio social» y que «todo este medio social era consciente de los mismos temas de discusión». En otras palabras, Lecler reconocía que su historia de la tolerancia no era simplemente un ejercicio de historia de las ideas y de élites, sino que incluía a la sociedad como un todo, llamado por él mismo «medio»; y que a pesar de que no tenía ni la inclinación ni la metodología para recuperar esta historia, reconocía que la relación entre la sociedad y los «héroes intelectuales de la tolerancia» era una parte vital, aunque desconocida, del relato total.

Es precisamente ese medio o *milieu* y su relación con las ideas sobre la tolerancia religiosa, o el pluralismo, lo que me atrae. He venido llevando a cabo un estudio sobre las actitudes de tolerancia en España, Portugal y sus colonias americanas, no en términos de gobierno o de políticas eclesiásticas, sino de las actitudes que gentes de diferentes estratos sociales, tanto clérigos como laicos, mantenían al respecto. He hallado evidencia considerable sobre la existencia de ideas de relativismo religioso y tolerancia que venían de una gran variedad de fuentes. A pesar de que la posición de la iglesia católica a finales del siglo xv era *nulla salus extra ecclesia* (no hay salvación fuera de la iglesia), existían tradiciones filosóficas anteriores, una de pensamiento pelagiano y otra basada en la ley natural, que habían dejado abierta, en términos teológicos, la posibilidad de redención para aquellos que siguieran otros tipos de fe o ignoraran el mensaje de la Iglesia. Más aún, entre las muchas «proposiciones» de naturaleza heterodoxa o herética que incluían dudas sobre la existencia del cielo, el infierno o el purgatorio, la eficacia de los santos, la virginidad de María, la autoridad del Papa, la presencia de Cristo en la Eucaristía, o el carácter pecaminoso del sexo fuera del matrimonio, existía la antigua creencia comúnmente repetida de que «cada um pode-se salvar na sua ley» (cada uno se puede salvar en su ley).

Esta idea fue expresada en muchas ocasiones, a menudo por gente común y corriente. Aunque a veces era expresada por descendientes de judíos conversos (cristianos nuevos) o de musulmanes conversos (moriscos), de quienes podríamos esperar tales ideas como una forma de defender su fe anterior y así reafirmar la salvación de sus ancestros, era también un concepto defendido por los clérigos, quienes revisaban antiguos debates medievales, e incluso, y con mayor frecuencia, por la población de cristianos viejos laicos. Durante una visita inquisitorial al Alentejo portugués, por ejemplo, Manoel Rodrigues, un cristiano viejo, cuestionó la justicia de las campañas portuguesas en África del Norte. Él señalaba que sólo Dios sabía si esta guerra era justa o injusta porque los musulmanes «también eran sus criaturas», y cuando le dijeron que todos los musulmanes estaban condenados al infierno, respondió que «sólo Dios sabe si irán allí o no». En la misma investigación, un cierto Lianor Martins se quejó de que las campañas de don Sebastião en Marruecos habían desecho muchos matrimonios y causado que muchas personas se perdiesen porque no se le había permitido a cada cual vivir según su ley, los judíos en la suya, los musulmanes en la suya, y los cristianos viejos en la suya.

Esta opinión se expresó repetidas veces a lo largo del mundo ibérico y aunque tenemos más ejemplos de ella en España que en Portugal, tal situación parece ser evidencia de cómo el interés primario de la Inquisición portuguesa era el criptojudasmo, sobre otras formas de heterodoxia. Esto no implicaría, sin embargo, una ausencia absoluta de tal forma de pensar en las mentes y los corazones de la población.

Las raíces de estas ideas eran varias. Hasta cierto punto parece que hubo un sentido comunitario de entendimiento sobre la diversidad de creencias en el mundo y un reconocimiento de que el bien podía encontrarse en muchos pueblos y muchos tipos de fe. En ocasiones era una idea expresada por los dudosos y escépticos, aunque más a menudo lo era por gentes que se veían a sí mismas como buenos católicos que simplemente no podían entender por qué un Dios piadoso y omnipotente podría condenar a tantas personas que llevaban una buena vida de acuerdo con la ley natural, incluso si estaban fuera de la Iglesia. A veces había una suerte de pragmatismo rabelesiano en sus afirmaciones. Tal pensamiento también llevó a que la gente se opusiera a usar la fuerza en materias que tocaban al culto religioso. Julián de Anguieta, un residente de Cuenca, le dijo a los Inquisidores en 1662 que era un error privar a una persona de la libertad para creer en lo que quisiera, como también lo era obligar a los cristianos a creer por la fuerza en la ley de Cristo. No sólo le parecía erróneo, sino que consideraba que iba en contra de la doctrina cristiana. Inocencio de Aldama, un cristiano viejo de Álava, en el País Vasco, que había luchado en Italia, y había llevado una vida vagabunda, señaló a los inquisidores de Murcia

que él creería en cualquier cosa que ellos le indicaran como correcto, pero que ni siquiera los «doctores de Salamanca» podrían disuadirlo de que cada persona encuentra su propio camino, y que

todas las religiones venían del mismo tronco del cual aparecen diferentes raíces, y todos ellos dan frutos, y cada persona puede ser salvada en la ley que elija, mientras que la siga responsablemente.

Sin embargo, aunque estas defensas racionalistas y prácticas eran expresadas frecuentemente se convirtieron también, de otra parte, en un problema teológico de gran dificultad para los Padres de la Iglesia. Tales ideas pusieron en duda aspectos centrales de la doctrina cristiana, como el valor relativo de la gracia y las buenas acciones, o la validez del libre albedrío humano. Mientras que la Iglesia y la Inquisición habían adoptado una posición estrictamente agustiniana en el siglo xv, la controversia nunca cesó, y se extendió hasta el siglo xvii en España, donde los jesuitas acusaron a los dominicos de cierto Luteranismo por su excesivo énfasis en la gracia, en tanto que los dominicos acusaron a los jesuitas de ser cuasi-pelagianos por enfocarse demasiado en las obras y acciones humanas. Aunque los teólogos reconocían los diferentes elementos que estaban puestos en juego en estos debates, también sabían del peligro potencial que tales cuestionamientos generaban. En 1689, cuando se le solicitó a un grupo de teólogos portugueses que comentara sobre la posibilidad de que un calvinista o un luterano, bautizado en su propia fe, se pudiese salvar, uno de ellos escribió:

la respuesta no debe darse en presencia de la gente menos prudente (porque), ello podría tener como resultado algún escándalo o daño espiritual.

En el siglo xvi, y a pesar del esfuerzo concertado de la iglesia post-tridentina por suprimir cualquier forma de divergencia a este respecto, tales ideas aún podían ser encontradas entre algunos clérigos, por lo general franciscanos, y entre la gente común, trabajadores, marinos, soldados, tenderos, cristianos viejos y nuevos, y a veces entre extranjeros: italianos, franceses, flamencos y otros. Juan Falcó de Narbonne hablaba de la creencia universalista de muchos quienes pensaban que «cristianos, hugonotes, luteranos y judíos, todos creían en un solo Dios». Cuando se le dijo que sólo quienes eran bautizados y creían en la Santa Madre Iglesia podían ser salvados, respondió con un argumento basado tanto en el sentido común como en un pensamiento tolerante:

Ni tú ni yo podemos decirlo... y si todos vamos al infierno, los demonios tendrían demasiadas cosas que hacer.

Respecto a los judíos, citó las palabras de Cristo:

Perdónalos Padre porque no saben lo que hacen.

Muchas de estas personas habían viajado, en su mayoría sabían leer y escribir, pero carecían de una educación universitaria. Algunos de los acusados por estas ideas habían sido prisioneros en África del Norte y a pesar de su cautiverio habían desarrollado un aprecio por la cultura islámica. Otros habían vivido, trabajado o luchado en Europa, donde habían entrado en contacto con protestantes. Otros demostraban una considerable curiosidad sobre las diferentes religiones, otros sentían indiferencia frente a todas las religiones, y algunos, entre ellos sacerdotes y frailes, hasta una cierta maleabilidad religiosa que hacía incierta su identificación absoluta con una sola fe. Muchos, sin embargo, sostenían que sólo Dios podía saber cuál de las leyes o religiones era verdadera, y que la violencia en materias de creencia, como en el caso de las conversiones forzadas de judíos o las guerras religiosas contra los protestantes eran un error. Francisco de Amores le dijo a su esposa, después de atender un auto de fe en Valladolid en el cual los luteranos eran quemados, que el sermón intolerante predicado allí iba en contra de las enseñanzas de Cristo. Argumentaba que:

Cada uno puede salvarse a sí mismo según su propia ley. El moro en la suya, el judío en la suya, el cristiano en la suya, el luterano en la suya.

Estas ideas circularon ampliamente. Ciertamente eran comunes en la comunidad sefardita de Amsterdam. Tenemos un ejemplo de ello en Juan (Daniel) Prado e Isaac Orobio de Castro, dos conversos sefardíes que se conocieron en 1635, mientras estudiaban Teología en la Universidad de Alcalá. Se hicieron buenos amigos mucho antes de que alguno hubiese abandonado España o profesado su religión judía. Más tarde Orobio, bajo examen de la Inquisición, indicó que Prado le había dicho en una ocasión que:

todos los hombres tienen derecho a la redención, cada uno en virtud de su propia religión —judíos, moros y cristianos tienen derecho a la felicidad eterna—, porque todas estas religiones tienen objetivos políticos, cuya fuente procede de la ley natural, que en la filosofía de Aristóteles se denomina la *causa causarum*.

Luego, Prado también le dijo a Orobio que todas las religiones tienen la capacidad de llevar a sus seguidores a la salvación. Prado en aquel momento aún era, aparentemente, un seguidor fiel de la Iglesia católica. Más adelante, en Holanda, los dos amigos habrían de convertirse en rivales intelectuales, Prado representando al escepticismo respecto a la validez exclusiva del judaísmo y Orobio a los defensores del carácter mesiánico de esta religión. Algunos han señalado que el universalismo de Prado compartía raíces con el escepticismo de Spinoza, y que todas estas ideas se gestaron en medio de las experiencias y las situaciones propias de los conversos. Pero tales ideas también circulaban ampliamente entre la población de cristianos viejos de España y, aunque Prado

había mencionado cuáles eran las bases filosóficas de estas ideas, lo había hecho usando la misma formula tradicional, según la cual «cada cual puede salvarse según su propia ley».

Aunque tales actitudes podían encontrarse a lo largo del mundo ibérico, parecen ser más comunes en España y en sus colonias que en Portugal y sus dominios. La Inquisición portuguesa estaba principalmente orientada a la persecución de cristianos nuevos, como los cripto-judíos, y cerca del ochenta por ciento de todos sus procesos eran por este crimen. Por ello, otras ofensas como estas proposiciones heréticas recibieron mucha menos atención y dejaron menos rastros que los que dejaron en los tribunales españoles.

La Inquisición portuguesa conducía una campaña permanente por extirpar el judaísmo y por denigrar a los cristianos nuevos entre la población general, pero no todo el mundo estaba de acuerdo. Existió, por supuesto, el famoso caso del padre jesuita Antônio Vieira quien se opuso a la persecución de los judíos por razones fundamentalmente mercantilistas, y quien logró suspender a la Inquisición por un período breve de tiempo (1674-1681). Pero Vieira no estaba solo. Permítanme ofrecer al menos dos ejemplos, uno laico y el otro clérigo, de los años 1620, un tiempo en que los cristianos nuevos trataban de negociar un perdón general y la Inquisición estaba decidida a bloquearlo, con el fin de ilustrar el tipo de tolerancia que estoy esbozando.

En 1623, André Lopes, conocido como «El Harpa», un cristiano viejo, mercader, casado con una cristiana nueva, fue arrestado por la Inquisición de Evora por criticar las políticas inquisitoriales. Él reclamaba que las personas castigadas en los autos de fe eran mártires de su fe, y se rehusó a asistir a un auto de fe en esa ciudad. Le dijo a sus amigos que, así como había habido rayos en el cielo cuando Santa Bárbara fue martirizada, él se rehusaba a asistir a estas ceremonias públicas porque estos individuos también eran mártires. Las acciones de la Inquisición, según él, se hacían con el fin de «comerse y gastar la propiedad de los arrestados». Y cuando el tonto del pueblo habló sobre la construcción de una plataforma o *cadafalso* (patíbulo) para un auto de fe y, con un juego de palabras, indicó que «cadafalso e bem falso», Lopes aseguró que «en ocasiones los locos hablan con la verdad». Un acusador consideró que Lopes era aún más judío que su esposa, pero un amigo suyo, el cristiano viejo Domingos Gomes, recordó la pregunta hipotética de Lopes: Si Dios no quería que los cristianos nuevos fuesen cristianos, ¿por qué los señores de la Inquisición desean hacerlos cristianos por la fuerza?

Más o menos en la misma época, otro caso escandalizó a la Inquisición en Lisboa. Una visita inquisitorial a Brasil en 1618 produjo un gran número de prisioneros, muchos de ellos cristianos nuevos, que fueron enviados a Lisboa para sus juicios. El 25 de septiembre de 1620, el carcelero de la prisión inquisitorial

informó que durante la noche se habían oído tiros en la ciudad, y que eran señales para los prisioneros de que el perdón general se había firmado en Madrid y que uno de los inquisidores había muerto de repente. En otras palabras, tales comunicaciones fueron diseñadas para brindar ánimos a los prisioneros, y para fortalecer su intención de no confesar. Sin embargo, lo que este guardián atestiguó era aún más problemático.

El hombre que interpretaba estas señales, y que organizaba la resistencia de los cristianos nuevos prisioneros frente al tribunal era un sacerdote católico, el padre Fernando Pereira de Castro quien ya se había hecho famoso en la cárcel por hablar con fuerza a favor de los cristianos nuevos, argumentando que habían sido detenidos injustamente, y que los Inquisidores habían usado su autoridad de manera errónea. Si los cristianos nuevos permanecían firmes, prometía Pereira de Castro, todos serían liberados con «gran honor».

Uno podría esperar que Pereira de Castro fuese, a su vez, un cristiano nuevo, pero no es el caso. Había nacido en Goa y era reconocido como *mestiço*, es decir, como hijo de un portugués y una mujer india, por su aspecto y su forma de hablar. Hijo de un hidalgo, había crecido en el *Estado da India*, y como muchos hombres jóvenes de la colonia portuguesa, se había hecho soldado, pero también cultivaba un gusto por la lectura y eventualmente entró en el sacerdocio, una situación algo excepcional ya que los sacerdotes *mestiços* eran relativamente pocos. Pereira de Castro viajó finalmente a Lisboa, estudió en Coimbra, y luego viajó al Brasil y a España, visitando Milán y Roma. Regresó a Brasil en la comitiva de un gobernador, pero tuvo inconvenientes y fue arrestado por el administrador eclesiástico de Río de Janeiro, supuestamente por tener contacto sexual con hombres jóvenes. Él negó el cargo, e incluso bajo tortura siguió afirmando que había sido encarcelado: «porque sabía de las tiranías hechas allí a los cristianos nuevos y prisioneros, y que había sido arrestado no por ser judío o sodomita, sino porque sabía la verdad sobre el asunto de los cristianos nuevos». Finalmente fue suspendido del sacerdocio y enviado a pagar seis años de exilio en el más alejado rincón del imperio portugués, la Ilha do Príncipe, una roca en el sur del Atlántico.

No podemos saber si Pereira de Castro era homosexual o no, pero es claro que había promovido la causa de los conversos, y estaba seguro de que esta posición era la razón verdadera de sus problemas. Soldado y sacerdote, como muchos de los «tolerantes» del mundo ibérico, había vivido en otras tierras y conocía otras culturas. Es posible suponer que fue mejor educado que muchos de sus contemporáneos, y que su actitud surgió en un momento inoportuno en medio de la pugna por los perdones. Sin embargo, percibió la situación de los cristianos nuevos como injusta y no sólo habló en contra de ella, sino que promovió y organizó resistencias contra la Inquisición, incluso desde la prisión.

Estos casos muestran la existencia de una actitud de resistencia hacia la posición oficial de la Iglesia respecto a la herejía, y la voluntad de aceptar diferencias religiosas, o al menos de conceder a los individuos el beneficio de la duda en materias de conciencia. Brasil era un caso particular a ese respecto, porque los cristianos nuevos componían un gran porcentaje de los pobladores originales y se habían integrado en todos los aspectos de la vida colonial. Se integraron tan bien, que en la época en que la política oficial era la persecución a partir de una investigación inquisitorial, muchas personas se negaban a testificar o a ofrecer evidencia aprovechable contra ellos.

Desde luego, tales ideas de resistencia a las ideas de exclusión de la Iglesia no se limitaron a la Península Ibérica o a un grupo social en particular. Cualquiera que conozca el cuento de los tres anillos de Boccaccio, o el discurso del molinero Menocchio, en *El Queso y los Gusanos* de Carlo Ginzburg, o el escepticismo del *Traité des Trois imposteurs* reconocerá que existían corrientes de pensamiento que desafiaban la validez exclusiva de una sola religión, y que tales corrientes existían tiempo atrás, incluso en España, Portugal y sus colonias de ultramar.

RESPUESTAS PORTUGUESAS A LA TOLERANCIA RELIGIOSA EN EL BRASIL HOLANDÉS

Incluso antes de la llegada del conde Maurits en 1637, la Compañía de las Indias Occidentales había buscado neutralizar la resistencia portuguesa prometiendo a los habitantes luso-brasileros, los *moradores*, el respeto a su propiedad y el surgimiento de algunos beneficios económicos considerables, al igual que la libertad de culto. Esto se hace evidente en el esbozo general para el gobierno de la colonia propuesto en 1629. La Compañía de las Indias Occidentales fue fundada para combatir contra el rey de España y sus posesiones, y aunque España y Portugal tenían el mismo monarca, la compañía se había enfocado hasta cierto punto en Brasil, porque esperaba que los habitantes se inclinasen menos a resistirse, a causa de la tradicional enemistad entre portugueses y castellanos. Es claro que Portugal era un reino católico, pero Holanda había sido un socio comercial importante de los lusitanos desde la Edad Media y, de hecho, había consolidado la mayor parte del comercio azucarero brasileño. Las diferencias religiosas no parecían ser un obstáculo insuperable para nuevas colaboraciones. Más aún, existían varios grupos en la colonia brasileña que podrían beneficiarse al cooperar con los holandeses. Después de la ocupación holandesa de Salvador en 1624-25, muchos habitantes de la colonia portuguesa fueron juzgados por colaboración. Entre ellos, se incluían esclavos negros y libertos, cristianos nuevos, y un sorprendente número de cristianos viejos.

Después de que los holandeses regresaran en 1630 y tomaran Pernambuco, encontraron inmediatamente que algún tipo de tolerancia religiosa tenía que extenderse para que la colonia, y su economía azucarera, pudiesen funcionar. En ocasiones las presiones venían de direcciones inesperadas. Los holandeses y otros extranjeros que adquirieron ingenios azucareros brasileños comprobaron rápidamente que los esclavos rehusaban trabajar si al principio de la zafra, el ingenio y los trabajadores no eran bendecidos, rociados con agua bendita, todo ello acompañado con una oración adecuada predicada por un sacerdote. A pesar de las quejas de miembros de la Iglesia Reformista respecto a tal idolatría, la práctica fue, por lo general, permitida. Los holandeses querían que los agricultores azucareros portugueses se quedaran, mientras que los portugueses buscaban que abandonaran sus tierras y migraran, ya que ambas partes sabían que sin el azúcar la colonia no podría prosperar. Nassau se dio cuenta de que la vieja clase agrícola portuguesa era un elemento poderoso y potencialmente peligroso, y esperaba poder reemplazarla después, pero también sabía que sin los cultivadores portugueses de caña y sin sus técnicos en el campo azucarero, la colonia no podría sostenerse, y por lo tanto trató de evitar que migrasen. De otro lado, y en contra de una tradición que insistía en que los holandeses tenían poca destreza o interés en el proceso de producción del azúcar, puede resultar interesante examinar un informe de los ingenios azucareros en el Brasil holandés, escrito en 1639. Un buen número de ingenios había sido adquirido por mercaderes holandeses o por empleados de la Compañía de las Indias Occidentales, y aunque algunos de ellos eran propietarios ausentes, había otros como el médico Servaes Carpentier que se convirtió en un *senhor de engenho* residente, y permaneció en tal cargo el resto de su vida. El informe de 1639 también revela que muchos de los ingenios dependían de la caña de azúcar cultivada por agricultores que dependían del ingenio, como era la costumbre brasileña, pero que los holandeses y otros extranjeros, incluyendo mercaderes y personas envueltas en la administración de la colonia, a menudo proveían la caña junto con los agricultores portugueses. Tenemos, por ejemplo, el *Engenho Matapagipe* donde se contrataron dos agricultores portugueses y dos holandeses, o el famoso *Engenho Velho* que perteneció al comandante holandés Segimundt von Sckopee y que tenía ocho labradores de caña, siete portugueses y uno holandés. Sin importar si los dueños de los ingenios eran holandeses o portugueses, era posible encontrar un grupo mixto de labradores en muchas de sus haciendas azucareras. Sabemos poco de las relaciones que tenían entre sí, pero es claro que tenían los mismos intereses y debieron verse e interactuar con regularidad. El azúcar generó su propia lógica de identidad e interés entre los portugueses y los holandeses.

Podemos tener un destello de cómo debió ser este contacto, colaboración, o incluso tolerancia mutua a partir de la investigación episcopal portuguesa que se llevó a cabo en 1635-1637 por don Pedro da Silva, obispo de Salvador. Los rumores de un cierto grado de colaboración con los holandeses por parte de algunos miembros del clero católico en Paraíba, movieron al obispo a realizar esta pesquisa, y como resultado, unos ochenta individuos fueron denunciados, ocho de ellos clérigos, veinticuatro cristianos nuevos y cuarenta y ocho cristianos viejos. El número de cristianos nuevos, por supuesto, no resulta sorprendente, y algunos de ellos aprovecharon la oportunidad ofrecida por la invasión holandesa y la explosión consecuente de libertad religiosa para que los que eran judíos pudiesen regresar abiertamente al judaísmo de sus ancestros, y unirse a sus correligionarios de Europa que llegaron a la colonia. Lo que sí resulta sorprendente es el número de cristianos viejos, tanto laicos como religiosos, quienes por razones personales o religiosas estaban dispuestos o a aceptar el gobierno holandés, o a convertirse a la religión reformada de los protestantes.

Algunos de los casos fueron vistos como escándalos. Es el caso de fray Manoel Calado, conocido como fray Manoel «dos Oculos», quien comía y bebía con los holandeses, inducía a su congregación a aceptar su gobierno, invitaba a ministros calvinistas a su hogar y se hizo confidente del conde Maurits. Era un hombre que cambiaba de bandos con rapidez y destreza, y su recuento posterior, escrito desde una perspectiva pro-portuguesa es, todavía, una fuente invaluable. También tenemos el caso del famoso ex misionero jesuita, Manuel de Moraes, quien se entregó incondicionalmente a los holandeses y utilizó su manejo de la lengua tupí para convertir a los indígenas bajo su tutela al bando holandés. Muchos portugueses de la zona afirmaban que él había ayudado considerablemente a los invasores, espada en mano, y que luego abandonó los hábitos y se casó en Holanda. La misma investigación también reveló que un sacerdote agustino, fray Antonio Caldera, había contactado al enemigo en Serinheim, les había vendido recipientes de azúcar, y había comido y bebido con ellos, acusación que se hizo a otros religiosos, algunos de los cuales, como fray Antonio, pidieron a sus feligreses que aceptasen el gobierno de los invasores, afirmando que los holandeses no le hacían mal a nadie y eran buenas personas (*boa gente*). El padre João Gomes de Aguiar fue denunciado por haber ido a Porto Calvo y haber comido y brindado públicamente con los Holandeses. En público y en privado había dicho que ellos eran hombres honestos que cumplían con su palabra. Incluso llegó a decir que: «Quisiera que mantuviésemos nuestras obligaciones a la fe católica tan bien como ellos mantienen las suyas». Ésta era una frase que indica cierto relativismo respecto a las creencias religiosas, y una admiración por la coherencia de la fe del enemigo.

El tipo de intercambio cotidiano que vemos a partir de las denuncias, revela muchas razones para la colaboración o la voluntad de llevarse bien. Cuando a Antônio de Caldeira da Mata, un alférez de Madeira, le preguntaron si conocía a algún católico que había dicho o hecho algo errado, respondió que muchos habían hecho y dicho cosas malas, pero señaló principalmente a Pero Lopes de Veras, un *senhor de engenho* quien había entregado su lealtad a los holandeses y los había ayudado. Aunque persiste la pregunta de si Lopes de Veras, casado con una hermana del comandante portugués Matias de Albuquerque, era un cristiano nuevo, la evidencia que tenemos no es demasiado clara. En otra instancia, Matias Fidalgo permaneció en el Cabo de Santo Agostinho luego de caer en manos de los holandeses, por razones personales, ya que el gobernador portugués anterior lo había arrestado por cohabitar con una mujer casada. Fue acusado de hacerse amigo de los invasores.

Tales alianzas no eran imposibles, y en muchas ocasiones eran beneficiosas para ambas partes. La más famosa de todas fue la de João Fernandes Vieira, posteriormente el héroe de la restauración portuguesa del Brasil. Vieira, un hombre de orígenes humildes de Madeira, había llegado al Brasil con pocas oportunidades a su alcance. Originalmente se había resistido a la invasión holandesa, pero prestó ayuda, por sus propios intereses, al alto consejero Jacob Stachouwer, quien contrató a Vieira como su agente y su secretario. Juntos, a partir de su «estrecha amistad», hicieron una fortuna. Vieira llegó a tener quince ingenios, y para 1637 se unió con otros portugueses, cristianos viejos y nuevos, para quejarse ante la Compañía de las Indias Occidentales, afirmando que cualquier plan de un monopolio comercial sería una violación a las promesas que habían recibido de «mayores libertades no sólo en justicia y religión, sino también en el desarrollo de nuestros negocios y nuestro capital». Vieira se hizo confidente del conde Maurits y uno de los hombres más ricos de la colonia. Su colaboración y éxito le merecieron la enemistad y la envidia de muchos, pero al final su decisión de unirse a la rebelión parece haber surgido cuando la Compañía de las Indias Occidentales empezó a exigir que los agricultores portugueses pagasen sus préstamos. Vieira tenía la deuda más grande, y tenía buenas razones financieras para resistirse a pagar, incluso aunque luego explicó su resistencia en términos de su lealtad a Portugal y su odio a la herejía.

Quizás los casos más reveladores de las posibilidades que existían al cruzar las líneas confesionales se asemejen al de Martim Lopes en la isla de Itamaracá, quien se comunicaba frecuentemente con los holandeses, les compró un Antiguo Testamento (cuya lectura en lengua vernácula aún estaba prohibida) y quien casó a su hija con un holandés. A pesar de los esfuerzos del clero católico, había muchas uniones de este tipo. En otro caso, Domingos Ribeiro dio en matrimonio a tres de sus hijas con holandeses, aparentemente bajo la religión protestante,

y cuando alguien lo cuestionó al respecto, respondió que los holandeses eran mejores cristianos que los portugueses. En otra instancia, en Igaracú, dos jóvenes llamadas las «Pimentinhas», sobrinas de un hombre llamado Pimenta, se casaron con holandeses, y sus mayores defendían la unión afirmando que «un flamenco vale más que muchos portugueses», una paráfrasis de un antiguo dicho ibérico que decía que «mejor un buen judío que un mal cristiano».

Tales uniones eran frecuentes, y no sólo en Pernambuco, sino en otros lugares del Brasil holandés. En Rio Grande do Norte, muchos holandeses se casaron con viudas portuguesas, y el padre Antônio Vieira informó que en Maranhão en 1642, no sólo había matrimonios de este tipo, sino que las mujeres estaban aceptando «las costumbres y hasta los rituales de los holandeses». Algunos de los holandeses como Gaspar van der Ley, que se casaban con mujeres portuguesas, se hacían católicos, mientras que otros como Jan Wijnants de Haarlem, un *senhor de engenho* que contrajo nupcias con la hija de un agricultor de Guyana, permanecieron dentro del calvinismo. Una de las hijas de Mateus da Costa de Ipojuca se casó con un cristiano nuevo permaneciendo dentro del judaísmo cuando después se casó con un holandés protestante. El número de estas uniones fue suficiente como para preocupar a los cleros protestantes y católicos, ya que esas uniones siempre implicaban una cierta inseguridad respecto a las identidades religiosas y de la nación. Luego del inicio de las hostilidades en 1645, un grupo de holandeses locales, ya casados, se unieron a la causa rebelde y algunos se integraron a las ocho compañías de antiguos empleados de la Compañía de las Indias Occidentales (muchos de ellos franceses, otros católicos) que se unieron a las fuerzas luso-brasileñas.

Los matrimonios entre mujeres portuguesas y soldados holandeses, los cristianos nuevos que convivían con los judíos que practicaban su fe abiertamente, la circulación de libros prohibidos, las amistades, los contactos comerciales, la asistencia a las iglesias calvinistas, todos estos elementos fueron denunciados y reportados en la investigación episcopal portuguesa, en el Brasil portugués, antes de la llegada de van Nassau. Sin embargo con su llegada en 1637, y a pesar de sus propias reservas ante judíos y católicos por igual, las políticas de tolerancia fueron reforzadas y las oportunidades para generar un contacto pacífico crecieron. Siguieron existiendo tensiones y hasta pequeñas disputas respecto al papel de la Iglesia, las procesiones religiosas, y otros momentos de contacto público entre católicos, protestantes y judíos. El concejo local llegó a sugerir que se limitase la inmigración judía y que ellos fueran obligados a usar insignias distintivas. A pesar de tener una oposición considerable, Nassau logró extender las garantías de una libertad de culto para todos, y buscó convencer a los portugueses de la zona, incluso a los clérigos, a confiar en él.

Una excelente oportunidad para lograrlo ocurrió después de que la restauración portuguesa de 1640 obligara a Holanda y a Portugal a aliarse contra Felipe IV de España. Para celebrar esta nueva situación, en abril de 1641, el conde Maurits organizó un gran espectáculo en Recife con carreras de caballos y competiciones ecuestres en las que hombres holandeses y portugueses desfilaron juntos y compitieron por los favores y los aplausos de las damas, al igual que por numerosos premios. Hubo representaciones teatrales, cenas, brindis, y concursos de bebida para celebrar la nueva alianza política. Aunque la rivalidad entre portugueses y holandeses, y entre protestantes y católicos, seguía existiendo bajo la superficie del mero juego, la política pudo superar, al menos momentáneamente, las viejas enemistades.

Esta época de buena voluntad no duró mucho. Los holandeses se negaron a abandonar la colonia brasileña. Los ataques holandeses a Luanda en 1641, el repliegue del conde Maurits y las nuevas exigencias a los deudores de la Compañía de las Indias Occidentales, todo ello contribuyó a la creciente hostilidad entre portugueses y holandeses, la cual aumentó por razones fundamentalmente económicas y políticas. Maurits, sin embargo, permaneció como un ejemplo de lo que se podía lograr a través de la tolerancia, y precisamente por ello, se convirtió en un peligro. Una sociedad multiconfesional era una amenaza. Doña Magarida, la virreina de Portugal, advirtió en 1639 que la fe de los pobladores y de los indígenas conversos del Brasil estaba en peligro por el contacto con el enemigo holandés y que «llevado a cabo por relaciones e intereses privados, ellos podrían abandonar (Dios no lo quiera) la Santa Fe y separarse de la pureza de la religión cristiana».

De hecho, incluso después de 1641, cuando las relaciones habían mejorado, el número de conversiones fue muy pequeño, pero el aprecio portugués por las políticas comerciales y religiosas de van Nassau fue grande. *Moradores*, indios y cristianos lloraron en su partida. Los pobladores portugueses aún se referían a él como «nuestro San Antonio» y años después, en 1647, después de que Maurits hubiese vuelto a Europa, la sola posibilidad de que pudiese regresar a Brasil fue suficiente para que los delegados portugueses temiesen que él podría debilitar la rebelión al atraer nuevamente a los brasileños a su lado. Los incentivos conjuntos de la libertad comercial y la libertad de cultos se convirtieron en una verdadera amenaza.

Una vez que la Guerra de Liberación Divina había empezado, la retórica de la hostilidad política y la lealtad nacional reguló los parámetros de comportamiento una vez más, y estos fueron adaptados a la historiografía nacionalista. Bajo la influencia eclesiástica desde los púlpitos, y los hechos en el campo de guerra, las fuerzas luso-brasileñas y sus líderes crearon castigos particularmente duros para los católicos conversos, los aliados nativos o negros de los holandeses,

y especialmente para los cristianos nuevos, que eran vistos como herejes y traidores. La terminología de la herejía se convirtió en el molde al cual la guerra fue vertida, y por ello es virtualmente imposible separar las motivaciones económicas, políticas y religiosas que se entretujieron para justificar la lucha.

Sin embargo, el uso del lenguaje y de los conceptos de la intolerancia religiosa se encontró con una fuerte resistencia. Cuando Recife cayó, el 28 de enero de 1654, el comandante portugués Francisco Barreto trató a los holandeses derrotados con todas las fórmulas de cortesía de la guerra, obedeciendo al acuerdo de rendición y llevando a cabo un control estricto de sus tropas para prevenir abusos. Aún más sorprendente fue su tratamiento a la comunidad judía a la cual, a pesar de la oposición de la Inquisición, le permitió salir intacta y vender sus propiedades; hasta brindó ayuda para que tuviesen un embarque adecuado para su viaje de regreso. En verdad, señala el cronista judío Saul Levy Mortara, Dios había salvado a su pueblo al guiar el «corazón del gobernador Barreto». Dado el tono de las crónicas portuguesas de guerra, escritas fundamentalmente por clérigos, las acciones de Barreto pueden parecer extrañas y singulares. Pero si son comprendidas dentro de una larga tradición de relativismo religioso portugués, y teniendo en cuenta la creencia de una humanidad compartida, el propio sentido del honor, e incluso algunos elementos que favorecerían el propio interés, las acciones de Barreto podrían no parecer tan extrañas después de todo. Si hubiera un cierto grado de tolerancia religiosa en el Brasil holandés bajo Maurits, lo más sorprendente sería que fuera correspondido por los portugueses quienes por razones de interés o creencia aceptaron la situación y la posibilidad de una sociedad más abierta. En este sentido el Brasil holandés ofreció una mirada hacia un futuro secular.

La Danza de los Tapuya

ERNST VAN DEN BOOGAART*

EN BRASIL, alrededor de 1640, Albert Eckhout pintó la danza de ocho hombres tapuya en presencia de dos mujeres¹ (fig. 1). El trabajo se lo encargó Johan Maurits van Nassau-Siegen, gobernador del Brasil holandés, y probablemente estaba destinado a uno de los palacios de Recife. Era un encargo peculiar porque los tapuya no eran precisamente el tema más apropiado para una decoración distinguida. Las piedras y los huesos que atraviesan los agujeros del labio inferior, los lóbulos de las orejas y las mejillas de los hombres y la casi total desnudez de ambos sexos eran signo de salvajismo. Además, se sabía que consumían a sus parientes muertos en lugar de enterrarlos. ¿Por qué el gobernador del Brasil holandés encargó que se pintara este cuadro a tamaño natural de caníbales bailando? Lo que sabemos es que fue un encargo verdaderamente excepcional, tan excepcional como la exhibición de la danza tapuya que Johan Maurits organizó en su palacio urbano de La Haya tras su retorno².

* Traducción: Elisa Echavarren y Andrea Canosa.

¹ Publicación útil, aunque anodina sobre la literatura en Eckhout: BUVELOT, Q. *et al.* *Albert Eckhout: een Hollands kunstenaar in Brazilië*. Catálogo de exposición Mauritshuis, La Haya, 2004, pp. 16-45. Sigo las fechas tradicionales de la *Danza* que figuran en este catálogo (p. 153). Véase también: *Albert Eckhout returns to Brazil*. Catálogo de exposición. Copenhagen/Recife, 2002 y VRIES, E. de (ed.). *Albert Eckhout returns to Brazil. International experts symposium*. Recife, 2002. Sobre documentos pictóricos del Brasil holandés en general: WHITEHEAD, P. J. P. y BOESEMAN, M. *A Portrait of Dutch 17th Century Brazil. Animals, plants and people by the artists of Johan Maurits of Nassau*. Amsterdam: Royal Netherlands Academy of Arts and Sciences, 1989.

² Se han publicado representaciones de bailes de indios brasileños con anterioridad en forma de grabados en las ediciones de Hans Staden y Jean de Léry. Véanse las «panorámiques» en LÉRY, J. de.



Fig. 1. La Danza de los Tapuya, A. Eckhout. Museo Nacional de Dinamarca.

...toire d'un voyage fait en la terre du Brésil, 1557, editado por LESTRINGANT, F. Montpellier: Poche, 1992. Probablemente estas imágenes se hicieron más famosas a través de la versión, más ingeniosa, de De Bry. OBERMEIER, Franz. *Brasilien in Illustrationen des 16. Jahrhunderts*. Frankfurt a.M., 2000. En 1613 un grupo de indios de Maranhão, posiblemente tupí, bailaban en Rouen para María de Medici. Esta representación fue conmemorada en dos grabados. VERBECKMOES, Johan. «Topinamboers en lichte Mexicanen. Brusselse barokke hofspektakels en de Europese verbeelding van de Nieuwe Wereld». En VERBECKMOES, J. (ed.). *Vreemden Vertoond. Opstellen over exotisme en*



„Ktabelcultuur in de Spaanse Nederlanden en de Nieuwe Wereld. Leuven: Peeters, 2002, pp. 146-147. Véase para la danza en Mauritshuis: la carta de David le Leu de Wilhem a Constantijn Huygens, 27. Augustus 1644, publicada parcialmente en WORP, J. A. (ed.). *De Briefwisseling van Constantijn Huygens*. Den Haag: Koninklijke Bibliotheek, 1911-1917, del 4, p. 52. El original se encuentra en la University Library Leiden, Westerse Handschriften, Hug. 37, f. 219v. BOOGAART, E. van den. «Das Land der Zuckermühlen». En BRUNN, G. et al. (eds.). *Aufbruch in neue Welten. Johann Moritz von Nassau-Siegen, der Brasilianer*. Catálogo de exposición Siegen, 2004, pp. 63-75, especialmente 66-67.

Si queremos entender las razones de su interés tan obvio por la danza tapuya, su deseo de dejar constancia de ella y de darla a conocer a otros, debemos tratar brevemente la discusión que tuvo lugar en el siglo XVI sobre la naturaleza de los indios americanos dentro del imperio hispano-portugués y, más exhaustivamente, lo que se opinaba sobre los tapuya en el Brasil holandés. Tras ello, propondré una interpretación de esta extraordinaria pintura.

Durante el siglo XVI los encuentros con los indios americanos enfrentaron a los europeos una y otra vez con el problema de los niveles más bajos de la humanidad. En el mar Caribe y en las costas de América del Norte y del Sur se encontraron con pueblos que, comparados con el nivel de vida europeo, se alimentaban, se vestían y se alojaban de forma muy rudimentaria. A estos indios tampoco parecía importarles mucho la jerarquía social o la autoridad pública. Como México y Perú fueron conquistados y colonizados rápidamente, sus sociedades estatales estratificadas solamente transmitieron a Europa una impresión limitada. En el Viejo Mundo se mantuvo la convicción de que los salvajes que «vivían como animales» ocupaban la mayor parte de América³.

El canibalismo fue otra de las razones por las que los europeos creyeron que muchos pueblos indios eran casos dudosos de humanidad. Creían que tenía lugar, no como un acto de desesperación en casos de hambre extrema, sino como una práctica muy extendida y socialmente aceptada. Estaban convencidos de que el canibalismo suponía una falta de racionalidad por parte de la población que practicaba esta costumbre. Esto probaba que no comprendían el orden jerárquico de la creación, que claramente prescribía que los seres superiores, los humanos, solamente comían seres inferiores, como plantas y animales. El hecho de comer a los de su propia especie demostraba indiferencia ante la posición del hombre como la principal criatura terrestre⁴. Los caníbales no eran

³ Un indicio de que América se asoció en un principio con el salvajismo y el canibalismo a finales del siglo XVI viene dado por los atributos tupí de América en la alegoría de las Cuatro Partes del Mundo (Four Parts of the World) en la página titular del *Theatrum Orbis Terrarum* de Ortelius (1570).

⁴ PAGDEN, A. *The Fall of Natural Man. The American Indian and the origins of comparative ethnology*. Cambridge: University Press, 1982, pp. 80-89. [PAGDEN, Anthony. *La caída del hombre natural. El indio americano y los orígenes de la etnología comparada*. Madrid: Alianza, 1988. Traducción de Belén Urrutia Domínguez]. LESTRINGANT, F. *Le Cannibale. Grandeur et décadence*. Paris: Perrin, 1994, pp. 84-142. La celebración del quinto centenario del desembarco de Colón en América hizo revivir la tesis de que la antropofagia es tan sólo un mito europeo. Annerose Menninger defendió esta visión del canibalismo americano en su *Die Macht der Augenzeugen. Neue Welt und Kannibalen-Mythos 1492-1600*. Stuttgart: Franz Steiner, 1995. Para el estado actual de la controversia véase BARKER, F.; HULME, P. e IVERSEN, M. (eds.). *Cannibalism and the Colonial World*. Cambridge: University Press, 1998; GOLDMAN, L. y R. (ed.). *The Anthropology of Cannibalism*. Westport: Greenwood, 1999; DIAMOND, J. M. «Talk of Cannibalism». En *Nature*, 7 de septiembre de 2000, vol. 407, pp. 25-26.

meros salvajes; eran deficientes mentales o habían enloquecido perversamente, ciegos ante Dios y sus prescripciones.

Los tupí, habitantes de la costa brasileña desde Paraíba en el norte hasta São Vicente en el sur, habían adquirido la reputación de practicar la costumbre deshumanizadora más asiduamente que cualquiera de los demás indios americanos⁵. Los observadores europeos reconocieron que entre ellos el canibalismo no era una forma irracional de alimentarse a sí mismos, sino una práctica y una serie de creencias que estructuraban toda su existencia. Los tupí estaban atrapados en un círculo vicioso de guerra y fiestas caníbales. Luchaban continuamente unos contra otros, no por tierras ni botines, sino para conseguir prisioneros para la ceremonia caníbal. Al matar y consumir a los prisioneros, vengaban a los familiares que habían sufrido antes el mismo destino en manos del enemigo. El canibalismo era la satisfacción de un extremo afán de venganza. Los tupí habían entregado toda su existencia a algo que representaba lo opuesto a la caridad cristiana. Algunos observadores se dieron cuenta de que los tupí practicaban el canibalismo como culto, tal como mostraban los estrictos rituales que observaban durante las fiestas caníbales⁶. Las creencias asociadas al ritual eran desconcertantes para los cristianos, quienes esperaban la salvación eterna gracias a la participación en los sacramentos de la Iglesia. El hombre que ejecutaba al prisionero adquiriría un nuevo nombre y alcanzaba con su hazaña un estado superior de existencia, más cercano al de los inmortales. Los protestantes se apresuraron en señalar que la ceremonia antropófaga se asemejaba al ritual teófago de las masas católicas⁷. Los católicos, indignados, rechazaron esta comparación. Sin embargo, un hombre como Fernão Cardim

⁵ Además de Lestringant: WENDT, A. *Kannibalismus in Brasilien: eine Analyse europäischer Reiseberichte und Amerika-Darstellungen für die Zeit zwischen 1500 und 1654*. Frankfurt: P. Lang, 1989. CUNHA, M. Carneiro da. «Imagens de Índios do Brasil: o século XVI». En *Estudos Avançados*, 4 (1990), pp. 91-110. MOREAU, F. E. *Os Índios nas cartas de Nóbrega e Anchieta*. São Paulo: Annablume, 2003. Véase para introducciones a la reconstrucción histórica de las realidades más allá de las imágenes: CUNHA, M. Carneiro da (ed.). *História dos Índios no Brasil*. São Paulo: Companhia das Letras, 1998, pp. 381-396 (FAUSTO, C.), pp. 431-456 (DANTAS, B. G. a.o.); SALOMON, F. y SCHWARTZ, S. B. (eds.). *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas*. Cambridge: University Press, vol. III. South America, parte 1, 1999, pp. 973-1024 (MONTEIRO, J.), parte 2, pp. 287-314 y 334-355. Ambos manuales contaban con extensas bibliografías.

⁶ Sobre el ritual COMBÈS, I. *La Tragédie cannibale chez les anciens Tupí-Guarani*. Paris: Presses universitaires de France, 1992. Una interpretación moderna del lugar que ocupa el canibalismo en la cultura tupí en CASTRO, E. Viveiros de. *From the Enemy's Point of View. Humanity and divinity in an Amazonian society*. Chicago: The University of Chicago Press, 1992, pp. 273-305.

⁷ LESTRINGANT, F. «Catholiques et cannibales. Le thème du cannibalisme dans le discours protestant au temps des guerres de religion». En MARGOLIN, J. C. y SAUZET, R. (eds.). *Pratiques et discours alimentaires à la Renaissance*. Paris: G.-P. Maisonneuve et Larose, 1982, pp. 233-243.

casi llega a reconocer que los festejos caníbales parecían una religión pervertida⁸. Cualesquiera que sean las explicaciones que daban a estos actos abominables, muchos observadores europeos creían que tan sólo el diablo podía persuadir a los seres humanos a practicar el canibalismo como costumbre. Para ellos, los tupí eran servidores empedernidos del Único Mal, que parodiaban de forma perversa el culto de los cristianos piadosos.

Ocasionalmente, esta visión de los indios brasileños se impuso a través de representaciones visuales. En una pintura portuguesa que data de cerca del año 1550, el diablo, que lleva un tocado y un manto de plumas, preside los tormentos de los condenados⁹. En la segunda edición de *Histoire d'un voyage fait en la terre du Brésil* (Genève, 1580), de Jean de Léry, un sencillo grabado representaba a los tupí en un hábitat terrenal golpeados por los diablos, mientras se niegan a escuchar el mensaje de salvación que tratan de transmitir los cristianos franceses. Esta escena fue representada con gran maestría artística en un grabado de Theodore de Bry, cuya edición de De Léry y Staden (Frankfurt, 1592) fue quizá la obra original que más influyó en las representaciones visuales de los indios brasileños, desde finales del siglo XVI hasta bien entrado el siglo XVII¹⁰. Este tipo de imágenes reforzaron entre los europeos la idea de que los indios de Brasil vivían dominados por los demonios¹¹.

Los tupí de la costa no fueron los únicos caníbales con los que se encontraron los europeos en Brasil. En el interior vivían indios que hablaban lenguas y practicaban costumbres diferentes a las de los tupí. Los portugueses los llamaban,

⁸ WENDT. *Op. cit.*, pp. 46-50. No he podido consultar la disertación sobre Cardim de Ana Maria de Azevedo. Lisboa: 1996. Ella misma editó una valiosa nueva edición de los *Tratados da terra e gente do Brasil*. Lisboa: Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, 1997.

⁹ HONOUR, H. *The New Golden Land. European Images of America from the Discoveries to the Present Time*. New York: Pantheon Books, 1975, pp. 53-55. DUVIOLS, J.-P. «Les "sauvages brésiliens" dans le miroir européen (XVI^e siècle)». En MATTOSO, K. de Queirós, et al. (eds.). *Naissance du Brésil moderne, 1500-1808*. Paris: Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 1998, pp. 33-66.

¹⁰ LÉRY, J. de. *Histoire d'un voyage*. Editado por Frank Lestringant, panoramique VI.

¹¹ La colonización portuguesa no terminó con las intervenciones diabólicas en Brasil, según los hallazgos de los interrogadores. Véase: SOUZA, L. de Mello e. *Inferno Atlântico. Demonologia e colonização, séculos XVI-XVII*. São Paulo: Companhia das Letras, 1993, especialmente el capítulo sobre Giovanni Botero (pp. 58-88). VAINFAS, R. *Tropico dos Pecados. Moral, sexualidade e Inquisição no Brasil*. Rio de Janeiro: Campus, 1989. CROUZET, D. «À propos de quelques regards de voyageurs français sur le Brésil (vers 1610-vers 1720): entre espérance, malédiction et dégénérescence». En MATTOSO, K. de Queirós, et al. (eds.). *Naissance du Brésil moderne, 1500-1808*. Paris: Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 1998, pp. 67-118. Para Hispano América: CERVANTES, Fernando. *The Devil in the New World. The impact of diabolism in New Spain*. New Haven: Yale University Press, 1994, pp. 5-39. [CERVANTES, F. *El Diablo en el Nuevo Mundo*. Barcelona: Herder, 1996]. Idem, «The Devil's Encounter with America». En BARRY, J. et al. (eds.). *Witchcraft in Early Modern Europe. Studies in Culture and Belief*. Cambridge: University Press, 1996, pp. 119-144.

en general, tapuya¹². Creían que eran aún más salvajes y demoníacos que los tupí porque practicaban una forma abominable y muy particular de canibalismo. Los tapuya no consumían a sus enemigos, tan sólo a sus parientes. Los tupí trataban a sus enemigos con excesiva crueldad; los tapuya ni siquiera reconocían la humanidad de sus familiares fallecidos. Mientras el exocanibalismo de los tupí sin estado mostraba que ellos al menos reconocían los lazos familiares, el endocanibalismo de los tapuya era interpretado como un rechazo tanto a la familia como al estado.

A pesar de la imperante asociación con el canibalismo, los europeos no negaron completamente la humanidad de los tupí o de otros indios que vivían en sociedades sin estado. El choque de intereses entre los reyes españoles y portugueses y el clero misionero por una parte, y de la mayoría de los colonos por otra, provocó un debate sobre la humanidad de los indios que culminó con la polémica entre Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda¹³. El partido de los colonos consideraba a los indios como criaturas mentalmente deficientes, que sólo podían ser aceptados en la sociedad humana como esclavos. Las Casas y sus seguidores sostenían que los indios poseían la racionalidad suficiente como para ser considerados completamente humanos e insistían en que su derecho natural a la libertad tenía que ser respetado. El choque de intereses tuvo como resultado un acuerdo intelectual y práctico que, en teoría, reconocía la racionalidad y la libertad de los indios, sin embargo proclamaba la custodia de la Iglesia y del estado como un prerrequisito para guiar a los indios hacia un modo de vida completamente civilizado.

En Holanda, a comienzos del siglo XVII, los indios brasileños todavía estaban muy asociados con el canibalismo, aunque sólo fuera por la fama que habían alcanzado las descripciones de Léry y Staden. Seguramente, algunos holandeses eran conscientes del debate sobre la humanidad de los indios que había tenido lugar en los imperios ibéricos, ya que habrían notado sus consecuencias en las

¹² Sobre el carácter esquemático de la dicotomía de los tupí/tapuya en MONTEIRO, J. M. «The Heathen Castes of Sixteenth Century Portuguese America: Unity, Diversity, and the Invention of the Brazilian Indians». En *Hispanic American Historical Review*, 80 (2000), pp. 697-720, especialmente pp. 702-708. PUNTONI, P. *A Guerra dos Bárbaros. Povos indígenas e a colonização do sertão nordeste do Brasil, 1650-1720*. São Paulo: Hucitec, 2002, pp. 61-71. GALINDO, M. «O Governo das Almas. A expansão colonial no país dos Tapuia, 1651-1798». Disertación University Leiden, Recife: 2004, pp. 29-101. Aún es útil como un resumen de la información que figura en las obras del siglo XVII: LOWIE, R. H. En STEWARD, J. H. (ed.). *Handbook of South American Indians*. Washington D. C.: Cooper Square Press, 1946-1963, 6 vols., vol. 1, pp. 553-556 y 563-566. La identificación de los tapuya con el «Gê» se trata de forma crítica en MAYBURY-LEWIS, D. «Some Crucial Distinctions in Central Brazilian Ethnology». En *Anthropos*, 60 (1965) 340-358. CUNHA, M. Carneiro da. «Les Études gê». En *L'Homme*, 126-128 (1993), pp. 77-93.

¹³ HANKE, L. *Aristotle and the American Indians. A Study in Race Prejudice in the Modern World*. Bloomington/Indiana: University Press, 1975 (1959). PAGDEN, A. *The Fall of Natural Man*, passim.

políticas coloniales¹⁴. Con toda seguridad, muchos estaban al corriente, de una u otra forma, de los dos discursos empleados para discutir el tema, de lo que Joan Pau Rubiés denominaba el lenguaje de la cristiandad y el lenguaje de la civilidad, el discurso sobre paganos y cristianos y sobre salvajes y personas civilizadas¹⁵. Sin embargo, para la mayoría de los holandeses la humanidad de los indios habría sido tan solo un tema teórico que no les afectó especialmente hasta bien entrado el siglo XVII.

Esto cambió a finales de 1633, cuando los holandeses establecieron contactos regulares con los tapuya. La conquista de la zona noreste de Brasil se había bloqueado rápidamente en 1630. Durante tres años, las tropas holandesas estuvieron confinadas a un pequeño arrecife frente al delta del río Beberibe. Los portugueses cortaron el paso a la zona continental. Al contrario de lo que se esperaba, los indios colonizados no se sublevaron. Tras la conquista de una fortificación costera situada a trescientos kilómetros al norte, en Rio Grande, los indios no colonizados procedentes del Brasil profundo, los tapuya, entraron en contacto con ellos. Para ganarse su amistad, el comandante local, el capitán Garstman, les ofreció camisas y cuchillos y al jefe, un sombrero adornado con plumas y una espada. Gracias a un intérprete, ambas partes conversaron y formaron una alianza. El comandante hizo demostraciones del arsenal de sus cañones. Los tapuya respondieron amablemente. Según Garstman «se habían comportado de forma muy civilizada y realizaron una maniobra con arcos y flechas, separándose en tres divisiones»¹⁶. El comandante habla de este hecho como si hubiese sido una maniobra que no figuraba en el *Wapenhandelinghe* de Jacques de Gheyn, uno de los primeros manuales modernos de instrucción militar. Después «empezaron a bailar, a su manera, acompañando los movimientos con cantos. Duró más de una hora». Este fue el primer encuentro de los holandeses con la

¹⁴ SCHMIDT, B. *Innocence Abroad. The Dutch Imagination and the New World, 1570-1670*. Cambridge: University Press, 2001, pp. 73-99.

¹⁵ RUBIÉS, J.-P. «New worlds and Renaissance ethnology». En *History and Anthropology*, 6, 1993, pp. 157-197. Sobre el paganismo de los no europeos véase RYAN, M. T. «Assimilating New Worlds in the Sixteenth and Seventeenth Centuries». En *Comparative Studies in Society and History*, 23, 1981, pp. 519-538.

¹⁶ LAET, J. de. *Iaerlijck Verbael van de Verrichtingen der Geoctroyeerde West-Indische Compagnie*. Editado por l'Honoré Naber, S. P. La Haya, vol. 3, 1934, pp. 143, 213, 215 y vol. 4, pp. 6-9. Algemeen Rijksarchief (ARA), Oude West-Indische Compagnie (OWIC) 50, Journael van de tocht ofte expeditie gedaen naer Rio Grande, 5-21 de diciembre de 1633 y las cartas de Garstman al Consejo Político, 15 de febrero y 22 de marzo de 1634 y la publicación adjunta. BOOGAART, E. van den. «Infernal Allies. The Dutch West India Company and the Tarairiu, 1631-1654». En BOOGAART, E. van den (ed.). *Johan Maurits van Nassau-Siegen, 1604-1679. A humanist Prince in Europe and Brazil*. La Haya: Johan Maurits van Nassau Stichting, 1979, pp. 519-538; reimpresso en ALMEIDA, L. Sávio de, GALINDO, M. y ELIAS, J. Lopes (eds.). *Índios do Nordeste: Temas e Problemas*, 2. Maceió: UFAL, 2000, pp. 101-128.

danza de los tapuya. Poco tiempo después, la humanidad de estos indios se convertiría en un tema complicado.

Durante expediciones comunes contra las fortalezas portuguesas en Rio Grande y en Paraíba en 1634, bastante antes de la llegada de Johan Maurits van Nassau, los holandeses aprendieron más cosas sobre las costumbres de sus nuevos aliados. En una ocasión fueron testigos de cómo los tapuya trataban a sus parientes fallecidos. Un oficial polaco que trabajaba para la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, Kristof Artichewsky, describió la escena pocos años después al profesor de Amsterdam, Gerardus Johannes Vossius, quien dejó constancia de la historia en *De Theologia Gentili*, de 1641:

Ocurrió que uno de ellos murió. Los miembros de su familia lavaron el cuerpo, sacaron los intestinos, los limpiaron y quitaron el resto de la mugre. Cortaron el pelo y las uñas y los guardaron. A continuación, cortaron el cuerpo en trozos, sin desechar nada, ni siquiera los genitales, y lo asaron todo. El conjunto se ofrecía a los familiares como alimento, ya que todos los demás estaban excluidos de esta comida¹⁷.

En otra ocasión, en 1634, los holandeses se dieron cuenta de que los tapuya invocaban al diablo para predecir el futuro. Vossius dejó constancia de lo que le había dicho Artichewsky:

Artichewsky había pedido a los Tapuya que le llamasen cuando fuesen a invocar al diablo y ellos habían accedido siempre que él no perturbase o transgrediese sus rituales. Un día, los Tapuya le llamaron. Los encontró inclinados, con las piernas extendidas, formando medio círculo o media luna al borde del camino. Frente a ellos estaba el sacerdote, sentado, también en el

¹⁷ VOSSIUS, G. J. *De Theologia Gentili*. Amsterdam: Apéndice al libro 1, pp. II-III. Vossius era el *collega proximus* de Caspar Barlaeus en el Athenaeum Illustre en Amsterdam. Los estudiosos polacos conocían esta obra sobre los tapuya desde finales del siglo XIX, pero no ha sido utilizada en la literatura de los tapuya. Me di cuenta de ello gracias a ZACHOROWSKA, M. *et al.* (eds.). *Accept the Victorious Laurel. Christopher Arciszewski in the service of the Dutch West-Indian Company*. Catálogo de exposición Ethnographic Museum Cracow, 2001. Le estoy enormemente agradecido al Dr. Chr. Heesakkers, quien, amablemente tradujo el texto del latín al holandés. La traducción al inglés es mía. Barbara Berlowicz informó sobre la exhibición Artichewsky en Cracovia; Dorota Latour me aportó generosamente información adicional. Véase para Artichewsky el breve ensayo de WARSINCK, J. C. M. En LAET, J. de. *Iaerlijck Verbael*, vol. 4. Ed. por L'Honoré Naber, S. P. y WARSINCK, J. C. M. La Haya, 1934, pp. XXV-LXXIII. Para situar el trabajo de Vossius, que con acierto ha sido considerado como un pozo sin fondo de erudición, en este contexto, véase: RADEMAKER, C. S. M. ss.cc. *Leven en werk van Gerardus Joannes Vossius (1577-1649)*. Hilversum: Verloren, 1999, pp. 202-205; WICKENDEN, N. G. J. *Vossius and the Humanist concept of History*. Assen: Van Gorcum, 1993, pp. 28-30; y dos de las contribuciones de POPKIN, R. H. «The Crisis of Polytheism and the Answers of Vossius, Cudworth and Newton; Polytheism, Deism and Newton». En FORCE, J. E. y POPKIN, R. H. *Essays on the context, nature, and influence of Isaac Newton's theology*. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers, 1990, pp. 9-26 y 27-42. Véase también el número *Archiv für Religionsgeschichte*, 3, 2001. Editado por ASSMANN, J. *et al.* «Das 17. Jahrhundert und die Ursprünge der Religionsgeschichte».

suelo. El sacerdote invocó al diablo tres veces, en vano. Solo al cuarto intento una voz melódica, pero débil, como una flauta, surgió de lo más profundo del bosque. La débil voz del diablo se fue acercando, hasta que se paró junto al sacerdote, que la condujo hasta la reunión de los Tapuya. El sacerdote volvió

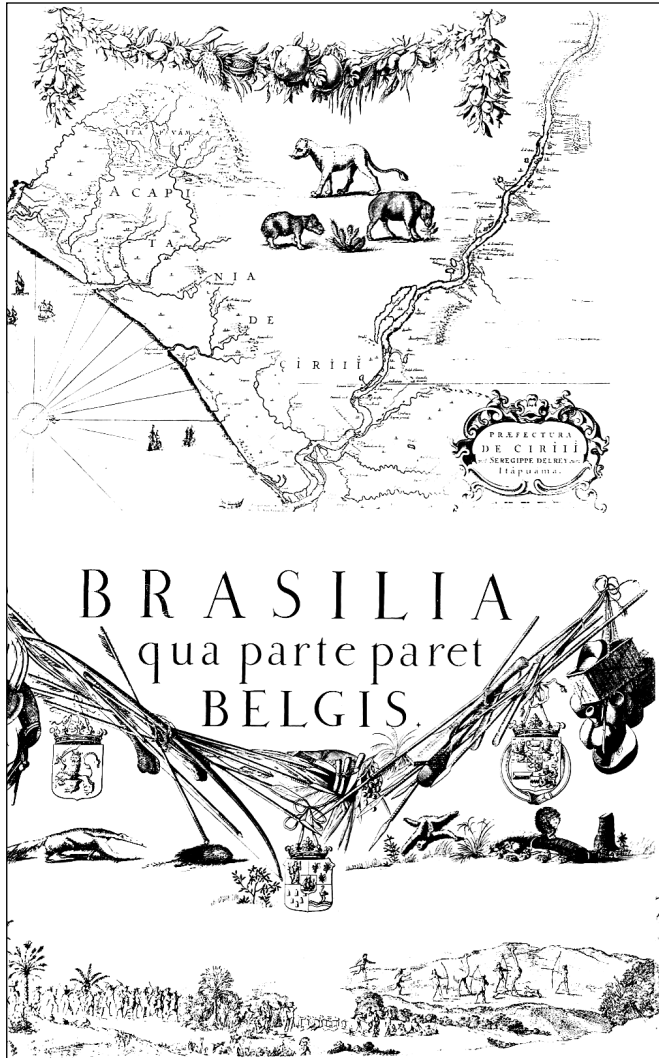


Fig. 2. El llamado Mapa Marcgraf.

¹⁸ VOSSIUS, C. J. *De Theologia Gentili*, apéndice del Libro 1, pp. III-V. Georg Marcgraf advirtió prácticas divinas y caníbales similares durante su viaje en un grupo mixto de tupí y tapuya a las tierras profundas de Ceará. BOOGAART, E. van den y BRIENEN, R. P. *Information from Ceará from Georg Marcgraf (June-August 1639)*. Río de Janeiro: Index, 2002, pp. 17-18, parte del séptimo cassette de la serie Brasil Holandés publicado por Editora Index.

a su sitio habitual y le ordenó al diablo que se sentase a su lado, frente a los hombres allí reunidos. Después hubo una discusión dinámica en la que hablaba el grupo, luego el sacerdote y de nuevo el diablo... Cuando hacía media hora que Artichewsky presenciaba la escena, el sacerdote llevó al diablo de nuevo al bosque, lo dejó allí y regresó¹⁸.

Los holandeses se dieron cuenta de que los tapuya consultaban al diablo casi a diario. Los adoradores del diablo no resultaron ser aliados muy convenientes. Eran fuertes y valientes, pero extremadamente indisciplinados y crueles. Robaban sin medida, mataban al ganado y asesinaban a mujeres y a niños indefensos. Durante las expediciones conjuntas de 1634, los holandeses apenas podían mantenerlos bajo control. En años posteriores, no pudieron evitar incursiones periódicas de los tapuya en Río Grande. Un miembro del Consejo Político de Recife concluyó:

No son un pueblo que pueda ser civilizado, que pueda establecerse y convivir con otros en el mismo país y vivir de su propio trabajo. Se niegan a trabajar, viven a costa del trabajo de los demás y echan por tierra y destruyen lo que otros han creado¹⁹.

Esta afirmación no auguraba nada bueno. El consejero declaró que los tapuya no contaban con la capacidad elemental de los hombres para vivir y trabajar juntos de



Fig. 3. Detalle del Mapa Marcgraf con la danza de los tapuya.

¹⁹ LAET, J. *Iaerlyck Verhael*, vol. 4, 78. ARA, OWIC 50, Generale Missive, 15 june 1635. Cita de esta carta.

²⁰ THOMAS, G. *Die portugiesche Indianerpolitik in Brasilien 1500-1640*. Berlin: Colloquium Verlag, 1968. HEMMING, J. *Red Gold. The conquest of the Brazilian Indians*. Cambridge: University Press, 1978.

forma ordenada con otras personas. Bajo el mandato de los portugueses, una declaración como ésta significaba normalmente que se podía dar caza a los indios implicados y convertirlos en esclavos²⁰.

Las circunstancias, más que los principios, llevaron a los holandeses a cambiar su forma de actuar. Durante el gobierno de Johan Maurits, de 1637 a 1644, intentaron mantener a los tapuya lo más lejos posible de la colonia. Sólo una vez, ante la amenaza de una invasión por parte de la gran flota del conde da Torre, les llamaron para que entraran a vigilar la costa. El gobierno colonial trató de mantener una relación amistosa y les regalaba cada año hachas, cuchillos, anzuelos, unos cuantos sombreros y camisas. Y lo que fue más importante, les protegió de los asaltos esclavistas de los colonos. El Consejo Político designó a un alemán, Jacob Rabe de Waldeck, como protector. Según el comandante del Fuerte Keulen en Rio Grande, Rabe se comportaba más como un jefe de ladrones que como un oficial nombrado para proteger el orden colonial. Durante el gobierno de Johan Maurits los habitantes de Recife apenas habían visto a ningún tapuya y lo que oyeron sobre ellos no pueden haber sido noticias muy favorables. Las tensas relaciones con sus incorregibles aliados y la baja estima en la que se les tenía hicieron que el encargo hecho por Johan Maurits de «La Danza de los Tapuya» fuese algo verdaderamente sorprendente.

La «Danza» muestra a ocho hombres tapuya (fig. 1). A primera vista parece que gesticulan mucho, pero en realidad se mueven de forma ordenada. Los hombres están frente a frente en dos filas. Prácticamente todos levantan la pierna derecha y acercan el talón al muslo. Sujetan en lo alto una lanza con el brazo derecho; dos de ellos también sujetan un aparato para propulsarlas. Estiran el brazo izquierdo, que mantiene el garrote negro y pesado hacia abajo. Hay dos excepciones parciales a este movimiento uniforme. El hombre que está más hacia la izquierda levanta el brazo izquierdo, el hombre que está más hacia la derecha estira ambos brazos hacia abajo, quizás para indicar otras fases en la secuencia de movimientos. El papel de las dos mujeres a los lados no está claro. Lo que se ha representado es una danza entre hombres, una danza que no es mixta, sin referencia alguna al libertinaje ni a la embriaguez. El trío baile, bebida y coqueteo, una combinación tan recurrente en las pinturas de las alegres compañías europeas de finales del siglo XVI y principios de XVII, no aparece en esta compañía brasileña²¹.

²¹ KOLFIN, E. «Betaamt het de Christen de dans te aanschouwen?». *Dansende élite op Noordnederlandse schilderijen en prenten (hacia 1600-1645)*. En JONGSTE, J. de et al. (eds.). *Vermaak van de élite in de vroegmoderne tijd*. Hilversum: Verloren, 1999, pp. 153-173.

²² HONOUR. *Op. cit.*, p. 81. MOSER, B. «Discovering Brazil with Albert Eckhout». En *The New York Review of Books*. 12 de agosto de 2004, pp. 8-11.

Algunos escritores, desde Hugh Honour en 1976 hasta Benjamin Moser en 2004, consideran «La Danza de los Tapuya» un documento etnográfico temprano, prácticamente único, la descripción de una costumbre extranjera sin ideas preconcebidas ni prejuicios, el triunfo del «arte de la descripción» holandés²². Otros pensadores, como Bodo Baumunk o Peter Mason, opinan que la mirada holandesa no pudo haber estado exenta de ideas preconcebidas o prejuicios, debido a la situación colonial y a que la visión del pintor y su maestro presentaba algunas lagunas en lo referente a la cultura²³. Entre las diferentes relaciones posibles, hacen hincapié en la conexión entre «La Danza de los Tapuya» y las representaciones europeas de aquelares, que muestran asimismo figuras desnudas que bailan salvajemente y actúan como caníbales. Según esta interpretación, la obra de Eckhout podría haber sido uno de tantos casos de autoidentificación negativa, empleada por los cristianos civilizados para formarse en contraposición a los salvajes paganos²⁴.

En algunos textos, como los citados anteriormente, podemos encontrar un argumento claro a favor de la interpretación de la danza como un aquelarre brasileño. En estos escritos los sirvientes de la compañía describen a los tapuya como devotos del diablo. Esta visión puede entenderse como la continuación, en el siglo XVII, de la tradición del siglo XVI que asociaba el canibalismo brasileño a influencias demoníacas. Tal percepción de los indios brasileños se habría generado y sostenido debido a que en la Europa de aquel momento la creencia en la brujería estaba muy extendida²⁵. Entre 1580 y 1630 la obsesión por el demonio se manifestó de manera virulenta en persecuciones masivas en el sur y centro de Alemania, que posteriormente se extendieron por toda Europa²⁶. Sin embargo, Baumunk y Mason defienden su tesis apoyándose principalmente en un argumento iconográfico: los motivos de los personajes desnudos

²³ BAUMUNK, B.-M. «Von Brasilischen fremden Völkern». Die Eingeborenen-Darstellungen Albert Eckhouts». En KHOL, K.-H. (ed.). *Mythen der Neuen Welt. Zur Entdeckungsgeschichte Lateinamerikas*. Catálogo de exposición Berliner Festspiele. Berlín, 1982, p. 94; MASON, P. *Infelicitities. The Representation of the Exotic*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1998, p. 60.

²⁴ VANDENBROECK, P. *Beeld van de Andere, Vertoog over het Zelf*. Catálogo de exposición, Antwerpen: Museum voor Schone Kunsten, 1987.

²⁵ CLARK, S. *Thinking with Demons. The idea of Witchcraft in Early Modern Europe*. Oxford: University Press, 1997. ROOIJAKKERS, G. et al. (eds.). *Duivelsbeelden. Een cultuurhistorische speurtocht door de Lage Landen*. Baarn: Ambo, 1994.

²⁶ BERINGER, W. «Witchcraft studies in Austria, Germany and Switzerland». En BARRY, J. et al. (eds.). *Witchcraft in Early Modern Europe*, pp. 75 y 84-88. MONTER, W. «Witch trials in continental Europe». En ANKARLOO, B. et al. (eds.). *Witchcraft and Magic in Europe: the period of the witch trials*. London: Athlone Press, 2002, pp. 1-52. El país de Nassau no parece haber experimentado una caza de brujas especialmente intensiva, pero sí la experimentaron algunos países vecinos. KOPPENHÖFER, J. «Hexenverfolgungen in der Grafschaft Nassau», publicado en Internet, historicum.net el 18 de noviembre 2003.



Fig. 4. Hombre tapuya, A. Eckhout. Museo Nacional de Dinamarca.



Fig. 5. Mujer tapuya, A. Eckhout. Museo Nacional de Dinamarca.

que bailan y se comportan como caníbales son representaciones alemanas de aquelarres del siglo XVI. Habría sido acertado que estos autores dedicasen especial atención a los aquelarres del pintor holandés del siglo XVII Jacques de Gheyn, quien trabajó para la corte de La Haya, a los registros pictóricos del Brasil holandés, que parecen relacionar la danza de los tapuya con el canibalismo, y por último, teniendo en cuenta la tradición mencionada anteriormente, a la manifestación más explícita de sometimiento al diablo²⁷.

Una de las viñetas del llamado mapa Marcgraf (fig. 2) ofrece el ejemplo más claro de la conexión entre la danza tapuya y el canibalismo²⁸. Muestra veinte indios desnudos que bailan en doble fila mientras son observados por dos mujeres con cestos sobre la cabeza y otras cinco desnudas sentadas con unos niños [fig. 3]. Posiblemente las viñetas las diseñó Frans Post, otro de los pintores que trabajaba para Johan Maurits. La disposición de los bailarines y los observadores recuerda a la obra de la danza de Eckhout. La escena situada junto al baile presenta un acto de canibalismo indio que recoge los componentes iconográficos tradicionales: extremidades humanas en una parrilla sobre un fuego humeante, a la derecha nueve mujeres desnudas y un hombre que descuartiza un cuerpo humano y a la izquierda ocho personajes desnudos, probablemente mujeres ebrias. No aparecen representados ni demonios ni actos de libertinaje, aunque sí se aprecian otros elementos de la iconografía de los aquelarres: los bailes, la borrachera y el canibalismo. Sin embargo, hay que decir que la escena se parece más a una agradable merienda entre salvajes que a un eufórico banquete para celebrar la comunión con el diablo.

Por lo tanto, parece que existen razones sólidas para interpretar «La Danza» de Eckhout como una escena demoníaca si lo asociamos a las tradiciones textuales e iconográficas. Sin embargo, existen dudas acerca de si este proceso es aplicable a este caso. En «La Danza» de Eckhout no aparecen los elementos habituales del banquete del diablo. Es evidente que las figuras que se pueden observar en la obra son caníbales, pero nada hace referencia explícita al tipo de ritual que están llevando a cabo. Y no porque Eckhout evitara representar alusiones explícitas. Las extremidades humanas en el cesto de la «Mujer Tapuya», una obra

²⁷ ZIKA, Ch. *Exorcising our Demons. Magic, Witchcraft and Visual Culture in Early Modern Europe*. Leiden: Brill Academic Publishers, 2003, pp. 411-479. LÖWENSTEYN, M. «Peindre le Pandémonium païen: images du sabbat des sorcières aux Pays-Bas». En JAKUES-CHAQUIN, N. y PRÉAUD, M. (eds.). *Le sabbat des sorcières en Europe (X^{ve}-XVIII^e siècles)*. Grenoble: Editions Jérôme Millon, 1993, pp. 427-438.

²⁸ WHITEHEAD y BOESEMAN. *A Portrait of Dutch Seventeenth-Century Brazil*, pp. 156-157. Las otras dos representaciones de la danza de los tapuya en el registro pictórico del Brasil holandés son la escena de fondo en el «Hombre Tapuya» de Eckhout y en la p. 103 del *Thierbuch* de Wagner. Son danzas en círculos, aspecto, entre otros, por el que se diferencian de la danza en fila que aparece en la pintura que estamos tratando. Presentan una relación (difuminada) entre danza y canibalismo.

que podría haber pertenecido al mismo grupo de pinturas que «La Danza», muestra que Eckhout podía ser muy explícito cuando lo creía necesario. Tampoco se perciben en la obra referencias a la borrachera y la lujuria. Lo que podemos ver es un baile ordenado de varones que no se mezclan entre sí, mientras son observados por dos mujeres cohibidas. No se aprecian ni el éxtasis al que conduce el alcohol ni bailes que lleven a cometer actos crueles y licenciosos. Si realmente el tema de la obra es la comunión con el diablo, ¿por qué eligió Eckhout ofrecer una referencia velada, si en otros cuadros representaba explícitamente a los actos paganos de inhumanidad de los tapuya?

La representación de la danza de los tapuya como un baile indudablemente salvaje, aunque ordenado y reprimido, justifica una segunda mirada a los escritos de los sirvientes de la compañía. ¿Qué querían decir exactamente cuando describieron a los tapuya como devotos del diablo? ¿Creían los sirvientes de la compañía en la brujería, tal como hacían en el siglo XVI los jesuitas y los protestantes Hans Staden y Jean de Léry? ¿Estaban realmente convencidos de que el canibalismo y la danza de los tapuya eran manifestaciones de posesión demoníaca?

No parece ser así. En la mayor parte de las descripciones podemos encontrar comentarios sobre el endocanibalismo de los tapuya bastante moderados, casi podríamos decir relativistas culturales, tan faltos de emoción como las viñetas del mapa Marcgraf. Al contrario que las fuentes portuguesas, que describían a los tapuya como más depravados incluso que los tupí, las fuentes holandesas los muestran como una clase mejor de caníbales. Por ejemplo Vossius, siguiendo el camino de Artichewsky, dice:

[los tapuya] son mejores que los caníbales que se comen los cuerpos de sus enemigos, puesto que sólo ingieren los cuerpos de los amigos caídos o fallecidos, como muestra de su respeto y su amor, como si no quisiesen dejarlos descomponerse y ser pasto de los gusanos y prefiriesen enterrarlos en su vientre y transformarlos en humores y sangre, e incluso en su propio espíritu, su posesión más preciada²⁹.

En mi opinión, no deberíamos entender este texto como una muestra de relativismo cultural extremo, sino más bien como un intento de acabar con la

²⁹ VOSSIUS, G. J. *De Theologia Gentili*. Apéndice al libro I, p. II. C. BARLAEUS, C. *Nederlandsch Brazilië onder het bewind van Johan Maurits, Grave van Nassau, 1637-1644*. Traducido por S. P. Naber. La Haya, 1923, p. 328. HERCKANS, E. «Generale Beschrijvinge van de Capitanie Paraiba». En *Bijdragen en Mededelingen van het Historisch Genootschap*, 2, 1879, pp. 358-367. La información biográfica del autor está tomada de WÖRP, J. A. y HERCKANS, E. En *Oud Holland*, II, 1893, pp. 162-177. HULCK, G. Gerbrantsz. *Korte beschrijvinge van de Staponiers in Brasiel*. Alkmaar: 1635, pp. 6-7.

visión demoníaca del canibalismo y tratarlo como una costumbre humana dentro de los perímetros de lo imaginable y lo comprensible³⁰.

Del mismo modo, la descripción que hace Vossius sobre la invocación del diablo para predecir el futuro indica claramente que no todos los sirvientes de la compañía creían en la presencia corporal del diablo ni en su intervención directa en la vida de los tapuya. Artichewsky dudaba que el diablo participase en el desarrollo de esas reuniones. Vossius compartía estas dudas pero se mantenía circunspecto.

¿Alguien se preguntaba si esa figura que llamamos diablo (y que los tapuya habían invocado) era en realidad el diablo? En mi opinión todo este asunto era un engaño, y no sólo demoníaco, sino también humano. Cuando Artichewsky posteriormente, en un momento más oportuno, les preguntó a los tapuya, por qué un hombre al que había visto en varias ocasiones se hacía pasar por el diablo, respondieron que tal cosa no era cierta y que se trataba del verdadero demonio. Sin embargo, Artichewsky ya había visto a ese hombre varias veces. La voz aguda se debía a una caña de bambú o a otro objeto que se colocaba en la boca. Pero que el engaño fuese humano no quiere decir que el diablo no participase en él. El hecho de que predijesen con toda explicitud acontecimientos futuros que los hombres no habrían podido conocer hace mirar en otra dirección³¹.

Vossius no niega que de vez en cuando el diablo permitiese a los tapuya vislumbrar el futuro. Pero no parece creer que el diablo estuviese de cuerpo presente o que dirigiese detalladamente sus vidas, ya que termina su escrito con el siguiente comentario: «qué límites tan reducidos ha impuesto Dios a aquellos que se han dedicado por completo a adorar al diablo en nuestro tiempo»³². Puede que los tapuya se comunicasen diariamente con el diablo pero lo que sucedía en estos encuentros era en gran medida un engaño humano.

Los métodos que emplearon las élites holandesas para liberarse de este universo mágico y de la demonología han recibido un estudio limitado³³. Desde mi

³⁰ Barlaeus no menciona esta anécdota, pero la actitud de los observadores que recibieron una educación clásica puede haberse visto influida por el recuerdo de la reina Artemisia, quien no solamente construyó el mausoleo en Halicarnaso para su esposo Mausolos, una de las siete maravillas del mundo, sino que se convirtió en su sepulcro al beber sus cenizas disueltas en líquido. La colección del gobernador Frederik Hendrik y su esposa Amalia alberga dos cuadros sobre este tema, uno de Rubens y el otro de Honthorst. El tema era popular entre las viudas devotas. Tanto Louise de Coligny como Catharina de Medici o Anna de Hannover poseían pinturas de Artemisia. PLOEG, P. van der y VERMEEREN, C. (eds.). *Vorstelijk Verzameld. De kunstcollectie van Frederik en Amalia*. La Haya: Waanders, 1997, p. 152.

³¹ VOSSIUS, G. J. *De Theología Gentili*, pp. V-VI.

³² *Ibid*, p. VI.

³³ FRIJHOFF, W. «The Emancipation of the Dutch Elite from the Magic Universe», en Dale Hoak y Mordechai Feingold (eds.). *The World of William and Mary. Anglo-Dutch Perspectives on the Revolution of 1688-1689*. Stanford, Cal.: University Press, 1996, pp. 201-218. Idem. «The Meaning of the



Fig. 6. Mujer tapuya, A. Eckhout. Museo Nacional de Dinamarca.



Fig. 7. Hombre tupí, A. Eckhout. Museo Nacional de Dinamarca.

punto de vista (las fuentes son pocas e indirectas), Johan Maurits y algunos de los oficiales de alto rango de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales que escribieron sobre los tapuya pertenecían a la corriente intelectual que se había mostrado escéptica ante la intervención directa y habitual de seres sobrenaturales en asuntos terrenales. Parece que estaban convencidos de que los propios tapuya, y en especial sus «sacerdotes» y «reyes», eran responsables de su modo de vida. Puede que la adoración al diablo fuese una religión totalmente perversa, pero servía para unir a la comunidad. Barlaeus, en un texto que trata sobre la magia adivinatoria de los tapuya, expuso este punto de vista como una máxima general: «[Sus ceremonias] demuestran que muchos prefieren regirse por la superstición... Pero en su razonamiento aparece algo más sagrado que el hombre, que permite la fundación y el mantenimiento del Estado, por muy depravada que sea su religión»³⁴. Esto implicaba que los tapuya podían cambiar sus costumbres si se daban las condiciones adecuadas.

No todo el mundo en Brasil compartía esta visión. He citado anteriormente a un miembro del Consejo Político de Recife, que decía que «los tapuya no son un pueblo que pueda ser civilizado». Sin embargo, la política oficial durante el gobierno de Johan Maurits establecía que era necesario hacer un esfuerzo y se prohibió esclavizar a los tapuya. Se ordenó a los sirvientes de la Compañía que los tapuya participasen en el orden colonial como ciudadanos libres. Esta política parecía razonable después de los logros conseguidos con los tupí. Habían sido caníbales salvajes como los tapuya, pero se habían convertido relativamente en un estrato de la población de la colonia. Eran la muestra de que los caníbales podían llegar a ser seres civilizados. Esto fue lo que Johan Maurits mandó representar a Eckhout en los retratos tamaño natural de las parejas tupí y tapuya (figs. 4, 5, 6 y 7). Las dos parejas de cuadros muestran los efectos del colonialismo en una austera imagen de «antes y después».

Siguiendo la línea de esta política, las descripciones holandesas, como los cuadros de Eckhout, se preocupan por dar fe de que el salvajismo de los tapuya presentaba signos de comedimiento. A pesar de que eran polígamos defendían los valores de la familia. Las mujeres se mantenían castas hasta el matrimonio y se guardaba firmemente la fidelidad conyugal. La sociedad de los tapuya era jerárquica. A algunos se les consideraba nobles, aunque su único signo de distinción eran las largas uñas de los dedos de las manos. Reconocían la autoridad de los sacerdotes y los jefes, a pesar de que los sacerdotes servían al diablo y

...rvelous: on religious experience in the early seventeenth-century Netherlands. Questioning the extraordinary». En LAYENDECKER, L. *et al.* (eds.). *Experiences and Explanations: historical and sociological essays on religion in everyday life*. Leeuwarden: Fryske Akademy, 1990, pp. 79-102.

³⁴ BARLAEUS, C. *Nederlandsch Brazilië*, p. 326.

los jefes no se comportaban como hombres de estado. Las descripciones de los holandeses no trataban a los tapuya ni como demonios ni como bestias, sino que intentaban destacar su mínima humanidad³⁵.

En su historia sobre el mandato de Johan Maurits en Brasil, Barlaeus presenta una visión benevolente del salvajismo de los tapuya, en contra de la máxima general:

Es preciso estudiar las costumbres de los pueblos con gran cuidado y admirar la sabiduría de la naturaleza que les ha envuelto con hábitos y pasiones tan diversas, como las ramas de un árbol; esto eleva la mente y nos lleva a comportarnos de manera diferente entre aquellos que observan costumbres distintas y nos enseña qué cosas buenas podemos esperar de un pueblo y qué cosas malas podemos temer. Puesto que no hay un pueblo, no importa cuán ordenado y estricto, cuyas costumbres no puedan mejorar, ni hay un pueblo tan salvaje que carezca de cualidades³⁶.

Podría entenderse este texto como una afirmación del interés etnográfico que Hugh Honour, entre otros, observó en las pinturas de Eckhout. Este interés se entendía no como un interés etnográfico centrado especialmente en la diversidad cultural o en el intento de ser políticamente neutral, sino como un interés que presupone una naturaleza humana y valora el compromiso político.

El interés etnográfico que demuestra Eckhout en «La Danza de los Tapuya» no le llevó a dejar constancia de la variedad de costumbres de los tapuya, ni a representar los bailes de casamiento, las danzas de guerra o cualquier otro baile del que los holandeses hubieran tenido conocimiento³⁷. Por el contrario, se centró en la humanidad que revelaban los bailes de los tapuya. Personalmente, creo que su pintura atribuye al baile de los tapuya la demostración de una capacidad humana universal: el sentido de la comunidad, la capacidad de ser civilizados. Esta opinión se basa en la descripción de los cuadros que Johan Maurits presentó a Luis XIV, tal vez escrita por el mismo Nassau, en la que hace referencia a la danza de los tapuya. El autor afirma que las canciones que acompañaban los bailes relataban hechos heroicos de los ancestros en la guerra contra los portugueses: «de tal manera que las canciones les servían de memoria como a nosotros las historias»³⁸. Entre los tapuya, la danza y el canto eran

³⁵ BOOGAART, E. van den. *Infernal Allies*, pp. 531-535.

³⁶ BARLAEUS, C. *Op. cit.*, p. 30.

³⁷ BARLAEUS, C. *Op. cit.*, pp. 326 y 329. HERCKMANS, E. *Generale Beschryvinge*, p. 255. BARO, R. *Relation du voyage... au pays des Tapuies*. París: 1651, pp. 235, 241, 289, 302 y 305. MARCGRAVE, J. *Historia Natural do Brasil*. São Paulo: Imprensa Oficial do Estado, 1942, pp. 281-282.

³⁸ Descripción de los cuadros vivos que el Príncipe Maurits van Nassau ofrece al rey Luis XIV, en LARSEN, E. *Frans Post, interprète du Brasil*. Amsterdam, 1962, p. 258. Para un comentario sobre este texto véase WHITEHEAD, P. y BOESEMAN, M. *A Portrait of Dutch Seventeenth-Century Brazil*, pp. 111-114.

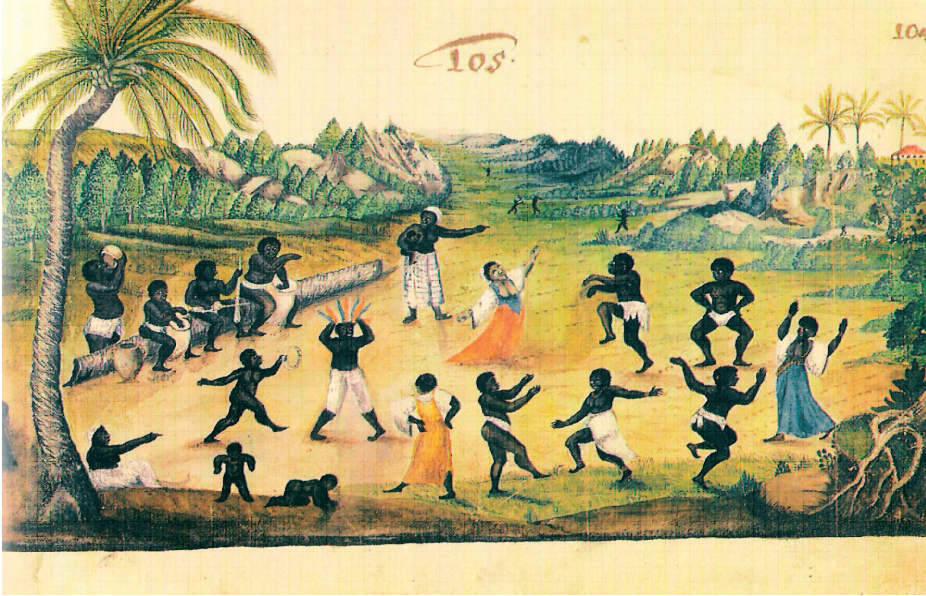


Fig. 8. Zacharias Wagener. *Negros dançando ao som de tambores e instrumentos de Cordas.* *Thierbuch*, 1634-1641).

ejercicios de solidaridad con los ancestros fallecidos, un modo de «mantenerse unidos en el tiempo» si usamos la acertada fórmula de William McNeill³⁹.

Zacharias Wagener, uno de los sirvientes de la corte de Johan Maurits en Brasil, reconoció en los bailes de los tapuya otro aspecto del sentimiento de comunidad, implícito también en la fórmula de McNeill: la disciplina de realizar los mismos movimientos al mismo tiempo durante un largo rato, el ejercicio de solidaridad con el modo de vida de la comunidad originaria. Normalmente Wagener menospreciaba a los tapuya, pero tuvo que admitir que sus bailes le producían asombro, más que miedo o repugnancia, que es lo que habría sentido si les hubiera observado durante las ceremonias demoníacas. Los tapuya bailaban «completamente desnudos, dando fuertes gritos, en círculo, manteniendo entre ellos el orden, durante dos o tres horas, un espectáculo que a muchos complacía y agradaba, a la vez que sorprendía enormemente»⁴⁰. En un álbum de dibujos copiados de trabajos de Eckhout y Post, Wagener

³⁹ McNEILL, W. H. *Keeping Together in Time. Dance and Drill in Human History*. Cambridge, Mass.: University Press, 1995. JAMES, W. *The Ceremonial Animal. A new portrait of Anthropology*. Oxford: University Press, 2003, pp. 74-92.

⁴⁰ FERRÃO, C. y SOARES, J. P. Monteiro (eds.). *The «Thierbuch» and «Autobiography» of Zacharias Wagner*. Río de Janeiro: Index, 1997, pp. 188-189.

compara la danza de los tapuya con los bailes de los esclavos negros (fig. 8)⁴¹. En el comentario a uno de los dibujos explica que cuando los esclavos tenían el día libre bebían y bailaban durante todo el día, de una manera desordenada. Los niños bailaban junto con los adultos, los hombres se mezclaban con las mujeres, los tambores resonaban de modo ensordecedor. Los negros bailaban en estado de trance, fuera de sí. Ensordecidos, borrachos y sucios, acababan por no reconocerse los unos a los otros. Frente a este espectáculo de desintegración social, la danza de los tapuya muestra una vinculación social afectiva.

La ausencia de alusiones a influencias demoníacas sugiere que es más apropiado interpretar «La Danza de los Tapuya» desde el «lenguaje de la civilización» que desde el «lenguaje de la cristiandad». Opino que Johan Maurits y los trabajadores de alto rango de la compañía se alejaron considerablemente del universo mágico. Esto les permitió observar la danza de los tapuya con un interés etnográfico secular, distinto del interés religioso de los jesuitas, Staden y Léry en el siglo XVI. En vez de creer en la brujería, creían en los aspectos de desarrollo social. Esta orientación secular se caracterizaba por dos convicciones, que quizás se adujeron para explicar la concepción de la danza como un «mantenerse unidos en el tiempo». En primer lugar, creían que la danza podía fomentar un comportamiento social comedido, creencia que justifica que algunos miembros de la corte de Johan Maurits hubiesen aprendido un baile tranquilo y refinado como elemento para su formación⁴². En segundo lugar, el respeto por el movimiento colectivo, prolongado y uniforme fue imitado por un grupo de militares, que puso en práctica una moderna instrucción que habían creado el padre y el tío de Johan Maurits, el gobernador Maurits⁴³. Ambas convicciones hicieron que se entendiera la danza como una técnica social, más que como una seducción diabólica.

La última vez que los holandeses tuvieron la oportunidad de llegar a una conclusión sobre la danza de los Tapuya fue una demostración en el palacio de Johan Maurits en La Haya en 1644. Fue una actuación sorpresa ante una audiencia extremadamente correcta. Johan Maurits había invitado a su

⁴¹ *Ibid.*, pp. 192-194. Véase para la práctica y apreciación de la danza frenética en Europa: VAN-DEBROECK, P. *De kleuren van de geest. Dans en trance in de Afro-Europese traditie*. Catálogo de exposición. Antwerpen: Museum voor Schone Kunsten, 1997.

⁴² FILMER, P. «Embodiment and Civility in Early Modernity: Aspects of Relations between Dance, the Body and Sociocultural Change». En *Body & Society*, 5, 1999, pp. 1-6. Para un comentario sobre las danzas en Países Bajos, véase NAEREBOUT, F. G. «Het zeventiende-eeuwse Nederlandse protestantisme en de dans». En *Volkskundig Bulletin*, 16, 1990, pp. 125-155. KOLFIN, E. «Betaamt het de Christen de dans te aanschouwen?» *Dansende élite op Noordnederlandse schilderijen en prenten (circa 1600-1645)*, pp. 167-168.

⁴³ McNEILL, W. H. *The Pursuit of Power*. Oxford: University Press, 1983, pp. 126-139.

casa a miembros de la élite holandesa, incluidos algunos predicadores calvinistas y sus mujeres. Cuando se reunieron en la sala de visitas, las puertas que daban al exterior estaban cerradas y de una pequeña habitación contigua emergieron unos tapuya desnudos y comenzaron la actuación. Parece una provocación a los burgueses, a los provincianos, por parte del aristócrata, del hombre de mundo. Puede que Johan Maurits quisiese causar conmoción o hilaridad. La interpretación de la danza de Eckhout que propone en sus textos confirma la sospecha de que la intención provocativa no es más que la mitad de la explicación⁴⁴. Con la actuación sorpresa Johan Maurits pudo haber querido mostrar la elemental racionalidad social de los tapuya y la perspicacia de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales y de los Estados Generales, que les habían liberado de la esclavitud poco antes. Quizás los tapuya bailaron en la Mauritshuis para justificar su recién ganada libertad.

⁴⁴ La demostración «antropológica» en la Mauritshuis se diferencia de los ballets exóticos burlescos del momento. Pero los que estaban familiarizados con este tipo de actuaciones quizás esperaban una intención más seria detrás del divertidísimo acontecimiento. FRANKO, M. *Dance as Text. Ideologies of the Baroque Body*. Cambridge: University Press, 1993.

El *post-bellum* en Pernambuco: reflejos políticos y sociales de la dominación holandesa

GEORGE FÉLIX CABRAL DE SOUZA
*Becario CAPES-Brasil. Centro de Estudios Brasileños
Universidad de Salamanca*

EL AÑO 2004 está marcado en la historia de Brasil por dos importantes efemérides: los 350 años de la Restauración Pernambucana, nombre dado a la victoriosa campaña de los luso-brasileños en Pernambuco contra los efectivos de la *West Indische Compagnie* neerlandesa en 1654 y el cuarto centenario del nacimiento de Johan Maurits van Nassau-Siegen, noble alemán encargado de la administración de la conquista neerlandesa en el nordeste de Brasil (1637-1644). Por eso, escapando un poco a la temática base de este volumen, consideramos oportuno hacer aquí algunos comentarios sobre los efectos más directos de la presencia de los holandeses y de su posterior expulsión de esta capitanía. Nuestra intención es, por lo tanto, no abordar directamente el período holandés sino algunos aspectos de lo que pasa en Pernambuco, más concretamente en Recife, desde la segunda mitad del siglo XVII hasta principios del XIX.

* Esta investigación ha sido posible gracias a la beca concedida por CAPES dentro del Proyecto de investigación: «Historia de la cultura e identidad regional en Brasil y América de habla hispana» del Programa Conjunto Hispano Brasileño, financiado por los Ministerios de Educación de España y Brasil.

Siempre hubo un gran interés por parte de los investigadores brasileños por el período de dominación neerlandesa en el nordeste de Brasil. Frente a los venticuatro años de presencia holandesa, ricamente documentados por el celo administrativo de la *wic*, el período correspondiente a la segunda mitad del siglo xvii y al siglo xviii, con pocos momentos de excepción, hace triste figura¹. Sin embargo, en Pernambuco, esta fase está marcada por la generación y eclosión de fuertes tensiones entre los intereses locales y la política metropolitana.

El Recife dejado por los holandeses superaba en mucho, desde el punto de vista de la importancia como centro urbano, a la destruida Olinda, villa que antes de la invasión holandesa era de las más ricas e imponentes del mundo atlántico portugués. La *urbs* duartina era muy conocida por la magnificencia y belleza de sus edificios civiles y eclesiásticos y por el lujo, ostentación y libertinaje (la criticaban algunos) experimentados en las moradas de los ricos terratenientes. Varios testimonios de época destacan la riqueza en el vestir y comer de aquellas viejas familias del seiscientos².

Sin embargo, para el invasor neerlandés, Olinda, a pesar de la infraestructura que ya poseía, no se presentaba como un sitio confortable para la ocupación. Olinda no era adecuada, por su geografía, para las técnicas defensivas holandesas, mucho más apropiadas para los terrenos bajos, tan característicos del espacio neerlandés. Recife se parecía mucho más a los modelos conocidos y practicados por los invasores. Además, en Recife, que dista unos seis kilómetros de Olinda, los neerlandeses estaban más cerca de sus barcos, y esta cercanía era fundamental en el caso de que se hiciese necesaria una fuga rápida. La opción de tomar Recife como centro administrativo acabó por realizarse y Olinda fue incendiada para que no pudiera ser utilizada como trinchera por los luso-brasileños. Las consecuencias de este hecho para Recife fueron fundamentales para la consolidación del antiguo puerto de Olinda como un importante centro urbano³.

¹ MELLO, E. Cabral de. *A Fronda dos Mazombos, Nobres Contra Mascates, Pernambuco 1666-1715*. São Paulo: Cia. das Letras, 1995, p. 12.

² Varios testimonios de cronistas y viajeros están reunidos en MELLO, E. Cabral de. *Rubro Veio: o imaginário da Restauração Pernambucana*. 2.^a edición. Río de Janeiro: Topbooks, 1997, pp. 244-246.

³ «Olinda tinha um perímetro ocupado muito grande. Fortificar tal sítio não era impossível mas custoso. Não era tarefa fácil para quem não tinha o domínio ainda das matas e das olarias e pedreiras. Em novembro de 1631 [...] as pedras aproveitáveis das construções mais sólidas da vila começam a ser desmontadas e trazidas para as novas construções no Recife. Depois vêm o abandono e o incêndio. Incêndio que atingiu fortemente o grande número de casas de taipa e pau-a-pique. Igrejas e conventos também foram atingidas pelo fogo mas algumas salvas pela população que ficara na vila, por índios e alguns religiosos. Tudo ardeu em chamas, num espetáculo que por grandioso foi também terrível». MENEZES, J. L. Mota. *Olinda*. En *Revista do Instituto Arqueológico, Histórico e Geográfico de Pernambuco*, vol. LX, Recife: 2002, pp. 49-51. MELLO, J. A. Gonsalves de. *Tempo dos Flamengos: influência da ocupação holandesa na vida e na cultura do norte do Brasil*. 2.^a edição. Recife: CEPE, 1978, pp. 47-51.

Después del final de la Guerra de Restauración Pernambucana (1645-1654), el retorno de la capitalidad de la capitanía de Recife al viejo burgo fundado por Duarte Coelho, inició una delicada cuestión que nos permite trazar aquí un rápido panorama del período posterior a la expulsión de las fuerzas de la *West Indische Compagnie*.

Como primer punto podemos destacar la decadencia de Olinda como centro urbano. Después del gran incendio provocado por las tropas de la *wic* en noviembre de 1631, la cabeza de la capitanía jamás alcanzó la grandeza y la riqueza que había sido una característica destacada por los cronistas que la visitaron antes de la invasión. Por otro lado, el hecho de haber sido la sede de la administración de la conquista holandesa en Brasil, hizo de Recife un asentamiento urbano que ofrecía significativas ventajas como centro de poder. Aún así, la carga simbólica de Olinda como *urbs* «azucarocrática» prevalece en el momento en el cual Vidal de Negreiros, héroe de la guerra de restauración nombrado gobernador de Pernambuco (1657-1661), devuelve la capitalidad a su antiguo sitio en una decisión unilateral⁴.

De hecho, eso no representó un gran empuje en la reestructuración de la villa. Olinda se mantenía como un símbolo del viejo orden señorial, pero no como su sede urbana pues, en el período *post-bellum*, los terratenientes se encontraban dispersos por las feligresías rurales de la capitanía⁵. A título de ejemplo, solamente en 1676, después de su nombramiento como sede del obispado de Pernambuco y consecuente elevación al rango de ciudad se consiguió acabar la reconstrucción de la iglesia matriz de la villa, sin duda su edificio más importante⁶.

A partir de 1661, el sucesor de Negreiros, Francisco de Brito Freire, temiendo enfrentarse a la corona y al gobierno-general, dado que aún no se había definido totalmente la situación de la capitalidad, decidió asistir alternativamente a las dos localidades⁷. Brito Freire tenía la misión de organizar las defensas del puerto manteniendo la excelente estructura dejada por la *West Indische Compagnie*, que hacía de Recife un lugar prácticamente inexpugnable. Dicha misión formaba parte de las instrucciones secretas del nuevo gobernador que determinaban que preparara la capitanía de Pernambuco para la eventual necesidad de huida de la corte portuguesa a su colonia, dada la complicada situación en que se hallaba el pequeño reino ante sus poderosos enemigos en

4 ACIOLI, V. L. Costa. *Jurisdição e Conflito: aspectos da administração colonial. Pernambuco, século XVII*. Recife: Editora Universitária. UFPE, 1997, pp. 83-89.

5 MELLO, E. Cabral de. *Rubro Veio*, pp. 249-250.

6 ACIOLI, V. L. Costa. *Jurisdição e Conflito*, pp. 88.

7 ACIOLI, V. L. Costa. *Jurisdição e Conflito*, pp. 83-89.

Europa. Episodio similar, como sabemos, se concretó en el siglo XIX, con la transferencia de la corte a Río de Janeiro⁸.

Pese a la constante determinación de la corona para que sus funcionarios vivieran y trabajaran en Olinda, estos continuaron prefiriendo Recife a la hora de establecerse. Las actividades comerciales del puerto de Olinda eran muy atractivas y permitían complementar, lícita o ilícitamente, los bajos salarios pagados por la metrópoli⁹. Comenta Cabral de Mello la decisión de la corona de mantener la capital en Olinda

A execução escrupulosa da ordem régia será sabotada por mais de meio século. Às autoridades vindas da metrópole não encantava a perspectiva de se desenterrarem entre as colinas e ladeiras silenciosas de Olinda, por onde só transitavam, de espaço a espaço, algum frade a caminho do seu convento ou algum negro a mandado do seu senhor. Os agentes d'El Rei não tinham a menor intenção de se privar do conforto, dos recursos e da sociabilidade reinol que lhes podia oferecer a ex-capital do Brasil holandês. Nascia assim um dos mais freqüentes conflitos entre a Câmara de Olinda, os Governadores e os Ouvidores¹⁰.

Por lo tanto, aunque después de la expulsión de los holandeses Olinda vuelve a ser la capital de la capitanía, en realidad, es Recife la que pasa a ser el «corazón» de Pernambuco.

Otro rasgo característico del período *post-bellum*, es la perceptible desorganización de la jerarquía administrativa en la capitanía. Durante el conflicto la *Câmara Municipal* de Olinda y los gobernadores-capitanes de la guerra incrementaron sus atribuciones. La municipalidad olindense asumió prerrogativas supramunicipales, principalmente en los temas fiscales. Los gobernadores-capitanes vieron sus poderes de mando aumentados, especialmente en las cuestiones referentes a las capitánías vecinas, también llamadas anexas. El mismo enfrentamiento entre Vidal de Negreiros y el gobernador-general Barreto de Menezes sobre la transferencia de la capitalidad de Recife hacia Olinda ilustra estas tensiones. Ésas dos instancias de poder local se resistieron fuertemente a las intenciones de la corona de mermar sus competencias.

⁸ MELLO, E. Cabral de. *Fronda dos Mazombos*, pp. 150-151.

⁹ La participación de funcionarios regios en las actividades comerciales locales en las colonias es un hecho bastante conocido tanto para Brasil como para Hispanoamérica. BOXER, Ch. R. *A idade de ouro do Brasil: dores de crescimento de uma sociedade colonial*. 3.^a edición. Río de Janeiro: Editora Nova Fronteira, 2000, p. 49; LOCKHART, J. y SCHWARTZ, S. B. *América Latina en la edad moderna: una historia de la América Española y el Brasil coloniales*. Madrid: Akal Ediciones, 1992, pp. 103 y 230.

¹⁰ MELLO, E. Cabral de. *Fronda dos Mazombos*, p. 153.

La *Câmara* de Olinda siempre procuró justificar sus posiciones afirmando que Pernambuco fue liberado de los «herejes holandeses», con el esfuerzo de la población local, esfuerzo desasistido y hasta desaconsejado por la corona. Siendo los pernambucanos fieles vasallos no dudaron en volver a los dominios del rey, aunque podrían haberse puesto bajo vasallaje de otro monarca cristiano. Seríamos los pernambucanos, por lo tanto, más bien vasallos políticos que naturales del monarca portugués, de ahí surge la idea de la existencia de una relación contractual entre Pernambuco y Lisboa¹¹.

Los premios por tanta fidelidad deberían ser la preferencia en la ocupación de los cargos administrativos, militares y eclesiásticos en la capitania y también un tratamiento fiscal más benevolente con estos súbditos que ya habían pagado con su «sangre, vidas y riquezas» la guerra de restauración. Aquí tenemos la consigna del discurso nativista pernambucano desde entonces hasta el siglo XIX.

Al contrario de lo que deseaban, a Pernambuco tocó el incremento de la carga tributaria y la designación de gobernadores ajenos a la capitania. De hecho, la corona jamás asumió ningún compromiso contractual con la nobleza terrateniente pernambucana. No sorprende que en fecha tan cercana a la restauración de Pernambuco como es 1666, se produzca la destitución del gobernador Jerônimo Mendonça de Furtado.

Además de esta flagrante inestabilidad política, el período que va de 1654 a 1710 está marcado por una crisis aguda del negocio del azúcar, con el consecuente endeudamiento de los productores con una clase de comerciantes formada por elementos provenientes de Portugal. La separación entre los estratos productores y los comerciantes es uno de los rasgos peculiares del Pernambuco *post-bellum* destacados por Evaldo Cabral de Mello en sus obras sobre el período. Los terratenientes, o sea la nobleza de la tierra, pusieron a estos comerciantes el apodo de *mascates*¹².

Siguiéndose una tendencia muy pronunciada en la segunda mitad del siglo XVII, a medida que los *mascates* se consolidaron desde el punto de vista económico, pasaron a desear participar en las instancias locales de poder, léase, en

¹¹ MELLO, E. Cabral de. *Rubro Veio*, pp. 105-151.

¹² «A recessão dos Seiscentos induziu esses capitais a abandonarem a etapa produtiva para se concentrarem na comercial, o que se deu especialmente em Pernambuco, onde o fenômeno recebeu o estímulo da guerra e da ocupação holandesa. Quando o Nordeste regressou ao domínio da Coroa lusitana, os antigos homens de negócio marranos foram substituídos pelos chamados “mascates”, isto é, pequenos comerciantes cristãos-velhos que haviam emigrado do norte de Portugal e, ao cabo de muitos anos de trabalho aturado, se tinham convertido em “mercadores de sobrado”, capitalistas que investiam nos ramos mais diversos, como o comércio em grosso, a importação de africanos, o arrendamento dos contratos de cobrança de impostos e por fim o financiamento da produção açucareira». MELLO, E. Cabral de. *Um imenso Portugal*. São Paulo: Topbooks, 2003, p. 115.

la *Câmara Municipal* de Olinda¹³. La nobleza no encontraba de su agrado ceder espacio político a sus odiados acreedores.

La concepción contractualista que la nobleza de la tierra asumió y los tradicionales prejuicios relativos a la habilitación para ocupar cargos municipales eran los elementos manejados por los terratenientes para mantener lejos del poder político a una clase significativa de hombres de negocios de Recife. Estos negociantes tenían frecuentemente orígenes nada gloriosos, como es el caso de Joaquim de Almeida, patriarca de la comunidad de los *mascates* y rico comerciante, *vereador* (regidor) elegido para la frustrada edilidad recifense de 1710, que empezó en Pernambuco como «moço de mulato», o sea, como ayudante de un hombre de negocios mestizo¹⁴. Otro caso, este mejor estudiado, es el de Antônio Fernandes Matos. Oriundo de la villa de Moreira do Lima, en el norte de Portugal, era maestro pedrero. No se sabe exactamente cuando llegó a Pernambuco, pero en 1671 ya era propietario de parcelas en Recife, y pedía autorización para construir casas en ellas. Se dedicó con éxito a las actividades comerciales: tejidos, azúcar, tabaco y esclavos aparecen en sus libros de cuentas. No abandonó las actividades de constructor, dirigiendo un gran grupo de artesanos y esclavos (noventa y ocho en el momento de su muerte en 1701)¹⁵.

Fracasadas varias tentativas de acomodación entre los dos grupos mediante la entrada de los *mascates* en la *Câmara* de Olinda, la solución encontrada por la corona para pacificar a sus súbditos en Pernambuco fue la de crear una nueva municipalidad en Recife en 1709¹⁶. Esto provocó un nuevo movimiento insurrecto de la nobleza de la tierra que culminó con la tentativa de asesinar al gobernador Sebastião de Castro e Caldas, que herido, huyó a Salvador de Bahía en noviembre de 1710.

Los insurrectos olindenses derribaron el *pelourinho* de Recife, la columna de piedra símbolo del poder municipal y de la autonomía de la nueva villa, humillaron a los principales hombres de negocios recifenses y quemaron los documentos de la nueva *Câmara Municipal*.

Los de Recife consiguieron posteriormente reaccionar a la agresión olindense. Este conflicto civil llamado inicialmente «las calamidades de Pernambuco»

¹³ LOCKHART, J. y SCHWARTZ, S. *América Latina en la Edad Moderna*, p. 229.

¹⁴ MELLO, E. Cabral de. *Fronda dos Mazombos*, pp. 130-131.

¹⁵ MELLO, J. A. Gonsalves de. *Um mascate e o Recife: a vida de Antônio Fernandes Matos, 1671-1701*. 2.^a ed. Recife: Fundação de Cultura Cidade do Recife, 1981, especialmente las páginas 73-76.

¹⁶ PEREIRA DA COSTA, F. A. *Anais Pernambucanos*. 2.^a edição. Coleção Pernambucana, prefácio, aditamentos e correções de José Antônio Gonsalves de Mello. Recife: Secretaria de Turismo, Cultura e Esportes/FUNДАРPE/Diretoria de Assuntos Culturais, v. 5, 1983, p. 151.

pasó a ser denominado en el siglo XIX como «Guerra dos Mascates»¹⁷. La normalidad solamente retornó a finales de 1711, cuando llegó a Pernambuco un nuevo gobernador con instrucciones de rehabilitar la villa de Recife y, discretamente, proceder al castigo de los insurrectos de la nobleza de la tierra¹⁸.

Desde entonces empezó a funcionar la *Câmara Municipal* de Recife, que, además de la feligresía urbana central, contaba aún con tres feligresías rurales: Cabo, Ipojuca y Muribeca, donde se encontraban muchos e importantes ingenios de azúcar¹⁹.

La estructura de la nueva *Câmara Municipal* estaba constituida según el modelo presentado en las leyes generales del reino (*Ordenações Filipinas*) adaptado a las características locales. Estaba compuesta por tres *vereadores* (regidores) uno de los cuales, el de más edad, ocupaba la función de juez ordinario. Había además un procurador (procurador síndico), una especie de abogado del municipio. No se exigía formación jurídica, aunque una titulación fuera vista como elemento habilitador al ejercicio del poder municipal²⁰. Según las leyes generales, los mandatos de estos cargos municipales eran anuales. Su elección se hacía a través de un complejo sistema en el cual se procedía a la indicación de los hombres principales (*homens bons*) de la villa en un primer momento, a la organización del listado de elegidos por un funcionario regio en un segundo momento, y al sorteo de los que ocuparían los cargos municipales en una tercera y última fase de la elección²¹.

Además de estos oficiales principales, existía la figura del *almotacé* (fiel ejecutor), que trabajando en parejas indicadas por los *vereadores* para mandatos trimestrales, recorrían el espacio urbano y rural de la villa cuidando del cumplimiento de las leyes municipales (posturas), especialmente en los aspectos de la higiene, de los pesos, medidas y precios practicadas en el comercio y del suministro de alimentos para los mercados²². Otros oficiales menores completaban el conjunto de autoridades locales.

¹⁷ La narrativa detallada de los hechos ligados al conflicto entre Olinda y Recife puede ser encontrada en la obra *Fronda dos Mazombos*, de Evaldo Cabral de Mello, mencionado varias veces aquí. Este autor confronta los diferentes puntos de vista expresados en obras contemporáneas o escritas poco después que pasara la Guerra dos Mascates, añadiendo un considerable conjunto de informaciones sacadas directamente de fuentes primarias.

¹⁸ BOXER, Ch. R. *A idade de ouro do Brasil*, pp. 133-148.

¹⁹ PEREIRA DA COSTA, F. A. *Anais Pernambucanos*, p. 153.

²⁰ SOUZA, G. F. Cabral de. *Os homens e os modos da governança: a Câmara Municipal do Recife no século XVIII*. Recife: Câmara Municipal do Recife/Série Memorial do Recife, 2003, pp. 105.

²¹ MORENO, H. B. «O município português nos séculos XIV a XVI». En *Atas do Seminário Internacional Município no mundo português*. Funchal: Centro de Estudos da História do Atlântico/Secretaria Regional de Turismo e Cultura, 26-30 de outubro de 1998.

²² SOUZA, G. F. Cabral de. *Os homens e os modos da governança*, pp. 49-50 y 116-119.

Tradicionalmente existe la impresión de que el establecimiento de la *Câmara* de Recife acabó con las tensiones entre los dos polos del conflicto que se dibujaban desde las décadas finales del siglo xvii y que explotó en 1710. Sobre las observaciones que se hicieron relativas a este período, comenta Cabral de Mello:

Revolucionário de 1817 e de 1824, Antônio Joaquim de Mello contemplaria nostálgicamente este longo século xviii pernambucano, que lhe parecia uma idade de ouro da capitania, uma época de «paz e amizade» na qual «os ódios políticos não dividiam e atormentavam os homens». Na mesma veia, Alfredo de Carvalho assinalava que, superadas com a guerra dos mascates «as veleidades de extemporânea independência, geradas no seio da nobreza, arrogante com os sucessos da “campanha da liberdade”», isto é, da expulsão dos holandeses, «no resto do século xviii, ermo de ruídos marciais, se foi operando surdamente, lentamente, a germinação da futura nacionalidade; num prazo de largos anos, Pernambuco e quase todo o Brasil tiveram a ventura de ser destes povos felizes que «não tem história» para os que só a estimam quando pontuada de façanhas bélicas e ardendo no flagício rubro das lutas homicidas²³.

Sin embargo, continuaron existiendo algunos indicios de insatisfacción entre la nobleza. Por otro lado, la *Câmara* de Recife constantemente se quejó al rey de que la *Câmara* de Olinda —que hasta 1727 administraba los tributos de la capitania— ponía obstáculos a la ejecución de las obras de infraestructura de la villa.

En 1720, el Rey determinó que se usara una parte de las rentas de los impuestos de la *Dote da Rainha da Grã-Bretanha e da Paz de Holanda* para pagar la reforma de los puentes de Boa Vista y de Afogados, dos pasajes vitales para la villa. En el año siguiente, los de Recife escribieron al Rey quejándose de que, no obstante hubieran sido agraciados con el real decreto del año anterior, seguían los puentes sin los debidos reparos, «pelo que já tem acontecido algumas mortes, e outros desastres, além de que quanto mais se dilatarem estes consertos mais cresce a ruína para a despesa que se há de fazer pela Fazenda Real»²⁴. Y los regidores de Recife continuaron afirmando que la razón para que las reformas no se hicieran era que:

nos Oficiais daquela *Câmara* [de Olinda] não podemos dissipar a má vontade que mostram as coisas que esta Câmara do Recife, por razão do bem público, procura alcançar da Real Grandeza de Vossa Magestade, sem embargo de reconhecerem que eles e todos os moradores de fora se utilizam destas pontes, como os que moram no Recife²⁵.

²³ MELLO, E. Cabral de. *Rubro Veio*, pp. 116-117.

²⁴ Carta do Senado do Recife ao Rei, de 28 de abril de 1721. Livro de Registros da Câmara Municipal do Recife, IAHGP, f. 103v.

²⁵ *Idem*.

Otro elemento de conflicto era la cuestión de la realización de las procesiones en Recife. En 1721, los regidores de Recife apelaron al gobernador-general en Salvador para que intentara acelerar un juicio sobre la prohibición que hizo el obispo de Pernambuco de realizar la procesión del *Corpus Christi* en la villa. La celebración de esa procesión era una de las principales obligaciones de las *Câmaras Municipales* lusitanas, y, considerándose la mentalidad de la época, tan necesitada de manifestaciones exteriores de fe, podemos imaginar la angustia que esa prohibición generaba. Por eso las amargas quejas de los recifenses de que los de Olinda retrasaban la decisión del *Tribunal da Relação* a través de medios ilícitos y que toda esa confusión era una prueba fidedigna de la «*má vontade e intenção com que os ditos Ministros procedem nas causas pertencentes a esta Vila*»²⁶.

Esa permanencia de la tensión entre Olinda y Recife se manifestó otra vez entre 1744 y 1747 cuando la Santa Casa de Misericordia de Olinda pidió la extinción de su homónima de Recife. Los argumentos dados fueron que las dos casas estaban geográficamente muy cerca la una de la otra y que la existencia de dos casas tan próximas daría lugar a la dispersión de los recursos necesarios para el perfecto mantenimiento de la asistencia a los pobres y enfermos. En una de sus presentaciones a la corona, los hermanos de Olinda recuerdan al rey que la elevación de Recife a la calidad de villa, fue la causa de sublevaciones y contiendas «*cujo efeito ainda hoje estão padecendo sem se extinguir o ódio ou a emulação das duas parcialidades*»²⁷.

La pelea por el mantenimiento o no de la Casa de Misericordia de Recife reproducía las tensiones entre la autoridad eclesiástica, presentes por ocasión del gobierno de Sebastião de Castro e Caldas (1707-1710). Según el parecer del *ouvidor* Francisco Correia Pimentel, el obispo de Pernambuco, entonces proveedor de la Misericordia de Olinda, se empeñaba declaradamente en perseguir a cualquier elemento que tuviera ligaciones o fuera favorecido por el gobernador Henrique Luís Pereira Freire. El gobernador era el «*mayor patrocinio*» a que se referían los de Olinda cuando acusaban a los de Recife de realizar sus procesiones, a pesar de que estuvieran embargadas por el obispo. De hecho, el gobernador había manifestado un parecer favorable a la concesión de los privilegios de la Misericordia de Lisboa a Recife, como ya hubiera sido hecho con Salvador y Olinda. Pereira Freire había proporcionado aún escolta militar para

²⁶ Carta del Senado de Recife al Gobernador General del Estado de Brasil, de 14 de junio de 1721. Livro de Registros da Câmara Municipal do Recife, f. 104v, IAHGP.

²⁷ Requerimiento del proveedor y hermanos de la Santa Casa de Misericordia de Olinda al rey don João V, pidiendo orden para se extinguir la Santa Casa de Misericordia de Recife, anterior a diciembre de 1746, AHU_ACL_CU_015, Cx. 65, D. 5484.

la realización de dichas procesiones prohibidas, conforme los mismos hermanos de Recife afirmaron al *ouvidor* de la capitanía²⁸.

Este funcionario regio fue encargado por el rey don João V, a través de carta regia de 16 de noviembre de 1745, de examinar la situación y emitir un parecer de lo que sería más adecuado al «servisso de Deos e a utilidade dos pobres». Su opinión, claramente favorable a la manutención del funcionamiento de la Misericórdia de Recife, tocaba el nervio sensible de las súplicas y quejas de los hermanos de Olinda: la disminución del flujo de limosnas y herencias a la Santa Casa de Olinda. Obsérvese este fragmento del parecer, marcadamente irónico, del *ouvidor*:

nenhum prejuízo considerável tem a dita Irmandade de Olinda com a fundação da do Recife por não ter direito algum aos legados e esmolos futuras que cada qual pode deixar a quem muito lhe parecer, quanto mais que aquele prejuízo não é dos irmãos por que catolicamente suponho que não se utilizam dos bens dos pobres, e também não é do público porque este interessa muito em que haja mais irmandades, porque serão socorridos os pobres com mais prontidão e abundância, e finalmente a Irmandade de Olinda é rica, possui muitos mais de cem mil cruzados, e de administrarem seus bens como devem, não pode haver recurso prudente de que lhes falte com que socorrer ao limitado povo de Olinda, para quem só querem as esmolos [...]»²⁹.

Figurar en una procesión o participar en una hermandad representaba, en el mundo colonial luso-brasileño, mucho más que un acto de fe. Eran oportunidades inigualables de ostentar limpieza de sangre y estatus, en una sociedad tan jerarquizada y llena de prejuicios. Participar de una procesión significaba esencialmente marcar una clara distinción frente a la plebe, que solamente podía mirar el paso del cortejo³⁰. Por eso, la realización de las procesiones en Recife causó tanta discusión. Para los mercaderes era una manera de afirmación social. Para los nobles una amenaza. Viene de ahí la necesidad de oponerse a esas solemnidades, u obligar a los mercaderes recifenses a que ocupasen posiciones menos importantes en las procesiones de Olinda.

Los dos grupos, terratenientes y comerciantes, no se integraron fácilmente. De hecho, uno de los miembros del Consejo Ultramarino temía que la existencia de feligresías rurales en la villa de Recife reeditase el conflicto entre nobles

²⁸ *Idem*.

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ «Muitos poucos tinham entre suas fileiras a dignidade da representação e estar entre os que desfilavam significava se diferenciar da plebe» FURTADO, J. Ferreira. *Homens de negócio: a interiorização da metrópole e do comércio nas minas setecentistas*. São Paulo: Hucitec, 1999, p. 220. Ver también las páginas 31 y 141.

y *mascates*³¹. En varios momentos de la primera mitad del siglo XVIII este conflicto se deja notar. Por ejemplo, en el caso del terrateniente Pedro Marinho Falcão, que se negó a ocupar el cargo para el cual fue elegido por no querer estar en un tribunal con los infames *mascates*³².

La preocupación de que la nobleza pudiera, a través de trampas electorales, impedir la entrada de comerciantes en la municipalidad, hizo que se creara una regla que consistía en que de los cuatro cargos principales de la *Câmara*, dos fueran ocupados por *senhores de engenho* (de las feligresías rurales) y dos por comerciantes (de la parte urbana de la villa). La regla acabó siendo invocada por los terratenientes cuando eran alejados de la *Câmara*. Además los gobernadores tenían instrucciones para proceder con dureza a fin de evitar el resurgimiento de tensiones en Pernambuco³³.

No se acabaron las hostilidades entre *mazombos* y *reinóis*. Tampoco se desarticuló el discurso contractualista de los primeros, aunque haya bajado muchísimo de tono después de la *Guerra dos Mascates*. En una carta fechada en 1766, los regidores de la *Câmara* de Olinda escribieron al rey don José, recordando, más de un siglo después de la *Restauração*, «que em Serviço do Augustissimos Senhores Reis Avós de Vossa Magestade derramarão seus sangue e dispenderão seuz cabedaez como tão fieis Vassalos»³⁴, y quejándose fuertemente de que no tenían derecho ni de nombrar un inspector de su parte para los negocios del azúcar³⁵ y que

sendo constante que a Camera da Villa do Recife quem nomeia este hé occupada por homens de negocios, todos interessados na diminuição do preço dos assucarz e por essa razão farão aquella nomeação em pessoaz suas abonadas, como a experiencia tem nos mostrado, por que desde a ereção desta Junta não tem sahido o dito exercicio de Inspetor de duas familiaz [...] como de prezente destas alguns tem servido sinco vezes³⁶.

Para la corona, la resistencia de los recifenses cuando se produjo la insumisión de los nobles en 1710 fue un servicio prestado a la monarquía. Por esa

³¹ MELLO, E. Cabral de. *Fronza dos Mazombos*, pp. 410-411.

³² MELLO, J. A. Gonsalves de. «*Nobres e Mascates na Câmara do Recife, 1713-1738*». En *Revista do Instituto Arqueológico, Histórico e Geográfico Pernambucano*, v. LIII, 1981, pp. 139-141.

³³ SOUZA, G. F. Cabral de. *Os homens e os modos da governança*, pp. 104-105.

³⁴ Carta de los Oficiales de la *Câmara* de Olinda al Rey, de 22 de marzo de 1766, AHU-PE-Papéis Avulsos, Maço 22, 1756-1799, LAPEH/UFPE.

³⁵ La definición de los precios del azúcar siempre representaron una materia explosiva en las relaciones entre comerciantes y plantadores en la zona azucarera del Brasil colonial. SCHWARTZ, S. B. *Segredos Internos: engenhos e escravos na sociedade colonial*. 1.ª edición. São Paulo: Companhia das Letras/CNPQ, 1988, pp. 171-176.

³⁶ Carta de los Oficiales de la *Câmara* de Olinda al Rey, de 22 de marzo de 1766, AHU-PE-Papéis Avulsos, Maço 22, 1756-1799, LAPEH/UFPE.

razón, no se promulgó ninguna clase de perdón o indulto para el partido de los *mascates*³⁷. Curiosamente, reproduciendo la estrategia de los terratenientes, los *mascates* y sus descendientes pasaron a solicitar premios por este acto de fidelidad a la corona, así como hicieron en su tiempo los nobles de la tierra. Fue el caso de un tal Antônio de Sousa Magalhães, cuyo padre, João de Sousa Magalhães, participó activamente de las acciones del conflicto de 1709-1711, sea en la búsqueda de los que habían atentado contra el gobernador Castro e Caldas, sea en los intentos de romper el cerco que pusieron a Recife los terratenientes³⁸. La práctica de pedir remuneración por servicios prestados, aunque hubieran sido obra de familiares o incluso de cuñados y suegros, era corriente en el mundo lusitano³⁹. La concesión de esta clase de recompensas era una estrategia de la Monarquía Lusitana para consolidar fidelidades entre sus vasallos⁴⁰.

Al mismo tiempo que la *Câmara* de Recife logró reunir fuentes de financiación separadas de las de Olinda (contratos de tributación, venta de cargos, multas...) su dependencia de los recursos administrados por la sede de la capitania disminuyó. Así como varios cronistas enaltecieron la grandeza de Olinda de principios de los seiscientos, otros también resaltaron la decadencia de la ciudad a lo largo del setecientos⁴¹. La municipalidad olindense y sus cargos se

³⁷ MELLO, E. Cabral de. *Fronha dos Mazombos*, p. 411.

³⁸ «[...] em outra ocasião ser mandado por cabo de vinte soldados a prender os culpados no tiro que se deu ao Governador Sebastião de Castro Caldas, e comessando estes a sobrevar os povos lhe foi ordenado se incorporase com o Capitam Placido de Azevedo Falcão o que satisfez sendo citiado pelos sobrelevados, rezistio com os mais recolhendose a Prasa debaixo das armas com grande valor e fedelidade, acção em que se distinguio dos mais, de cuja rezolução vendo os revoltosos o seu brio procurarão tirarlhe a vida, portandose com o mesmo valor no cerco que os levantados puzerão a Praça do Recife indo em Companhia do Capitam Antonio Garro da Camara a dezalajar os sercadores em o lugar da barreta onde estavão tomando as estradas, e entrada dos mantimentos para a Prasa, e no dito lugar pelejar com tanto esforso que no citio por onde os cometeo com os soldados que lhe forão nomeados fez prizioeiros a sinco dos contrarios, e dandolhe hum asalto no lugar chamado Santo Amaro se houve nele com tanto dezasombro que recolheo algum mantimento para a Prasa com que se acodio ao povo necesitado [...]» Requerimiento de Antônio de Sousa Magalhães al rey don João V, anterior al 4 de setiembre de 1753, AHU_ACL_CU_015, CX. 75, doc. 6240.

³⁹ MONTEIRO, N. Gonçalves F. «Trajetórias sociais e governo das conquistas: notas preliminares sobre os vice-reis e governadores-gerais do Brasil e da Índia nos séculos XVII e XVIII». En FRAGOSO, J.; BICALHO, M.^a F. y GOUVÊA, M.^a de F. (org.). *Antigo Regime nos Trópico: a dinâmica imperial portuguesa (séculos XVI-XVIII)*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2001, p. 274.

⁴⁰ «Ao retribuir os feitos de seus súditos ultramarinos, o monarca reconhecia o simples colono como vassallo, reforçando o seu sentimento de pertença e estreitando laços de sujeição em relação ao reino e à monarquia, reafirmando o pacto político sobre o qual se forjava a soberania portuguesa nos quatro cantos do mundo. Dito de outra forma, a *economia política de privilégios* relacionava, em termos políticos, o discurso da conquista e a lógica graciosa inscrita na economia de favores instaurada a partir da comunicação pelo dom». BICALHO, M.^a F. «As câmaras ultramarinas e o governo do Império». En FRAGOSO, J.; BICALHO, M.^a F.; GOUVÊA, M.^a de F. (org.), *op. cit.*, p. 219.

⁴¹ MELLO, E. Cabral de. *Rubro Veio...*, pp. 248-324.

resumieron a mera quincalla estamental. A los administradores de la decadente ciudad en la segunda mitad del siglo XVIII restaba tan sólo el honor de pertenecer a un gremio donde hasta entonces solamente habían entrado los nietos de los *restauradores*⁴². A finales del siglo, la *Câmara* de Recife ya era capaz de ofrecer ayuda financiera, no sin una nota de burla, a su homónima de Olinda⁴³.

El crecimiento de la villa se refleja en los actos cotidianos de la *Câmara*. Aunque los libros de posturas hayan desaparecido, a través de algunos registros en las actas y en la correspondencia es posible percibir la necesidad de ordenar la circulación y producción de mercancías y bienes, sea por la limitación de velocidad de las carrozas y caballos por las calles de la villa, sea por la reglamentación de las matanzas del ganado y tratamiento de las carnes, por ejemplo. La presencia de los oficiales municipales también era constante en el entorno rural de la sede de la villa. Los *almotacés* frecuentemente recibían órdenes de fiscalizar la producción y suministro de abastos o el cumplimiento de normas referentes al cultivo del azúcar o de otros géneros⁴⁴.

El crecimiento de importancia de Recife frente a Olinda se refleja también en la población. En 1703 Recife contaba, en su zona urbana, con una población de más o menos seis mil personas (Pereira da Costa). En la época de la *Guerra dos Mascates*,

a despeito da mortandade inicialmente epidêmica depois endêmica, a população do Recife crescerá ao ponto de alcançar [...] o nível de 12 a 14 mil pessoas, a que se refere o «Tratado da Capitania de Pernambuco», ou mesmo de 15 mil habitantes, registrado pelo Dr. Manuel dos Santos. Enquanto isso, Olinda estagnara na faixa 2 mil a 2.500 habitantes, se é que não regredira a patamar inferior⁴⁵.

En junio de 1752, los oficiales municipales escribieron al rey solicitando la elevación de la villa a la calidad de ciudad. En esta carta destaca la existencia de varios conventos donde los monjes ofrecían cursos de teología y filosofía. Informan que la población de la villa era de treinta mil personas, entre ellas, gente de muchas posesiones. Destacaban también la estructura defensiva de la villa y su posición privilegiada en las rutas comerciales de la costa de Brasil⁴⁶.

⁴² *Idem*, pp. 150-151.

⁴³ SOUZA, G. F. Cabral de. *Os homens e os modos da governança: a Câmara Municipal do Recife no século XVIII*, pp. 99-100.

⁴⁴ *Idem*, pp. 119-132.

⁴⁵ MELLO, E. Cabral de. *Fronha dos Mazombos*, p. 157.

⁴⁶ Carta de los regidores de la Câmara de Recife al rey don José I, del 28 de junio de 1752, sobre las condiciones que la villa posee para pasar a ser ciudad. AHU_ACL_CU_015, Cx. 73, D. 6131. Cuando informan que habitan la villa 30.000 personas los regidores seguramente hacían referencia a la población total de la villa y su alfoz.

Utilizando un censo datado en 1776 podemos observar el incremento de la población de la villa de Recife. El número total de habitantes de la villa era de 47.859. En la parte urbana de la villa vivían 18.053 habitantes (7.594 hombres y 10.549 mujeres), lo que representa un 37,7% del total⁴⁷.

Las actividades económicas se diversificaron: el comercio de cueros, la construcción de navíos, el plantío de algodón, además, claro, de la producción de azúcar.

Observándose los listados de exportaciones de Pernambuco en la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX, se puede percibir que al lado del tradicional negocio del azúcar otras actividades empezaban a crecer. El cuero que aparecía en 1749 con 16.251 unidades siendo enviadas para Europa⁴⁸, alcanza máximos como el de 1777 con 76.965 unidades exportadas⁴⁹. Manufacturas de cueros (suelas y curtidos) también aparecen en dichos listados⁵⁰. No podemos olvidar el *boom* del algodón que hizo, a principios del siglo XIX, que el valor de las exportaciones de este producto sobrepasara en mucho el valor de exportaciones del azúcar⁵¹. Este hecho fue registrado por Henry Koster⁵² y disponemos

⁴⁷ Este censo no informaba explícitamente si está incluida la población esclava. Las únicas indicaciones son de edad y sexo. En la sede de la villa la población se encontraba dividida de la siguiente manera: 7.594 hombres, de estos 1.400 con edad inferior a los 7 años, 1.070 con edad entre 7 y 15 años, 4.814 con edad entre 15 y 60 años, 310 con más de 60 años y 5 con más de 90 años; las 10.459 mujeres se dividían por edad de la siguiente forma: 1.414 hasta los 7 años, 906 entre 7 y 14 años, 6.888 entre 14 y 50 años, 1.251 con más de 50 años y 8 con más de 90 años. En 1776 nacieron 852 personas y murieron 877. Con esas características la población de Recife presentaba índices de masculinidad de orden de 72,6 y de fertilidad de orden de 40,85. Una curiosidad: dicho censo informaba que las personas más viejas de la villa eran José Gonçalves y Antônia da Costa, negros, esclavos y casados. Él con 115 años y ella con 130. Oficio del gobernador José César de Meneses, al secretario de Estado de la Marina y Ultramar Martinho de Melo e Castro, remitiendo el mapa de la enumeración del pueblo de la capitanía de Pernambuco. Recife, 30 de setiembre de 1777. AHU_ACL_CU_015, Cx. 127, D. 9665.

⁴⁸ SIMONSEN, R. C. *História Econômica do Brasil*. 8ª ed., São Paulo: Cia. Editora Nacional, 1978, Anexo 1.

⁴⁹ AHU_ACL_CU_015, Cx. 121, D. 9224;

⁵⁰ La más grande cantidad de suelas exportadas que conseguimos registrar fue la del año 1761, con 137.421 unidades (AHU_ACL_CU_015, Cx. 95, D. 7503) y la de curtidos, 177.501 unidades en 1759 (AHU_ACL_CU_015, Cx. 90, D. 7267).

⁵¹ «O último quartel do século XVIII e os primeiros dois decênios do seguinte estão marcados por uma série de acontecimentos políticos que tiveram grandes repercussões nos mercados mundiais de produtos tropicais. O primeiro destes acontecimentos foi a Guerra de Independência dos EUA [...]. O segundo foi a Revolução Francesa e os subseqüentes transtornos nas suas colônias produtoras de artigos tropicais. [...] Em 1789 entrou em colapso a grande colônia Açucareira francesa que era o Haiti. [...] Abre-se, assim, para a região Açucareira do Brasil, nova etapa de prosperidade. O valor das exportações de açúcar, com efeito, mais que duplica na etapa das guerras napoleônicas. A atividade industrial na Inglaterra é intensa nestes anos de guerra, e a procura do algodão cresce fortemente. Seguindo o Maranhão, o Nordeste dedica recursos à produção deste artigo». FURTADO, C. *Formação Econômica do Brasil*, 19.^a edición. São Paulo: Cia. Editora Nacional, 1984, pp. 91-92; SIMONSEN, R. C. *Op. cit.*, pp. 369-370. LOCKHART, J. y SCHWARTZ, S. B. *América Latina en la edad moderna*, p. 363.

⁵² SIMONSEN, R. *Op. cit.*, p. 369.

aquí de algunos datos concretos. En 1801 el valor de las exportaciones de algodón superó los mil millones de reales al mismo tiempo que las de azúcar alcanzaron un valor de poco más de 370 millones de reales⁵³. El año de 1805 registró los impresionantes valores de más de 1.564 millones de reales en exportaciones de algodón y 702 millones de reales de azúcar⁵⁴. A estos diversos ramos de actividades tenemos que añadir también el comercio de esclavos y maderas y la construcción de barcos.

El control de estas actividades permitió el surgimiento de grandes fortunas en el Recife colonial. Son muy conocidos los casos de Luiz Cardoso, el mulato, *mercador de sobrado* (comerciante mayorista), y Antônio Fernandes Matos, ambos de finales del siglo XVII. Este último, según Cabral de Mello, merecería tanto honor como Nassau o el conde de Boa Vista (gobernador de Pernambuco a mediados del siglo XIX) por la financiación de las grandes intervenciones urbanísticas que realizó en Recife⁵⁵.

*Homens de grossa aventura*⁵⁶ pasaron por la *Câmara* de Recife. Aliando un fuerte espíritu comercial con el aprovechamiento de las oportunidades que el arrendamiento de contratos de recaudación y la propiedad de lucrativos cargos ofrecían, estos hombres construyeron grandes fortunas. En muchos casos estos hombres de negocios cubrían, en ausencia de instituciones bancarias, las necesidades de crédito, siempre tan presentes en la colonia⁵⁷.

En este contexto encontramos hombres de negocios con participación en muchas actividades a la vez. Gonsalves de Mello destacó, para la primera mitad del siglo XVIII a los hermanos João y Luís da Costa Monteiro. Ambos sirvieron en la *Câmara* como regidores, el primero en 1728 y el segundo en 1732⁵⁸. Pero, sin ninguna duda, el ejemplo más interesante de ese tipo de gran mercader, es el de José Vaz Salgado, que sirvió como oficial municipal en 1733. Varios de sus hijos y yernos ocuparon también puestos en la *Câmara*.

⁵³ 1.078:768\$858 (mil setenta y ocho contos de réis) en exportaciones de algodón y 370:512\$600 (trescientos setenta contos de réis) de azúcar. AHU_ACL_CU_ 015, Cx. 232, D. 15638.

⁵⁴ Concretamente (1.564:752\$340 en algodón y 702:065\$990 en azúcar). AHU_ACL_CU_ 015, Cx. 259, D. 17380.

⁵⁵ MELLO, E. Cabral de. *Fronha dos Mazombos*, p. 102.

⁵⁶ Expresión usada para designar a los más importantes comerciantes mayoristas de las ciudades coloniales brasileñas.

⁵⁷ «Em fins do século XVIII, os empréstimos realizados pelos comerciantes provavelmente tornaram-se mais importantes do que haviam sido até então, devido ao declínio financeiro de importantes instituições emprestadoras como a Misericórdia. [...] Com efeito, durante a era colonial, a maioria dos senhores de engenho viu-se forçada a procurar crédito junto à comunidade mercantil local. Quase todos os comerciantes, ou pelo menos os que se autodenominavam “homens de negócio”, agiam simultaneamente como agentes comerciais e fornecedores de crédito, assumindo os riscos inerentes a essas funções». SCHWARTZ, S. B. *Segredos Internos*, p. 182.

⁵⁸ MELLO, J. A. Gonsalves de. «Nobres e Mascates na Câmara do Recife, 1713-1738», en *Revista do Instituto Arqueológico, Histórico e Geográfico Pernambucano*, vol. LIII, 1981, pp. 177-179 y 203-204.

Ese portugués natural de São Romão de Arões, era propietario de la más grande fortuna de Pernambuco de mediados del siglo XVIII. Su inventario, iniciado en 1759, se encuentra en el Archivo del Instituto Arqueológico, Histórico e Geográfico Pernambucano⁵⁹. A pesar de las dificultades de lectura del inventario, extremadamente castigado por el tiempo, la humedad y los insectos, pudimos visualizar los diferentes ramos de actuación de este representante de la élite municipal recifense: ingenios de azúcar en Pernambuco, haciendas de ganado en Paraíba, Rio Grande do Norte y Ceará, talleres de salazón de carne (*charque*), fábricas de curtidos, comercio de esclavos, concesión de créditos en dinero (con intereses) y mercancías, arrendamiento de contratos de recaudación.

Y no eran solamente sus propiedades las que estaban dispersas territorialmente. La red de créditos de Vaz Salgado se extendía por varias feligresías de Pernambuco y de las capitanías anexas. De manera similar a la de los *mercadores de sobrado* de Rio de Janeiro (brillantemente estudiados por Fragoso y Florentino)⁶⁰ tenía representantes comerciales en África, de donde, en trueque de las *geribitas* (aguardientes) y de tejidos, sacaba esclavos. Llegó a involucrarse con negocios en la colonia de Sacramento. El gobernador Luís José Correia de Sá, siempre muy atento al movimiento del puerto de Pernambuco, registró en su diario personal las innumerables salidas y llegadas de los barcos de Vaz Salgado ligados al comercio con la Costa da Mina, Angola y otras plazas comerciales del Atlántico sur⁶¹.

Cuando murió en 1759, Vaz Salgado dejó a su esposa y sus siete hijos una fortuna de más de trescientos *contos de réis* (trescientos millones de réis). Llevándose en consideración el valor del oro aplicado en la evaluación de los objetos pertenecientes al matrimonio, esa cuantía correspondería a casi setenta y siete kilogramos de oro⁶². Como ilustración: sus funerales costaron 1:330\$760 (un *conto* trescientos treinta mil *réis*), dinero suficiente para la compra de un

⁵⁹ El inventario de José Vaz Salgado es uno de los muchos procesos llevados de archivos de los tribunales y registros notariales de Pernambuco para el Instituto en los últimos años. El estado de conservación en que llegaron estos papeles es lamentable. El inventario en cuestión esta incompleto. Solamente resistieron unas 250 páginas centrales, y de ellas, la parte externa del papel se destruyó, de forma que no es posible saber la numeración de las páginas. Muchas de estas páginas que quedaron están extremadamente dañadas por la oxidación de la tinta usada.

⁶⁰ FRAGOSO, J. *Homens de grossa aventura: acumulação e hierarquia na praça mercantil do Rio de Janeiro 1790-1830*. 2.^a edição. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1998. FLORENTINO, M. *Em Costas Negras: um estudo do tráfico de escravos entre a África e o Rio de Janeiro, séculos XVIII e XIX*. São Paulo: Companhia das Letras, 1997. FRAGOSO, J. y FLORENTINO, M. *O arcaísmo como prometo*. 4.^a edición. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2001.

⁶¹ Diario publicado en la *Revista do Instituto Arqueológico, Histórico e Geográfico Pernambucano*, vol. LVII, 1984.

⁶² Trescientos *contos de réis* equivalían al valor de veinte grandes ingenios de azúcar ya con los esclavos necesarios a su funcionamiento.

buen inmueble urbano o más o menos catorce buenos esclavos⁶³. En el paisaje urbano de Recife quedó el imponente templo de la iglesia Matriz del Santísimo Sacramento del Barrio de Santo Antônio, construida en una parcela comprada por Vaz Salgado y donada a la Hermandad del Santísimo Sacramento, de la cual fue hermano-juez de 1744 a 1756⁶⁴.

Nuestros primeros acercamientos al desarrollo histórico de Recife en el siglo XVIII, se concentraron en la *Câmara Municipal* como escenario, una vez que en esta institución se congregaba la élite de la villa, a la vez que también allí se discutían a menudo aspectos del día a día de este centro urbano clave en el imperio luso en el Atlántico⁶⁵. Nuevas cuestiones están surgiendo, y por eso, la investigación que desarrollo ahora intenta caracterizar esa élite municipal de Recife, buscando identificar las actividades, los bienes, las relaciones familiares y la convivencia entre esos grandes negociantes y los representantes de los linajes tradicionales de Pernambuco. Creemos que este abordaje permitirá aumentar los conocimientos que tenemos sobre el siglo XVIII pernambucano, muy limitados en algunos campos, aclarando importantes aspectos de este período, en el cual, una élite mercantil de orígenes fuertemente portugueses se consolidó y sufrió cambios que dieron lugar a la formación de intereses esencialmente opuestos a la monarquía lusitana en 1817.

⁶³ Todos los datos referentes a la herencia dejada por José Vaz Salgado y a sus actividades fueron extraídos de su inventario. TJR2. IAHGP, 1759, Inventariante: Teresa Maria José (la viuda).

⁶⁴ PIO, F. *A Igreja Matriz do Santíssimo Sacramento do Bairro de Santo Antônio e sua História*. Recife: Ed. Universitária, 1973, pp. 97-98; MELLO, J. A. Gonsalves de. «Nobres e Mascates na Câmara do Recife, 1713-1738». En *Revista do Instituto Arqueológico, Histórico e Geográfico Pernambucano*, vol. LIII, 1981, pp. 197-199.

⁶⁵ Además del libro citado anteriormente, *Os Homens e os Modos da Governança* publicado en 2003, concluimos en junio de 2005 el trabajo de Grado titulado *Conflictos de Poder en el Brasil Colonial: el caso de Recife, siglo XVIII*, dirigido por el profesor Dr. José Manuel Santos en el ámbito del Programa de Doctorado del Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea de la Universidad de Salamanca. En él avanzamos la investigación observando los temas relacionados con la formación del patrimonio de la *Câmara* de Recife y su posicionamiento frente a las reformas pombalinas.

La penetración holandesa en el Caribe: la trata de esclavos como resorte

ENRIQUETA VILA VILAR
CSIC. Sevilla

A LO LARGO de dos días se ha reflexionado sobre diversos aspectos de la penetración holandesa en Brasil así como de las consecuencias que generó y que tanto influyeron en la formación del espíritu brasileño. El interés de los organizadores de este coloquio en insertar el tema en un panorama internacional ha permitido que hoy nos alejemos un poco de las costas brasileñas y contemplemos la expansión holandesa, en general, comenzando con el amplio espacio atlántico y siguiendo con el estudio de un ámbito bastante más reducido, pero no menos interesante: el Caribe.

PANORAMA GENERAL DE LOS HOLANDESES EN EL CARIBE

En la primera mitad del siglo XVII el panorama marítimo internacional cambia por completo. La unión de las dos coronas ibéricas a fines de la centuria anterior, ensanchó fuertemente el contingente de tierras dominada por la corona española y las demás potencias europeas se dispusieron a prepararse para cercenar, de alguna manera, su concentrado poder. Desde finales del siglo XVI, los holandeses veían abrumados cómo las naves ancladas en el puerto de Lisboa eran confiscadas y se dispusieron para lanzar su ofensiva. No cabe duda que con bastante éxito porque bien pronto consiguen alterar el sistema comercial creado

por España y Portugal con recursos todavía no explotados: los capitales asociados y el ensanchamiento comercial de los mismos por medio de la guerra oceánica, convirtiéndose en los creadores del comercio moderno. En 1602 se crea la Compañía de las Indias Orientales que llegó a contar con un amplio efectivo de hombres, armas y navíos.

Aunque suele identificarse la actividad naval que iniciaron los holandeses con las doctrinas recogidas en la obra de Hugo Grocio, aparecida en 1609, la realidad es que sus ideas mercantilistas estaban ya practicándose y *De mare liberum* solo vino a dar un soporte teórico e internacional a la idea de que Holanda se convirtiera en la intermediaria del comercio mundial.

Mientras duraron las treguas con España, firmadas en 1608, los holandeses se mantienen más o menos alejados del escenario americano, pero cuando éstas se rompen en 1621, todo el potencial holandés se pone en juego para atacar al Estado español. A partir de este momento, el panorama internacional va a cambiar por completo. Dos factores influirán en ello de manera muy directa: la muerte de Felipe III en marzo de 1621 y el fin de su política pacifista, desbordada por el ímpetu del conde-duque de Olivares, y el auge de la teoría mercantilista. Lo primero iba a sumir a España en una sangrienta lucha que se desarrollaría en todos los frentes con las consiguientes repercusiones en América. Lo segundo iba a suponer la intervención directa de los estados europeos en la creación de nuevos mercados basados en las colonias y, de esta forma, lo que comenzó con una serie de entradas esporádicas, asaltos y rapiñas a las costas americanas, es decir, lo que se conocía como piratería o filibusterismo se convierte, por acción del mercantilismo, en una auténtica colonización. El interés se centra, sobre todo, en las Antillas; y Gran Bretaña y Francia, que hasta entonces habían estado deslumbradas por parte del continente norteamericano, se lanzan abiertamente sobre las islas del Caribe, flanco débil del dominio español.

Pero son los holandeses los que verdaderamente alteran el panorama comercial, tanto caribeño como mundial. A partir del segundo cuarto del siglo XVII, la acción de los ingleses y franceses queda oscurecida por la presencia casi permanente de los holandeses en tierras americanas.

El mismo año del rompimiento de las treguas, 1621, se creó la Compañía de las Indias Occidentales, basándose en la que ya existía para las Indias Orientales. En los privilegios concedidos a la nueva compañía se especificaba que

[...] considerando que el progreso de este país y la prosperidad de sus habitantes consiste principalmente en la navegación y el comercio... y sabiendo por experiencia que sin el auxilio, asistencia y medios de una Compañía General no pueden ser llevados a efecto [...] Resolvemos por lo tanto, atendiendo a varias y diferentes razones y consideraciones sólidas, después de madura deliberación y por motivos urgentes, que la navegación, tráfico y comercio de las

regiones de las Indias Occidentales y África [...] no se haga en otra forma que por el esfuerzo unido y general de los comerciantes y habitantes de este país [...].¹

Era bien sabido que, rotas las treguas con España, los holandeses no iban a permanecer inactivos. Se conocían sus ideas sobre el comercio y se presumía, como en realidad ocurrió, que todos sus esfuerzos se unirían no sólo para ampliar su comercio sino para iniciar la destrucción sistemática de las posesiones españolas y portuguesas en América y África. En el Consejo de Indias se temían ataques a las costas de Indias, sobre todo a Cartagena, Portobello y las islas Antillanas. Pero en los planes de la Compañía en esa época interesaba, sobre todo, la costa brasileña porque esperaban la rebeldía de los portugueses al sometimiento al rey de España, y por tanto una resistencia más débil que en cualquier otro punto del continente o de las Antillas, cuyas costas y puertos estaban defendidas por jefes que conocían sus tácticas y costumbres —viejos veteranos de las guerras con Flandes— y por fortalezas más o menos guarnecidas.

El primer ataque organizado a una isla del Caribe, producto del cambio de situación creado en Brasil después de la recuperación de Bahía, fue a Puerto Rico. A comienzos de marzo de 1625 una poderosa flota compuesta por 34 naos y 6.500 hombres, salió del puerto de Texel con dirección a Bahía. Llevaba la misión de auxiliar el establecimiento que allí se había fundado en 1624, pero al llegar a Brasil se encontraron con que sus factorías estaban otra vez en manos de españoles y portugueses. En vista de lo cual, el general de la flota, Hendricks, conocido por los españoles como Balduino Enrico, y el almirante Andrés Vernon, pusieron rumbo a Paraíba y allí decidieron dividirse dirigiéndose 18 navíos con la mayor parte de la gente y el general hacía Puerto Rico. La Compañía de las Indias Occidentales no había regateado medios para equipar sus barcos. Llevaban víveres para diez meses y los hombres de guerra cobraban nueve florines diarios que fueron aumentados en 12 al salir de Bahía. El pago de la tripulación corría a cargo de los accionistas y el general era dueño de uno de los navíos que cargaba ochocientas toneladas. También el príncipe de Orange y otros nobles eran propietarios de varios de los barcos².

En septiembre de 1625 aparecieron en la costa de San Juan los primeros navíos de esta gran armada³. La situación de la isla era de las más prósperas de

¹ GEIGEL SABAT, F. *Balduino Enrico*. Barcelona: Araluce, 1934, pp. 43-45. Para las compañías de comercio holandesas, véase: CÓRDOVA BELLO, E. *Compañías holandesas de navegación*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1964; GOSLINGA, C. Ch. *Los Holandeses en el Caribe, 1580-1680*. La Habana: Casa de las Américas, 1983.

² Informes tomados de algunos prisioneros holandeses. Puerto Rico, 7 de octubre de 1625 y 30 de enero de 1626. Archivo General de las Indias (AGI), Santo Domingo, 156 y 55.

³ Carta del gobernador don Juan de Haro al presidente de la Audiencia de Santo Domingo. Puerto Rico, 25 de septiembre de 1625. AGI Santo Domingo, 55.

la centuria y se notaba cierta bonanza económica. Era el gobernador don Juan de Haro, que sólo hacía unos días que había jurado su cargo y tomaba la residencia de su antecesor, quien todavía se encontraba en San Juan, con lo cual, dos gobernadores iban a tomar parte en la defensa⁴. El encuentro entre españoles y holandeses que duró más de un mes y que fue motivo de numerosas hazañas por ambas partes, terminó con la retirada holandesa ante la imposibilidad de rendir el Morro. Varios meses más inquietaron los barcos de la compañía el mar Caribe cuyas andanzas se conocen gracias a las noticias proporcionadas por dos negros que huyeron después de haber sido capturados por los holandeses y viajado con ellos. Por ejemplo, informaron de los planes del general Enrico para volver para recuperar una nave, propiedad de Maurits van Nassau, que había quedado encallada en el puerto y que el general decía que si volvía sin ella «le cortarían la cabeza»⁵. Se sabe también que intentaron comerciar con San Germán sin conseguirlo y por fin, en agosto se recibieron noticias de esta villa de que toda la costa había quedado limpia de enemigos⁶. Poco antes había llegado otra curiosa noticia del gobernador de la Margarita que había sido advertido por Haro de la posibilidad de que la escuadra se dirigiera hacia allí. Parece ser que en efecto, desembarcaron algunos en la isla y el gobernador Andrés Rodríguez de Villegas, aseguraba haber peleado con el propio Balduino Enrico, cuya espada guardaba en su poder porque se la había arrebatado en la pelea⁷. Después del intento fallido en Margarita, se dirigieron a Cubagua y más tarde a la costa de Caracas. Una vez reconocidos aquellos parajes se encaminaron hacia Jamaica y luego a La Habana donde decidieron esperar la flota de Nueva España. Pero la muerte de Enrico, les hizo cambiar de parecer y volvieron a Holanda. Probablemente, los datos tomados en esta expedición, sirvieron a los holandeses para sus posteriores maniobras.

La batalla librada para la toma de San Juan proporcionó a ambos bandos más pérdidas que ganancias. La ciudad de San Juan, aunque no pudo ser conquistada, fue saqueada y casi totalmente arrasada por el fuego. Entre los objetos de valor que desaparecieron se encontraba al parecer la biblioteca del obispo Balbuena, famosa por haber sido celebrada por Lope de Vega en uno de los versos de su obra *El Laurel del Apolo*⁸. Por su parte, los holandeses

⁴ VILA VILAR, E. *Historia de Puerto Rico, 1600-1650*. Sevilla: Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1974. Véase, sobre todo, el cap. VII, donde se puede ver más ampliamente todo lo que aquí se ha dicho hasta ahora.

⁵ AGI. Santo Domingo, 2409

⁶ AGI. Santo Domingo, 156, R. 2.

⁷ Haro al Rey. Puerto Rico, 22 de julio de 1626, AGI Santo Domingo, 170, R. 5.

⁸ Véase la obra de HORNE, J. van. *Bernardo de Balbuena: Biografía y Crítica*. Guadalajara: Imprenta Font, 1940, pp. 103-108.

perdieron casi cuatrocientos hombres y dos navíos; y aunque se llevaron un buen número de esclavos, todos los ornamentos sagrados, cuadros, esculturas, bronce y todos los alimentos que pudieron conseguir, el botín no les compensó las pérdidas sufridas. En una de las naves perdidas había varias piezas de artillería de bronce y gran cantidad de armas de un valor superior a lo que se llevaron⁹.

A pesar de que el ataque a Puerto Rico fue un fracaso para la compañía holandesa, sus naves fueron durante mucho tiempo un auténtico peligro para los puertos caribeños. Juan de Laet, cronista oficial de la flota de Hendricks, escribía en Leiden el 8 de septiembre de 1644, refiriéndose a las riquezas de América, que «...lo que otros reyes y potentados en varias ocasiones y con intento de guerrear pretendieron hacer sin conseguirlo lo realizaron las Provincias Unidas con todo y ser las últimas y no siendo entre el número de enemigos las que menos embarazaban y perjudicaron a sus rentas». Relata como sola la compañía fue capaz de arrebatar tierras, apoderarse de grandes tesoros, destruir innumerables navíos, ocupar muchas plazas fuertes y, en definitiva, acosar el poderío de la corona española. En esa fecha, cuando todavía en España y en Europa se creía en la grandeza del Imperio español, Laet, viajero por el Caribe durante algunos meses, se dio cuenta de la debilidad de «...aquél gran reino, cuerpo del que ya penden inerte los brazos, abatido por tan humilde adversario»¹⁰. Había tenido ocasión de observar personalmente como los buques holandeses eran un peligro constante para las desgarnecidas costas americanas. Desde 1622 a 1636, la compañía envió a los mares americanos, ochocientos barcos con más de sesenta y siete mil marineros¹¹.

Las primeras tentativas serias de asentarse en el Caribe comienzan a principios de la década de los años treinta. Generalmente navegaban directamente a Pernambuco y desde allí se dirigían a las islas de Barlovento, donde comerciaban cuanto podían y apresaban todos los buques que se ponían a su alcance. En aquella época, el Caribe era un mar muy concurrido. Los holandeses estaban interesados, entre otras cosas en las salinas de Araya, pero ante la dificultad de apoderarse de ellas, optaron por la isla de San Martín donde hallaron sal en abundancia. En febrero de 1632, el gobernador de Puerto Rico informaba al Rey que los holandeses habían pasado cerca de las costas de la isla con una flota de ochenta navíos y que había dejado en San Martín treinta hombres con cuatro piezas de artillería para que comenzaran a hacer un fuerte y que era posible que en menos de ocho meses hubiera allí un establecimiento holandés con

⁹ AGI. Contaduría, 1076.

¹⁰ Apud, GEIGEL SABAT, F. *Op. cit.*, pp. 47-49.

¹¹ CÓRDOVA BELLO, E. *Op. cit.*, p. 35.

trescientos hombres bien fortificados¹². Las exageradas manifestaciones del gobernador, que tenía un establecimiento holandés cerca de Puerto Rico, causaron su efecto y en 1633, S. Martín fue desmantelada por el Marqués de Cadereyta. Al año siguiente, en 1634, los holandeses se apoderan de Curaçao, enclave que no sólo sería básico para la intervención holandesa en las costas americanas, sino que, convertida en depósito de esclavos, cambió la estructura que hasta entonces había tenido la trata.

En 1640, se firma el Tratado de Munster entre España y las Provincias Unidas, en el cual se incluye una cláusula en la que se especificaba que los holandeses podían repostar en un puerto español, en caso de necesidad. Fue la válvula de escape para acoger el contrabando continuo y clandestino que se realizaba en el Caribe, con la anuencia de las autoridades españolas, sin que cedieran las continuas agresiones. En 1642, don Juan de Bolaños, gobernador de Puerto Rico comunicaba al Consejo de Indias que los holandeses habían entrado con cinco navíos en la laguna de Maracaibo y habían quemado Las Barbacoas, su principal población, que tenían ocupado aquel puesto y Punta Galera en la isla Trinidad. Y que un año más tarde había ocupado la isla de Santa Cruz, después de haber expulsado a los ingleses, dejando en ella unas trescientas personas divididas en tres poblaciones, en una de las cuales tenían un fuerte con once piezas de artillería¹³. En la década de los años cuarenta del siglo xvii, la situación de los holandeses en el Caribe estaba bastante consolidada, sus actuaciones clandestinas se multiplicaban a medida que aumentaba su conocimiento sobre el terreno y se disponían a dar al dominio español el golpe definitivo con un instrumento por el que comenzaban a sentirse interesados: la trata de esclavos.

UN COMERCIO PRODUCTIVO: LA TRATA DE ESCLAVOS

Parece ser que, excepto algunas capturas en el mar de navíos negreros y algunos actos de pillaje, los holandeses no participaron en el comercio de esclavos organizado, al menos hasta la tercera década del siglo xvii¹⁴. No es extraño dada la estructura de la trata atlántica desde comienzos del siglo xvi, dominada por portugueses y españoles. Para estos últimos, la trata fue siempre la causante de la debilidad del régimen de monopolio con el que siempre pretendieron cubrir sus relaciones con las nuevas tierras descubiertas y colonizadas. Desde los primeros años del siglo xvi, la trata, con su forma de navegación triangular y fuera de flotas, se convirtió en un auténtico torpedo que fue a dar en la línea

¹² AGI. Indiferente General, 78.

¹³ AGI. Indiferente General, 1887. Cartas de Puerto Rico, 6 de enero de 1642 y 8 de marzo de 1643.

de flotación del Estado español, a pesar del rígido control que sobre los navíos negreros ejercía la Casa de la Contratación. La situación se agrava a fines de la centuria cuando, en 1595, la corona firma el primer asiento para la introducción de esclavos a Indias con un portugués, que sería el principio de una serie que no terminaría hasta 1640 con la revolución portuguesa. Es indudable que los portugueses gozaron estos cuarenta y cinco años de un comercio de excepción que les permitió enviar cerca de 1.000 navíos fuera de flotas, rompiendo uno de los pilares más restrictivos del pretendido monopolio: el paso de portugueses a sus posesiones americanas y, como consecuencia, el paso de una auténtica oleada de judíos que van a dar al traste con uno de los principios básicos —el control religioso— que intentaba proteger la corona española y que según Chaunu, se bastaba a sí mismo para justificarlo¹⁵. Los asientos portugueses no van a romper, sin embargo, la estructura triangular establecida para el comercio de esclavos, ni el control de la Casa, encargada de inspeccionar y pertrechar todos los navíos negreros antes de ir a las costas africanas¹⁶. Pero a partir de 1640, surgen dos importantes cambios en la trata que terminarán con el orden establecido: la ingerencia directa de este comercio de holandeses e ingleses y, como consecuencia, la sustancial modificación del tráfico en las colonias hispanas que ya no va a estar sustentado por un sistema de importación directo de las colonias africanas sino que se va a nutrir directamente de los depósitos que tanto unos como otros tenían ya establecidos en el Caribe.

La gran ofensiva de los holandeses iniciada a raíz de la creación de la Compañía de las Indias Occidentales les había proporcionado no sólo algunas bases en el Caribe, corazón de las provincias españolas, sino también factorías en las costas africanas. Durante los diez años que siguen a la revolución portuguesa intentan obtener el monopolio de la trata sin conseguirlo oficialmente, aunque de hecho eran los primeros abastecedores de esclavos que distribuían desde el depósito que habían establecido en Curaçao, a la par que intensifican el comercio de contrabando transportando en los navíos negreros telas y mercaderías para cambiar por productos de la tierra: cueros y azúcar de las Antillas; cacao, tabaco e incluso mulas, de Venezuela¹⁷. Fuertes competidores de los holandeses en este negocio fueron los ingleses que, con base primero en

¹⁴ GOSLINGA, C. y Ch. *Op. cit.*, p. 299.

¹⁵ CHAUNU, H. y P. *Seville et l'Atlantique (1504-1650)*. París: Ecole pratique des Hautes études, t. VIII, 1956-1960, p. 189.

¹⁶ Para todo este período véase, VILA VILAR, E. *Hispanoamérica y el comercio de esclavos. Los asientos portugueses*. Sevilla: Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1977.

¹⁷ VEGA FRANCO, M. *El tráfico de esclavos con América (Asientos de Grillo y Lomelín, 1663-1674)*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos (CSIC), 1984.

Barbados y luego en Jamaica, inician también la introducción clandestina de esclavos a la provincias españolas, sin llegar desde luego a la pericia de los holandeses. España se encuentra ante un gran dilema: los monopolizadores de la trata de esclavos, Portugal, Holanda e Inglaterra, eran en esos momentos sus más feroces enemigos. No podían, de ninguna manera poner el negocio en sus manos, pero tampoco se encontraba en condiciones de ejercerlo por sí misma. Cuantas veces había intentado administrarlo a través de la Casa de la Contratación había sido un fracaso. Le faltaba experiencia y, sobre todo, las bases de suministro. Para salir de esta situación ambigua se acude a una fórmula intermedia: la concesión, en 1663, de un nuevo asiento monopolista a dos genoveses —Grillo y Lomelín— que podrían hacer contratos con ingleses y holandeses para abastecerse de esclavos. Es la aceptación tácita de la ruptura del monopolio comercial porque se está permitiendo de derecho lo que ya estaba ocurriendo de hecho: la intromisión de potencias extranjeras en un sector comercial que ciertamente no era de los menos importantes¹⁸.

Este asiento supuso para el comercio americano un auténtico caos. Por primera vez se iba a permitir un tráfico interprovincial en el Caribe, sin ningún tipo de control de organismos estatales, a navíos extranjeros con tripulación extranjera lo cual suponía, además, que junto con los esclavos, una gran cantidad de mercancías de todo género iban a llegar directamente a Cartagena y Portobelo desde Barbados, pero sobre todo desde Curaçao. El contrabando se generaliza en los puertos americanos con la connivencia de los funcionarios españoles estableciéndose un precedente difícil de erradicar y que será el mayor escollo que tendría que salvar el consulado sevillano cuando en 1674, sin otro remedio, y para salvaguardar sus intereses, decide hacerse cargo del asiento. El Archivo General de Indias, en su sección de Escribanía de Cámara, está lleno de documentos que describen este contrabando y todos los implicados en él. Un ejemplo puede dar idea de la trama establecida: en julio de 1676 llegó a las costas de Cartagena un navío de un tal Francisco Galesio, que había sido capitán de navíos negreros que llevaban esclavos desde Curaçao durante el asiento de Grillo y Lomelín. Al parecer obtuvo permiso para vender 104 esclavos a solicitud de un regidor de la ciudad, llamado Martín de Buitrago, que era cuñado del gobernador. Se intentó que votaran a favor de la entrada del navío todos los regidores, con intento de soborno, pero éstos se negaron y acusaron a Buitrago de haber recibido dos negros como premio a su gestión. Según el alguacil mayor habían entrado bastantes más esclavos de los declarados así como gran cantidad de mercaderías. Nada de destacar por la asiduidad con que sucedían

¹⁸ *Idem.*

estos casos a no ser porque la noticia llegó hasta la Casa de la Contratación a través de un don Manuel Belmonte, del que luego me ocuparé, que era agente de la embajada de España en Amsterdam y el conde de Medellín, presidente de la Casa, ordenó hacer una investigación que puso de manifiesto la vasta red que amparaba el contrabando¹⁹.

La época de estos dos asientos —Grillo y Lomelín y el Consulado de Sevilla—, de 1663 a 1683, comprende veinte años que se convierten en la época dorada de la actividad holandesa en el Caribe. Es decir, que a los pocos años de haber perdido sus posesiones en la costa brasileña, iniciaban su ofensiva caribeña. Ofensiva que despliegan desde el gran valuarte en el que se había convertido la isla de Curaçao.

CURAÇAO, DEPÓSITO DE ESCLAVOS

La conquista de Curaçao fue planeada en Holanda. En las actas secretas de los XIX de la Compañía de las Indias Occidentales, consta que el día 6 de abril de 1634 se decidió la toma de Curaçao en vista de la pérdida de San Martín y de la conveniencia de mantener alguna colonia cerca de la costa venezolana. Se designó, para dirigir la expedición, a Johannes van Walbeek a quien los españoles llamarán «Balbeque»²⁰. Conocía bien este personaje la fuerza de la esclavitud debido a los años pasados en Brasil e hizo hincapié ante la Compañía de la necesidad de una remesa de esclavos para trabajar en la isla²¹. Nunca imaginarían lo acertado de su decisión ni los ingresos que iba a generar una pequeña porción de tierra, al parecer, tan marginal. Pero todavía no se concebía la posibilidad de convertirla en depósito de esclavos. La Compañía firmó algunos contratos con judíos sefardíes para su colonización sin que llegaran a dar ningún rendimiento²². Fue el informe de un hombre poco conocido, Arnout van Liebergen, el que influyó en la compañía para el destino final de Curaçao. Afirmaba rotundamente que Curaçao era el enclave natural para la venta de

¹⁹ En efecto, según declaración del sargento mayor de Cartagena, Diego José de Rada, en los esclavos que se sacaron del navío estaban interesados: don Francisco Blanco de Salcedo, don Juan del Burgo, cuñado del gobernador, Fernando de Talavera, vecino, el castellano de Bocachica, don Sancho Jimeno, Nicolás Rodríguez, estante en la ciudad, don Juan Antonio Eraso, vecino y el capitán, Alonso Cortés que lo era de una de las compañías del presidio. AGI. Escribanía de Cámara, 594, A, B y C.

²⁰ Para todo lo referente a la toma de Curaçao, sobre todo al aspecto bélico véase, CARDOT, C. F. *Curaçao Hispánico (Antagonismo flamenco-español)*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1973.

²¹ GOSLINGA, C. Ch. *Op. cit.*, p. 299.

²² BÖHM, G. *Los sefardíes en los dominios holandeses de América del Sur y del Caribe. 1630-1750*. Frankfurt: Vervuert, 1992, pp. 169 y ss.

esclavos en todo el ámbito Caribe. Dos eran los reparos principales a este proyecto: la pérdida del comercio África-Brasil que proporcionaba azúcar y tintes como productos de retorno de la venta de esclavos y el peligro que suponía hacer de Curaçao un depósito de esclavos por la alerta que despertaría entre los españoles que harían esfuerzos para recuperar la isla. Pero Liebergen vio el resultado correcto: como los españoles necesitaban esclavos y no disponían de bases de suministro, comprarían los negros en Curaçao. Por otra parte, la situación del Brasil se hacía crítica por momentos²³.

En efecto. El nuevo asiento de Grillo y Lomelín necesitó desesperadamente de los esclavos de Curaçao para mantener el tráfico. Casi todos los esclavos introducidos en Cartagena, Portobelo y Veracruz —en total unos dieciocho mil trescientos— fueron sacados de Curaçao. Y con ellos viajaban una serie de mercaderías de contrabando que abastecían el Caribe. Hay constancia que un testaferro de los holandeses, llamado Juan de Villalobos, actuaba en estos años con toda impunidad. Natural de Puebla de los Ángeles, casado en Puerto Rico y sin fortuna personal, navegaba en una nao holandesa con licencia para ir de San Juan a Santo Domingo a vender ropa. Tenía otra nao para navegar esclavos y compró a Domingo Grillo mil cien licencias para vender en las islas de Barlovento²⁴. Desde estos años, la trata no se podía mantener sin la intervención holandesa.

La situación para el comercio oficial hispano no podía ser más negativa. La necesidad de esclavos en las colonias americanas era acuciante pero dejar la trata en manos extranjeras suponía un peligro demasiado evidente. Debido a esto y a la notable crecida del contrabando, el Consulado sevillano decidió hacerse cargo del asiento de esclavos. Los propios comerciantes explicarían su postura al rey en un memorial que le enviaron en 1680. Decían textualmente:

Los motivos, señor que este Consulado tuvo para encargarse de un asiento tan gravoso fueron para evitar los fraudes que se ejecutaban en los puertos de la Indias de ropa, frutos, negros y mercaderías en grave perjuicio de vuestra Real Hacienda y daños crecidos que resultaba a este comercio...²⁵.

Del mismo modo se habían expresado en una carta dirigida al factor de Veracruz en abril de 1667 en la que se le expresaba su esperanza de acabar con los fraudes «...que se han experimentado en tantos años, llenando ese reino de todas las mercaderías que se gastan en él, destruyendo los comercios de las Indias y de España...». Y afirmaban que habían aceptado hacerse cargo del asiento

²³ GOSLINGA, C. Ch. *Op. cit.*, p. 307.

²⁴ Informe de Fray Juan de Castro, intermediario del asiento. 1668. AGI. Contaduría 25, cuaderno 4.º, p. 98.

²⁵ «Exposición que dirige al Rey el Consulado... 26 de enero de 1680». AGI. Consulados, 1600.

[...] a fin de remediar de una vez semejantes excesos y desórdenes por reconocer la total ruina y perdición de los cargadores y fraudes contra la hacienda [...]²⁶.

En un primer momento, el Consulado pretende tomar las riendas y recobrar un comercio que se les escapaba de las manos. Pero tuvieron en su contra dos importantes factores: en primer lugar el cierre de las factorías africanas por parte de los holandeses y en segundo lugar la intervención de un personaje singular en las negociaciones con Holanda. Me refiero a don Manuel Belmonte, judío sefardí que se había iniciado en Brasil en la compra y venta de esclavos y desde 1664 servía como agente general de España en los Países Bajos, llegando a recibir los títulos nobiliarios de conde de Palatino por parte del emperador Leopoldo III y el de barón por parte del rey de España²⁷. Más tarde fue nombrado embajador extraordinario de Holanda en Inglaterra, ocupando posteriormente los mismos puestos en Madrid y Lisboa. Pues bien, este influyente personaje fue el interlocutor principal entre los nuevos asentistas, los hombres del Consulado, y la compañía²⁸ y contó con la colaboración de don Manuel Francisco de Lira, hombre de gran prestigio, agente enviado por el Consulado para actuar ante los Estados Generales. Entre ambos pretendían que Holanda abriera las factorías africanas al asiento, algo a lo que la compañía se resistía porque quería dar salida a mil seiscientos negros que tenía en Curaçao²⁹. Comienza entonces una serie de negociaciones en las que el Consulado propone comprar los esclavos de la isla siempre que no se llevaran más a ella y que luego se abrieran las factorías de África³⁰, pero al conocer que los holandeses seguía llevando esclavos a Curaçao, endurecieron su posición. El desconocimiento de la situación verdadera del tráfico en esos momentos les hacía mantener una actitud arrogante y escribieron a Belmonte en los siguientes términos:

[...] que si hasta aquí los gobernadores de los puertos han permitido la introducción dellos [los esclavos] muy pronto experimentarán en sus cabezas el delito que han cometido con que los gobernadores que le sucediesen escarmentarán en ellos y más puede el rey católico en sus dominios que las otras naciones, y así la última solución que tiene este Consulado y comercio es responder que si las factorías de holandeses en el África no se abren generalmente a los navíos del tráfico de negros que con nuestras licencias fuesen a

²⁶ AGI Consulados, libro 803.

²⁷ CARO BAROJA, J. *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, v. II. Madrid: Arion, 1962, p. 152.

²⁸ BÖHM. *Op. cit.*, p. 189.

²⁹ Carta de don Manuel Belmonte al Consulado. Julio, agosto y diciembre de 1677. AGI. Consulados 1600.

³⁰ El Consulado a don Manuel Belmonte, 26 de octubre de 1677. Consulados, libro 803.

ellas a tratar y comerciar libremente, no pasaremos a sacar de la isla de Curaçao las 1.600 piezas, más o menos, que se hallaren en ella³¹.

El Consulado estaba terriblemente equivocado. El problema no es que los holandeses no les permitieran comerciar con sus factorías africanas. El problema es que los navíos españoles no estaban preparados para navegar a África. No sólo porque se les negaba la venta en las factorías holandesas y portuguesas, sino también porque los productos que llevaban los españoles para el trueque, a excepción de los vinos, no podían competir con los de otras naciones y porque los marinos españoles no tenían experiencia en la entrada en los ríos africanos³².

No tuvieron otro remedio que considerar la posibilidad de conseguir los esclavos en el depósito de Curaçao y acudir a terceras personas para que hicieran la navegación. De esta manera, el Consulado tuvo que bajar sus humos y consentir con uno de los inconvenientes que más habían querido evitar: el tráfico directo desde las factorías extranjeras del Caribe que se prestaba a un contrabando imposible de controlar desde Sevilla. En 1679 se envía una real cédula a los gobernadores de todos los puertos del Caribe controlado por los hispanos avisándoles que el Consulado tenía permiso para extraer de Curaçao 1.800 esclavos que allí tenía la Compañía Holandesa de la Indias Occidentales, con la condición de que sólo podían navegar las licencias que tenían concedidas para evitar fraudes y que no podían transportar ningún tipo de mercancía. Ese mismo año, el Consulado firmaba un acuerdo con Juan Barroso del Pozo, comerciante gaditano, por el que éste se comprometía a introducir 6.000 toneladas de las 10.000 del asiento, a pesar de que el presidente de la Casa de la Contratación, el duque de Medinaceli, les hace constar que el tal Barroso y sus fiadores, el capitán Antonio Márquez de Castro, Juan Francisco Petite y don Juan Orta, regidor y alguacil mayor de Cádiz, eran hombres de paja de la compañía que querían entrar en el comercio de esclavos para introducir telas³³. La firma del contrato, a pesar de esta seria advertencia, pone en evidencia que el Consulado había aceptado los hechos consumados y que hacía una renuncia expresa de mantener el monopolio. Renuncia que no se oculta cuando se le concede a Barroso permiso especial para realizar dos viajes a las factorías del Caribe sin

³¹ 21 de diciembre de 1677. AGI Ibidem.

³² Un dueño de un navío negrero, Juan de Pineda y Ponce de León, avisaba desde Santo Tomé, el 12 de noviembre de 1677, las peripecias de su viaje por la impericia del piloto y cómo tardó ciento sesenta y cinco días en llegar a dicho puerto. Otro marino, Luis de la Fuente, explicaba al Consulado el peligro que suponía salir de los ríos de Cacheo y que su barco tuvo que tomar un práctico portugués. AGI Consulado, 1600.

³³ El duque de Medinaceli al Consulado. Madrid, 21 de marzo de 1679. AGI. Ibidem.

necesidad de volver a España o recibir licencia de la Casa. Y toda esta situación se consolida cuando el Consulado firma un acuerdo con Nicolás Porcio, yerno de Barroso, accidentalmente naturalizado español pero con indudables conexiones con los holandeses³⁴. La situación no permitía otra cosa. A fines del siglo xvii el comercio con Indias estaba, prácticamente, en manos de extranjeros y del Caribe se habían posesionado los holandeses que, al socaire de la trata de esclavos, hacían negocios de todo tipo. Esta situación culmina con la firma del asiento con Baltasar Coymans. El contrabando se intensifica en todos los puertos, especialmente en Cartagena³⁵ y se puede afirmar, sin género de duda, que los últimos veinte años del siglo xvii el comercio de esclavos estuvo prácticamente en manos de holandeses con la connivencia de los funcionarios españoles. En 1686, se realiza una visita al gobernador de Cartagena, Juan Pando de Estrada, por un acuerdo que hizo con Coymans y con Baltasar Begue, gobernador de Curaçao, para que enviase embarcaciones a Cumaná, La Guaira y Maracaibo y conducir bastimentos a estas islas pagando los fletes a los holandeses y en ella se prueba que los más altos funcionarios de la gobernación estaban implicados³⁶.

Había comenzado la desmembración del gran imperio hispano y a tal cuestión no fueron ajenos los holandeses. Del mismo modo que en Brasil determinaron el futuro de este país, en el Caribe mantuvieron su poder y consiguieron minar una de las llaves maestras de la estructura del imperio español: el monopolio comercial.

³⁴ Nicolás Porcio estaba casado con una hija de Barroso y en 1672 se le rechazó una petición de carta de naturaleza porque sólo llevaba en Cádiz trece o catorce años (AGI. Contratación 5182. La Casa al Consejo. Sevilla 14 de julio de 1676). Era natural de Crema, ciudad cercana a Venecia y se había trasladado a Cádiz donde tenía algunos bienes raíces y en 1680 consiguió su carta de naturaleza para poder comerciar con Indias. Pagó por ella seiscientos pesos. En esa época declara tener veinte mil pesos de bienes raíces (AGI. Contaduría, 238). Había ayudado a su suegro en el negocio de esclavos y estuvo unos años en América. Su conexión con holandeses es indudable. Los factores que envió a Cartagena eran de esta nacionalidad y procedían de Curaçao. Sus nombres españolizados: Baltasar Bembel, Baltasar Begue y Alejandro Escoto. AGI. Escribanía de Cámara 597 A, B y C.

³⁵ En la Sesión Escribanía de Cámara de AGI hay numerosos legajos que ponen al descubierto este contrabando. Ver, sobre todo, los legajos 594: A, B y C y 595 A, B y C. Para el contrabando en Caracas y Cumaná, legs. 676: A, B, C y D y 677 B, entre otros.

³⁶ Resultaron culpados, don Gregorio Lasso de la Vega, teniente general, don Antonio Farfán de los Godos, don Felipe Núñez de Rioja y don Juan Francisco Valcárcel, Oficiales reales; el sargento mayor, don Alonso Cortés y el escribano público, José Blanco. AGI. Escribanía de Cámara, 599: A, B y C y 600 A y B.

Comunicaciones

Chile holandés o Flandes indiano en la visión de Gaspar Barléu¹

CLICIE ADÃO

Universidad de Concepción

LA PRESENCIA holandesa en Brasil en el siglo XVII adquiere mayores dimensiones cuando, bajo el auspicio de Maurits van Nassau, los Países Bajos organizan una expedición que pretende extender sus dominios a la América hispánica. Sin embargo, la idea de tomar Buenos Aires en 1642, frustrada por el levantamiento anti holandés en Marañón y la posibilidad de una rebelión general en Pernambuco (Alencastro: 2000, 224), es reemplazada por el proyecto de la conquista de Chile. La conquista de la colonia española se emprende, entonces, con «la esperanza de poder aliviar, con el comercio y con los provechos de las minas de oro de aquél país, a la Compañía endeudada» (Barléu: 1974, 270)², por la posibilidad de expansión neerlandesa y por el derrumbe del Imperio español.

A su regreso a Holanda, desde Pernambuco, Maurits van Nassau expone, para una audiencia compuesta por «los príncipes, sus parientes, los Estados Generales y los directores de la Compañía» (Barléu: 1974, 331), el informe o resumen de la

¹ Este trabajo es parte de la investigación *El valiente y el caníbal en la literatura colonial latinoamericana: una proyección hacia la mundialización*. Concurso Post-doctorado 2003, del Fondo de Investigación Científica y Tecnológica —FONDECYT— Chile.

² Las citas del libro *História dos feitos recentemente praticados durante oito años no Brasil*, de Gaspar BARLÉU, son traducciones mías al español, de la edición brasileña de Claudio Brandão.

actuación de los Países Bajos en Brasil, durante el período de su permanencia en el nordeste brasileño. No obstante, el relato no se limita a la colonización en Brasil, pues más allá de un parecer sobre las condiciones de gobierno y de armas en que se encuentra la América bajo el control neerlandés («se obtuvo, en Brasil, la estabilidad de nuestro dominio gracias a soldados y fuerzas, y así debe ser conservada») (Barléu: 1974, 341), está la posibilidad de conquistar y colonizar todo el territorio ultramarino ibérico («vamos en dos meses a Chile, provincia bañada por el océano Pacífico, y en catorce días a La Habana, lugares favorables a las maquinaciones de los nuestros») (Barléu: 1974, 341). De ese modo, Maurits van Nassau sugiere y estimula a Holanda a continuar con la conquista de América: «Si aún no se felicitan por sus grandes provechos, se felicitarán cuando aumente la colonización, y los holandeses se esparzan por más largo espacio» (Barléu: 1974, 341).

I. LOS HOLANDESES EN EL ESTRECHO DE MAGALLANES

La relación entre los Países Bajos y el reino de Chile se remonta a fines del siglo XVI, cuando el paso hacia el océano Pacífico, el *Mare Clausum* de los españoles, empieza a facilitarse. Punto estratégico para las expansiones europeas, el Estrecho de Magallanes significa no solamente un camino hacia la ocupación de las Indias Occidentales españolas, sino también una abertura hacia el imaginario de conquistadores y de «piratas y corsarios».

De ese modo, el Estrecho se puebla con la figura del *pirata*, entidad nacida del derecho de propiedad otorgado por el Papa a España y Portugal sobre las tierras del Nuevo Mundo y del mar del Sur y de la reacción de otras naciones europeas frente a esta exclusividad. Surgen, entonces, grandes cantidades de comerciantes que, ilegalmente, o bajo los auspicios gubernamentales, actúan en las costas de África, América y Caribe, traficando con oro, plata, especias y esclavos. Ese comercio paralelo diseña la economía colonial y crea el estereotipo de los «perros del mar», figura que disputa lado a lado con los navegantes conquistadores los botines de los territorios coloniales. Sin embargo, en la narrativa de *História dos feitos recentemente praticados durante oito anos no Brasil*, de Gaspar Barléu, los *corsarios* o *piratas* aparecen como «célebres navegantes» (Barléu: 1974, 162)

Según Carlos Valenzuela Solís de Ovando, en su *Piratas en el Pacífico*, los ataques de los piratas ingleses a navíos y colonias españolas se producen con pretextos muy diferentes a sus verdaderos objetivos, o bien proyectan sus incursiones en secreto. Entretanto, los holandeses organizan sus expediciones, «con el financiamiento de acaudalados mercaderes o compañías establecidas, que buscan la apertura de nuevas rutas comerciales» (Solís de Ovando: 1993, 72). De

hecho, los holandeses navegan por el Estrecho algunas veces, y algunas de esas incursiones poseen carácter de expediciones.

La primera incursión holandesa en el Estrecho (1598-1600) pretende establecer una nueva ruta comercial hacia las Indias Orientales, con el apoyo de los Estados Generales, que libera de impuestos a los expedicionarios y les facilita cañones. Pretendiendo alcanzar las Molucas, ocupadas entonces por los portugueses, las naves, comandadas por Jacques Mahu y Simon de Cordes siguen la ruta abierta por Drake y Cavendish. Guarnecidos en una ensenada, la Bahía Cordes, atacan y destruyen la ciudad de Castro, en la isla de Chiloé, comandados por Balthasar de Cordes y con la ayuda de los araucanos³ (DIBAM: 2000).

De esa expedición resulta el primer mapa completo del Estrecho, del piloto Jan Outeghersz, que será usado como referencia durante dos siglos. De las naves, sólo una vuelve a Holanda y las otras sufren diferentes destinos: *La Esperanza* se hunde en el Pacífico; *El Amor* es capturada en Japón y sus tripulantes hechos prisioneros por el Shogun; *La Buena Nueva* es reducida en Valparaíso.

La creación de la Compañía Magallánica propicia la segunda expedición (1598-1601), comandada por Olivier Van Noort. Establece contacto con indígenas en la isla Mocha y Santa María, atacan Valparaíso y El Callao, en Perú, apoderándose de cinco naves españolas. Se dirige a Oriente, con éxito y llega a Rotterdam con 60 toneladas de botín y especias.

Para la expedición de Jacob Le Maire y Willem Schouten (1615-1617) se organiza la Compañía Austral, creada por Isaac Le Maire, junto a otros socios. De naturaleza estrictamente comercial, conocida como la de los «Buscadores de Oro», la expedición se compone de dos naves y 87 hombres. El propósito del viaje es romper el monopolio de la voc, la Compañía de las Indias Orientales, en el comercio con las Molucas y la búsqueda de la *Terra Australis Incognita*, revelando así el carácter de libre comercio holandés y la competitividad entre los empresarios de Holanda. Exitosa como empresa, la Compañía Austral descubre el *Estrecho de Le Maire*, la *Tierra de los Estados y Kaap Hoorn* (Cabo de Hornos). No obstante, los navegantes al romper las reglas del juego del derecho internacional, vuelven a Holanda como prisioneros, ya que el gobernador de la voc los detiene por haber cruzado sin permiso el estrecho de Magallanes.

La expedición de Jacques L'Eremite y Huygen Schapenham (1623-1626), compuesta de 11 naves, es un ejemplo de colaboración entre empresa privada y pública. Los Estados Generales financian las naves, la voc la alimentación y los

³ En los años 1999/2000 la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM) y la Ambassade van het Koninkrijk der Nederlanden en Santiago de Chile, realizaron una exposición sobre la presencia holandesa en América. Además, han sido editados dos libros y un CD-ROM sobre los viajes de los holandeses a Brasil y Chile.

sueños son compartidos. Conocida como la flota de Nassaovia, ya que el príncipe de Nassau gesta la expedición, está compuesta de 1.637 hombres, entre ellos un fiscal y un matemático.

Facultados para ocupar territorios, fortificarlos y dejar personal, son instruidos para retomar los acercamientos con los indígenas, además de apoderarse de la plata de Potosí en Bolivia. Como de costumbre, los holandeses deben volver con mercancías de las Indias Orientales. Toman la ruta del estrecho de Le Maire y tras contactar con los araucanos, llegan a la isla de Juan Fernández. Sin embargo, fracasan en Arica, lo que impide el intento de tomar la plata de Potosí. Enfrentan a los españoles en El Callao y vuelven a Holanda después de tres años, sin hacer daño a las posesiones españolas del sur de América.

Debido a la poco exitosa expedición anterior, en relación con la necesaria ocupación del territorio chileno, Holanda organiza y monta un viaje auspiciado y financiado por la WIC, la Compañía de las Indias Occidentales y los Estados Generales, que pretende establecer una colonia en el sur de Chile.

2. FLANDES INDIANO

Gaspar Barléu empieza su relato sobre la conquista del territorio chileno construyendo la figura heroica del comandante de la expedición, Hendrick Brauer como la de un «varón que buscaba al mismo tiempo los honores y los trabajos y que mostraba gran confianza en lo que su propia convicción lo animaba» (Barléu: 1974, 169). Autoritario como un dictador, la personalidad de Brauer, según, Barléu, provoca temor y odio entre los marinos. Lo justifica, sin embargo, por los hechos gloriosos de su estancia en las Indias Orientales y por los elogios de los «particulares» por sus glorias.

De hecho, Brauer consigue para la WIC grandes ganancias en Oriente. Debido a su éxito, que en la narrativa de Barléu, así como en la historia económica holandesa del siglo XVII, supone la posibilidad de recibir aporte financiero, el rígido almirante Brauer es enviado a América «investido de autoridad para adquirir fama en partes opuestas del mundo» (Barléu: 1974, 169).

La prioridad de su misión es salvar las deudas de los socios de la WIC, a través de la explotación y comercialización del oro chileno. No obstante el carácter económico contenido en las instrucciones que recibe Brauer, es necesario colonizar Chile, con el objetivo de debilitar y arrebatarse América a los españoles. Los anteriores intentos de vencer a España en sus territorios americanos, dan lugar a la que sería la última oportunidad de tomar Chile, esta vez por obra del temido héroe de la conquista del Oriente.

Después de instruirse sobre los vientos y las estaciones propicias para el viaje, y los pasos previos a seguir en Brasil, el listado de diligencias de Brauer

contempla bordear la costa chilena y arribar a Castro. Una bandera blanca debe ser alzada en señal de paz, y, acto seguido, invitar a los amerindios a conversar, «aprovechando la ocasión para sondearles los ánimos e indagar los secretos y los provechos de la tierra» (Barléu: 1974, 270). En ese reglamento de los procedimientos de la campaña holandesa se describe cómo y de qué forma los europeos deben acercarse a los araucanos, con el fin de conseguir lo deseado, ofrecerles auxilio en la lucha contra los españoles y la restauración de sus tierras. Estos son, sin embargo, códigos del lenguaje de guerra y paz en Occidente.

Además, el almirante Brauer debe narrar a los indígenas sus propias luchas y glorias, para que ellos, los amerindios, conozcan el valor de la «brava gente holandesa». En esa exposición, que concierne al «punto 8» de su listado, los holandeses muestran conocimiento histórico de las luchas entre araucanos y españoles, pareciendo ser la valentía del pueblo chileno⁴ la que los incita a estar ahí:

Después, conversando con los principales del pueblo (les llaman caciques), les expusiese que allí llegó a través de inmensas distancias, a través de tantos azares y peligros del mar, llamado por la fama de las guerras que ellos, brava y gloriosamente, habían hecho, desde 1555, bajo el comando de Caupolicán, Lautaro y otros capitanes, contra la nación enemiga de los españoles para recuperar la libertad; que el mismo ánimo traían los holandeses, cuyas guerras con el mismo enemigo, a favor del derecho de libertad de gobierno, ya se probarían a su octogésimo año. Alcanzada y garantizada por las armas esa libertad en la patria, fueron más allá, a través de los mares, y, habiendo expulsado a los portugueses, sujetaron bajo su poder algunas provincias de Brasil, desde donde habían ido a Chile, con una navegación de dos meses, para establecer con los chilenos pactos de alianza y de comercio. Habían llevado armas de Europa, fuertes quiera para una guerra defensiva, quiera para una ofensiva (Barléu: 1974, 271).

El relato contenido en esa instrucción revela que los holandeses consideran, aunque estratégicamente, a los araucanos como una nación que, además de gloriosa, ya que desde hace un siglo vence en sus batallas a los españoles, es apta para guerrear lado a lado contra el enemigo común. De ese modo, la idealización del indígena no se basa en el «buen salvaje» edénico sino en el «buen guerrero», aliado y cómplice de un mismo ideal: libertar a los pueblos del mundo de la tiranía española.

En la prefiguración de Chile como colonia holandesa, Brauer presenta una carta del príncipe de Orange que corrobora y da fe de sus palabras, coronando, de ese modo, el acuerdo mutuo. Además, se realiza una invitación a los araucanos para una visita a las tierras de los Países Bajos, para conocer su sistema de gobierno y de guerra, sus plazas y fuertes, las guarniciones de la

⁴ Los holandeses llaman a los araucanos *chilenos*. En *História dos feitos* los habitantes de Chile son chilenos (araucanos) y españoles.

República contra el español, las mercancías de todo género. Se firma, así, la amistad por medio de las relaciones mercantiles.

Esta propuesta de interacción con los pueblos indígenas figura como la forma de encuentro y de negociación impuesta en las relaciones interétnicas en Chile: los parlamentos. Zona fronteriza compleja, que apunta hacia un sistema que, a su vez, presupone mutuas interpretaciones y reconocimientos, y que «desde los comienzos del contacto fronterizo, los dos bandos en lucha sintieron la necesidad de comunicarse y celebrar acuerdos frente a hechos inmediatos o establecer reglas de convivencia para situaciones permanentes» (Villalobos: 1995, 186).

Brauer debe, también, contactar con los pueblos cercanos a la ciudad de Valdivia, objetivo importante de la dominación holandesa, por tener esa región «abundancia de minas de oro y gozar, más que otras, de un suelo fértil». El discurso de la guerra está condicionado, por lo tanto, al oro. Otorgando a la guerra el peso del oro, los holandeses manipulan regiones del saber que gravitan alrededor de las «cosas sagradas» para los pueblos amerindios, lo que finalmente es la razón de su destrucción. Junto a toda ayuda en el combate al enemigo, «pregúntase habilidosamente (eso era lo principal) acerca de las riquezas, de los sagrados ocultamientos de su oro, dando a éste el mismo valor de las armas y pertrechos chilenos»⁵.

Gaspar Barléu narra los primeros encuentros entre holandeses e indígenas, configurando un rechazo inicial:

Los chilenos a la vista de hombres extranjeros y desconocidos, se dirigieron hacia una loma que se erguía a las orillas del río para ser vistos por los holandeses. Saliendo estos para venir a conversar, se alejaron de las orillas del río hacia el interior. Los nuestros hincaron en la playa un palo con un paño blanco como señal de paz y le pusieron a los pies unos cuchillos y corales, que son allí objetos de comercio, profiriendo, en alta y blanda voz, palabras de amistad. Pero, cuando volvieron los holandeses para la embarcación, llegaron un caballero y tres peones, arrancaron el palo y lo llevaron con el resto para los suyos. Enseguida caminaron hacia la orilla y los lanzaron al agua. Este hecho, por la indignación que parecía demostrar, causaba sospecha de ser aquellos lugares poseídos por españoles, de los cuales sería falta de sentido esperar beneficios (Barléu: 1974, 286).

⁵ Según Benjamin Vicuña Mackenna «[...] se delineaban en la superficie a virtud de un simple decreto del capitán general, como Rancagua y el Parral, San Carlos y Cauquenes, así las más famosas ciudades de los límites australes del Chile civilizado y cristiano, surgieron de la riqueza del oro, como Osorno, que tuvo casa de moneda para sellar el opulentísimo metal de Ponzuelos, como Villarica, que lleva en su nombre y en sus seculares ruinas la historia de su esplendor pasado, y como Valdivia, cuyo metal fue reputado, junto con el de Andacollo, en la opuesta zona del país, el más puro y saneado de las Indias. La ley media del oro de Chile y probablemente del mundo es de 20 a 21 kilates; pero el de Andacollo subía a 23 y el de Valdivia a 24, lo cual equivalía a su máximo de limpieza, maleabilidad y pureza» (Vicuña Mackenna: XVI-XVII).

Las relaciones empiezan, entonces, en el marco de los códigos interétnicos, en una operación desde las coordenadas de los significados de las tradiciones de ambas partes. Cuando insisten en una comunicación, los holandeses recurren a la práctica del tiro de cañón, de «pólvora seca», y si acaso no hay respuesta positiva, se debe desdoblarse una bandera roja y «disparar tiros verdaderos para aterrorizar a los presentes». Como último recurso, después de las respuestas de los araucanos («dirigiendo palabras feas y amenazando de muerte»), secuestran a indígenas.

Gaspar Barléu atribuye el conocimiento de la llegada de los navíos de Brauer a uno de los marineros holandeses hecho prisionero por los españoles, así como a la mala costumbre holandesa de «llevar a los extranjeros los negocios domésticos» (Barléu: 287), constituyendo clara contradicción con los relatos de los padres Diego de Rosales y Alonso Ovalle, según los cuales la noticia proviene de la hazaña heroica del padre Domingo Lázaro, de las misiones de Chiloé: «y con valeroso ánimo y no imitable osadía se arrojó en un barco en un mar tan tempestuoso como es aquél, particularmente por aquellos tiempos de invierno, y sin recelo de ser preso y cautivo del enemigo holandés, que estaba en el camino y había de pasar o por delante de él o muy cerca, llegó a la Concepción y dio el aviso de lo sucedido, con que la tierra se previno luego toda y se levantó en armas para su defensa» (Ovalle: 1969, 45).

Para hacer efectiva la conquista del territorio americano, el discurso holandés opera, en la narrativa barlesiana, con tópicos que legitiman la conquista de Brasil y Chile. Uno de ellos es el discurso de la credibilidad. La misión de Brauer contempla libertar a los chilenos (araucanos) de la esclavitud española y tomar a todo castellano como prisionero de guerra, mostrando a los araucanos la «severidad con el enemigo», ganando su simpatía y probando clemencia con los pueblos amerindios. En Brasil los holandeses establecen alianzas con portugueses descontentos con la política colonial de la metrópoli. La narrativa del Brasil holandés transita por el campo de las semejanzas, compartiendo el espacio bajo una tolerancia hacia los amerindios. A su vez, la alianza con los araucanos es una necesidad inevitable. Desde Europa se establecen en detalle las necesidades y los procedimientos, convirtiendo a los pueblos indígenas en socios, espías y armas de la guerra de conquista: los araucanos deben avisar desde sus barcas a los holandeses si se acerca el enemigo español.

Las instrucciones insisten en el oro, fundamental para la continuidad del proyecto de expansión ultramarina de Holanda. Sin embargo, los acercamientos deben ser cuidadosamente elaborados y requieren de habilidades diplomáticas por parte de los holandeses: «El primer cuidado después del desembarque sería inquirir sobre las minas, cuáles son, dónde están, si es fácil o difícil la extracción del oro, si están próximos o distantes los mares y ríos por los cuales se

pueden transportar los metales; si el ánimo de los indígenas es favorable o adverso a eso» (Barléu: 1974, 272).

Aseguradas las minas de oro, la expedición debe dar cuenta a Brasil para que Maurits van Nassau envíe más tropas, mercancías y armamentos, y, si fuese posible, expulsar de los fuertes a los castellanos, apoderándose de las minas, «pues solamente ellas faltan para la felicidad de los mercaderes» (Barléu: 1974, 273).

La explotación de las tierras australes también está contemplada en los planes del Consejo de los XIX, pues, como señala Barléu, «espera firmemente descubrirlas». Por último, está el ítem que se refiere a las relaciones entre las fuerzas holandesas y las españolas situadas en Valdivia y Chiloé. En el caso de que el asentamiento hispánico demuestre ser un peligro para la empresa holandesa, deberá ser elaborada una nueva estrategia, celebrando con los chilenos un «pacto de comercio y guerra». Por lo tanto, es necesario renunciar a aquellas plazas y atacar la isla de Santa María, defendiéndola después en una acción conjunta con los «colonos chilenos».

3. EL PARAÍSO SEGÚN CHILE: ¿UNA UTOPIA?

La descripción de Chile sigue la narrativa clásica de los relatos de la conquista: localización geográfica, clima, las costumbres de los pueblos, sus formas sociales y de guerra. En la descripción de las tierras chilenas, Barléu observa que, si se limita a las posesiones españolas, Chile «queda encerrado en límites muy estrechos» en un momento en que sus fronteras alcanzan desde el océano Pacífico hasta el Atlántico. Cada región con sus provincias y ciudades, sus plantíos y vientos, sus piedras y su oro, es descrita por Barléu a través de una perspectiva colonizadora: abundancia en alimentos, inversión de las estaciones del año con relación a Europa, posición de las islas, etc.

El relato barlesiano aparece interferido por otras narrativas, otras lecturas: «si damos crédito a los escritores, aquel frío allí es tan agudo e intenso que acopla a los caballos con los caballeros, endureciéndolos como mármol» (Barléu: 1974, 274). Posible lector de Alonso de Ercilla, configura a los araucanos con la misma mirada épica, cuando describe sus cuerpos. En *La Araucana*, los amerindios «son de gestos robustos, desbarbados,/ bien formados los cuerpos y crecidos,/ espaldas grandes, pechos levantados,/ recios miembros, de nervios bien fornidos: ágiles, desenvueltos, alentados,/ animosos, valientes, atrevidos,/ duros en el trabajo y sufridores/ de fríos mortales, hambres y calores». Barléu los describe como «corpulentos y fuertes, miembros robustos y afectos a las armas, sobre todo los de Arauco y Tucapel, quienes habitan las montañas y agotan a los españoles con guerras incesantes. Viven en valles distintos, donde cae un rocío más denso, más dulce y más grueso que el nuestro, el cual tiene el mismo uso que

un manantial». (Barléu: 1974, 274) El discurso de las bondades de la tierra incorpora la búsqueda del oro chileno. Las expectativas para los holandeses, por lo tanto, son de enriquecimiento real. Este es el elemento definitivo para la decisión de colonizar.

En ese sentido, la expedición hacia Chile representa la última oportunidad de garantizar la permanencia holandesa en América. Según Sergio Villalobos, la colonia no tiene mayor interés en el cuadro mundial del siglo XVII, ya que «las incursiones marítimas de los extranjeros que llegaron a las costas de Chile no se entienden si no se considera que nuestro país era sólo una pequeña pieza en el mosaico del Pacífico»⁶ (Villalobos: 1995, 114).

Considerando las necesidades de los holandeses de garantizar espacios de poder en el mundo, la expedición preparada para la conquista pretende no solamente apoderarse de una «pequeña pieza», o montar una base «para operaciones mayores en el “gran océano”», sino que, según la lógica de las estrategias políticas y económicas de la época, conquistar Chile significa tomar toda América a los españoles⁷.

Así, la administración bajo el control imperial de Maurits van Nassau, configuraría una empresa nacional que, sumada a la actividad de extracción del oro, garantizaría el apoyo de la WIC, «pues solamente ellas [las minas de oro] faltan

⁶ De ese modo, tal visión no parece considerar el sentido global de la conquista americana. Chile es un importante punto estratégico en la expansión del mundo colonial. Así, otro intento de arrebatar la colonia a los españoles tiene lugar en Inglaterra donde Simon de Cáceres, mercader judío, plantea a Cromwell la conquista de Chile, en 1655, después de la salida de los holandeses. Para la expedición, Simon de Cáceres considera los beneficios que pueden derivarse de la conquista del territorio chileno: «el territorio de Chile tiene indiscutiblemente más oro que el Perú o cualquier territorio del mundo habiendo muy pocas partes donde se explota, entre las cuales está principalmente la anteriormente mencionada ciudad de Valdivia. Este país tiene un clima sano y bien temperado abundando en él frutas, trigo, ganado, pescado y aves para toda la vida. Hay en su gente un odio irreconciliable contra los españoles por sus crueldades anteriores y ellos se sumarán a cualquier persona que esté dispuesta a expulsarlos. Son los más guerreros entre todos los indios. Además de esto, las fragatas servirán para explotar todo el mar del Sur, sobre la costa de las Indias Occidentales, y para llevar el tesoro español (como se ha aconsejado anteriormente) de Chile a Arica y de allí a Panamá, por Lima y Guayaquil. Servirán para asaltar los dos buques que suelen llegar de las Filipinas a Acapulco cada año, cargados de riqueza de valor extraordinario, de las Indias Orientales. De esa forma, los españoles serán atacados por ambos lados y mares a la vez y se despertarán y se destruirán mucho antes que si se les atacara solamente por el lado del Mar del Norte». Simon de Cáceres propone, además, llevar en la expedición a los marinos que acompañaron a Brauer en el intento colonizador holandés en Chile (Böhm: 59).

⁷ M. de Oliveira Lima en *Pernambuco e seu desenvolvimento histórico*, comenta, a propósito de la presencia holandesa en Brasil y su proyecto de colonización que «um laço íntimo prenderia o comércio dos quatro continentes, e o Recife transformar-se-ia numa monstruosa feitoria, de onde se espalhariam pela América, Ásia e África as mercadorias da Europa e se remeteriam para a Holanda as opulencias e gentilezas transatlânticas, e numa praça de armas poderosíssima, ninho de águias marítimas, que oportunamente lançariam as garras sobre as fartas colonias espanholas, o México

para la felicidad de los mercaderes»⁸ (Barléu: 1974, 272). Dos discursos se cruzan así en la conquista del *Flandes Indiano*: el económico y el político.

Las instrucciones de Brauer para concretizar la empresa contienen rasgos de una visión amplia sobre el continente americano, sugiriendo las interacciones entre los habitantes de América. El control holandés, de ese modo, regularía la economía. Según Barléu, «sería muy útil llevar desde Brasil peritos en minas», o sea, trabajadores especializados en descubrir y explotar las fuentes de oro en Chile, que son, en ese contexto, los esclavos africanos. Además, en el futuro comercio se configura la circulación de especies propias de Chile, acción que resultaría, definitivamente, en una naturaleza diferenciada, en especies insospechadas. Una de las recomendaciones de los dirigentes de la WIC a Brauer es que transporte a Brasil «algunas parejas de ovejas de Chile destinadas a la reproducción, por ser apreciada su lana». En esa percepción de un nuevo medio natural está oculto un discurso empírico donde el manejo de nuevas experiencias revela el interés por una nueva economía continental.

El intercambio de mercancías y de fuerzas de trabajo prefigura a América como un gran mercado para las glorias de Holanda e inserta la colonia en el universo de las fuerzas expansionistas vigentes. El comercio esclavista representa, en el siglo XVII, el nervio de la economía mundial. En muchos casos, la población de esclavos africanos y sus descendientes excede en número a los europeos. En Chile, entre 1540 y 1620, los negros suman más que los blancos (Mellafe: 1959: 84). La conquista holandesa de Chile tiene al oro como móvil necesario para el mantenimiento del proceso de lucha contra los españoles. Cuando las incursiones se hacen más sistemáticas, perdiendo su carácter de piratería y privilegiando acciones más duraderas, más allá del asalto en las aguas del Pacífico, la visión negativa de los españoles hacia el otro en América se transfiere, entonces, hacia los *heréticos e invasores* holandeses. La casi no mención a Diego de Almagro o Pedro de Valdivia se inserta, en el deseo de una América descubierta y colonizada por los holandeses, en la reconstrucción mítica de un pasado imaginario. Barléu concluye la descripción de las «cosas de Chile», o sea, su fauna y flora, con un párrafo sintético sobre la conquista y colonización chilena:

...arrotado de ouro e plata e o Chile sadio e fertilíssimo que um autor coévo compara à França» (Lima, Oliveira: 184).

⁸ Barléu se refiere, en su texto, a la administración de la colonia holandesa en Chile, liderada, desde Brasil, por Maurits van Nassau, el «Americano»: «Encontradas las minas y aseñorándose del oro, debería escribir todo esto a los gobernadores de Brasil, para que, aumentando ellos las fuerzas, los soldados, las mercancías y los armamentos, apresurase con más felicidad el resultado de la empresa» (Barléu: 272).

Aportaron en Chile los célebres navegantes Francisco Drake, Tomas Cavendish, Oliver van der Noort, Georg Spilberg y otros. Quien en él penetró primero conduciendo tropas fue Diego de Almagro, quien supera con grandes riesgos las cumbres de los Andes. Después Valdivia subyugó las provincias y construyó las ciudades Imperial y Valdivia, dando a esta su nombre (Barléu: 1974: 272).

Diego de Almagro y Pedro de Valdivia, ocupan un espacio secundario. No pertenecen, de ese modo, a la historia de los hechos heroicos de la conquista colonial, reservados para otros conquistadores, los holandeses («célebres navegantes»). En ese sentido, Barléu construye su propia Historia, en la revisión de los mitos americanos del descubrimiento, negando la *verdad histórica*. Sin embargo, la re-significación de los procesos históricos no incluye la negación de la *historia europea* de América y su descubridor, Cristóbal Colón. La tarea del narrador es, entonces, alabar las hazañas holandesas en la reconstrucción mítica del pasado imaginario, simultáneamente desconstruyendo el mito español y sus conquistadores. Eliminando del texto la importancia de las figuras de Diego de Almagro y Pedro de Valdivia, el narrador de *História dos feitos* agiganta la figura del héroe holandés.

Por ese motivo, los aspectos heroicos de la historia de los hechos chilenos, quedan reservados a los indígenas, ya que «los araucanos son los más belicosos de todos los pueblos chilenos. Muchas veces desbarataron a los españoles con grandísimas pérdidas, atacándoles y quemándoles con tal ferocidad ciudades, villas y colonias lo que no les permite dilatar sus fronteras, sino, que con expulsarlos de todas partes, los prenden, como rechazados, dentro del territorio más estrecho» (Barléu: 1974, 285).

Barléu cierra su relato sobre Chile con una reflexión sobre el móvil de la conquista holandesa. Por un lado, el texto es una autocrítica sobre el fracaso de la empresa cuyo objetivo es la búsqueda del oro. Por otro lado, su reflexión fortalece los ideales, compartidos por el narrador, de la conquista de América, contenidos en la visión de Maurits van Nassau: «el móvil de la expedición emprendida por la Compañía y por Brauer fue la riqueza de Chile en minas de oro. Los mortales en verdad vamos de buena voluntad adonde esperamos aplacar la codicia, y no de mala voluntad jugamos con las ilusiones del futuro, si de ellas sacamos algún provecho» (Barléu: 1974, 285). O, en el decir de Ercilla,

¡Oh incurable mall!, ¡oh gran fatiga,/ con tanta diligencia alimentada!/ Vicio común y pegajosa liga,/ [...] principio y fin de todos nuestros males,/ ¡oh insaciable codicia de mortales! (Ercilla, Canto II, 43).

El segundo parlamento entre holandeses y araucanos, tiene lugar en Valdivia. Herckmann, quien asume el comando de la expedición después de la muerte de Brauer, habla a los indígenas de la guerra de restauración holandesa en Europa,

de la solidaridad con los pueblos de Chile y sobre la libertad que se aproxima, las victorias de los Países Bajos en el Oriente y «después en el Occidente», de la fácil navegación desde Brasil hacia Chile, «cuyos habitantes podrían unirse por las relaciones de comercio y por la sociedad de la guerra» (Barléu: 1974, 291).

Las claras intenciones holandesas de construir una América unificada llevan al comandante a transformar su discurso en elogio,

exagerando frente a la asamblea, las luchas de los chilenos contra los españoles, el heroísmo de sus antepasados y sus preclaros hechos. Exhibió la carta de S. A. el príncipe de Orange, que fue traducida por un intérprete. Besando el papel, la recibieron con gran respeto, dando señales de no pequeña alegría. Después, asociándose en una guerra común, prometieron refuerzos de caballería e infantería contra el enemigo y contra la violencia que él preparaba contra los nuevos extranjeros (Barléu: 1974, 291).

De ese modo, las conversaciones entre holandeses y chilenos configuran una alianza. En el parlamento, concuerdan ambas partes en ayudarse, principalmente en el abastecimiento de alimentos por parte de los araucanos y de armas por parte de los holandeses, ajustando, entonces, un discurso de confianza mutua: «no quisieron [los indígenas], no obstante, que se consignase por escrito el acuerdo, según la costumbre de los nuestros, porque decían que ignoraban nuestra lengua, pero no nuestra lealtad y, cuando la buena fe y la sinceridad concluyen un pacto, no hay necesidad de papel» (Barléu: 1974, 291).

Sin embargo, la fuerza propulsora de la búsqueda del oro provoca un cambio en la composición de las alianzas determinando el fracaso de la continuidad de la empresa holandesa en América. Según Barléu, en el *mea culpa* que cierra el relato sobre Chile

el importuno y ávido pedido de oro, parece que tenemos gran falta de él, o deseamos inmoderadamente las cosas con que los mortales nos tornamos arrogantes y peores (Barléu: 1974, 293).

En un instante epifánico, los indígenas desestructuran el discurso europeo que, inapropiado, revierte el proceso de la estrategia colonizadora. Se desvelan, entonces, las reales intenciones de los conquistadores, conduciendo, los indígenas, el diálogo:

Declararon que no poseían oro, y que aún no se les borra de la memoria la crueldad de los españoles, encarnizando contra la vida y la hacienda de sus antepasados y cortándoles a aquellos infelices orejas, manos y pies (Barléu: 1974, 293).

La reacción frente a la palabra *oro*, entre los indígenas, entendida por Barléu como si fuese nombre de «cosa fatal y funesta», es resultado directo de la relación entre el mineral y la imposición del sistema de desarrollo colonial. La esclavitud

es, en *História dos feitos*, la causa principal del cambio radical en las relaciones entre neerlandeses y araucanos. Los espacios dedicados a la práctica del entendimiento pasan entonces, a configurar espacios de desconfianza y disyunción, que diseñan la pérdida holandesa del paraíso americano.

No obstante, el discurso araucano de la esclavitud indígena revela, además de una disposición negativa hacia el colonizador, la visión de la excelencia del esclavo negro africano en la extracción de las minas:

Antes de partir Crispim para Brasil, era nuestro almirante visitado por los principales de los chilenos, hasta por aquellos que vivían entre los españoles, y se hacían estimar por la fidelidad y generosidad en el trato cotidiano. Dijeron ellos, y principalmente un tal de nombre Manquiant, que habían esparcidas por aquellas tierras las minas de oro, que, cavadas por africanos, darían cada día cinco o seis pesos de oro y no con grandes trabajos; que se abstendrían de ellas para no provocar de nuevo la codicia de los españoles contra a sus servicios [...] tenían oro sólo para su uso y para el esplendor doméstico y para nada más (Barléu: 1974, 293).

De ese modo, frente a la desconfianza generada por la inhabilidad holandesa en el trato con los araucanos y la desestructura del acuerdo en el abastecimiento de alimentos, resultante del descubrimiento de las verdaderas intenciones holandesas, se produce el fracaso de la empresa de conquista de Chile: «tal fue el fin de tan importante expedición». El narrador de *História dos feitos* lamenta con todo que, de tan gran empresa, se lleve a Holanda solamente algunos vocablos chilenos:

Demorándose los holandeses en las costas del Océano Pacífico, en el Reino de Chile, ya perdida la gran esperanza de oro que antes habían concebido, en cuanto guarden sus pertenencias, en lugar de llevar para Holanda cosas más preciosas, enviaron ellos palabras y vocablos vacíos, abastecimiento y lastre muy fáciles de obtener, pero no envidiables. Por curiosidad no de todo inútil, los nuestros tomaron nota de ellos y de su significación. Pueden dar a los estudiosos de las lenguas deseo de examinar si el idioma de los chilenos es primitivo, si es originario de otros, y, a ser esto verdad, cual es la lengua a la que debe más, cual a la que debe menos o nada. Además, podrán servir de nomenclatura e intérprete a los que por acaso hagan el mismo viaje. Observo que, por la mezcla y convivencia con los españoles, se insinuaron voces de origen española y latina, las cuales prueban que allí subsisten no sólo ciertas virtudes y vicios, sino también sus nombres (Barléu: 1974, 296).

La conquista de Chile termina, por lo tanto, en un discurso que privilegia el aspecto económico de la colonización⁹. Sin embargo, el narrador de *História dos feitos* rescata en el fracaso de la expedición la propuesta de un renovado positivismo.

⁹ En el siglo XVI, los discursos de la conquista espiritual de América dominaban los relatos coloniales. No obstante, a la medida que el proceso de colonización avanza, estos discursos empiezan

4. ESPACIO DE ENCUENTRO Y RUPTURA: EL PARLAMENTO

El predominio de una cultura sobre otra radicalmente diferente, pasa por el filtro de las ambigüedades, por ejemplo, en la impresionante ruptura que surge en la relación entre araucanos y holandeses en Valdivia. En el segundo «parlamento», descrito por Gaspar Barléu (1974, 290), hay un cambio de perspectivas en la negociación por la ocupación del territorio chileno, tras la evidente astucia del amerindio, cuando logra invertir el estatuto del orden colonial, el dominio del blanco. Así lo entiende el narrador de *História dos feitos*, cuando relaciona la insumisión de los araucanos con el carácter sagrado que el oro reviste para ellos. Por lo tanto, hay una preservación del mundo arcaico, oculto en su sentido primario, y que se inscribe en la visión del territorio como portador de energías divinizadas.

En su *História dos feitos*, por un lado, Barléu considera que la conquista y la colonización de Chile representa el deseo de dominio colonial, configurándolo como un terreno pleno de posibilidades futuras. Por otro lado, en Brasil, Nassau añora las glorias de la guerra de restauración holandesa y piensa comerciar con las naciones americanas, formulando una especie de gran mercado común americano:

Juzgo de gran importancia las provincias que tenéis sujetas a vuestras armas, que sería indigno de nuestra generación y de la posteridad abrir mano de ellas. Si aún no se jactan por sus grandes provechos, se jactarán aún más, cuando aumente la colonización, y los holandeses se esparzan, por más largo espacio. Son tales las provincias, que, dotadas por la naturaleza y por las fortalezas, pueden despreciar a un poderosísimo enemigo. Si por pereza o por discordancia fueran menoscabadas, nunca se podrán recuperar. Se obtuvo en Brasil la estabilidad de nuestro dominio con soldados y fuertes, y así debe ser ella conservada. Eres dueño por las armas de más de una parte de África para que sea dado pasar de allí hacia el Occidente y penetrarle en sus rinos. Vamos en dos meses a Chile, provincia bañada por el Océano Pacífico, y en catorce días a La Habana, lugares favorables a las maquinaciones de los nuestros (Barléu: 1974, 341).

De ese modo, la conquista holandesa transfigura los espacios edénicos coloniales en espacios de pérdidas y la gloria del conquistador en añoranza. Brasil, Chile y África se insertan en discursos, ideas e imágenes que abandonan, poco a poco, la visión paradisíaca del territorio americano.

Deshecho el sueño de Nassau, resta el último intento de conquista holandesa del territorio chileno, llevada a cabo por Brauer. Éste, en su agonía, pide

a ocupar un lugar no protagónico, privilegiando los aspectos productivos y económicos en América.

ser enterrado en Valdivia. Simbólicamente, su victoria es representada por esta última acción, que resulta insoportable a los dominadores hispánicos y Brauer es desenterrado por los españoles. Su cuerpo es incinerado, borrando de esta manera cualquier vestigio de las hazañas holandesas, que se transforman solamente en un paso por Chile.

Cuando llegan a Brasil, los holandeses encuentran una colonia en la que la producción de la caña de azúcar y la utilización de la mano de obra esclava presentan un estado de desarrollo satisfactorio, generando altos ingresos y con grandes promesas de mayor éxito. Sin embargo, la expedición hacia el sur se apoya en los relatos originados por los contactos anteriores con los amerindios y en las informaciones que están públicamente disponibles, entre ellas se puede citar *La Araucana*:

A Valdivia mirad, de pobre infante/ si era poco el estado que tenía,/ cincuenta mil vasallos que delante/ le ofrecen doce marcos de oro al día (Ercilla, Canto III: 68).

En el acervo del reino de Chile consta la presencia del oro y de su extracción, presuponiendo la existencia del trabajo sistemático en las minas:

y como los habitantes de Arauco, Tucapel y Purén, son considerados los más fuertes y belicosos de aquella nación, fue Brauer mandado a tratar de preferencia con ellos, por estar próximos a Valdivia, tener ellos abundancia de minas de oro, y gozar, más que otros, de un suelo fértil (Barléu: 1974, 271).

Sin embargo, en el extremo sur de América, no existe, en el momento de la llegada de los holandeses, la utilización de mano de obra esclava negra. La empresa resulta, entonces, un equívoco, por la inexistencia de producción sistemática de oro en la región. Sin embargo, los indígenas, en el momento de la partida de la expedición holandesa, se acercan y les proponen que «vuelvan con negros para que trabajen en las minas, y que ellos, no dejarían de valorar a los holandeses cuando hiciesen aquello» (Barléu: 1974, 294).

El equívoco de la empresa, por lo tanto, es que Chile todavía no tiene el sistema de producción económica que los holandeses esperan encontrar. Es el paraíso en su instancia imperfecta, una construcción todavía imaginaria ya que, en el marco de las relaciones coloniales del siglo XVII, la veta comercial y las ideas económicas de Holanda se unen para componer a Chile como el lugar ideal¹⁰. La expedición neerlandesa encuentra, en el sur americano, una pobla-

¹⁰ En su *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano*, el Padre Diego de Rosales describe a Chile como el *lugar ideal*: «Y si no: sea lo que notó fray Gregorio de León, que dice: que la feracidad de la tierra les infunde tanta ferocidad, y valentía; por ser tan fértil, que de nada de afuera necesita, y todo lo produce con abundancia. Y asimismo por traer debajo de sus pies

ción compuesta solamente por indígenas, cuyo sistema económico se basa en el trueque, y que no se aviene a ser esclavizada.

Como el sistema productivo colonial y el tráfico de negros están intrínsecamente relacionados, son pocas las posibilidades de éxito de la colonia holandesa. Se puede decir que Chile no será holandés mientras no estén presentes los esclavos negros¹¹. La conclusión del informe de Maurits van Nassau al príncipe de Orange y a los directores de la Compañía es inequívoca: «si somos, además, expulsados de Brasil, perderemos Angola, São Tomé, y todo el tráfico de los negros» (Barléu: 1974, 342). El sistema colonial depende, pues, de la presencia contradictoria de la esclavitud negra para su perfecto funcionamiento.

La interferencia de los Países Bajos en el proceso de colonización de Chile no llegó a representar, en el universo colonial del siglo xvii, lo que se entiende como un éxito. No obstante, fue un hecho significativo, si consideramos que, en ese momento, la expansión holandesa significa un cambio en las relaciones coloniales, presentando lo que Barléu llama el «comercio libre»¹² (Barléu: 1974, 9). La colonia española en el sur de América ha empleado la mano de obra esclava africana por poco tiempo, adoptando el trabajo indígena, al mismo tiempo que mantenía una guerra que ha durado tres siglos: la Guerra de Arauco. Los problemas financieros relacionados con la guerra contra los pueblos indígenas de la Auracanía fueron tan grandes que Alonso González de Nájera en su *Desengaño y reparo de la Guerra del Reino de Chile*, propone terminarla y «limpiar aquella tierra [Chile] de esclavos [indios rebeldes], podría hacerse dando dos o tres indios por un negro, con lo que se satisficiese su precio»¹³ (González de Nájera: 1971, 300).

....tos minerales de oro, plata, cobre y otros metales, y beber de las aguas que continuamente pasan por sus minerales, participando de sus generosas calidades» (sic) (Rosales, Libro I: cap. XVIII: 144).

¹¹ La utilización de esclavos africanos sigue el objetivo de la implantación de una línea específica de producción —oro, caña de azúcar— en las colonias. La actividad económica colonial en el siglo xvii está intrínsecamente ligada al tráfico de negros: «norte-europeu, dirigente de uma poderosa companhia semiprivada, prócer de la modernidade, formado na ética protestante e no espírito do capitalismo, João Maurits van Nassau-Siegen (1604-1679) não trepida em endossar o postulado elaborado no século anterior pelos portugueses: trazer o Brasil até o Brasil era, em boa medida, trazer Angola, trazer os angolanos até os senhores de engenho do Brasil». Alencastro se refiere a Nassau: «los portugueses dicen en forma de adágio: “quem quiser levar o Brasil do Brasil, traga o Brasil para o Brasil”, isto é, quem quiser fazer fortuna e granjear u bom capital no Brasil deve trazer um vultoso cabedal para o Brasil» (Alencastro, 211).

¹² «De hecho, no se abrió sin armas la vía para el comercio libre, ni se pudo defenderlo sin el valor militar. Diferimos de los griegos y de los romanos en esto: aquellos dirigieron a la gloria sus principales esfuerzos, y estos a la utilidad; en nosotros se une el deseo de la celebridad y el del provecho» (Barléu: 9).

¹³ En su relato, González de Nájera considera que «los mismos comisarios que hubiesen conducido los negros a Chile, podrán sacar los indios y llevarlos en colleras hasta el embarcadero de Buenos Aires, y de allí en navíos por el Río de la Plata a vender en Brasil, donde tantos esclavos

El texto de *História dos feitos recentemente praticados durante oito anos no Brasil*, coloca a Chile en una perspectiva diferente de la que se ha visto hasta ahora, en la moderna historiografía nacional, que considera el territorio como un espacio aislado, una tierra que no presenta mayores riquezas materiales y una población que, en la colonia, debe enfrentarse a los reveses de la guerra infinita en la frontera. El interés holandés en Chile inserta, justamente, la colonia en el panorama mundial del tráfico colonial, uniendo la práctica comercial atlántica a aquella del Pacífico, globalizando y modernizando el universo colonial. Chile «pequeño grano de arena en el panorama colonial del siglo xvii», podría, por lo tanto, marcar la diferencia desde la perspectiva del imperialismo político holandés.

BIBLIOGRAFÍA

- ALENCASTRO, L. F. *O Trato dos viventes. Formação do Brasil no Atlântico Sul*. São Paulo: Companhia das Letras, 2000.
- BARLÉU, G. *História dos feitos recentemente praticados durante oito anos no Brasil*. São Paulo: Editora Itatiaia, 1974.
- *Chile a la vista. Navegantes holandeses del siglo xvii*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1999.
- ERCILLA, A. de. *La Araucana*. Barcelona: Editorial Ramón Sopena, s.d.
- BÖHM, G. *Nuevos antecedentes para una historia de los judíos en Chile colonial*. Santiago: Editorial Universitaria, 1963.
- GONZÁLEZ DE NÁJERA, A. *Desengaño y reparo de la Guerra del Reino de Chile*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1971.
- LIMA, O. M. (1975). *Pernambuco. Seu desenvolvimento histórico*. Recife: Secretaria de Educação e Cultura, 1975.
- MELLAFE, R. *La introducción de la esclavitud negra en Chile*. Santiago: Editorial Universitaria, 1959.
- OVALLE, A. de. *Histórica Relación del Reino de Chile*. Santiago: Instituto de Literatura Chilena, 1969.
- ROSALES, D. de. *Historia General del Reino de Chile. Flandes Indiano*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- SOLÍS DE OVANDO, C. Valenzuela. *Piratas en el Pacífico*. Santiago: Editorial La Noria, 1993.

... compran para los ya dichos ingenios de azúcar». El *Maestre de Campo* y *Gobernador de Puerto-Hércules* no pierde de vista un problema recurrente entre los propietarios de esclavos: el cimarronaje. Ofrece, como solución a las posibles huidas de los araucanos, las «características naturales» de la colonia portuguesa: «y en Brasil, así como por la diferencia de lengua, como porque no se los coman, como tan cebados a carne humana los indios naturales de aquel Estado, estarán seguros de huirse al monte, y será parte más cómoda para deshacerse destes esclavos de Chile» (González de Nájera: 300).

VICUÑA MACKENNA, B. *La edad del oro en Chile*. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1969.

VILLALOBOS, S. *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la Guerra de Arauco*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1995.

Un típico fuerte holandés en Nueva Holanda. La investigación histórico-arqueológica del Fuerte Orange en Brasil

OSCAR F. HEFTING*
New Holland Foundation

INTRODUCCIÓN

BAJO EL BIEN conocido Fuerte Orange en Brasil, construido con grandes bloques de piedra caliza, ha sido descubierto recientemente otro fuerte hecho de arena, arcilla y ladrillos. Este fuerte procede del período holandés (1630-1654). Sus constructores siguieron en gran parte los principios del sistema de fortificaciones de los viejos Países Bajos. Esto se hizo evidente durante la investigación histórico-arqueológica en 2002 y 2003 como parte del Proyecto *Fort Orange*.

* Traducción de Víctor Zamorano.

EL PROYECTO *FORT ORANGE*

En el informe de la Misión de Identificación Arqueológica de Brasil de 1999, el Proyecto *Fort Orange* fue considerado como muy válido en el campo del *Mutual Cultural Heritage*¹. Contando con diversas aportaciones, el Proyecto *Fort Orange* comenzó dos años después.

La investigación histórico-arqueológica es la primera de cuatro partes de un proyecto enfocado a la investigación, la preservación y el uso del Fuerte Orange, en la costa nordeste de Brasil. El fuerte holandés original puede servir como modelo para las relaciones entre los Países Bajos y Brasil en el tema de la herencia cultural. Al mismo tiempo, de esta forma puede garantizarse la continuidad en relación a la preservación del *Mutual Cultural Heritage* que queda en Brasil. Las numerosas partes implicadas en el proyecto confirman la importancia de este tema.

La investigación es una relación de cooperación entre el *Laboratório de Arqueologia* (LA) de la *Universidade Federal de Pernambuco* (UFPE), la MOWIC-Foundation y la Universidad de Amsterdam (UVA). Esta parte está siendo financiada en gran parte por el Fondo de Cultura de los Países Bajos del Ministerio neerlandés de Asuntos Exteriores y el Ministerio de Educación, Cultura y Ciencia, que comparten como objetivo el *Mutual Cultural Heritage*. Por parte brasileña han contribuido el *Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico* (IPHAN) y el Gobierno de Pernambuco.

Las otras tres áreas del proyecto *Fort Orange* son:

- Un rompeolas para la protección del fuerte.
- La restauración del fuerte.
- La instalación de un museo arqueológico/centro cultural dentro del fuerte.

Estos tres aspectos serán financiados por instituciones y patrocinadores brasileños, teniendo el *Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico* (IPHAN) la responsabilidad final.

NUEVA HOLANDA

En 1630 la República Holandesa consiguió conquistar zonas del nordeste de Brasil a los portugueses, después de un primer intento fallido en 1624-1625².

¹ HEFTING, O. F. y MEERKERK, H. C. van Nederveen. *Report Archaeological Identification Mission*. Amsterdam, 1999, pp. 15-7.

² BOXER, C. R. *De Nederlanders in Brazilië (1624-1654)*. Alphen aan de Rijn: Sijthoff, 1977. En HEIJER, H. den. *De geschiedenis van de WIC*. Zutphen: Walburg Pers, 2002, pp. 35-55.

Hasta 1654, esta área quedaría en manos de la *Geoctroyeerde West-Indische Compagnie* (wic), recibiendo el nombre de Nueva Holanda (Nieuw Holland) o Brasil holandés (Hollantsch Brazil).

Desde 1637 hasta 1644 fue nombrado gobernador de Nueva Holanda Johan Maurits, conde de Nassau-Siegen, que ordenó la construcción de una nueva capital, «Mauritsstad», proyectada en la isla de Antônio Vaz, al otro lado del istmo del pueblo de Recife³. En nuestros días esos son los barrios de Santo Antônio y São José de Recife, actualmente la capital del Estado de Pernambuco, con alrededor de un millón cuatrocientos mil habitantes. El palacio de Johan Maurits, llamado «Casa Friburgo» por los portugueses, fue famoso por ser un ejemplo espléndido del Clasicismo holandés. Varios científicos trabajaron a su servicio, a menudo en el propio palacio. Estudiaron y practicaron biología, astronomía (Georg Marcgraf), medicina (Willem Piso) y cartografía (Cornelis Goliat). A la corte también pertenecían pintores y dibujantes, haciéndose algunos de ellos un nombre conocido (Frans Post, Albert Eckhout y Zacharias Wagener). Además, el gobernador tenía a su disposición una selección de expertos militares e ingenieros. Su visión quedó claramente de manifiesto en su decisión de organizar la infraestructura de gobierno por medio del establecimiento de un parlamento. Incluso hoy día esta hazaña se considera el inicio de la democracia nacional.

A lo largo de la costa del nordeste brasileño se construyeron fuertes y fortificaciones en localizaciones estratégicas, y fueron mejorados los fuertes que los holandeses arrebataron a los portugueses. La abundancia de fuertes, refugios y asentamientos en Nueva Holanda refleja la importancia capital dada a una buena defensa⁴. Para implementar los planes de este «Muro Atlántico» en el Nuevo Mundo, se transportaron ingenieros y materiales de la metrópoli⁵.

No obstante, la colonia duró poco tiempo, debido a disputas internas, a la ausencia de beneficios de la producción azucarera y a la retirada de inversiones por parte de la wic. La resistencia del lado portugués se incrementó de forma drástica cuando el poderío holandés comenzó a desvanecerse. En 1654 el Brasil holandés pasó a manos de las fuerzas portuguesas. Además de por los propios portugueses, estas fuerzas se componían de varias tribus indígenas y grupos de esclavos negros. Como resultado, los brasileños se refieren a ellos, preferentemente, como «luso-brasileños».

³ OERS, R. Van. *Dutch town planning overseas during VOC and WIC rule (1600-1800)*. Zutphen: Walburg Pers, 2000, pp. 139-151.

⁴ Ver: www.atlasofmutualheritage.nl, bajo «Brazil».

⁵ MELLO, J. A. GONSALVES DE. *Nederlanders in Brazilië (1624-1654)*. Zutphen: Walburg Pers, 2001, p. 95.



Foto 1. Vista aérea del Forte Orange, Itamaracá, Brasil. Foto: O. F. Hefting 1999.

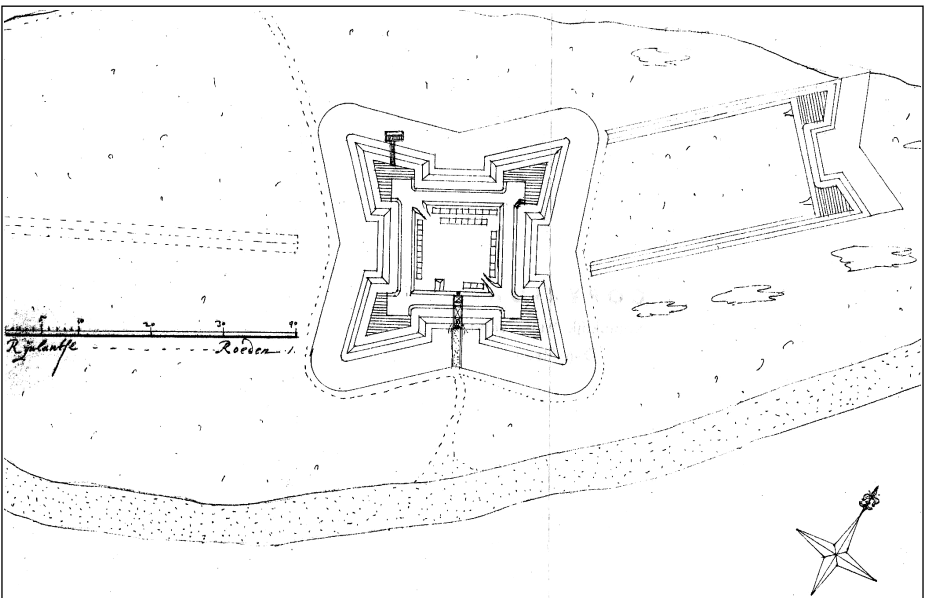


Foto 2. Plano de planta del Forte Orange. Mencionado en el dorso: «Fort Orangen 1637», Koninklijk Huis Archief, La Haya.

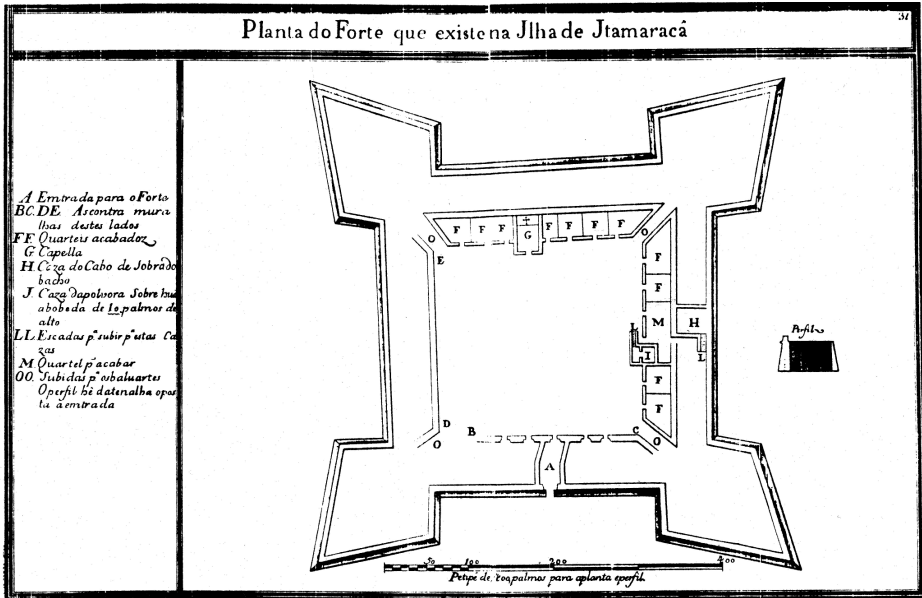


Foto 3. Plano de planta del Forte Orange fechado en 1763, Itamaracá, Brazil.

En *Arquivo Histórico Ultramarino*. Lisboa: Codex PE.



Foto 4. Ladrillos holandeses en la construcción del polvorín, Forte Orange, Itamaracá, Brasil. Foto: O. F. Hefting 2002.

INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

La isla de Itamaracá se sitúa en un delta aproximadamente a cincuenta kilómetros al norte de Recife, cerca de la tierra firme del Estado de Pernambuco, rodeado por el «Canal de Santa Cruz». La isla, con cerca de 14.000 habitantes y cuya capital es Pilar, vive básicamente del turismo y la agricultura. En el lado sureste se sitúa el impresionante Fuerte Orange, construido con enormes piedras calizas. El fuerte es prácticamente cuadrangular y tiene bastiones en sus cuatro esquinas. En el patio de armas, en los lados sur y oeste, se construyeron barracones adosados al muro interior. En el centro del patio se sitúa un pozo construido con bloques de piedra caliza y ladrillos rojos.

En el siglo XVI la parte sur de la isla era famosa por su fertilidad. Los portugueses construyeron el pueblo fortificado de Nossa Senhora da Conceição, hoy llamada Vila Velha, en una colina de ese lado sur. El puerto se situaba al pie de este asentamiento, desde donde se embarcaban palo Brasil, cocos, algodón, azúcar y melones. Los holandeses eran muy conscientes del interés de esta fuente de alimentos para su joven capital, situada a pocas horas de distancia en barco. También se dieron cuenta de la importancia estratégica de este punto. En los comienzos del período holandés incluso se consideró hacer de Itamaracá la sede del *Politieke Raad* (Consejo Político), la autoridad gubernativa de la wic en Brasil. De acuerdo con Barlaeus, esta última idea fue finalmente rechazada por las siguientes razones:

la isla tenía un aspecto desolado y salvaje, aunque hubiera unos pocos habitantes, no había caballos, los ríos de isla Tamarica sólo podrían ser remontados por pequeños veleros, el suelo de las cercanías (i. e. la parte norte de la isla y la más cercana al continente) era estéril y despoblado, el puerto estaba lleno de lugares poco profundos y temidos a causa de numerosos naufragios⁶.

Aunque Itamaracá no iba a ser la capital, los holandeses necesitaban sus ventajas estratégicas y logísticas.

Doce compañías bajo el mando del teniente Steyn Callenfels iniciaron la invasión para conquistar la isla a los portugueses el 12 de abril de 1637. En primer lugar decidió cerrar el embarcadero de acceso para evitar futuros aprovisionamientos de la plaza fortificada. Los holandeses, incapaces de conquistar el pueblo de Nossa Senhora da Conceição, bajo el mando del capitán Salvador Pinheiro, establecieron un cerco que duró dos años. Este emplazamiento fortificado, junto a Arraial Velho, constituyó la base desde donde fue liderada la

⁶ L'HONORÉ NABER, S. P. *Nederlands Brazilië onder bewind van Johan Maurits, Grave van Nassau, 1637-1644 - bewerking van C. Barlaeus*, 1647. La Haya, 1923, p. 64.

⁷ RICHSHOFFER, A. *Reise nach Brasilien 1629-1632*. La Haya: Nijhoff, 1930, p. 78.

guerrilla bajo el mando del portugués Matias de Albuquerque. Los holandeses construyeron un campamento en una pequeña península en el lado sudeste de Itamaracá. Ambrosius Richshoffer, soldado de ascendencia alemana al servicio de la WIC, menciona este primer antecedente del fuerte posterior en su *Brasilianisch und Westindianische Reise Beschreibung* el 22 de abril de 1631. Informó lo siguiente de la construcción del campamento:

El 22 de abril de 1631 el propio teniente Steinkallenfells ha vuelto aquí (i. e. Recife) desde Tamarica e informó al señor gobernador que el Castillo sitiado (i. e. Nossa Senhora da Conceição) podría y debería ser necesariamente atacado desde un campamento construido en las cercanías, con un hornabeque al frente para poder dominar el territorio circundante⁸.

El campamento es denominado «Schans Oragnie» y se menciona como tal en el *Iaerlyck Verbael* de Johannes de Laet. En «la descripción de la costa de Olinda hacia el Norte» indica que se puede poner un barco frente al «Schans Oragnie» a 4 brazas de profundidad y continuar a pie a través de la pequeña ciudad «Nossa Senhora da Conceição»⁹. En 1632 el mando de las tropas sitiadoras fue asumido por Laurens von Rembach, que perecería poco después. Fue sucedido por el teniente coronel Sigismund von Schoppe, recientemente ascendido, que dejaría huella sobre la presencia holandesa en la isla y, con el tiempo, también en todo el Brasil holandés. En tiempos de Johan Maurits, Barlaeus dice lo siguiente sobre él; «el mando de las fuerzas militares fue confiado a Sigismund Schoppe, bien conocido por sus muchas y excelentes hazañas». A través de un intenso asedio forzó la rendición de Nossa Senhora da Conceição en 1633. La pequeña villa portuguesa fue llamada entonces *Schuppe-stad* or *Schoppe-stad* en honor al comandante holandés¹⁰.

En 1633 el Schans Oragnie fue reconstruido como un fuerte, llamado Orange. El diseñador del fuerte fue probablemente Pieter van Bueren¹¹. Tobias Commersteyn, un famoso ingeniero de fortalezas al servicio de la WIC, que diseñó el proyecto para Fort Frederik Hendrik (actualmente el Forte das Cinco Pontas en Recife) y otros, probablemente no participó¹². En 1630 volvió a Holanda porque estaba enfermo. Pero posiblemente el ingeniero Cristóvão Alvares, de origen portugués, trabajó en la construcción¹³.

⁸ *Idem*, pp. 78-79.

⁹ LAET, J. de. *Iaerlyck Verbael 1624-1636*. Leiden, 1644, uitgave Linschoten Vereniging, part 2. La Haya, 1927-1930, p. 192.

¹⁰ *Idem*, part 3. La Haya, 1931-1933, p. 158.

¹¹ NIEUHOFF, J. *Gedenkweerdige Brasiliaense Zee-en Lantreize, etc.* Amsterdam, 1682, p. 36.

¹² MELLO, U. P. de. *O Forte das Cinco Pontas. Um trabalho de arqueologia histórica aplicado à restauração do monumento*. Recife: Fundação de Cultura Cidade do Recife, 1983.

¹³ MEERKERK, H. C. van Nederveen. «Nieuw Holland» or «Hollantsch Brasil» in South America». En GROLL, C. L. Temminck. *The Dutch Overseas. Architectural Survey*. Zwolle: Waanders, 2002, p. 303.



Foto 5. El «pozo holandés» en el Forte Orange, Itamaracá, Brasil. Foto: O. F. Hefting 2002.



Foto 6. La «puerta holandesa» dentro del muro sur del Forte Orange, Itamaracá, Brasil.
Foto: O. F. Hefting 2003.

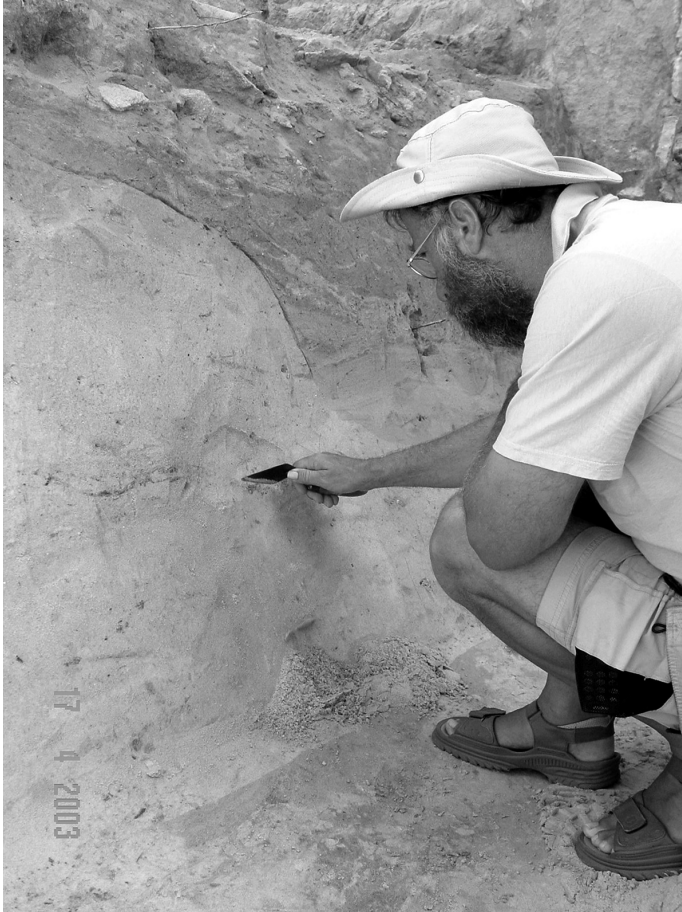


Foto 7. La muralla de «arena compactada» en Fuerte Orange, Itamaracá, Brasil.
Foto: O. F. Hefting 2003.

En la Mauritshuis de La Haya puede verse una pintura de Frans Post (1612-1680) titulada «Isla Itamaracá con el Fuerte Orange», fechada en 1637. Hay mucho vegetación en el cuadro de esta fértil isla. A la derecha puede detectarse un Fuerte Orange muy pequeño. El pintor muestra que el fuerte fue construido con muros inclinados de un suave blanco amarillento, y se aprecia un tejado a dos aguas naranja, probablemente de los edificios que sobresalen del patio interior¹⁴. Johan Maurits, volviendo a Europa en 1644, ordenó a Barlaeus fijar sobre el

¹⁴ HEFTING, O. F. «Fort Oranje boven». En *Bulletin Koninklijke Nederlandse Oudheidkundige Bond*, n.º 5, 2002, pp. 133-141.

papel los acontecimientos del Brasil holandés. En 1647 el autor completó su trabajo, que es considerado todavía una de las fuentes más importantes de este período. En el «Barlaeus», un grabado en cobre de Frans Post nos muestra empalizadas verticales, que fueron construidas en torno al fuerte. En el mismo capítulo donde está este aguafuerte se ve también un plano del lado sudeste de la isla. En este mapa, en el cual Fuerte Orange y Oppidum Scopypy figuran en el centro, el resto de la isla tenía menor importancia. En dicho mapa la planta del fuerte se distingue claramente. Se notan muchas similitudes comparándola con otra planta extremadamente detallada de un artista desconocido de 1637 (foto 2). Esta última es la mejor fuente para la investigación.

En el «Barlaeus» se introdujo un informe de Adriaen van der Dussen, comandante en Brasil, que data del 4 de abril de 1640, en el que da una descripción de Fort Orange:

Es este un fuerte cuadrado con cuatro bastiones, contruidos con una razonable altura. Tiene una parte con foso, pero poco profundo y seco. Está rodeado por un fuerte terraplén. La artillería consiste en: 12 piezas, i. e. 6 metal y 6 hierro¹⁵.

En este año también se produce una batalla naval frente a la costa de Itamaracá el 12 de enero entre la flota holandesa, bajo el mando del almirante Willem Cornelisz Loos, y una flota hispano-portuguesa: en el «Barlaeus» puede verse un grabado de Frans Post (lámina 42) con la isla al fondo. Durante esta batalla, ya prácticamente ganada por los holandeses, pereció el almirante Loos, y fue llevado a Itamaracá donde fue enterrado con honores militares¹⁶. No se han encontrado huellas de un cementerio del período holandés en la isla hasta ahora.

Entre 1640 y 1649 el autor Johan Nieuwhof visita Nueva Holanda. En su *Gedenkweerdige Brasiliaense Zee-en Lantretze* menciona lo siguiente observando el fuerte:

Sobre la orilla del río, en la desembocadura, o sobre la entrada sur del puerto, se situaba un fuerte con forma de cuadrado regular, anterior a nuestra llegada y posterior a la conquista de esta isla, fundado por el constructor de fortalezas van Bueren, y llamado Oranje (i. e. Orange). Tenía una fuerte muralla y un parapeto, empalizadas levantadas todo alrededor. El foso no era gran cosa, poco profundo y casi sin agua, porque está situado sobre suelo poroso, y por eso estaba rodeado por una empalizada para más seguridad. Fuera, en el lado norte, había un hornabeque, pero estaba casi demolido. El interior estaba equipado con un polvorín y barracas bien construidas, y tenía un enladrillado de

¹⁵ L'HONORÉ NABER, S. P. *Nederlands Brazilië onder bewind van Johan Maurits, Grave van Nassau, 1637-1644*. Bewerking van C. Barlaeus, 1647. Den Haag, 1923, p. 181.

¹⁶ L'HONORÉ NABER, S. P. *Nederlands Brazilië onder bewind van Johan Maurits, Grave van Nassau, 1637-1644*. Bewerking van C. Barlaeus, 1647. Den Haag, 1923, p. 224.

tipo «Sortie». Las baterías también eran adecuadas y estaban equipadas con seis piezas de metal y hierro¹⁷.

De este modo, Nieuhof nos hace saber que parte del fuerte fue construido de ladrillo, y la entrada con certeza. Como la entrada estaba situada del lado del mar de acuerdo con los mapas del período holandés, ésta puede ser hallada dentro o debajo del muro sur del fuerte.

Uno de los mapas más detallados de la fase final del período holandés (1648) puede encontrarse en el Archivo Nacional (Nationaal Archief) en La Haya. Van den Boogaart sugiere la posibilidad de que el mapa fuese realizado por Willem van Lobbrecht, uno de los ingenieros de Recife¹⁸. Este mapa muestra la parcelación de la isla en el modo en que fue dividida entre los colonos holandeses. Serán necesarias futuras investigaciones para averiguar a qué nivel se llevaron a cabo dichos planes y si esta infraestructura todavía es visible.

En el Archivo Ultramarino de Lisboa existe un plano del Fuerte Orange, de 1763 (foto 3). Comparando este plano con el de 1637 encontramos diferencias sorprendentes. A partir del dibujo datado en 1637 queda claro que la entrada se sitúa en el lado sur, es decir, de cara al mar. Esto puede explicarse por el hecho de que durante los primeros años el peligro venía de tierra adentro. La flota holandesa dominaba el mar, así que garantizaba una seguridad suficiente. Partiendo del hecho de que el plano de 1763 refleja la situación actual, con la puerta en el lado oeste, se percibe que su posición fue girada noventa grados. Tal vez esto podría explicarse por el hecho de que la amenaza para los portugueses venía una vez más desde el mar después de 1654, girándose la puerta hacia el interior de la isla.

Además, el plano de 1637 muestra que los barracones están situados en tres lados del patio interior, norte, este y oeste. En el diseño del «Barlaeus» incluso puede distinguirse una hilera doble en el lado norte. Estas barracas se muestran siempre separadas de las murallas. En el mapa de 1763 sólo se ven barracones en los lados norte y este, pegados esta vez al muro interior. O bien se construyó sobre los vestigios de los barracones holandeses, o las huellas siguen enterradas bajo la arena del patio interior.

Otra cuestión pendiente era el pozo actual, construido de piedra caliza y ladrillo rojo. Antes de la pesquisa arqueológica no era seguro si el pozo procedía del período holandés. Ninguna de las plantas incluye el pozo, lo que es

¹⁷ NIEUHOF, J. *Gedenkweerdige Brasiliaense Zee-en Lantreize, etc.* Amsterdam, 1682, p. 36.

¹⁸ BOOGAART, E. van den y DUPARC, F. J. (eds.). *Zo wijld de wereld strekt. Tentoonstelling 1979-1980.* Mauritshuis, La Haya, 1979, p. 98.

extraño tratándose de una parte esencial para la subsistencia. Puede que involucrase información secreta que no debía ser revelada al enemigo.

Los planos procedentes del siglo XVII muestran que el fuerte tenía una extensión, un hornabeque, en el lado este, como mencionan Richshoffer y Nieuhof. La presencia de un hornabeque parece lógica, porque los holandeses enfrentaban el peligro por el lado norte en los primeros años. En el mapa portugués de 1763 ya no está presente. Eso también parece lógico, en tanto que no se esperaban amenazas desde este lado a partir de 1654. Si bien debe de haberse extraído una considerable cantidad de tierra para construir un hornabeque, no se advierten huellas en el paisaje.

Los planos holandeses muestran un foso y Johan Nieuhof lo describe como «poco profundo y casi sin agua». Como no hay foso alrededor del fuerte en la actualidad, no podemos saber cómo fue realizado en el período holandés. Otra pregunta era la localización de un posible cementerio. ¿Eran transportados a Recife los soldados fallecidos o había un cementerio en la isla?

LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA

El campo de trabajo arqueológico fue dividido en dos campañas. El objetivo era organizar la historia de la construcción de Fort Orange desde el período holandés (1630-1654) hasta el presente. Hasta el comienzo de la excavación era incierto si el fuerte de nuestros días, construido con grandes bloques de piedra caliza, fue edificado por los holandeses o los portugueses. Esto no es lo normal en los métodos holandeses. En el siglo XVII los ingenieros holandeses tenían la costumbre de construir sus fuertes en los Países Bajos con materiales localmente disponibles, como tierra, arena, cantos rodados, arcilla y madera, por el así llamado «sistema de fortificación de los viejos Países Bajos». En los años anteriores esas construcciones probaron ser sumamente eficientes en los Países Bajos en las batallas contra los españoles. Una bala de cañón hostil se hundía en los materiales blandos, causando así daños relativamente leves. Los portugueses, por su parte, levantaban sus fuertes de piedras naturales, una tradición constructiva originaria de su tierra natal, donde este material menudeaba. Otra explicación plausible podría ser que ingenieros portugueses ayudasen a los holandeses construyendo este fuerte en piedra natural.

La primera campaña de excavación desde enero hasta marzo de 2002 se concentró sobre todo en el patio interior de Fort Orange para encontrar huellas de los barracones de los soldados holandeses. Las catas en el estrato más antiguo mostraron un patrón de edificios rectangulares oblongos en tres lados de este patio interior. Esta imagen coincidía con el plano de 1637 del fuerte holandés (foto 2). En el lado sur del patio interior se descubrieron restos de una habitación,

probablemente el polvorín, construido con ladrillos amarillos holandeses (foto 4). En el siglo xvii se encontraron ladrillos semejantes por todo el mundo en los sitios donde los holandeses hollaron. El material de construcción era embarcado como lastre en los veleros en el viaje de ida. En el camino de vuelta las mercancías servían de lastre. Como las paredes de este polvorín se encuentran justo debajo de la pared de los barracones actuales, todavía no podemos saber cómo se construyó el fuerte holandés.

Se enfocaron nuevos puntos de atención para la segunda campaña de excavación del 1 de octubre de 2002 a 9 de mayo de 2003. Aparte de las barracas de los soldados, el polvorín y el pozo de ladrillo, se pusieron como objetivos la «puerta holandesa», el foso, el hornabeque y el cementerio.

Sobre las bases de la investigación histórica y el conocimiento del fuerte hasta la fecha, desarrollamos la idea de que la puerta holandesa del siglo xvii tenía que estar situada dentro o bajo el muro sur. Para este fin se desplazaron 1.000 m³ de arena por medios manuales y mecánicos. La arena fue tamizada, cuando fue necesario, en busca de artefactos y almacenada temporalmente en el patio interior.

Mientras tanto, se descubrió un segundo pozo en el patio interior hecho con un barril de madera, al sudeste del pozo de ladrillo (foto 5). Este es un conocido método holandés de construcción, la madera filtrando el agua subterránea que mana. Este «pozo holandés» estaba situado en el centro visual de los barracones que fueron descubiertos antes. Como resultado de este hallazgo la teoría cambió: el fuerte holandés podría muy bien haber sido mucho más pequeño que el fuerte actual.

El 18 de enero de 2003, después de mes y medio cavando dentro del muro sur, se desenterró, como una recompensa, una puerta muy bien conservada (foto 6). Esta puerta, con un pasillo asombrosamente estrecho de 1,27 m, en parte construido con ladrillos amarillos holandeses, fue bautizada como «la puerta holandesa». En tanto que esta puerta estaba desconectada del muro exterior, fue excluida cualquier relación con el fuerte de la actualidad. Por tanto resultó evidente que el fuerte portugués tardío, construido con grandes bloques de piedra caliza, había sido construido sobre el fuerte holandés.

En el mismo nivel de la «puerta holandesa», en el corte, se ha encontrado un estrato con una media de 0,15 m de arcilla arenosa amarilla clara, cubriendo una bolsa de arena suelta. En otras localizaciones del fuerte también se había destapado este estrato, revelando una capa que servía de base para otros estratos del fuerte del siglo xvii. De esta forma la arena podía mantenerse compacta. El estudio de muestras de polen mostrará si se recurría a la hierba de playa de la zona para mejorar la consolidación.

Estos datos trajeron nuevas revelaciones. La proyección de la información del fuerte holandés sobre el plano del fuerte moderno indicó un tamaño del

mismo significativamente menor en el siglo xvii. En el período portugués se realizaron ampliaciones en piedra natural en dirección norte y oeste. El bastión sudeste, parcialmente rodeado por el mar con marea alta, siempre ha estado en el mismo lugar. El pozo de ladrillos está situado en el centro del fuerte portugués posterior, posiblemente imitando la localización del pozo holandés.

Durante los últimos meses de la excavación se enfocó la investigación en verificar esta proyección. Bajo el suelo de las barracas actuales del lado sur se descubrieron tres agujeros de poste y huellas de arcilla, en línea con la parte de atrás del polvorín holandés, seguramente marcando la parte de debajo de la muralla holandesa. En la parte este de esta línea también se halló el ángulo de unión con la muralla holandesa hacia el bastión sudeste.

Un ángulo del flanco del bastión noroeste se encontró dentro del muro oeste del fuerte, cerca de la localización esperada sobre la base del plano de 1637. Fue una sorpresa descubrir que originalmente no había ninguna duna en este punto, como ocurría en la parte sur. Aquí había una muralla cubierta de «arena compactada», una forma de edificación conocida también por la literatura del siglo xvii¹⁹. Para levantar esta muralla, los constructores alternaron capas de arena con capas compuestas por seis largas ramas cada una (foto 7).

En el lado este del fuerte, por el exterior, aparecieron vestigios del foso holandés (foto 8). La descripción de este foso hecha por Johan Nieuhof, siendo «poco profundo y casi sin agua», coincide con la imagen existente del fondo de un foso superficial. Probablemente haya sido usado durante poco tiempo. La costumbre de cavar un foso llegó desde los Países Bajos, pero demostró ser inútil en la costa de Brasil, debido a la irregularidad del nivel de agua en ese foso, producto de la marea. Otro detalle es que los holandeses llegaron a un paisaje de dunas, por lo que no faltaba arena para alzar las murallas. Así, cavar un foso profundo se vio como innecesario. Fuera del muro sur se han encontrado bloques de piedra caliza en la escarpa y la contraescarpa (i. e. las paredes del foso), procedentes probablemente del período portugués, dado que las medidas y los materiales usados corresponden con los del fuerte del presente.

Sobre la base de comparaciones con otros fuertes y fortalezas holandeses, como Bourtange, se concluyó que el anexo en el bastión noroeste que se ve en los dibujos del siglo xvii de Fuerte Orange, podría ser una letrina. Las deposiciones de los soldados, así como la basura, iban a dar al foso. Teniendo en cuenta que construcciones similares normalmente eran de madera, probablemente fue derribado cuando se agrandó el fuerte en el período portugués.

¹⁹ Ver también: BRANS, E. J. «De schans te Woudenberg». En *Water ter verdediging. Vestingbouwkundige bijdragen*, Stichting Menno van Coehoorn. La Haya: Walburg Pers, 1994, pp. 81-95.

La posibilidad de buscar restos de la letrina fue desechada, porque debe haber estado situada bajo el bastión noroeste.

No se han destapado huellas del hornabeque tal y como es descrito en la literatura del siglo XVII y presentado en los dibujos. Tampoco ha aparecido ningún cementerio holandés hasta ahora. Por otro lado, se han desenterrado tres esqueletos con restos de uniformes portugueses, datando probablemente del siglo XVIII. Estos esqueletos con buen grado de conservación serán estudiados durante el trabajo de laboratorio por arqueólogos brasileños.

Gracias a las cotizaciones favorables de la divisa brasileña, la excavación pudo prolongarse por algunos meses. Durante los diez meses de excavación sacamos a la luz gran cantidad de artefactos: partes de espadas, mosquetes, balas, cerámicas, boquillas y cazoletas de pipas, monedas y compases. Fue digno de mención el hallazgo de tres monedas de oro portuguesas, dos de 1721 y una de 1722 y una alabarda, probablemente portuguesa, de la segunda mitad del siglo XVII.

La investigación multidisciplinar ha sido una cooperación entre científicos brasileños y holandeses. La coordinación general de la excavación ha estado en manos del arqueólogo brasileño Profesor Dr. Marcos Albuquerque del «Laboratório de Arqueologia» (LA) de la Universidade Federal de Pernambuco (UFPE). La coordinadora del trabajo de campo fue la Profesora Dra. Velela Lucena. El LA tiene 40 años de experiencia y está especializado en la arqueología del período colonial en Brasil (1500-1822), particularmente en la construcción de fuertes²⁰. El equipo brasileño ha estado compuesto de técnicos, becarios, ayudantes adicionales y muchos obreros. El Profesor Dr. Ricardo Pessoa ha sido asesor en los estudios geológicos. El Profesor Guilherme Medeiros ha contribuido como historiador.

Los científicos holandeses, con su conocimiento de las fuentes, tradiciones constructivas e investigación arqueológica holandesas han podido contribuir para dilucidar una parte importante de las cuestiones surgidas en el trabajo en el fuerte. Varias instituciones y personas de los Países Bajos han contribuido al éxito de la investigación. Han intervenido dos investigadores de la MOWIC Foundation: la historiadora cultural Dra. Hannedea van Nederveen Meerkerk, quien se ha dedicado al trasfondo histórico-cultural, y el autor, que ha supervisado la parte holandesa de la investigación arqueológica. Estudiantes de la Universidad de Amsterdam han participado en la excavación durante las dos campañas. El Treub Maatschappij ha proporcionado varios becarios. Además de

²⁰ ALBUQUERQUE, M. y LUCENA, V. *Fortes de Pernambuco*. Recife: Graftorre, 1999. Véase: www.magmarqueologia.pro.br; ver también la publicación de ALBUQUERQUE, M. de. *Arqueologia del período holandés en el Nordeste de Brasil (1630-1654)*, en este volumen.

eso, varios miembros de la Fundación para la Arqueología y los Monumentos (*Stichting Archeologie en Monument*) han sido voluntarios. Esta fundación, especializada en investigación histórica y arqueológica en el norte de los Países Bajos, nos ha proporcionado también un escáner de alcance profundo para la investigación geofísica²¹. Se ha consultado una vez más a Hans van Westing para la última fase de la segunda campaña, sobre la base de su vasto conocimiento en el campo de la construcción de fortalezas holandesas. El «Archeologisch Adviesbureau RAAP» ha realizado medidas de resistencia y sondeos para el proyecto.

En el marco de una visita oficial a Brasil, la reina Beatriz, el príncipe Guillermo y la princesa Máxima visitaron el fuerte el 28 de marzo de 2003. La familia real mostró gran interés en la investigación arqueológica, que estaba en su momento álgido. Los medios de comunicación en los Países Bajos y en Brasil publicaron amplios artículos sobre la visita real.

El 9 de mayo de 2003 se cerró la excavación. Todo volvió a cubrirse con arena, el modo que ha permitido que los restos se hayan mantenido bien preservados durante tanto tiempo. Se pretende excavar de nuevo los hallazgos especiales, como la «puerta holandesa», el polvorín y el «pozo holandés», para ser restaurados en una fecha posterior. Después de haber sido estudiados, los artefactos serán restaurados en el fuerte y exhibidos en la medida de lo posible en el nuevo museo.

PERSPECTIVAS

El *Laboratorio de Arqueología* de la *Universidade Federal de Pernambuco* está trabajando en el estudio de los artefactos y datos procedentes de la excavación. En el lado holandés, dicho trabajo está en manos del que suscribe y de Hans van Westing, enfocando las fases iniciales de construcción del fuerte (1631-1654). Se ha entregado un informe preliminar al IPHAN, por lo que el arquitecto restaurador Profesor Dr. José Luiz Mota Menezes tiene una base para empezar su parte. Los datos del conjunto de la investigación serán presentados en una publicación colectiva. Al mismo tiempo se ha fundado en los Países Bajos la New Holland Foundation para guiar la investigación y conservar otros lugares con historia holandesa en Brasil²².

²¹ LENTING, J. J.; GANGELEN, H. van y WESTING, H. van (eds.). *Schans op de grens. Bourtanger bodemvondsten 1580-1850*. Sellinger: Pijpenkabinet, 1993; y WESTING, H. van. «Een schans om's Lands frontier te sterken. Twintig jaar archeologisch en historisch onderzoek in de vesting Oudeschans (Groningen)». En BARTELS, M. H.; CORDFUNKE, E. H. P. y SARFATIJ, H. (eds.). *Hollanders uit en thuis*. Hilversum: Verloren, 2002; véase también la publicación de WESTING, H. van. *Artefactos del período de ocupación holandesa de Fort Orange*, en este volumen.

²² Ver: www.newhollandfoundation.nl.

El IPHAN soporta la responsabilidad de las tres fases consecutivas del Proyecto *Fort Orange*, cumpliendo así con lo acordado en la dirección del Netherlands Culture Fund. Están preparados los planes para el rompeolas y pueden ser puestos en ejecución tras la aprobación final del IPHAN. Ahora que los datos de la investigación arqueológica han sido entregados, el arquitecto restaurador podrá desarrollar sus planes finales. Cuando éstos hayan sido finalizados y se disponga de financiación, se iniciará la restauración y la creación del museo arqueológico/centro cultural en el fuerte.



Imagen 8. El «foso holandés» del Fuerte Orange, Itamaracá, Brasil. La fina línea oscura en el centro de la sección indica el fondo del foso. Foto: O. F. Hefting 2003.

Artefactos del período de ocupación holandesa del Fuerte Orange (Brasil)

HANS VAN WESTING*
New Holland Foundation

INTRODUCCIÓN

EN EL FUERTE ORANGE (situado en la isla de Itamaracá, en Pernambuco) se han realizado excavaciones arqueológicas en los últimos tiempos, con el objeto de obtener más información para la futura restauración. Se han efectuado dos campañas entre enero y marzo de 2002, la primera, y la segunda desde octubre de 2002 hasta comienzos de mayo de 2003. Para mayor información concerniente a la organización y los resultados de estas excavaciones véase el artículo del Dr. Oscar F. Hefting en este volumen.

Durante una excavación deben ser encontrados *in situ* tantos artefactos como sea posible, para que puedan ser estudiados en su contexto original. Un pequeño número, la mayoría objetos pequeños o muy pequeños, escapan a la atención del excavador y normalmente terminan en el montón de desperdicios. En esta excavación todo el material excavado fue cribado, así que prácticamente nada quedó atrás, y en consecuencia se han acumulado aproximadamente 400.000 artefactos. Estos objetos fueron después lavados, clasificados,

* Traducción: Víctor Zamorano. Los editores agradecen el asesoramiento prestado desinteresadamente por Rosa Lorenzo del Centro de Cultura Tradicional.

numerados, empaquetados y acompañados de una breve descripción. En este momento no todos los hallazgos han sido completamente procesados, por lo que solamente puede darse una impresión provisional de la naturaleza del material recogido y aún no pueden sacarse conclusiones definitivas.

El origen de la mayoría del material es atribuido a la ocupación portuguesa de 1654-1822. Otra parte es de origen local, mientras que el grupo más pequeño de hallazgos es holandés. Éstos fueron, bien producidos en Holanda, bien importados a los Países Bajos de algún otro lugar. El período de ocupación holandesa duró sólo 24 años (1630-1654). Ya que se han recogido todas las piezas, una parte también será reciente, es decir, depositada después del período portugués. Dentro del marco de este artículo no se intenta comentar todo el material encontrado, sino examinar más detenidamente algunos objetos característicos del período holandés.

Los artefactos son una fuente de información sobre la vida cotidiana. No obstante, hay que tomar precauciones para no presentar una escena desvirtuada. No todo aquello que alguna vez fue usado acaba en el suelo. Con frecuencia bienes viejos o dañados encuentran las pilas de desechos como destino. Esto es más o menos una forma intencional de deposición. Algunos materiales fueron reciclados por motivos prácticos: la madera era usada como combustible y el metal era refundido. Un factor limitativo mucho más relevante son las características de conservación del tipo de suelo. Esto puede tener una importancia considerable sobre los restos de sustancias orgánicas en particular. Objetos de madera, cuero y hueso, así como la tela y el papel habitualmente no sobreviven a un período largo de tiempo bajo tierra. Los objetos preciosos eran mucho mejor cuidados que aquellos de uso diario. Los que se han hallado de este tipo son con seguridad objetos perdidos, y por eso son casi siempre objetos pequeños. Una excepción es el llamado tesoro oculto. Algunas veces eran enterrados deliberadamente en el suelo objetos valiosos. En esta excavación apareció un tesoro cuando fueron encontradas tres monedas de oro del período portugués (1721 y 1722). Puede conseguirse un *insight* de la vida cotidiana en el fuerte del siglo XVII durante el período holandés a través de la selección de cierto número de objetos.

COMIDA, COCINA Y BEBIDA

En las excavaciones de fuertes en los Países Bajos, el grupo más grande de hallazgos con diferencia se compone de restos de utensilios cotidianos: tarros, tazas, jarras, platos, bandejas, cuencos, etc. La mayoría de estos utensilios son de cerámica. La materia prima es una arcilla ferrosa y el color rojo surge al añadir oxígeno durante el proceso de cocción. Esta loza es ligeramente porosa porque no se cuece a altas temperaturas (950-1.100 °C). Para hacer el utensilio

impermeable se aplica una capa de esmalte vidriado incoloro de plomo, dando a la cerámica su color marrón rojizo característico. Esta loza se producía por todos los Países Bajos y se usaba para cocinar, cocer, asar y servir. También se encontraron fragmentos de este tipo de material en Forte Orange. No siempre es fácil determinar el lugar o la región de origen. Sin embargo un resto, un pequeño pedazo de cerámica decorada y policromada, fue producido en la provincia de Holanda del Norte. La característica ornamentación se compone de líneas arrastradas de un amarillo pálido. Había también unos pocos restos de loza blanca, que probablemente proceden de alfarerías en la provincia de Frisia.

Más numerosos que la alfarería son los restos de jarras de grés. Esta loza es un tipo de cerámica de una especial dureza, y más duradera que la loza tosca. Se cocía a una temperatura entre 1.200 y 1.300 °C. La arcilla válida para la producción de loza no se encuentra en los Países Bajos, y en consecuencia esta mercancía fue importada de Alemania. La loza fue de uso general a lo largo y ancho de los Países Bajos durante el siglo XVII, por lo que ese material encontrado en Brasil puede considerarse una importación neerlandesa. Los restos procedían principalmente de tazas y jarras que eran usadas para el almacenamiento y consumo de cerveza y vino. Se encontraron varias piezas de la jarra denominada «bellarmine» (*bartmann* en alemán) con su decoración característica (foto 1). Ésta consistía en una máscara barbada que se colocaba en el cuello de la jarra, en el lado opuesto al asa, acompañada a menudo de un medallón con motivos heráldicos en el cuerpo, por debajo de la máscara. La superficie es barnizada con sal, con una apariencia marrón grisácea moteada con salpicaduras desordenadas de azul cobalto como resultado. Este tipo de cerámica se producía en la región de Frechen, en Alemania. Hay también fragmentos de jarras de otro centro de producción alemán en Westerwald. Esta mercancía se caracteriza por el uso de óxido de cobalto azul sobre fondo gris.

El vino se bebía también en vasos llamados *roemers*. Este tipo de cristal es un producto típico germano-holandés particularmente ligado a la producción de cristal de los siglos XVI y XVII que floreció a lo largo del río Rhin y sus afluentes¹. Los *roemers* están formados por un cuenco semiesférico o con forma de barril y un pie hueco con base. El pie sobre el que se sostiene el vaso, está adornado con racimos de frambuesas. Por un lado funcionan como adorno, pero también tienen una función más práctica. Por regla general uno comía con los dedos. Los racimos impedían que el vaso se resbalase de la mano.

¹ HENKES, H. E. *Glas zonder glans: vijf eeuwen gebruiksglas uit de bodem van de Lage Landen, 1300-1800. Glass without gloss: utility glass from five centuries excavated in the Low Countries, 1300-1800.* (Rotterdam Papers, 9, *A contribution to medieval and post-medieval archaeology*). Rotterdam: Coördinatie commissie van advies inzake archeologisch onderzoek binnen het resort. Rotterdam, 1994, p. 190.



Foto 1. Jarras tipo «Bellarmine» (alemán: *Bartmann*).

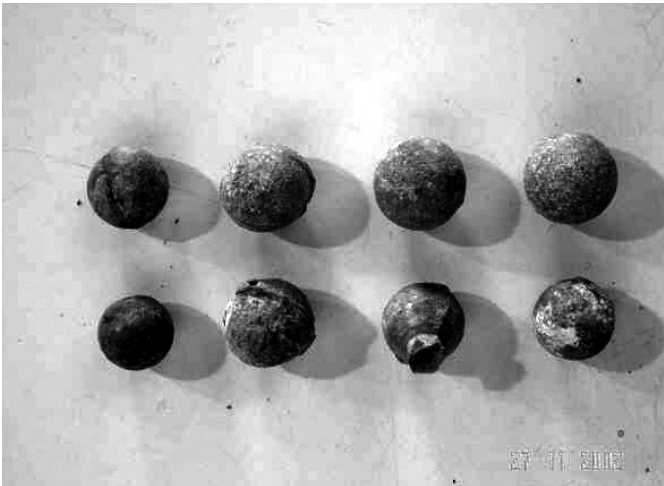


Foto 2. Balas de mosquete.

Se encontraron algunos fragmentos de esos pies con racimos. De la comida misma, sólo permanecen los componentes no comestibles: huesos y conchas de animales y peces. Este material todavía tiene que ser estudiado.

ARMAS Y MUNICIÓN

Dado que el fuerte fue en origen un asentamiento militar, han aparecido muchas partes de armas y gran cantidad de munición. Es difícil determinar si fueron abandonadas por los holandeses o por los portugueses, y solamente un estudio posterior lo aclarará.

Se encontró un gran número de balas de plomo de mosquete (fotografía 2). El vaciado de esas balas de plomo se hacía en un molde múltiple de piedra, o en un molde individual de tenazas de hierro². En algunas de las balas de mosquete encontradas en Fort Orange la rebaba de plomo (tiras de plomo sobrante usado en el vaciado) todavía estaba presente. La forma de esta rebaba indica que las tenazas de hierro se usaban para vaciar. Hallazgos arqueológicos de fortificaciones similares en los Países Bajos muestran que esas tenazas de hierro de una sola bala eran de uso común. El mosquete se usaba desde mediados del siglo XVI en los ejércitos españoles, que probablemente lo introdujeron en los Países Bajos en la década de 1560. Eran muy pesados (aproximadamente 6,5 kg) y requerían un soporte especial de hierro forjado en forma de horquilla sobre el que descansa el cañón al disparar³. En el fuerte se hallaron varios restos de estos mosquetes y parte de un soporte de mosquete.

Entre los demás objetos militares encontrados se incluyen varias piezas de hierro colado, balas de cañón (foto 3) y restos de espadas y dagas: empuñaduras, pomos y guardas.

EFFECTOS PERSONALES

Pueden encontrarse muchos accesorios en los uniformes militares o en la indumentaria civil. Ofrecen una modesta posibilidad de vestirse a la moda y un medio para ostentar riqueza. Los accesorios de metal han sobrevivido a través del tiempo, y así hemos encontrado muchas hebillas (foto 4). Las hebillas muestran una considerable variedad de formas, material y decoración. Dado el

² DEAGAN, K. *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean, 1500-1800*. Washington: Prentice Hall, 2002, v. 2 (Portable Personal Possessions), p. 287.

³ KIST, J. B.; PUYPE, J. P.; SLOOT, R. B. F. van der. *Musket, roer en pistolet: 17e-eeuws wapenhandwerk in de Lage Landen = Dutch muskets and pistols: An illustrated history of seventeenth century gunmaking in the Low Countries*. La Haya: [s/e], 1974, p. 20.

estatus de los soldados, no es sorprendente que sólo se encontraran en el fuerte los tipos más simples. Las hebillas se usaban en cinturones, zapatos y arneses de caballerías. Los botones eran también parte integrante de la vestimenta, y estaban hechos de muchos materiales diferentes: cobre, bronce, estaño, plata, oro, hueso, cristal, tela, etc. Es obvio que se encontraron muchos botones asociados al uniforme de soldado, y de nuevo sólo se hallaron los modelos más simples, mayoritariamente de cobre y bronce. Las ropas y el calzado también se abrochaban con cordones. El final de los cordones solía rematarse con puntas de metal, algunas de las cuales también han aparecido. Se hacían de chapa de aleación de cobre, enrolladas en un tubo estrecho. Tienen dos funciones: proteger el cordón y facilitar el enhebrado. Se encontraron también algunos dedales (foto 5). Dado que son frecuentemente hallados en un contexto militar, se ha sugerido que podrían ser utilizados como un medidor para la pólvora. Tal vez este uso no pueda ser completamente excluido, pero nótese que desde mediados del siglo anterior el dedal era parte necesaria del equipo personal de cada soldado, ya que se esperaba que cada uno mantuviese su propio uniforme, o sea, que cosiese los botones perdidos.

ECONOMÍA

Se encuentran monedas en muchas excavaciones, y Fuerte Orange no fue una excepción. No sólo los portugueses perdían su dinero, sino también los holandeses. Sólo se descubrió dinero de bajo valor, propio de pequeñas transacciones diarias. Entre las monedas sacadas había *duiten* y *stuivers* procedentes de varios lugares de los Países Bajos. Hay medio *stuiver* sin datar de la localidad de Deventer, pero probablemente fue acuñado en el año 1598 (foto 6). Otro *stuiver* viene de la provincia de Frisia y está fechado en 1621, con la cifra 2 invertida (foto 7). Otras monedas vienen de la provincia de Holanda (1614-1628), la villa de Stevensweert (1628-1632), la provincia de Overijssel (1615-1619), Westfriesland (1626), y la ciudad de Utrecht (1634)⁴.

Incluidos en los hallazgos numismáticos están los así llamados «contadores». Estos objetos de latón parecen monedas, pero no lo son. Surgieron en un momento en el que las cifras romanas eran de uso común para contar y el uso del papel todavía no estaba generalizado. Los contadores se usaban de un modo parecido a un ábaco. Se dibujaban líneas horizontales en una tabla para los miles, los cientos, las docenas, las unidades de florín, *stuivers* y penique. Se ponía un contador por cada penique en la línea de los peniques; si se acumulaban doce, uno se

⁴ Determinación de monedas: P. J. Frikken (Stichting Archaeologie en Monument).



Foto 3. Balas de cañón.

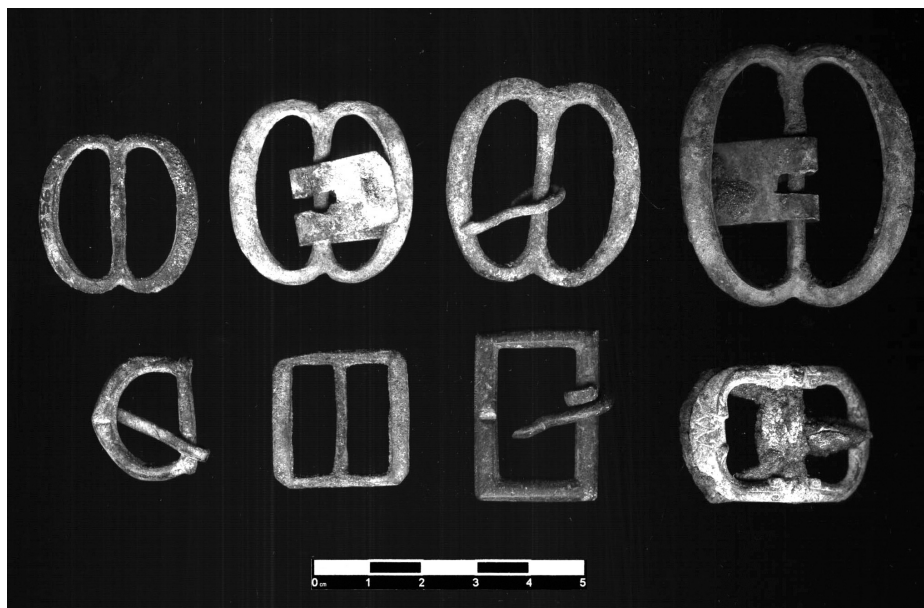


Foto 4. Hebillas.

subía a la línea de los *stuivers*; por cada veinte *stuivers* se colocaba uno en los florines, etc.⁵. Originalmente se usaban guijarros para este propósito (latín: *calculus* —de ahí nuestra palabra «cálculo»—). Este método de contabilidad siguió en uso hasta finales del siglo xvii, cuando el empleo de las grañas árabes lo desbancó, permitiendo cálculos escritos. En el siglo xvii los contadores se producían básicamente en Nüremberg (Alemania). Las familias Krauwinckel y Lauffer eran fabricantes bien conocidos. Se exportaban en grandes cantidades a los Países Bajos y eran vendidos a peso⁶.

Otra categoría de objetos que parecen monedas son las etiquetas de ropa. Estos sellos de plomo normalmente eran incluidos en la tela. Después de fabricar la tela el sello era emitido por el gremio local como seña del control de calidad. Normalmente llevaban el escudo de armas de la ciudad y a veces información acerca de la calidad o la longitud del material. Esos sellos se usaban en el Reino Unido, Francia, Alemania y los Países Bajos. Un buen ejemplo apareció en Fuerte Orange, que según el texto «Haerlems Goet», fue emitido en la ciudad de Haarlem (provincia de Holanda del Norte)⁷ (foto 9).

ACTIVIDADES DE OCIO

Fumar era el pasatiempo favorito de la guarnición del fuerte. Ambos, holandeses y portugueses, dejaron tras de sí gran cantidad de pipas de barro rotas o dañadas. Se encontraron más de mil ejemplos del período holandés y están disponibles para su estudio.

El registro más antiguo de uso de tabaco en los Países Bajos, introducido por marineros, data del año 1580. El tabaco se usaba en el mar para calmar el hambre⁸. Las pipas sólo han sido estudiadas superficialmente, pero la mayoría parecen provenir de Gouda, algunas de Amsterdam, y unas pocas de Hoorn y Leiden. Sorprende que la mayoría de las piezas sean de gran calidad⁹.

Una peculiar cazoleta de pipa muestra la cabeza de un hombre sobresaliendo de una boca llena de dientes (foto 10). La leyenda dice que la pipa representa la cabeza del explorador Sir Walter Raleigh (1552-1618). Era un fumador de pipa empedernido, un hábito que copió de los indios en la colonia

⁵ BAART, J. *et al.* *Opgraveningen in Amsterdam: 20 jaar stadskernonderzoek*. Amsterdam: Fibula-Van Dishoeck, 1977, p. 405.

⁶ MITCHINER, M. *Jetons, medalets and tokens: The medieval period and Nuremberg*. London, 1988.

⁷ EGAN, G. *Lead cloth seals and related items in the British Museum* (British Museum Occasional Paper 93). Londres: Hawkins Publications, 1995, p. 194.

⁸ DUCO, D. H. *De Nederlandse kleipijp: Handboek voor dateren en determineren*. Leiden: Pijpenkabinet, 1987, p. 8.

⁹ Información personal del Dr. D. H. Duco.



Foto 5. Dedal.



Foto 6. Medio *stuiver* de la localidad de Deventer.
Anverso: PACE.ET.BELLO.CONSTANS (firme en la paz y en la guerra).
Reverso: MON.NOV.REI.DAV (nueva moneda de la ciudad de Deventer).



Foto 7. *Stuiver* de la provincia de Frisia.

inglesa de Virginia. En su última expedición a la isla del Dorado cayó al mar y se lo tragó un cocodrilo, que lo escupió inmediatamente por su fuerte sabor a humo. Un precioso cuento que probablemente derive de la historia bíblica de Jonás y la ballena. Este tipo de pipa fue fabricado en los Países Bajos en grandes cantidades¹⁰.

Un dado de hueso nos da algunas revelaciones sobre otros pasatiempos. Se encontraron discos de cerámica burdamente modelados en grandes cantidades. Se usaban como contadores para juegos de mesa como el *backgammon* y las damas. Sin duda había música, pero la única confirmación hasta el momento procede de algunas guimbaras. Es difícil determinar el origen de estas piezas, ya que se usaban en casi toda Europa, e incluso en lugares más lejanos.

MATERIAL DE CONSTRUCCIÓN

Los cimientos del polvorín y lo que queda de la antigua puerta holandesa fueron construidos usando un ladrillo amarillo de pequeño tamaño. Este tipo de ladrillos fue fabricado en los Países Bajos durante los siglos XVI y XVII en varias regiones. Investigaciones más profundas podrán determinar dónde fue fabricado el material empleado en Forte Orange. Estos ladrillos amarillos se encuentran en todas las áreas de colonización holandesa. Una vez en la colonia eran usados para levantar estructuras de carácter duradero.

CONCLUSIONES

Ya que no fue posible ubicar todos los hallazgos en su contexto correcto, se hace difícil determinar el origen de algunos objetos: ¿portugueses u holandeses? No es difícil identificar el país de origen de algunos objetos prestando atención a la loza. Las monedas y otros objetos impresos también pueden identificarse fácilmente. Sin embargo, el origen de muchos objetos de metal, como partes de armas, munición y herramientas, presenta un problema mucho mayor, porque pueden encontrarse objetos más o menos idénticos por toda Europa, y estuvieron en uso durante un largo período de tiempo. Es necesaria una investigación mayor y comparativa de estos objetos.

Es muy notoria la escasez de piezas de alfarería. Hay dos explicaciones posibles para ello: por un lado, la cerámica cotidiana puede haber sido adquirida localmente; por otro, la mayoría de los desechos probablemente fue tirada al mar.

¹⁰ KROMMENHOEK, W. y VRIJ, A. Kleipijpen. *Drie eeuwen Nederlandse kleipijpen*. Amstelveen: Drukkerij Wevo, 1991, p. 160.

Fotografías: Doris Walmsley (Laboratório de Arqueologia, Universidade Federal de Pernambuco).

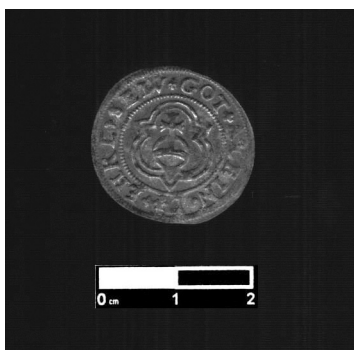


Foto 8. Contador.

Anverso: EHRE, SEI, U, GOT, ALEIN.

Reverso: WOUFLAUFFER, NURBER (Wolf Lauffer Nürnber).

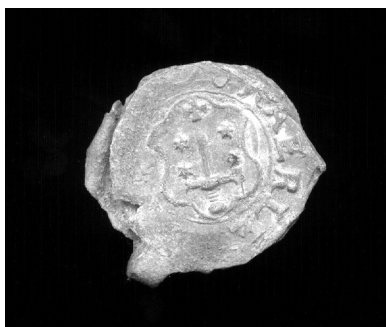


Foto 9. Sello de ropa de la villa de Haarlem.

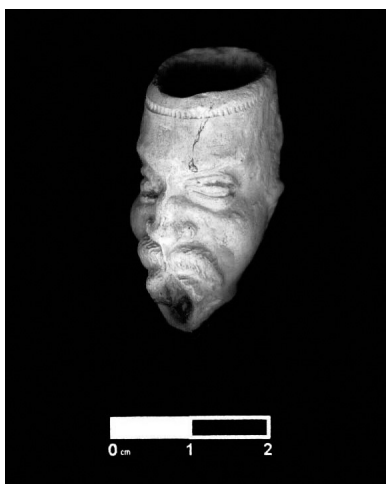


Foto 10. Pipa de cerámica evocando a Jonás en la ballena.

Apéndice bibliográfico

FUENTES PORTUGUESAS

ALBUQUERQUE COELHO, D. de. *Memorias Diarias de la Guerra del Brasil*. Madrid, 1654.

CALADO, fray M. *Valeroso Lucideno e Triumpbo da Liberdade*. Lisboa, 1648.

DE JESÚS, fray R. *Castrioto Lusitano*, 1679.

FREYRE, B. *Nova Lusitânia. Historia da guerra brasílica*, 1676.

LOPES DE SANTIAGO, D. *Historia da Guerra de Pernambuco* (escrito en el siglo XVII, publicado en 1943).

FUENTES HOLANDESAS

BAERS, J. *Olinda Conquistada*, 1653.

BARLEUS, G. *Rerum per octennium in Brasilia et alibi nuper gestarum sub praefectura Illustrissimi Comitis I, Maurittii, Nassoviae &c. Comitis, nunc Vasalio Gubernatoris e Equitatus Federatorum Belgii Ordd, sub Auriaco Ductoris, historia*. Historia de los hechos recientemente practicados durante ocho años en Brasil. Amsterdam, 1647.

DE LAET, J. *Historie ofte Iarlyck Verbael van de West-Indische Compagnie*. Anales de los hechos de la Compañía de Indias Occidentales, 1644.

DUSSEN, A. van der. *Relatorio sobre las capitánías conquistadas en Brasil por los holandeses*, 1639.

HAECKS, H. *Het Dagboek van Hendrik Haecxs, lid van den Hoogen Raad van Brazilië*. Diario de Hendrik Haecxs: ed. de L'Honoré, 1925.

NIEUHOFF, J. *Gedenkweerdige Brasiliaense Zee-en Lant-Reize. Bebelzende al het geen op dezelve is voorgevallen. Beneffens een bondige beschrijving van gantsch Neerlants Brasil*. Memorable Viaje marítimo y terrestre a Brasil. Amsterdam, 1682.

RICHSHOFFER, A. *Reise nach Brasilien, 1629-1632*. Diário de um soldado da Companhia das Indias Ocidentais.

OTROS

DE SANTA TERESA, fray G. *Historia delle guerre del regno Brasile*. Roma, 1698.

MOREAU, P. *Histoire des derniers troubles du Brésil, entre les Hollandais et les Portugais*. París, 1651.

LIBROS Y ARTÍCULOS

- ALBUQUERQUE, M. *Arraial Novo do Bom Jesus*. Recife: Graftorre, 1997.
- ALBUQUERQUE, M.; LUCENA, V. y WAMSLEY, D. *Fortes de Pernambuco: imagens do passado e do presente*. Recife: Graftorre, 1999.
- ATTMAN, A. *Dutch enterprise in the world bullion trade, 1550-1800*. Göteborg: Kungl. Vetenskaps- och Vitterhets-Samhället, 1983.
- BARBOSA, L. S. *O centenário da chegada de Nassau*. Recife: Imprensa oficial, 1936.
- BENAVIDES MORO, N. «Una Expedición Marítima y Terrestre Hispano-portuguesa (1625)». En *Actas do Congresso Internacional de História dos Descobrimentos*. Lisboa, 1961, pp. 309-318, vol. 5.
- BOOGAART, E. van den. «The trade between Western Africa and the Atlantic World, 1600-90. Estimates of trends in composition and value». En *Journal of African History*, 33, 1992, pp. 369-385.
- BOOGAART, E. van den; EMMER, P. C.; KLEIN, P. y ZANDVLIET, K. *La expansión holandesa en el Atlántico*. Madrid: Mapfre, 1992.
- «The Dutch Participation in the Atlantic Slave Trade, 1596-1650». En GEMERY, H. y HOGENDORN, J. *The Uncommon Market; Essays in the Economic History of the Atlantic Slave Trade*. Nueva York: Academic Press, 1979.
- BOOGAART, E. van den; HOETINK, H. R. y WHITEHEAD, P. J. P. (orgs.). *Johan Maurits van Nassau-Siegen, 1604-1679: a humanist prince in Europe and Brazil: essays on the occasion of the tercentenary of his death*. La Haya: The Government Publishing Office, 1979.
- BOXER, Charles R. «Padre Antonio Vieira, SJ, and the institution of the Brazil Company in 1649», *Hispanic American Historical Review*, 29: 4, pp. 474-497.
- «Salvador Correia de Sá e Benevides and the Reconquest of Angola in 1648», *Hispanic American Historical Review*, 28:4, 1948.
- *The Dutch in Brazil, 1624-1654*. Oxford: Clarendon Press, 1957.
- BRUNN, G. *Aufbruch in Neue Welter. Johan Moritz von Nassau Siegen, der Brasilianer (1604-1679)*. Siegen: Johann-Moritz-Ges, 2004.
- CÂMARA, J. A. «Aspectos do domínio holandês no Ceará». En *Revista do Instituto do Ceará*, 70: 70, 1956.
- CASCUDO, L. da C. *Geografia do Brasil holandês*. Río de Janeiro: Olympio, 1956.
- CHAUDHURI, K. «A concorrência holandesa e inglesa». En BETHENCOURT, F. y CHAUDHURI, K. (orgs.). *História da expansão portuguesa*, vol. II. Lisboa, 1998.
- CROSS, H. E. «Commerce and orthodoxy. A Spanish response to Portuguese commercial penetration in the viceroyalty of Peru, 1580-1640», *The Americas*, 35: 2, 1978, pp. 151-167.
- CRUZ, A. *Subsídios para a historia das relações diplomaticas de Portugal com a Holanda (1640-1668)*. Oporto, 1948.
- DELGADO, L. *A restauração pernambucana*. Recife: Editôra Nordeste, 1954.
- DUTRA, F. A. «Matias de Albuquerque and the defense of Northeastern Brazil, 1620-1626», *Studia, Revista del Centro de Estudos Históricos Ultramarinos*. Lisboa, 36, julio 1973, pp. 117-166.
- DUTRA, F. A. «Centralization vs. Donatarial Privilege: Pernambuco, 1603-1630». En ALDEN, D. *Colonial Roots of Modern Brazil*. Berkeley: University of California Press, 1973, pp. 19-60.
- ECHEVARRÍA BACIGALUPE, M. Á. «La cooperación económica hispano-holandesa, 1637-1659». En *Hispania*, 54, 2, 1994.
- EDEL, M. «The Brazilian sugar cycle of the seventeenth century and the rise of West Indian competition». En *Caribbean Studies*, 9, 1, abril, 1969.

- EMERENCIANO, J. «Interpretação de Pernambuco flamengo». En *Revista do Arquivo Público. Secretaria do Interior e Justiça*, 3: 3, 1947.
- EMMER, P. *De Nederlandse Slavenhandel, 1500-1850*. Amsterdam: Leiden, De Arbeiderspres, 2000.
- EMMER, P. y GAASTRA, F. (eds.). *The organization of interoceanic trade in european expansion, 1450-1800*. Aldershot: Variorum, 1996.
- FERLINI, V. L. A. «Resistência e acomodação: os Holandeses em Pernambuco (1630-1640)». En THOMAS, W. (ed.). *Rebelión y resistencia en el mundo hispánico del siglo XVII*. Lovaina: University Press, 1992.
- FERREIRA, W. «A companhia geral para o estado do Brasil e sua natureza jurídica», *Revista da Faculdade de Direito*. Universidade de São Paulo, 50, 1955.
- GALINDO y HULSMAN, M. L. *Guia de Fontes para o Brasil Holandês*. Brasília: Projeto Resgate. Recife: FUNDAJ, 2001.
- GEMMERY y HOGENDORN, H. A. y J. S. *The Uncommon Market; Essays in the Economic History of the Atlantic Slave Trade*. Nueva York: Academic Press, 1979.
- GOSLINGA, C. Ch. *The Dutch in the Caribbean and in the Wild Coast, 1580-1680*. Assen: Van Gorcum, 1971.
- GUERRA, F. *Uma aventura holandesa no Brasil*. Recife: Companhia Editora de Pernambuco, 1977.
- HEIJER, H. den. *De geschiedenis van de WIC*. Zutphen: Walburg Pers, 1994.
- HERKENHOFF, P. (ed.). *O Brasil e os Holandeses, 1630-1654*. Río de Janeiro: Sextante Artes, 1999.
- HERONCIO, P. *Os holandezes no Rio Grande*. Río de Janeiro, A. B. C., 1937.
- HERRERO SÁNCHEZ, M. *El acercamiento hispano-neerlandés (1648-1678)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000.
- HERRERO SÁNCHEZ, M. *Las Provincias unidas y la monarquía hispánica (1588-1702)*. Madrid: Arco Libros, 1999.
- HERRERO SÁNCHEZ, M. y CRESPO SOLANA, A. (COORD.). *España y las 17 provincias de los Países Bajos: una revisión historiográfica (XVI-XVIII)*. Actas del Congreso Internacional celebrado en Madrid entre los días 30 de septiembre y 2 de octubre de 2002. Córdoba: Servicio de Publicaciones, Universidad de Córdoba, 2002.
- HOBOKEN, W. J. van. «The Dutch West-India Company: The political background of its rise and decline». En BROMLEY, J. S. y KOSSMANN, E. H. (eds.). *Britain and the Netherlands. Papers delivered to the Oxford-Netherlands Historical Conference, 1959*. Londres: Chatto & Windus, 1960.
- ISRAEL, J. I. «A conflict of Empires: Spain and the Netherlands, 1618-1648», *Past and Present*, 76. Agosto, 1977, pp. 34-74.
- «Un conflicto entre imperios: España y los Países Bajos, 1618-1648». En ELLIOTT, J. (ed.). *Poder y sociedad en la España de los Austrias*. Barcelona, 1982.
- «The economic Contribution of Dutch Sephardi Jewry to Holland's Golden Age, 1595-1713», *Tijdschrift voor Geschiedenis*, 96, 1983.
- *Dutch Primacy in World Trade, 1585-1740*. Oxford: Clarendon Press, 1989.
- *Empires and Entrepots. The Dutch, the Spanish Monarchy and the Jews, 1585-1713*. Londres: Hambledon Press, 1990.
- *La República holandesa y el mundo hispánico, 1606-1661*. Madrid: Nerea, 1997.
- ISRAEL, J. I. «Dutch Sephardi, Jewry. Millenarian Politics and the Struggle for Brazil, 1640-54». En ISRAEL, J. I. *Conflicts of Empires, Spain, the Low Countries and the Struggle for World Supremacy, 1585-1713*. Londres: Hambledon Press, 1997.

- ISRAEL, J. I. «El Brasil y la política holandesa en el Nuevo Mundo». En SANTOS PÉREZ, J. M. (ed.). *Acuarela de Brasil, 500 años después. Seis ensayos sobre la realidad histórica y económica brasileña*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2000, pp. 11-21.
- KEA, R. A. *Settlements, Trade and Politics in the Seventeenth Century Gold Coast*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1982.
- KLOOSTER, W. *The Dutch in the Americas, 1600-1800*. Providence: The John Carter Brown Library, 1997.
- LIVERMORE, H. «A marinha mercante holandesa no comércio do Brasil», *Revista Portuguesa de História*, 5, 1951, pp. 493-498.
- LOPEZ, A. *Guerra, Açúcar e Religião no Brasil dos holandeses*. São Paulo: Senac, 2002.
- LOVEJOY, P. E. «The Volume of the Atlantic Slave Trade: A synthesis», *Journal of African History*, 23, 1982.
- MARCGRAF, G. *História natural do Brasil (1648)*. São Paulo: Imp. Oficial do Estado.
- MASSELMAN, G. «Dutch colonial policy in the seventeenth century», *Journal of Economic History*, 21:4, 1961, pp. 455-68.
- MAURO, F. *Le Brésil du xv^e à la fin du xviii^e siècle*. Paris: SEDES, 1977.
- MELLO, E. Cabral de. *Olinda Restaurada. Guerra e Açúcar no Nordeste, 1630- 1654*. São Paulo: Ed. da Universidade de São Paulo, 1975.
- *Imagens do Brasil holandês, 1630-1654*. Rio de Janeiro: Ministério da Cultura, 1987.
- *Rubro veio: o imaginário da restauração pernambucana*. Rio de Janeiro: Editora Nova Fronteira, 1986.
- *O negócio do Brasil. Portugal, os Países-Baixos e o Nordeste - 1641-1669*, 2.^a edição. Rio de Janeiro: Topbooks, 2003.
- *Um Imenso Portugal, história e historiografia*. São Paulo: Editora 34, 2002.
- MELLO, J. A. Gonsalves de. *A cartografia holandesa do Recife. Estudo dos principais mapas da cidade do período 1631-1648*. Recife: IPHAN, 1976.
- *A rendição dos holandeses no Recife. Com o texto inédito das negociações que precederam o acordo, comentários acerca dos artigos que o compoem e os principais relatos portugueses contemporâneos*. Recife: IPHAN, 1979.
- MELLO, J. A. Gonsalves de. Dos relatórios holandeses (1630 e 1642). São Paulo, 1977.
- *Fontes para a história do Brasil holandês, vol. I. A economia açucareira*. Recife: IPHAN, 1981.
- *Fontes para a história do Brasil holandês, vol. II. A administração da conquista*. Recife: IPHAN, 1985.
- *Gente da nação. Cristãos-novos e judeus em Pernambuco, 1542-1654*. Recife: Massangana, 1988.
- MELLO, J. A. Gonsalves de. *Henrique Dias, governador dos crioulos, negros e mulatos do Brasil*. Recife: Massangana, 1988.
- *Testamento do general Francisco Barreto de Meneses, restaurador de Pernambuco*. Recife: Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional (IPHAN), 1976.
- *Tempo dos Flamengos, Influência da Ocupação Holandesa na vida e na cultura do Norte do Brasil*. Recife: Editora Massangana, 1987 (1947).
- «O Domínio Holandês na Bahia e no Nordeste». En HOLANDA, S. B. de (dir.). *Historia Geral da Civilização Brasileira*, tomo II, *A Época Colonial*. Rio de Janeiro, 1993.
- *D. Antônio Filipe Camarão, capitão-mor dos índios da costa do nordeste do Brasil*. Recife: Universidade do Recife, 1954.
- *Filipe Bandeira de Melo. Tenente de mestre de campo general do estado do Brasil*. Recife: Universidade do Recife, 1954.

- MELLO, M. Lacerda de. «Holandeses e portugueses», *Revista de História*, 7, 16, 1953, pp. 273-288.
- MURIAS, M. «Brasil. Defesa da Unidade Nacional contra a Fixação Estrangeira. Século XVII». En MURIAS, M.; CIDADE, H. y BAIÃO, A. (dirs.). *História da Expansão Portuguesa no Mundo*. Lisboa: Atica, 1937-1940.
- NASCIMENTO, Rômulo L. X. do. «Pelo lucro da Companhia: aspectos da administração no Brasil Holandês, 1630-1639». Recife: Dissertação de Mestrado, Universidade Federal de Pernambuco, 2004.
- NEME, M. *Formulas políticas no Brasil Holandês*. São Paulo: Ed. da Universidade Difusão Europeia do Livro, 1971.
- NETSCHER, P. M. *Les hollandais au Brésil. Notice Historique sur les Pays Bas et le Brésil au XVII Siècle*. La Haya: Belinfante, 1853.
- NOVINSKY, A. *Cristãos Novos na Bahia: 1624-1654*. São Paulo: EDUSP, 1972.
- PEDROZA, X. «Os holandeses no Brasil. O aspecto religioso da conquista neerlandesa do nordeste brasileiro», *Fronteiras*, 6: 21, 1937.
- PÉREZ DE TUDELA Y BUESO, J. *Sobre la defensa Hispana del Brasil contra los Holandeses (1614-1640)*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1974.
- POSTMA, J. «The Dimensions of the Dutch Slave Trade from West Africa», *Journal of African History*, 13, 1970.
- «West African Exports and the Dutch West Indian Company», *Economisch-en Sociaal-Historisch Jaarboek*, 36, 1973.
- «The Dutch Slave Trade: A Quantitative Assessment», *Revue française d'histoire d'outre-mer*, 62, 1975.
- POSTMA, J. M. *The Dutch in the Atlantic Slave Trade, 1600-1815*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- RAMOS GÓMEZ, L. J. «El Brasil holandés en la pugna entre Felipe IV y las Provincias Unidas», *Revista Historia de América*, 80, julio-diciembre, 1975.
- RODRIGUES, J. H. *Civilização holandesa no Brasil*. São Paulo: Instituto Progresso Editorial, 1949.
- *Historiografia del Brasil, siglo XVII*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Comisión de Historia, 1963.
- *Historiografia e Bibliografia do Domínio Holandês no Brasil*. Río de Janeiro: Imprensa Nacional, 1949.
- RODRIGUES, L. A. *Formação da nacionalidade brasileira. História resumida das guerras holandesas ao norte do Brasil*. Río de Janeiro: Ministério da Guerra (Biblioteca do exército, vv. 198-199), 1954.
- RODRÍGUEZ CRESPO, P. «El peligro holandés en las costas Peruanas a principios del siglo XVII. La expedición de Spilbergen y la defensa del Virreinato (1615)», *Revista Histórica*, 26, 1964, pp. 259-310.
- ROONEY, P. Th. «Habsburg fiscal policies in Portugal 1580-1640», *The Journal of European Economic History*, 23, 3, 1994, pp. 545-562.
- ROSARIO, A. M. Vieira do. *O Brasil Filipino no período Holandês*. Brasília: Instituto Nacional do Livro, 1987.
- SALVADOR, J. G. *Cristãos-Novos e o Comércio no Atlântico Meridional*. São Paulo: Pioneira, 1978.
- SANTOS PÉREZ, J. M. «La historia de la Unión Ibérica y su importancia en las relaciones España-Brasil: viejos asuntos, nuevas (y buenas) noticias». En *Revista de Cultura Brasileña: la mirada española hacia Brasil*. Madrid: Embajada de Brasil, 2005, n. 3.
- SCHAEFFER, E. «A Missão Artística Holandesa», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Guarujá-Bertioga*, 20, 11. São Paulo, 1978.

- SCHALKWIJK, F. L. *Igreja e Estado no Brasil holandês, 1630-1654*. Recife: Governo de Pernambuco Secretaria de Turismo, Cultura e Esportes, Fundação do Patrimônio Histórico e Artístico de Pernambuco, Diretoria de Assuntos Culturais, 1986.
- SCHWARTZ, S. «The Voyage of the Vassals: Royal Power, Noble Obligations, and Merchant Capital before the Portuguese Restauration of Independence, 1624-1640», *The American Historical Review*, 96, 1991, pp. 735-762.
- «Luso-Spanish Relations in Habsburg Brazil», *The Americas*, 25, 1968.
- SMULDERS, F. (edición crítica e introducción). *Antonio Vieira. Sermão pelo bom successo das armas de Portugal contra as de Holanda*. Middelburg: Proefschrift Nijmegen, 1989.
- SOUSA-LEÃO, J. de. *Frans Post, 1612-1680*. Amsterdam: Van Gendt, 1973.
- SOUZA, G. F. Cabral de. *Os homens e os modos da governança, a Câmara Municipal do Recife no século XVIII*. Recife: Câmara Municipal do Recife, 2003.
- SOUTY, F. «Le Brésil Néerlandais, 1624-1654: une tentative de projection conjoncturelle de longue durée a partir de données de court terme», *Revue d'histoire Moderne et Contemporaine*, 35, abril-junio, 1988.
- SPRUIT, R. *Zout en slaven. De geschiedenis van de Westindische Compagnie*. Houten: De Haan, 1988.
- THOMAS, W. (ed.). *Rebelión y Resistencia en el Mundo Hispánico del Siglo XVII*. Lovaina: Leuven University Press, 1992.
- VALLADARES, R. *Banqueros y vasallos: Felipe IV y el medio general (1630-1670)*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2002.
- *Teatro en la guerra: imágenes de príncipes y restauración en Portugal*. Badajoz: Diputación de Badajoz, 2002.
- *Castilla y Portugal en Asia, 1580-1680: declive imperial y adaptación*. Lovaina: Leuven University Press, 2001.
- *Epistolario de Olivares y el Conde de Basto (Portugal 1637-1638)*. Badajoz: Diputación de Badajoz, Departamento de publicaciones, 1998.
- *La rebelión de Portugal, 1640-1680: guerra, conflicto y poderes en la monarquía hispánica*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1998.
- *Felipe IV y la Restauración de Portugal*. Málaga: Algazara, 1994.
- «El Brasil y las Indias españolas durante la sublevación de Portugal (1640-1668)», *Cuadernos de Historia Moderna*, 14, 1993, pp. 151-172.
- «Brasil: de la Unión de coronas a la crisis de Sacramento (1580-1680)». En SANTOS PÉREZ, J. M. (ed.). *Acuarela de Brasil, 500 años después. Seis ensayos sobre la realidad histórica y económica brasileña*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2000.
- VALLADARES, C. do P. y MELLO FILHO, L. E. de. *Albert Eckhout: pintor de Mauricio de Nassau no Brasil, 1637-1644*. Recife: Livrarte, 1981.
- VARNHAGEN, F. A. de. *Historia das lutas com os Holandezes no Brazil, desde 1624 a 1654*. Lisboa: Castro, 1872.
- VILA VILAR, E. *Hispano-América y el comercio de esclavos. Los asientos portugueses*. Sevilla: CSIC, 1977.
- WÄTJEN, H. *Das Holländische Kolonialreich in Brasilien. Ein Kapitel aus der Kolonialgeschichte des 17. Jahrhunderts*. Gotha: Perthes, 1921.
- WHITEHEAD, P. J. P. y BOESEMAN, M. *A portrait of Dutch 17th century Brazil: animals, plants and people by the artists of Johan Maurits van Nassau*. Amsterdam: North-Holland Pub. Co., 1989.
- WIESEBRON, M. L. «Confrontos durante a ocupação holandesa no Brasil». En SILVA, M. B. N. da (coord.). *Cultura portuguesa na Terra de Santa Cruz*. Lisboa: Estampa, 1995.
- WIZNITZER, A. *Jews in colonial Brazil*. Nueva York: Columbia Univ. Press, 1960.

AQUILAFUENTE, 94



Universidad de Salamanca
centro de estudios brasileños

FUNDACIÓN CULTURAL
HISPANO-BRASILEÑA

Ediciones Universidad
Salamanca

ISBN 84-7800-467-X



9 788478 004676